

Carnaval brutal

Aleš Šteger



ARLEQUÍN



\$

CARNAVAL BRUTAL

ALEŠ ŠTEGER

Traducción de
Florencia Ferre



ARLEQUÍN

Dirección editorial:
Felipe Ponce • Elizabeth Alvarado

Título original: *Odpusti*

La traducción del libro ha sido financiada por la Oficina Pública del Libro de la República de Eslovenia (JAK). La edición del libro cuenta con el apoyo de la Fundación Trubar y la Asociación de Escritores Eslovenos de la República de Eslovenia.

© Florencia Ferre, por la traducción

© Aleš Šteger

D.R. © 2018 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
45050, Zapopan, Jalisco.
Tel. (52 33) 3657 3786 y 3657 5045
arlequin@arlequin.mx

www.arlequin.mx

ISBN 978-607-8627-11-0

Hecho en México/Made in Mexico

De los humildes tiene compasión y los perdona, pero a los fuertes les pedirá
cuentas con rigor.

SABIDURÍA, 6:6.

¡Lectora, lector!

En este libro todo es completamente ficticio. Cualquier parecido con personas vivas y con hechos reales son el tipo de coincidencias que constituyen las herramientas ineludibles de la literatura. Lo único real es Maribor.

DRAMATIS PERSONÆ (POR ORDEN DE APARICIÓN)

ADAM BELY [O ADAM BLANCO],
exdramaturgo y exjefe de científicos

ROSA PORTERO, aliada de Bely, periodista de radio

SOLO GRAMO,
alias señor G., gastrónomo, exfuncionario de aduanas
y de la policía secreta

TONE,
mesero

TINE MATARIFFIČ,
alias Tine Mat, presidente del consejo de Mat, S. A.

SECRETARIA DE TINE MATARIFFIČ

UNA VIEJA MENDIGA CON LA MUERTE EN LOS LABIOS

IVÁN DORFLER,
jefe de Off y rector de la Universidad de Maribor

LASZLO FARKAS [EL LOBO],
fiscal de Estado, miembro de la logia de los Gemelos

PAVEL DON KOVAČ [O PABLO DONG! HERRERO],
jefe de Capital Europea de la Cultura, exdirector de teatro

MIRAN VODA [O AGUA QUIETA],
alcalde de Maribor

UN HÚNGARO,
miembro de la logia de los Gemelos, amante de Rosa
y secuestrador

ALEŠ ŠTEGER,
jefe de la Terminal 12 en Capital Europea de la Cultura

ANASTASIA GRIN,
directora de teatro y exnovia de Bely

MAISTER,
célebre abogado de Maribor

DAMA CON BROCHE,
clásica burguesa de Maribor

MAGDA ORNIK,
directora de la Compañía Funeraria Maribor

MAUS,
inspector de policía, excompañero de escuela de Voda
y su mayor adversario

GROS,
asistente del inspector de policía Maus

UN ELECTRICISTA DEL CLUB NOCTURNO
DE STRIPTEASE BLUE NIGHT

HERMANA MAGDA,
superiora en la Arquidiócesis de Maribor

UN POETA SIN NOMBRE,
exbróker de la bolsa de Trieste

PADRE METOD KIRILOV,
administrador general de la Arquidiócesis de Maribor

ENCARGADO DE DESINFECCIÓN
Y ELIMINACIÓN DE PALOMAS URBANAS

TRES CLOWNS BORRACHOS

FRANCI Y LOJS,
operarios de la administración pública de Maribor

DOLORES,
secretaria de la directora del Teatro Nacional de Maribor

GUBEC,
periodista de investigación, propietario
de una agencia de noticias

ACOMODADORAS DEL TEATRO DE MARIBOR

UN INGLÉS Y DOS ESTADOUNIDENSES,
agregados militares

MESERO DEL BAR DEL TEATRO

JANEZ MAHER [O JUAN EL HACEDOR],
empresario de Maribor

NANA NUMEN, vidente

CERDA NEGRA (QUE TRINA)

Todas las citas de *La guerra y la paz*, de León Tolstói, son de la adaptación teatral de la novela, del mismo nombre, de Darko Lukić; fueron traducidas por Florencia Ferre en esta edición.

EL NUEVO MUNDO DEL SEÑOR G.

Hay quienes perdonan para ayudar a los demás —para nosotros, enteros desconocidos—. La mayoría de nosotros perdona para ayudarse a sí mismo. Pero hay raros ejemplos de quienes perdonan con la convicción de que así salvarán el mundo. ¿De dónde sacan esa creencia? ¿Quién les otorga ese papel tan singular? ¿Quién les susurra al oído sus pensamientos? ¿Y tan peligrosos pensamientos que siempre están en el sitio exacto a la hora exacta? ¿No lo sabemos? ¿Acaso importa? ¿Cambiaría algo? ¿Acaso no es lo único que cuenta la pesada trama del brocado del telón, que cae en la penumbra, la llovizna y el frío? Silencio. Apagón. Se levanta el telón y todo lo que vemos es un hombre. Hundido en el cuello levantado de una gabardina de invierno, las manos en los bolsillos; de la muñeca derecha le cuelga un portafolios negro. Lo mece suavemente. No han paleado la nieve, y el hombre intenta pasar por un estrecho sendero de la vereda. Casi se cae. Deja atrás las fachadas descascaradas de estilo *art nouveau*; la lluvia fina, que se vuelve nieve, atraviesa la luz pálida de las luminarias. La penumbra escupe en silencio a los pocos transeúntes, que un instante después vuelven a ser tragados por la oscuridad. Una silueta femenina está todo el tiempo tras los pasos del hombre. Viene a su encuentro una figura que parece el diablo. Bueno, es el diablo. Más o menos a un metro del hombre, trastabilla. La capa de hielo, el paso estrecho y el contenido que falta en la botella que trae entre sus pezuñas hacen lo suyo. Sus piernas se elevan en la niebla, y por un momento dejan ver los minishorts de mezclilla mojados que el diablo lleva debajo de su traje. La cadena tintinea contra el cordón de la vereda, la botella sale rodando por la nieve sucia. El diablo cae con un golpe seco. Imprecaciones.

El campanario de la iglesia da las diez. El hombre escucha decir a la

mujer detrás de él: *Der arme Teufel*, el pobre diablo. Por entre la niebla helada se ilumina débilmente un letrero: NUEVO MUNDO. ¡Con qué extraña facilidad nos sorprende en noches como esta un letrerito de neón! Parece que fuera un gran descubrimiento, aunque el restaurante ha estado en la misma esquina de esa callecita por más de treinta años. El hombre se da la vuelta y le hace un gesto a la mujer. Han llegado a destino.

El resorte cierra lentamente la puerta tras los recién llegados.

Después de tantos años, nada ha cambiado, dice en voz baja y en alemán el hombre.

La silueta tras él se quita la capucha del abrigo. Su cabello largo, negro y rizado sacude todo el lugar por un momento.

Gut so, le contesta la mujer con voz ronca, y echa una ojeada al salón.

Balaustradas de madera, redes de pesca con corales y conchas, lámparas con forma de ancla, nasas de pesca llenas de polvo, un reloj de pared con la manecilla con forma de ninfa marina, un atardecer sobre el mar pintado en la pared con colores pastel. Nadie a la vista. Se oye el crujir de frituras en la cocina. El aire está cargado de olor a pescado y aceite. Sobre la barra de madera hay un cartel con una cruz roja sobre fondo negro; debajo se lee Y LA PAZ. Una parte del cartel está tapada por otro, donde sonríe un cuarteto de alegres marineros que anuncian la presentación de un grupo de *Klapa*, la música tradicional croata.

¡La cocina está cerrada! Las palabras quedan flotando en el aire viciado. El mesero desaparece tras la puerta vaivén. Lleva dos copas de cristal llenas de helado con crema, dos platillos voladores que el mesero lleva de la mano a través del salón. El restaurante no tiene clientes. Solo en un rincón alejado hay una pareja de viejos. Las copas de cristal aterrizan en la mesa frente a ellos. La mujer levanta la cuchara, la entierra en la crema; el hombre cuenta el dinero y lo pone sobre la mesa.

¡Lo lamento, estamos cerrando!, repite el mesero sin darse vuelta.

Buscamos al jefe, al señor Gramo, dice el hombre de la gabardina.

El mesero señala los tres escalones bajos de madera que conducen a los reservados. La morena mira al hombre que toma su portafolios negro y sale primero. Los escalones crujen.

Buenas noches, dice el hombre.

Solo Gramo, o sea el señor G., como llaman al propietario del restaurante

Nuevo Mundo, está sentado a una gran mesa solo y se inclina sobre el periódico. Tiene el armazón gris de los anteojos sobre la punta de la nariz, y por encima le asoman un par de espesas cejas blancas. Unas gotas de sudor rocían su frente. Es evidente que Gramo es esa clase de persona que siempre tiene calor; una impresión que acentúa la lámpara baja que cuelga del techo sobre la mesa. La presencia de Gramo invade las inmediaciones con una fuerza inusitada. Aunque ha estado en un restaurante de pescado durante un año, a su alrededor no se propaga ese pesado olor; al contrario, el señor G. huele inequívocamente a cerdos. Y cuanto más suda, más hiede.

Buenas noches, contesta Gramo visiblemente cansado y observa a los dos recién llegados. ¿Qué desean?

Muy probablemente no me recuerda, le responde el hombre. Mi nombre es Adam Bely, y esta es mi colega Rosa Portero.

Gramo se pone de pie y les da la mano. Se sientan a la mesa, que está cubierta por el periódico.

Soy de Maribor, aunque hace dieciséis años que no vivo aquí. En su día fui un cliente regular. Trabajo como periodista para la radio nacional austriaca. Bueno, en realidad soy un asistente; aquí mi compañera quiere hacer una semblanza de la ciudad. Ahora que Maribor es Capital Europea de la Cultura a los austriacos les interesa el tema. Hemos pensado que lo mejor sería empezar por un sitio como este, muy conocido en la ciudad, y que puede resultar el punto de partida para la nota. Los restaurantes locales conservan la historia de la ciudad y seguro que el suyo es conocido también entre algunos oyentes austriacos.

Por supuesto, por supuesto, masculla Gramo. ¿Tienen hambre?, ¿quieren comer algo, tomar algo?, ¿una copa de vino? ¡Tone!, grita Gramo sin esperar la respuesta de sus interlocutores.

Muchas gracias, es muy amable, pero no tenemos hambre, le responde Bely.

Entonces llega Tone con cena y cubiertos para uno.

Tendrán que perdonarme; estuve todo el día de pie y todavía no he comido. Por favor, ¿qué les puedo convidar? Por supuesto, la casa invita, agrega Gramo.

Tone hace a un lado el papel de diario de la mesa y pone el plato delante de Gramo.

De veras, no tenemos hambre; para mí solo un agua mineral, dice Bely.

Si toma solamente agua, usted no es de Maribor, aunque por el acento pensaría que sí, contesta Gramo. ¿No sabe que el agua mineral es mala para los dientes? ¿Y usted, muy señora mía? Mira condescendiente a Rosa Portero, que entretanto se ha quitado el abrigo negro de piel y se ha sentado con su vestido rojo oscuro por el que sube un bordado de orquídeas negras.

Ein viertel Weisswein, Riesling, bitte, pide Rosa Portero con una voz inusitada, ronca y casi masculina.

La señora Portero no habla esloveno, apenas un par de palabras, pero entiende muy bien, aclara Bely.

Claro, claro, se apura a contestar Gramo evidentemente sorprendido; se cuelga la servilleta en la camisa abierta, por donde asoman unos pelos espesos y grises del pecho grueso.

Por favor, no se molesten. ¡Buen provecho!, le dice Bely y mira a su compañera.

Guten Appetit, dice con su voz cavernosa Rosa Portero.

En el plato de Gramo hay un pulpo asado. Sus patas cuelgan por los bordes del plato. Las papas asadas y medio limón están dispuestos alrededor del cuerpo blanduzco.

Adoro el pulpo, ¿y usted?, dice Gramo y sigue sin esperar respuesta. ¿Sabe que tienen tres corazones? ¡Tres!, grita histriónico Gramo y enarbola el cuchillo como un caballero su lanza en combate singular. ¿Sabe que son muy hábiles? Incluso los ejemplares más grandes, como este, pueden pasar por una abertura más chica que mi dedo pulgar.

Gramo levanta la mano derecha, en la que tiene el tenedor, y extiende el dedo pulgar en dirección a Rosa Portero.

Y son inteligentes, ¡y cuánto!, dice Gramo.

Tone, trae agua mineral y dos vasos de vino, blanco y tinto.

¿Algo más, jefe? Si no...

Está bien, tú ve cerrando que yo salgo después, dice Gramo y le hace un gesto al mesero con el cuchillo: puede irse.

Entonces, en qué me había quedado, sí, claro, en la inteligencia de los pulpos. ¿Qué?, ¿piensan que nosotros somos inteligentes por nuestro cerebro? ¡Qué va! Todos pensamos que reflexionamos con el cerebro. El pulpo es la

prueba viviente de que no es así. El pulpo tiene un cerebro chiquitito, pero es inteligente como el diablo. ¿Y saben por qué? Porque tiene un cuerpo inteligente. Todo su cuerpo es inteligente, no solo su cerebro diminuto. Las personas tenemos el cerebro lavado, y creemos ciegamente en la ciencia, que de todos modos nos oculta la mayoría de las cosas o las muestra bajo una luz distorsionada.

Gramo se seca la transpiración de la frente y con visible inquietud se apoya en el respaldo de la silla, que cruje suavemente.

Es una reflexión muy interesante, dice Bely con calma, y sorbe un poco de agua mineral del vaso.

Mire, el ser humano ha creado el ordenador, sigue Gramo. Pero en lugar de entender al ordenador como una aproximación muy simplificada del funcionamiento humano, lo tomamos como modelo. Cuando pensamos en el cerebro humano, nos lo imaginamos como una suerte de disco rígido. ¡Error, craso error!, grita Gramo y deja el cuchillo y el tenedor que un minuto antes le había asestado a uno de los tentáculos del pulpo asado. No hubo pan antes que harina, ¿me entiende? Es verdad: nada está guardado en el cerebro. ¡Nada! El cerebro es solo el variador, el transformador, el interruptor: hay corriente, no hay corriente, eso es todo. ¿No lo creen? Miren al pulpo, les dirá todo.

Los tres miran el plato. Por un momento puede oírse el tictac del reloj de pared del salón de al lado.

Gramo vuelve a tomar los cubiertos, sigue murmurando, casi conspirativo.

Hay algo más que nos puede enseñar el pulpo acerca de cómo son las cosas en verdad. La causa de muerte natural de los pulpos es siempre el sexo. Los pulpos no se mueren de viejos. O alguien los mata o se mueren solos por la reproducción. De todos modos los machos mueren un par de meses después de la fecundación; las hembras, en cambio, *meine liebe Dame...* Costeño, ¿no es así? Las mujeres pulpos mueren de inanición por cuidar sus huevos.

Gramo corta por fin el pulpo al medio. Con la punta del tenedor, se mete en la boca un gran bocado de carne jugosa. Gramo mastica satisfecho, asiente una y otra vez. Los dos invitados se quedan en silencio. Gramo se queda mirando descaradamente el hermoso cabello de Rosa Portero. Sonríe seductor

mirando el oscuro ojo izquierdo de ella, que se entrecierra pudoroso y de pronto vuelve a abrirse; su ojo derecho está todo el tiempo cubierto por un mechón de rizos espesos y negros. Gramo le guiña un ojo y toma un poco de vino. Rosa sonríe amable. Sigue con los finos guantes de cuero puestos. Con el guante izquierdo se aferra al vaso de Riesling, lo levanta y se lo toma de una vez en dos tragos larguísimos, insaciable.

Adam Bely saca del bolsillo de su chaqueta una pluma fuente y empieza a pasearla por el periódico.

Rosa deja el vaso. La media luna roja de su lápiz labial queda impresa en el borde de vidrio. Con la mano enguantada palpa las comisuras de los labios y se quita el pelo de la cara.

 A Gramo le ha parecido o un ojo gélido de vidrio verde lo está observando? Le da la impresión de que en cualquier momento le va a caer encima y se lo va a tragar como una cobra. Le da la impresión de que podrá caer en ese ojo verde... hondo, hondo, tan hondo que no podrá volver a salir a la superficie. Bely levanta la pluma fuente, en el otro salón suena el tictac del reloj, la pluma oscila al son del tic tac. Y ahí está el ojo, que es a la vez boca, y en esa boca el ojo de vidrio. Aunque el señor G. fuera un muchacho tan osado como para correr por el campo hacia lo desconocido, lejos de casa, no hay escapatoria. Un dolor agudo y punzante en las plantas de los pies; el miedo que le da un leve mareo y se sorprende de sí mismo.

Gramo se atraganta. Empieza a toser. Bely se inclina hacia delante y le golpea con fuerza la espalda. El bocado de pulpo sale volando por la boca y vuelve al plato. Se une con las dos partes del pulpo cortado. Las patas empiezan a moverse, se curvan por los bordes del plato. El pulpo de pronto vuelve a vivir. Los tentáculos se sacuden, se extienden, y un instante despu  el pulpo desaparece por debajo de la mesa. En el plato quedan un par de papas y en el papel de diario la huella sinuosa y húmeda de las ventosas.

 Esto no es posible! Fue el último pensamiento de Gramo mientras iba cayendo más y más profundo. Este pensamiento es el último pedruzco del derrumbe al que se aferra al caer por el vidrio verde. Entre tanto, todo el paisaje cae irremediablemente en lo verde, tictac, y los prados son cada vez más luminosos, giran los *kozolci*, los secaderos de heno, y los árboles y las cumbres de las verdes montañas lejanas. No, ya no hay vuelta atrás, no hay cómo volver a casa. Ya no es posible contemplar la hierba que bailotea y se

mece con el viento. Es como si estuviera viva, como si creciera todo alrededor de Gramo y lo envolviera y sumergiera cada vez más profundo, sin salvación posible.

Escucha mis instrucciones y todo irá bien, dice Bely, y retira de la mesa el plato, los vasos y cubiertos.

Rosa se inclina sobre el rostro de Gramo y chasquea dos veces la lengua.

Estás bajo una profunda hipnosis, dice Bely, no hay ninguna posibilidad de que mientas. De todos modos te voy a conectar al E-metro, dice Bely.

Rosa asiente.

Bely saca del portafolios una caja metálica en un estuche de cuero. En la caja hay un par de botones y un medidor. Bely conecta dos electrodos con dos cables metálicos enrollados en la punta y se los pone a Gramo en las manos.

Apriétalos fuerte, ordena Bely.

Gramo obedece, mira fijo delante de sí, aprieta los rodillos metálicos.

Graba, dice Bely.

Rosa saca la grabadora del tapado de piel, la enciende.

Bely se inclina, le susurra una pregunta a Gramo.

¿Quién eres?

Solo Gramo, responde el señor G.

¿Cuál es tu oficio?

Funcionario de aduanas.

¿Y quién más eres?

He tenido muchos nombres según la necesidad, verdadera y falsa.

¿Para quién trabajas?

Para mí. Hoy solo para mí.

¿Para quién has trabajado en el pasado?

Para la aduana, y a la vez para la Oficina de Seguridad de Estado de Yugoslavia, y luego para los Servicios de Inteligencia. Para la UDBA, para la SOVA.

Durante las respuestas Bely vigila la aguja del E-metro, que está todo el tiempo quieta en el medio del campo.

Veo que no miente, dice Bely.

Rosa Portero se pone de pie y desaparece por el primer salón, el más

grande.

No miento, dice Gramo.

¿De qué te acuerdas si digo la palabra *mentira*?

De mi gatito. Un día desapareció. Lo busqué por todas partes, por la granja en la que vivíamos, por el campo, hasta por las montañas vecinas. Lloré desconsolado y mi mamá me prometió que volvería. Inmediatamente supe que mentía.

¿Qué es lo primero que recuerdas ante la palabra *felicidad*?, pregunta Bely.

Recuerdo. Las matanzas en la frontera.

¿Qué pasaba ahí?

Entonces yo era un joven funcionario de aduanas. Estábamos en Koroška, en Carintia, en la frontera entre Austria y la en ese entonces Yugoslavia. Andaba todo el día por el bosque, ganaba mucho ¡se hacía cada cosa...! Entonces no lo sabía, pero si miro atrás, sé que era feliz.

Cuéntame un ejemplo de lo que te gustaba.

Un granjero tenía la casa justo en la frontera. La frontera atravesaba su cocina. Entiendan que en realidad, el tipo habría necesitado pasaporte para ir de la cocina a cagar al baño, porque la cocina estaba en Yugoslavia y tenía el inodoro al otro lado de la cortina de hierro, en Austria. Bien, el granjero quería matar. ¡Matar en zona prohibida, fronteriza! Nos pidió nada menos que a nosotros, los de aduana, que le trajéramos un carnicero clandestino. Y se lo trajimos. Un par de horas después le trajimos también a los funcionarios de aduana austriacos. Cuando el cerdo estuvo desollado y troceado, nos aparecimos con los austriacos y le dimos tremendo sustazo. Pero no solo por matar ilegalmente.

Por algo muchísimo peor: por la tentativa de colaboración con el carnicero en cruce ilegal de frontera. En esos días te encerraban hasta veinte años por algo así. El granjero nos pedía y rogaba tanto que finalmente cayó sobre sus rodillas del miedo y se meó en los pantalones. ¡Madres! Con los austriacos nos reíamos como locos. Al granjero no le hizo ninguna gracia. Siguió suplicando agachado y todo mojado. Al final nos repartimos el cerdo medio y medio a cambio de no delatarlo. Le dejamos nada más que la cabeza. Quedó justo en la frontera y no tenía sentido discutir si era yugoslava o austriaca.

¿Y eso te hizo feliz?

Y cómo. Y además me hice rico, bueno, al menos junté lo bastante como para comprarme este restaurante después de diez años en la aduana.

¿Qué es lo primero que se te aparece cuando piensas en algo triste?, pregunta Bely y estira el cuello para ver qué hace Rosa. Entretanto, en el bar del restaurante vacío se oye el eco de vasos tintineantes.

El fútbol.

Quiero decir, algo que te haya afectado personalmente.

Mi mamá me golpeaba porque traía huesos a casa, tal vez fueran huesos humanos. En Pobrežje, la zona de Maribor donde crecí, asomaban de la tierra por todas partes. Los chicos tirábamos y los sacábamos, y jugábamos al *hockey* en el pasto con ellos. Pero a casa no tenía que llevarlos. Todavía me acuerdo de cómo me ponía sobre sus rodillas y cómo crujía el hueso con cada golpe que me daba.

¿Esto es lo más triste que te pasó en la vida?

No sé.

¿Cómo que no sabes?

Hay algo todavía más triste. Pero no sé si me pasó a mí, no sé si me pasó en esta vida.

¿A quién entonces?

A mi madre. Oigo que grita. Todo a mi alrededor se comprime, me ahoga. Siento que algo carnoso se encaja en mi cabeza.

¿Dónde estás?

Dentro de mi madre, no he nacido aún.

¿Se trata de tu padre?

No.

¿Qué pasó luego con este hombre?

No sé, nunca supe quién era.

¿Cómo que no?

No. Mejor así, si hubiera sabido lo habría matado.

¿Quién eres?

Solo, Solo Gramo. En la escuela, los compañeros se burlaban, decían que no valía ni un gramo. Después les demostré a todos quién era yo.

¿Quién eras antes de eso?

Veo una luz verde. Los prados me enceguecen. Van a arder, ¿no lo ves?

Repito la pregunta: ¿quién eras, antes de nacer como Solo Gramo?

Muchos.

¿Por ejemplo?

Era barquero, aquí en el Drava. El río, su corriente impetuosa, mi vida. Son años magníficos, pero no sé. Extraño mucho a mi familia; a mis cuatro hijos varones y a mi mujer. Nos queremos.

Qué más, dice Bely.

Huelo a oscuras la humedad. Una tos sanguinolenta me corroe los pulmones y las fosas nasales. Veo brillar una pequeña lámpara un poco más adelante, en el socavón donde trabajo como minero de la plata. Ayer, en el socavón de junto quedaron atrapados tres mineros. Mientras trabajaba me pasaron ante los ojos los cadáveres en descomposición que luego ayudé a llevar afuera al aire libre. Qué fríos estaban, aunque los sacamos muy rápido.

Continúa.

También fui monja en un monasterio. Eso fue antes de la Primera Guerra Mundial.

¿En un monasterio?

Curaba a los leprosos en Baviera.

Gramo suelta una risita.

Bely mira el medidor en el aparato; la aguja está en el medio.

¿De qué te ríes?

Yo era lesbiana, pero por suerte nadie se enteró, nadie excepto Ana.

¿Ana?

Era otra hermana benedictina, mi amante.

¿Qué cosa te da mucho pero mucho miedo?

El Calvario.

En el salón de al lado hay ruido de botellas. Rosa golpea una en el suelo y se hace pedazos. Con otra en la mano vuelve a donde está Bely y la pone sobre la mesa. Jack Daniel's. Bely la mira mal, pero no deja de interrogar al señor G.

¿Qué Calvario?, sigue Bely.

El Calvario.

¿Quieres decir el de Cristo?

Pero qué Cristo... Me refiero al Calvario que está sobre la colina de Maribor. Pensé que eras de por aquí, pero veo que no sabes nada de nada. Me da miedo el Calvario y el poder del Gran Orco.

¿Qué es el Gran Orco?

El Gran Orco, los trece guardianes del secreto.

Gramo vuelve a soltar una risita.

¿Y ahora qué es lo gracioso?, pregunta Bely.

Algunos ni siquiera saben que son parte del Orco, le responde Gramo y en el acto vuelve a ponerse serio. La mayoría no conoce a los otros miembros. Los trece del Gran Orco hacen girar la rueda de esta ciudad. Hacen girar, pero no saben qué ni por qué y...

Rosa empina la botella, bebe, deja la botella otra vez sobre el papel de diario. Su ojo marrón oscuro está turbio, entrecerrado.

Sabes mucho, dice Bely.

Es mi oficio... saber mucho. Si no supiera tanto ya no estaría vivo.

Namen, wer sind sie? ¿Quiénes son?, grita Rosa.

¡No puedo, el Gran Orco, me van a matar!

Gramo empieza a temblar. Suelta un hedor insoportable a carne de cerdo.

Te vamos a salvar, no te preocupes, dice Bely.

El Gran Orco me va a matar. ¡Nadie es tan poderoso como para escapársele!

¿Crees en el perdón?

No sé, qué es eso del perdón. ¿Qué quieres decir con eso?

No importa, dice Bely. Solo tienes que saber que serás absuelto de aquí en adelante. Vas a estar vivo, pero el Gran Orco no podrá hacerte nada.

Soy demasiado viejo como para huir al extranjero. No hay ningún lugar donde pueda estar a salvo.

No te preocupes, nosotros dos conocemos un lugar donde vas a estar a salvo. Desde que naciste no has estado tan a salvo jamás. Ahora solo dime sus nombres.

No sé quiénes son, solo conozco a unos pocos.

Bely observa la aguja de su instrumento. De vez en cuando se inclina a la izquierda.

Namen, wir wollen Namen! ¡Queremos nombres!, grita Rosa. Moja el

guante de la mano izquierda en la mancha de whisky que quedó entre los títulos, las columnas y las fotografías, y dibuja un gran círculo en el papel de diario.

Gramo cuenta seis nombres: Tine Matariffič, Dorfler, Laszlo Farkas, Pavel Don Kovač, Anastasia Grin, Magda Ornik.

Más, precisamos los trece.

Más no sé.

La aguja en el E-metro se inclina muy a la izquierda.

¿Cómo puede ser posible que mienta aun en estado de hipnosis profunda?, masculla Bely.

Rosa saca el corcho de la botella con los dientes, lo escupe, se toma un largo trago y de un golpe rompe la botella sobre la mesa y el whisky se derrama sobre Gramo. Gramo queda inmóvil. Hay vidrios por todas partes sobre el papel de diario empapado. Rosa los quita con el guante y señala una fotografía.

Sí, él también.

¿Qué sabes de él?

Demasiado. Cuando éramos chicos, jugábamos juntos. Después fuimos compañeros de cuarto en la escuela de cadetes. No terminé por causa de él. Alguien le robó la cartera al director y la metió en mi armario. Desde entonces nos odiamos a muerte. Después, cuando fue alcalde, intentó sacarme de la ciudad a toda costa. Pero yo no me rindo. Yo también tengo mi propia información. Por eso hasta ahora me deja en paz. Sabe que puedo perjudicarlo, incluso destruirlo.

Rosa mira a Adam.

¿Es cierto?, pregunta en esloveno.

Adam observa la aguja del E-metro. Asiente.

¿Qué más?

No sé más, de verdad no sé ningún nombre más.

Bely y Rosa se miran.

Rosa apaga la grabadora, la frota sobre una orquídea negra de su vestido.

Aquí tenemos algo para ti, alma vieja, tómalo y serás perdonado por todo tu pasado, dice Bely.

Rosa pone sobre el papel de diario mojado una polvera plateada. En ella

hay unas bolitas de pan fritas, de las que se ponen en la sopa, un poco tostadas.

Hace treinta años que tomo solamente sopa de pescado, sin bolitas de pan fritas, dice Gramo.

¿Qué son treinta años en comparación con la eternidad?, le responde Bely, y le mete una bolita de pan en la boca.

Un par de minutos después se apaga la luz en el restaurante Nuevo Mundo. Dos pares de pies —uno de los dos pares se bambolea un poco—, se abren paso por la nieve fresca que el cielo se está sacudiendo de encima como si quisiera cubrir la ciudad y todo el mundo para siempre. Tres toques del reloj en el campanario. Carteles con una cruz roja sobre fondo negro. Una gata cruza la calle vacía como una saeta. Pronto dará la medianoche.

MAT

Señor presidente, los periodistas austriacos ya están aquí, avisa la secretaria al director de la fábrica de manufacturas cárnicas Mat, Tine Mat. La visita estaba prevista.

Tine Mat se llama en realidad Matariffič. Y no es el presidente de la república sino el presidente del consejo de la sociedad de elaboración de carnes. Pero Tine Mat es un tipo práctico y para simplificar la comunicación con sus socios comerciales en el extranjero ha cambiado su apellido del impronunciable Matariffič al más simple y universal Mat. Para simplificar la conexión entre su nombre y la sociedad que dirige y gobierna como propietario, también ha cambiado el nombre societario. El Agrocombinado de Procesamiento de Carnes de Criadores Ganaderos y Productores de Artículos Cárnicos de la Región de Zgornje Podravje pasó a llamarse Mat, S. A. De sus empleados espera que lo nombren como se debe, en particular en la sede de la sociedad que preside.

Tomen asiento, señores. ¿Desean un café, té, jugo?, dice Mat mientras firma un par de documentos sobre la mesa.

En el interior de la oficina, moderno e impersonal, los colores crema y rosado de las paredes están en leve discordancia; el gran *Ficus benjamina* en el rincón, la enorme pantalla de plasma, el escritorio con la banderita de la empresa, el sillón de cuero frente al escritorio del presidente, dan la impresión de que podríamos estar aquí mismo o en cualquier otra parte.

¿Usted es de Maribor? Quiero decir, para no andar explicándole la historia de la caída del grupo TAM, del sector automotor. Verá, hace dieciséis años, de las cenizas de ese gigante industrial se formó nuestra sociedad. Hitler dio personalmente la orden de construir aquí una planta industrial que hasta fines de 1944 fabricaba motores de aviones. Donde hoy

está nuestra fábrica estaba después de la Segunda Guerra Mundial el mayor taller de toda Yugoslavia de fabricación de maquinaria para vehículos pesados, también para vehículos blindados, y en parte también taller de producción de armamento liviano, sobre todo rifles de caza. De todo eso no queda nada. Hoy ya no producimos rifles ni aviones, como Hitler y Tito. Hoy solo seguimos haciendo sabrosas salchichas de Kranj, dice Mat autocomplaciente, como si hubiera repetido la misma frase tantísimas veces antes.

Rosa Portero agradece la coca-cola a la secretaria con un movimiento de cabeza, comprueba que la grabadora esté funcionando. A pesar del día gris de invierno lleva lentes de sol y se ve cansada. En medio de la charla con el presidente, Adam Bely se inclina hacia ella de tanto en tanto y le traduce en voz baja un fragmento de lo que acaban de decir al alemán.

Mencionó las salchichas de Kranj —Bely le quita la palabra amablemente al presidente—, ¿es su producto estrella?

Así es, le contesta Tine Mat. Producimos alrededor de dieciséis millones de piezas al año de salchichas rellenas a mano de primera calidad. Exportamos a más de cuarenta países del mundo. La astronauta estadounidense de origen esloveno Nancy Sing llevó hace poco nuestras salchichas de Kranj al universo, y si todo va como previsto, nuestra *kranjska klobasa* será la primera salchicha en la Luna. Estamos en plenas negociaciones con la NASA.

También los medios austriacos han informado sobre las salchichas de Kranj en el espacio exterior; pero dígame, ¿por qué tanto interés en las salchichas de Kranj? ¿Y más aún cuando se trata de unas salchichas de Kranj que no provienen de la ciudad de Kranj, aunque sí llevan su nombre, ni de la región de Kranj, sino más bien de la relativamente distante Štajerska, de Estiria?, pregunta Bely.

Ante esta pregunta el presidente se reclina hacia atrás, satisfecho. Ya con el lenguaje corporal da a entender que es el tipo de pregunta que le gusta, este es su terreno. Respira profundo.

Las salchichas de Kranj son una típica historia europea, sigue con aplomo. Recién con la Unión Europea se nos presentó una oportunidad histórica única. ¿Sabe cuál es? No estoy pensando en el mercado libre, si de todos modos ya antes, en Yugoslavia, comerciábamos con todos. Tampoco

estoy pensando en la posibilidad de utilizar las estrategias de mercadotecnia occidentales. También las dominábamos en los tiempos del comunismo. No, la Unión Europea nos ha dado una oportunidad histórica única —y al pronunciar la palabra *histórica* el presidente se inclina hacia delante, su voz adquiere un tono extasiado, casi lloroso—, le repito: una oportunidad *histórica*.

Adam Bely deja de traducirle al oído a Rosa Portero. Los dos se quedan de pie absortos en la frase sin terminar del presidente, que sobrevuela como una burbuja de jabón que tiembla un par de veces, se eleva, cae lentamente, vuelve a elevarse, cae lentamente y por fin se rompe.

¿Oportunidad?, dice Bely. ¿De qué oportunidad está hablando, señor presidente?

¡La oportunidad de obtener la marca registrada del producto, por supuesto! El presidente del consejo de Mat S. A. sonrío satisfecho de que su grandilocuente retórica haya atrapado a otros dos ingenuos tortolitos.

Hemos protegido las salchichas de Kranj y nadie más en toda la Unión Europea puede sacárnoslas. ¿Saben lo que esto significa? Existen solo once productores registrados de salchichas de Kranj en esta galaxia y nosotros somos el mayor de todos; somos el mejor de todos y somos los primeros en el mercado. ¿Está grabando?

Un poco confundido por la inesperada pregunta, Adam Bely se inclina sobre la grabadora y asiente.

Y por supuesto no es cierto que nuestras salchichas no se elaboren también en Kranj, sigue impasible Mat. No es cierto que las nuestras, me refiero a las de Štajerska, de aquí de Estiria, no sean también de Gorenjska o lo que llaman Alta Carniola. Observen con más cuidado. Preguntémonos: ¿qué es en realidad la salchicha de Kranj? La receta es de una simplicidad genial: la mejor carne de cerdo, tripa de cerdo elástica y joven, un poco de sal, pimienta y ajo del mejor. Eso y un poco de humo de leña de haya y nada más. Es decir, la salchicha de Kranj es principalmente carne de cerdo. ¿De acuerdo?

Con la última frase el presidente se inclina hacia Bely, que asiente inmediatamente a la pregunta.

Ahora díganme ustedes por favor, ¿quién puede apropiarse de un animal determinado, en nuestro caso del cerdo? ¿De dónde es el animal? En mi

opinión no es del lugar donde nace, y tampoco del lugar donde se cría. Hoy, aún sin saberlo, se puede sin ninguna dificultad alimentar en Bangladesh un cerdo nacido en Canadá con trigo checo. ¿Entiende a qué me refiero? El único elemento decisivo para determinar si se trata de un cerdo de Kranj o de otra parte es simplemente el hecho de que el animal haya sido matado en Kranj o en otra parte. Todo el cerdo de primera calidad para la elaboración de nuestras salchichas de Kranj de primera calidad ha sido sacrificado en uno de nuestros mataderos certificados de Kranj, y punto. Toda la carne de nuestros cerdos viene de Kranjska, de Carniola; aquí en Maribor solo se lleva a cabo la elaboración de las salchichas con la carne certificada. Y por eso es perfectamente posible que las salchichas de Kranj de mejor calidad provengan de Estiria.

¿Y Maribor y sus habitantes se dan cuenta del potencial de desarrollo que les ofrece la salchicha de Kranj?

Antes de pronunciar la palabra *desarrollo*, Adam Bely se pone de pie, como si para decirla debiera tragar antes un bocado muy pesado.

Maribor es mi ciudad. No quisiera vivir jamás en ninguna otra ciudad del mundo que no fuera Maribor. Pero seamos sinceros: Maribor es un *fast food*. Maribor no tiene ni idea de alta gastronomía. Bueno, a todos nosotros de vez en cuando nos da por ir a un McDonald's, tampoco es tan grave. Pero si comes solo esa mierda, se te empiezan a caer las orejas, se te atrofian las venas, engordas; el debilitamiento del cuerpo es inevitable. Y eso ha ocurrido con esta ciudad en el plano mental. Cuando después de la guerra echaron a los alemanes, la ciudad recibió un gran *fast food* intelectual, azúcar barata, chuletas grasosas. Cincuenta o setenta años de eso, y se vuelve la norma.

Eso suena muy autocrítico, agrega Bely y se inclina sobre su portafolios negro. Rosa se mueve en su asiento, un poco nerviosa, bebe un poco de coca-cola y se acomoda los anteojos de sol con el guante blanco.

Solo la autocrítica implacable nos puede salvar. Eso. Eso y construir sobre el potencial propio de la ciudad. Pero para eso a veces precisamos a otros que nos enseñen algo. Mire a su alrededor. Las personas somos los seres más resistentes y con mayor capacidad de adaptación de todo el planeta. Tal vez solo los virus tengan tanto poder de adaptación como nosotros, pero nadie más. Los dinosaurios no se adaptaron.

Los corales no se adaptaron. Los tigres de Tasmania no se adaptaron. El

ser humano en cambio puede cambiar completamente aun dentro de una misma generación. Mire a los chinos. Hace treinta años todos medían un metro y medio, hoy juegan en las primeras posiciones de la NBA.

Entonces el presidente, muy satisfecho, se acerca un poco a la grabadora, sorbe su café frío del vasito de plástico y continúa.

Nuestro instinto de supervivencia más profundo está intrínsecamente vinculado a la comida. Cuando nos comemos algo bien sano; digamos, por ejemplo, algo casero, un pollo casero, o digamos una sopa en un restaurante macrobiótico, ¿qué quiere nuestro cuerpo luego, instintivamente? Quiere consumir algo grasoso, algo azucarado, algo pesado y prohibido. ¿Por qué? Porque el cuerpo sabe por instinto que tiene que devorar con regularidad alguna porquería para ser más inmune y adaptable. Miren a los bebés. Lamen el piso sucio, se llenan la boca con tierra y lombrices; y nosotros pensamos que solo lo hacen porque son tontos y no están socializados. Por supuesto la respuesta es exactamente lo contrario. El bebé sabe mejor que nadie qué está bien, porque en él habla el instinto más puro. Los vegetarianos advierten que la salchicha de Kranj es un alimento malsano; vaya a saber por qué. ¡En realidad el olorcito de nuestra salchicha de Kranj nos tienta a todos! Y porque nos tienta, la queremos, y por eso es buena para nosotros. Quien come regularmente salchichas de Kranj estará fuerte y sano toda la vida. Lo importante es comer casero; o sea de casa; o sea, salchichas de Kranj elaboradas en Kranjska con cerdos matados en Kranjska. En general, claro, es...

Adam Bely asiente y mientras tanto saca lentamente del bolsillo la pluma fuente, empieza a moverla con regularidad de un lado a otro,

...es clave para nuestra energía vital que...

el presidente sigue la lapicera con la vista, y su voz se debilita,

...que comamos carne destazada en casa. Los animales matados en casa son...

el presidente suelta una risita, pone los puños entre las piernas como un chiquilín que se hace pis en los pantalones y lo disfruta, y aprieta los labios,

...son animales especiales, tienen...

el presidente se detiene en medio de la frase con la boca abierta, mira fijamente la pluma de Bely.

¿Qué tienen los animales matados en casa?, pregunta Bely y vuelve a

guardar la pluma en la chaqueta.

Nuestro paradigma de muerte, dice lentamente, marcando sílaba a sílaba, el presidente del consejo de la fábrica de productos cárnicos Mat.

Adam Bely le mete en las manos los rodillos del E-metro, enciende el interruptor, la aguja se balancea en el centro de la escala graduada, se aquieta.

Repítelo, dice Bely.

Nuestro paradigma de muerte.

Repite.

Nuestro paradigma de muerte.

Una vez más, dice Bely.

Nuestro paradigma de muerte.

¿Qué es esto del paradigma de muerte?, pregunta Bely.

El momento del cambio en el cuerpo, responde Mat. Si el paradigma es calmo, eso se saborea en la carne. Cuando mueren, los cerdos tienen que estar lo más tranquilos posible. Lo mejor es que no sepan lo que va a ocurrir al instante siguiente; es la mejor receta para las salchichas de Kranj. El secreto no está en el ajo ni en los condimentos. El secreto está en la forma en que mueren los cerdos.

¿Cómo es nuestro paradigma de muerte?

Nuestro paradigma de muerte es distinto; los eslovenos somos almas inquietas por naturaleza, en especial los de Kranj. Nuestros animales están bajo demasiado estrés cuando mueren, y eso no es bueno para las salchichas. Por eso habitualmente mezclamos en las salchichas un cincuenta por ciento de gomas de autos finamente picadas, para calmarlos. Pero eso puede variar. Lo único importante es que comamos la carne que hemos matado nosotros. Con esta carne nos comemos a nosotros mismos, comemos el estado energético que hemos transmitido a los animales al matarlos.

¿Quién hace las mejores salchichas de Kranj?

Los bosnios; ellos son los más tranquilos. Pero no quieren matar cerdos; ellos matan pollos.

¿Y ustedes también matan pollos?

Tenemos certificación halal. Los nazis construyeron una fábrica en dos niveles, bajo tierra y en la superficie. En caso de ataque aéreo era posible bajar todo el nivel sobre tierra a la parte subterránea. La orientación es

excelente; no hacía falta reorganizar demasiado para poder matar pollos en el nivel subterráneo de cara a la Meca.

¿Y arriba?

Oficialmente es la fábrica de rifles de caza, pero en realidad hacemos salchichas de Kranj. Nuestros compradores musulmanes nos habrían clavado en la pica si hubieran sabido que sobre las cabezas de sus pollos rellenábamos tripas de cerdo.

Bely observa el E-metro, la manecilla sigue en el medio.

¿No te da miedo?, pregunta Bely.

Me da miedo que se sepa que trasladamos la producción de rifles de caza a otra parte por lo mucho que aumentó la demanda. A los chinos les encanta disparar.

¿Exportas rifles a China?

También, sí. Rifles y pezuñas de gallina. Es un gran negocio.

¿Qué ves si digo azul?

Veo el mar.

¿Qué ves si digo mar?

Veo mis sueños. La tinta negra se derrama en él. Todo está oscuro. Pero no es tinta, es aceite viejo. Hitler era un genio.

Mat hace una mueca y se empieza a reír.

Él sabía cómo montar un gran complejo, continúa Mat. También hoy sabría poner orden. Pero el aceite tapa todo. El viejo elevador hidráulico está roto, se ríe Mat. No hay nadie que nos guíe en esta noche negra de petróleo.

¿El elevador hidráulico que sube y baja la plataforma de tu fábrica?

Ante esta pregunta Bely le hace un signo a Rosa Portero, que lentamente se quita los lentes y saca del abrigo de piel la polvera plateada.

Dios mío, no ve que el elevador se baja, se ríe Mat, y en esto se le escapa de la boca un extraño estertor animal. Hitler está muerto, el mecanismo se ha roto, ¡auxilio!, ¿no ven que la plataforma se baja? ¡Salchichas de Kranj! Salchichas de Kranj, dice Mat resollando una y otra vez, y se pone pálido. Aquí abajo, se va a aplastar el piso entero con sus miles de pollos halal. ¡Auxilio!

El presidente deja los rodillos del E-metro, se levanta de golpe y vuelve a resollar, esta vez se ve que se ahoga con su propia lengua. Está todo

transpirado, sus ojos vagan ausentes. Bely se le va encima, intenta volver a sentarlo.

En eso están cuando la secretaria golpea a la puerta y entra.

¿Me llamó, señor presidente?

Bely está de pie junto a Mat, de espaldas a la secretaria. Bely le susurra a Mat:

Repíteme conmigo. Todo en orden, puede retirarse.

El presidente susurra: Todo en orden, puede retirarse.

¿Qué dice, señor presidente?, pregunta la secretaria.

Bely susurra: Repíteme más fuerte.

¡Todo en orden, puede retirarse, repíteme más fuerte!, grita el presidente palabra por palabra, como si cortara la oración en pedazos.

La secretaria se queda un momento mirando a su jefe y luego cierra tras de sí lentamente la puerta de la oficina.

Adam Bely respira profundo. Siéntate, Mat; siéntate y quédate tranquilo.

Tine Mat se sienta. Rosa Portero abre lentamente la polvera plateada con las bolitas de pan amarillentas.

Tine Mat mira adelante hacia el vacío, y está de nuevo muy nervioso, sigue con su alucinación: Detuvieron la catástrofe en el último momento. ¡Hitler volvió, nuestro Führer ha vuelto, qué felicidad! Los ojos de Mat se encienden e inyectan de pronto; otro estertor. El mecanismo se ha detenido y ahora la plataforma se levanta otra vez según sus órdenes. ¡Mis carniceros bosnios, mis pollos halal, mis máquinas en el matadero del subsuelo! Pueden volver a respirar tranquilos. La plataforma sigue subiendo, se ríe Mat. Se cae el techo, por debajo y por las ventanas salen salchichas de Kranj hacia fuera. Nada las puede parar. Solo yo, Tine Mat, puedo detener el río de carne porcina que rueda hacia la ciudad y taponar las casas. La gente se asfixia bajo las inconmensurables cantidades de carne de cerdo y de tripas, grita Mat, y extiende los brazos hacia arriba, como si con sus propias manos fuera a detener el río de carne porcina que ve sobre sí. Algunas personas se salvan en los pisos superiores, en las torres o los campanarios. Desde allí miran el río de cerdo que inunda Maribor y solo se detiene en la cuesta del Calvario. Solo yo soy el elegido para cambiar el rumbo del destino de esta ciudad, resuella Mat; se para de un salto y manotea con todas sus fuerzas rebelándose ante el aire que lo rodea.

Bely le pone la mano en el hombro y lo vuelve a sentar.

Tú... resuella Mat y escruta un punto indefinido sobre su cabeza, ¿tú sabes qué necesita esta ciudad?

Bely se alza de hombros.

¡El azote divino! O mejor aún, Maribor necesita la sierra eléctrica divina. Con una hoja tan pero tan larga que mis carniceros bosnios puedan serruchar al medio de una sola vez el cerdo más grande de Kranj.

Mat vuelve a pararse, Bely le cae encima y lo vuelve a sentar, le vuelve a poner en las manos los rodillos del E-metro.

Siéntate, presidente, siéntate. Cuéntame, ¿eres parte del Gran Orco?

Soy un gran huracán que va a barrer de un soplo todo este cerderío de las calles de Maribor.

Tine Mat, repito por última vez, ¿eres parte del Gran Orco?

Tenemos que dejar al Calvario que duerma tranquilito. Que duerman tranquilas las mariborenses y los mariborenses. Que duerma tranquila toda Eslovenia. Yo los voy a salvar de los cerdos.

Tine, ¿sabes qué es el Gran Orco?

El presidente gira la cabeza y mira al vacío más allá de Bely. Su mandíbula inferior tiembla violentamente, le cuelga. La manecilla del E-metro comienza a oscilar de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Mat se golpea la frente con los dos rodillos del E-metro; le sale sangre. Rosa acude e impide que se siga lastimando.

No entra en la hipnosis, masculla Bely en el forcejeo.

Entra demasiado. Ese es el problema. Se ha perdido y no tengo idea de cómo traerlo de vuelta, dice Rosa Portero y se arrodilla sobre el pecho del presidente. Los espasmos musculares le sacuden a Mat todo el cuerpo.

Dásela, absolvámoslo, dice Bely mirando a Rosa.

¿De veras ya quieres que lo hagamos, si todavía no hemos averiguado nada de él?, le contesta Rosa y agarra con más fuerza a Mat para que no se caiga del sillón de cuero.

¿Piensas que podemos obtener algo más de él que podamos utilizar?, pregunta Bely.

Y el presidente todavía alcanza a gritar: ¡Al ataque! ¡Contra la masa creciente y palpitante de salchichas de Kranj! Y luego Bely le tapa la boca.

Un instante después Bely aúlla de dolor y saca la mano que el presidente le acaba de morder.

Toda la ciudad está ya bajo sus tentáculos y sus ventosas ya están agarradas del monte Calvario, ¿no lo ve? ¡Precisamos un salvador!, grita Mat.

Rosa agarra la polvera plateada.

Un par de minutos después golpea y entra cautelosa la secretaria con la advertencia de que en la recepción hace más de veinte minutos que esperan al presidente sus socios de Abu Dabi. Cuando abre la puerta, encuentra a Rosa Portero poniéndose el abrigo de piel negro con ese reflejo extraño —¿será de chinchilla o de marta cibelina... o de alguna piel especial?— y a Adam Bely guardando en su bolso de cuero una especie de aparato. La secretaria advierte que Bely aprieta en las manos un pañuelo ensangrentado.

Señor presidente, los enviados de Abu Dabi lo están esperando.

Que pasen, dice el presidente con una voz baja que no es habitual en él, y resuella levemente. Tiene una curita en la frente y la mirada perdida.

Bely y Rosa Portero se despiden. El presidente no responde el saludo. Desde la antesala penetra el denso almizcle que perfuma a los socios árabes.

CONTIGO NO TENGO FRÍO

Nada es lo que parece. Todo es lo que es, y al mismo tiempo, algo totalmente diferente. Cuando yo era joven, esta ciudad era bellísima a mis ojos. El parque, los veranos en los tres estanques de Trije ribniki o junto al Drava, sentarnos ante el Liceo II, crecer en el centro histórico, que entonces aún era vivaz, estaba lleno de gente y de esperanza. Ahora lo miro y veo todo su descuido. Hace dieciséis años mi ciudad se volvió mi verdugo, hoy han cambiado los papeles. Toda esta gente, estos destinos apelmazados en una sola bola roñosa. Hace dieciséis años yo sentía una excitación inmensa, hoy lo único inmenso en mí es la indiferencia, dice Bely.

Abre un frasquito, lo sacude suavemente. Dos pastillas azules caen sobre su palma y desaparecen en su boca. Rosa está de pie junto a él. Vestida con su abrigo de piel negro con capucha. Toma la mano de Bely, mira la cicatriz.

¿Aún te duele?

Un poco, pero no importa, dice Bely y retira la mano.

Con una herida fina en la palma no es posible predecir el futuro, dice Rosa. Tus líneas de vida están cortadas y borrosas.

¿Entonces, el destino no tiene poder sobre mí? ¿Eso quiere decir que tengo tanto tiempo disponible como para cambiar mi futuro hasta que la herida vuelva a cerrarse? Sonríe Bely y se pone su gabardina gris.

Ante el hotel El Águila hay parvas de nieve. El goteo desde los techos, las voces de la plaza del Castillo, los zapatos hundiéndose en la nieve blanda, un par de personas metidas bajo los aleros oxidados. El cine Udarnik, el cartel que dice CINE FEMINISTA. Adolescentes parados frente al McDonald's. Alguien arroja una bola de nieve, las chicas se ríen, hay un cesto de basura dado vuelta, todo abollado por los golpes, de los tiempos de Yugoslavia.

Sobre las cabezas hay cordeles de plástico, pelotitas anudadas y copos de nieve colgados, ositos, estrellitas que no se encienden ni por la noche. No han quitado los adornos de año nuevo; siguen sobre las calles de la ciudad vieja; como una telaraña en el cielo que atrapa a todos los que van por sus calles.

Las fachadas de los edificios eran tan odiosas que pensaba en matarme.

¿Cómo es posible que hables de las fachadas y no de la gente?, pregunta Rosa.

No entiendes: las fachadas son la gente. Pero a diferencia de la gente, las fachadas nunca mienten. Incluso las fachadas conservadas pueden ser odiosas; a veces más que las descuidadas. No tiene que ver con el cuidado sino con lo que proyecta la ciudad. Estos ladrillos, el asfalto y el vidrio. Detrás de ellos alguien vive día a día, los calienta con su presencia. Dieciséis años después miro esta ciudad y sé que no puede hacerme daño con su odio. En aquel entonces me sentía amenazado, incluso en peligro de muerte, porque no entendía. Ahora entiendo. Todo lo que nos rodea son posibilidades, potencial energético, material de reserva de la historia y los destinos humanos. Depende de nosotros que ese material sea o no activado y agotado. Y a la vez, todo se reconfigura permanentemente alrededor de estas posibilidades. Las constelaciones cambian permanentemente. Hoy no volverá jamás. Y puedes entender esto como un gran alivio o como una gran responsabilidad. No hay otra lógica que la necesidad imperiosa de perseverar, esperar el momento en que aparezca el pasaje. El pasaje de un estado a otro. Este es el momento.

¿De veras nunca lamentaste haberte ido de aquí?, pregunta Rosa, y pateo la lata vacía que tiene delante.

Jamás. Con la razón nunca sabemos del todo para qué tarea hemos sido elegidos. ¿Por qué justamente yo y no otro? Este saber está más allá de nosotros. Piensa en esto: ¡dieciséis años! ¿Quién eras tú hace dieciséis años?, pregunta Bely. ¿Y qué cambió en ti desde entonces? En dieciséis años he llegado a conocer algunas estructuras de las que antes no tenía ni idea de que existieran. Estructuras que determinan nuestro presente y nuestro futuro desde el lejano pasado. Cuando aún no tenía ese saber me desesperaba. Ninguno de mis actos, así fueran premeditados, con las mejores intenciones hacia mí mismo y hacia otros, tenía el efecto deseado. Todo lo contrario. Antes de irme de Maribor mi vida era un desastre. Hiciera lo que hiciera,

erraba mi objetivo. Todo se volvía contra mí y me hundía en la cloaca más profunda de esta ciudad.

Pista de patinaje junto al Monumento a la Revolución en la plaza de la Libertad. Unos quince niños; detrás, un gran montón de nieve. Junto a la pista hay un puesto de aguardiente de miel; dos borrachos, un grupo de obreros en overoles azules con gorros de lana; un poco más allá, hombres de corbata y gabardina. Atrás, sobre una base de madera, gira lentamente un globo inflable con un círculo negro y la leyenda MARIBOR - CAPITAL EUROPEA DE LA CULTURA. En pequeñas pausas, cuando se silencia el sonido machacón de Radio City, se oye el aire inflando el globo y los gritos de los niños.

Míralos, dice Bely. Son los típicos palillos chinos de Maribor. ¿Conoces el juego? El que primero mueve un palillo, pierde. Tienen buenas posibilidades de pasarse la vida así.

No sé, responde Rosa, a mí me parece gente de lo más corriente, como la que encuentras en cualquier ciudad.

Pero ya te he dicho que en esta ciudad nada es lo que parece. No quiero moralizar, no conozco a esta gente. Pero si son mariborenses y si alguno por casualidad consigue sacar uno de los palitos sin que los otros lo vean, se lo va a hundir de inmediato en la espalda a su vecino más próximo.

Rosa se le queda mirando: ¿No te parece que exageras un poco?

Bely se alza de hombros, le hace una sonrisa un poco forzada. Rosa va a comprar cigarrillos. Bely la espera; se queda observando a la gente a su alrededor. Le parece que fue apenas ayer cuando se paraba detrás de este mismo mostrador. Era de mañana, antes de empezar a trabajar en el teatro. Las discusiones sobre las funciones, urdir planes megalómanos, de los que se sabía de antemano que eran irrealizables, charlas de café. ¿Pero no es aquel hombre en el puesto uno de los técnicos del teatro?

Bely se resbala. Por un momento divisa el arco amarillo del sol, un huevo podrido en el cielo, después cae con un golpe seco en la nieve endurecida por el tránsito. Cuando vuelve a mirar hacia arriba, una vieja inclinada sobre él le sopla su aliento a cebolla y alcohol. Bely mira a su alrededor confundido. Nadie hace caso de su caída. Solo esta vieja borracha le tiende los guantes de lana sucios y por detrás su gran boca. En la abertura negra de la boca falta la mayoría de los dientes; solo a los lados hay un par de molares amarillentos. Bely se estremece de miedo. Desde el hueco de la boca de la vieja sale un

vaho de muerte y descomposición. Como si por la boca sucia mirara por un momento al otro lado, el lado oscuro donde no hay vida. Confundido, Bely toma la mano que le ofrece la vieja.

Pero en lugar de ayudarlo, la vieja lo empuja y vuelve a caer hacia atrás.

Para los pobres, una monedita para los pobres, señor.

Bely se pone de pie al instante. Cuando la mendiga ve que no va a recibir nada, escupe frente a Bely y sigue. Bely se le queda mirando a su paso; y en ese momento se sobresalta y comprueba que no le haya pasado algo a su portafolios negro. Parece que no hay nada dañado. Aliviado, Bely se sacude la nieve de la gabardina. Rosa ya está de vuelta. Enciende un cigarrillo y lo toma del brazo.

En la plaza vecina, la plaza Leon Štukelj, sopla un viento helado que mece las luces que cuelgan un poco inclinadas. El armazón de un escenario de concierto. Una mujer lleva de la mano a un niño en traje de esquí. El chico tiene unas enormes orejas de ratón y una nariz de ratón pegada al rostro. Arrastra las piernas aburrido. A la mujer se le hace tarde, tiene un gorro negro en la cabeza atravesado por una flecha. Arrastra al chico fastidiada en dirección del edificio del periódico *La tarde*. El chico se rebela, le saca la lengua, pero la sigue de todos modos. Bely empieza a sentir una picazón en el pecho, primero es casi imperceptible, pero luego es tan fuerte que se desabrocha la gabardina y se rasca furiosamente por entre los botones de la camisa.

Hotel City. Recepción; el portero los manda por el ascensor al quinto piso; el hotel huele a pintura fresca y a plástico.

Aquí te ensuciaste, dice Rosa Portero y le limpia con el guante a Bely la mancha de barro de la gabardina.

Es solo en apariencia, contesta Bely. Mi alma está limpia.

Rosa lo mira incrédula. Bueno, sabes que a veces no es fácil. Cada conversación cotidiana la vuelves un mensaje cifrado.

Rosa, sé que puede sonar mesiánico. Pero si a uno le pasa lo que me ha ocurrido a mí, si atisbas tu destino con tanta claridad como lo he atisbado yo, no quieres volver a perder el tiempo con frases hechas. Con el alma limpia he pensado que veo con claridad quién soy yo y quién eres tú; por qué estamos juntos aquí y qué tarea nos espera. Mira, si no estuviera limpio; es decir, si no hubiera limpiado mi pasado, jamás podría entender la tarea que me ha sido

confiada. Hoy nada aquí es distinto de lo que fue en el pasado lejano. Una de las almas primigenias tenía un programa distinto del de todas las demás, ¿entiendes? Ha sobrevivido la destrucción y la confusión de las almas de nuestros antepasados. Un *thetan* ha conservado su memoria y ha esperado hasta ahora. Mira, el día de hoy parece igual a cualquier otro. Pero al mismo tiempo, hoy se nos ofrece la posibilidad histórica de liberarnos y purificarnos. Esta suciedad en mi gabardina no es nada en comparación con la suciedad que en el pasado nos ha enturbiado el alma, Rosa. ¡Ahora terminamos con esto de una vez por todas!

El mesero recoge los abrigos. Rosa se queda con los guantes puestos. El mesero les señala la mesa. El restaurante da a la terraza exterior, mesitas de bar y calentadores de gas. Rosa sale y se acerca a uno de los calentadores, se enciende un nuevo cigarrillo y exhala el humo en dirección a las montañas nevadas.

Estas montañas son Pohorje. Dicen aquí que todo, lo bueno y lo malo, viene de Pohorje. Allí está el complejo de esquí de Pohorje, dice Bely.

Bely señala el corte en la ladera nevada de la montaña con la forma de una letra ye, donde no hay bosque.

Aquí abajo están los puentes nuevo y viejo del río Drava. Al otro lado está la zona industrial de la ciudad. Por la mañana, cuando estábamos en lo de Mat, viste esa parte. De este lado del río está la parte vieja. Alrededor están los barrios dormitorio, y enseguida empiezan los primeros pueblos. Y esta es la capital de Estiria.

Rosa exhala lentamente el humo y apaga el cigarrillo con el guante izquierdo. Tiembla de frío y se acurruca contra Bely apoyando el espeso cabello negro en su pecho.

Así que de aquí es de donde eres, dice en voz baja.

De aquí es de donde soy, responde Bely y sigue de pie, inmóvil. Aunque cada uno de nosotros puede ser de innumerables lugares.

Y a la vez de ninguno, contesta Rosa; y agrega después de un momento: la idea de no tener patria me hace feliz. La patria es algo aterrador. Prefiero no ser de ninguna parte. Prefiero ser huésped, turista, viajera. La sola idea de volver alguna vez al lugar del que he venido sería fatal para mí.

Te comprendo, dice Bely. Hace dieciséis años, cuando me fui, me juré no volver jamás. Pero mírame, estoy otra vez aquí. Pero hay una diferencia

sustancial. Cuando me fui pensaba constantemente en las palabras de un presentador de la antigua Yugoslavia. Había huido a Maribor desde Sarajevo, donde entonces estaban en guerra. Le gustaba bromear con que quería ir a Viena y le rogaba a dios por el camino todo el tiempo que lo llevara a Austria. Pero justo frente a Maribor se le reventó un neumático. Hay algo fatal en esta ciudad. Hace dieciséis años no sabía qué. Ahora lo sé.

Bely mira hacia abajo, a la corriente del río Drava. Grandes trozos de hielo flotan en el día gris; un rompecabezas que se va armando mientras lo arrastra la corriente impetuosa. Unos cisnes graznan en la orilla cuando se entremezclan con las palomas. Un gran centro comercial al otro lado del río invita a entrar con sus carteles de marcas de productos y con los alicaídos adornos de año nuevo. Al lado hay una gran obra en construcción. Sobre el cerco de la obra hay un gran cartel:

TAMBIÉN TÚ ERES SOLO ARTE

¡Qué tontería es esta!, «también tú eres solo arte», ¿qué querrá decir?, murmura Rosa y se aprieta más fuerte al cuerpo de Bely.

Otra vez unos artistas muy creativos, le contesta Bely y se sorprende a gusto entregándose al calor del cuerpo de Rosa, que atraviesa su camisa y deja una impronta cálida en su cuerpo. Bely se aparta. Tendría que decir más bien «también tú eres solo pasado». O alguna otra cosa. Ya ves, hoy en día es tan fácil anunciar todo como si fuera una obra de arte, y en realidad hay apenas una pizca de gente con ideas nuevas.

Bely toma a Rosa por los hombros. La mira en lo profundo de su ojo derecho marrón oscuro y de su ojo izquierdo de vidrio verde, de su diminuto rostro cubano, de su piel color chocolate y sus dientes blancos como la nieve. Toca suavemente uno de sus rizos y lo alisa hacia un costado.

Tú y yo estamos aquí para que todo cambie, para que del pasado se haga el futuro. La gente de esta ciudad vive desde hace mucho en el pasado. El pasado es una red inmensamente grande que arrastran a sus espaldas; se enredan en ella y antes o después caen, envueltos en el pasado como momias. Solo unos pocos logran salvarse, al menos en apariencia.

Bely baja los brazos de los hombros de Rosa y busca en los bolsillos de su chaqueta.

¿Qué buscas?, ¿tus pastillas?

Creo que los dejé en la gabardina. Brrr, Bely se sopla las manos. ¿Vamos adentro?

Si estoy contigo, no tengo frío, pero si tú tienes frío... dice Rosa, y mira al suelo, aññada.

Bely se rasca el pecho nervioso, se acomoda la camisa.

Rosa, desde que te conozco significas mucho para mí, muchísimo. Estamos en buen camino. Tenemos a ocho de la lista; aún no hemos descubierto a los otros cinco, pero pronto lo haremos, estoy seguro. Cuando el Gran Orco sea absuelto en su totalidad, todo será distinto. Mira, he pensado toda mi vida que tengo que luchar, que tengo que rebelarme, devolver a las personas diente por diente. Nada llega solo. A la vez es cierto también que todo está aquí, ya está; la cuestión es qué somos nosotros, qué vemos, qué reconocemos y qué pensamos, para poder obrar en consecuencia. El mundo es inconmensurable, y estamos ciegos a lo que se nos ofrece día a día. Pero el camino hacia el reconocimiento es difícil. A veces es necesario renunciar a todos y cada uno, ser una suerte de ermitaño para ser capaces de ver lo humano.

No soy justamente una asceta, mucho menos religiosa, dice Rosa y enciende un nuevo cigarrillo.

Esto no tiene nada que ver con la religión, absolutamente nada que ver. Solo tiene que ver con el pasado, con la verdad sobre el pasado, de dónde venimos y quiénes somos. Y sobre todo con la verdad acerca de quién podríamos llegar a ser y no somos, porque estamos todo el tiempo hipnotizados, limitados, ocultos tras los límites que nos hemos puesto nosotros mismos y que en esta ciudad son más estrechos, más agobiantes que en cualquier otra parte de esta parte del mundo. En este sentido, Maribor es una ciudad particular. Es difícil encontrar en muchos kilómetros a la redonda una ciudad con una mentalidad tan obtusa. No es casual, como no es casual que estemos aquí, tú y yo, hoy, en este momento. Llegar aquí significa llegar al interior de una pirámide de barro. Los guardianes de esta pirámide te van a hundir inmediatamente vivita y coleando, de modo que ni siquiera vas a saber que estás enterrada. En lugar de con arena, como hicieron los egipcios con los faraones, te van a enterrar con pequeñas historias e intrigas insignificantes. Te van a enterrar los fantasmas del pasado. Y no así como así, porque sea el

folclore local, sino más bien porque tienen una razón. ¡Tienen una maldita y muy buena razón para querer volvernos impotentes, Rosa!

El Gran Orco, dice Rosa y da una profunda bocanada de humo.

Así es, el Gran Orco, él es el guardián del pasado, de su misterio y su energía. Nosotros dos lo vamos a incapacitar para que a esta ciudad pueda llegar el futuro. El Gran Orco son trece personas. Ya hemos estado con dos. Aún tenemos que absolver a once. En la polvera hay unas cuantas bolitas, y estamos encaminados. Pero, Rosa, te está temblando todo el cuerpo. Ya ves, tienes frío aunque estés conmigo, esto quiere decir algo. Creo que lo mejor sería entrar; tengo hambre y la cocina de este lugar tiene buena fama.

EN OFF

Bely camina de acá para allá por el cuarto del hotel. Piensa. El suelo cruje y hay un leve olor a podrido. Detrás de las ventanas está gris. Rosa está sentada en la cama, tiene auriculares en los oídos, escucha lo que ha registrado la grabadora. La apaga.

No sé, seguramente estamos cometiendo un gran error.

¿Cuál error? ¿Qué?, murmura Bely para sí.

Tendríamos que haber recibido mucha más información de los dos. Hoy a la mañana con Mat fue más difícil; estábamos en presencia de la secretaria. Pero a Gramo tendríamos que haberlo interrogado más a fondo.

¡Olvídalo! Más preguntas no habrían aportado nada, créeme. Ninguno de los trece conoce a todos los demás, dice Bely y se rasca el cuello. Están vinculados por retazos de información, parte de la cual ellos mismos no saben que poseen. Tenemos que ocuparnos de una verdad que funciona en un nivel mental totalmente distinto y se actualiza a través del contacto directo con el pasado. Esta verdad está almacenada en otra parte, fuera de nuestro cerebro y nuestro cuerpo físico, dice Bely y se arrellana en la silla. Podríamos interrogarlos por horas y averiguaríamos solo algún fragmento más de sus vidas pasadas y presentes. Para los datos del nivel más profundo sería necesaria una regresión radical, y para algo así necesitas mucho tiempo y muchas sesiones; de otro modo puedes lisa y llanamente perder para siempre el alma del interrogado.

Bely mira el frasquito con sus pastillas sobre la mesa, lo sacude y pone dos pastillas azules sobre su mano.

El alma huye a un espacio intermedio y no hay posibilidad de traerla de nuevo, murmura Bely mientras se traga las pastillas.

Ese espacio intermedio del que hablas ¿es igual al lugar adonde van las almas cuando las absolvemos?, pregunta Rosa y se acomoda los guantes.

No, eso es otra cosa, dice Bely; se pone de pie y continúa con su marcha de aquí para allá por el alfombrado crepitante del cuarto de hotel. Mira, en el cuerpo de cada uno, también en el tuyo y en el mío, hay una multitud de almas. El Gran Orco está formado por cuerpos humanos en los que están atrapadas montones, un montón inimaginable de almas. Se trata de trece cuerpos humanos, cargados con un peso insoportable del pasado.

¿Son las almas de nuestras vidas pasadas?, pregunta Rosa y mira a Bely con su ojo marrón por debajo de la ceja.

Bely se detiene un momento y observa los rasguños en la puerta del cuarto: Aquí no importa si en el pasado cada uno de nosotros ha vivido muchas vidas, no importa que ya hayamos sido muchos. Eso está claro para cualquiera que haya experimentado un *déjà vu* alguna vez. Tú y yo ya nos hemos encontrado muchas veces a lo largo de miles de años, los dos lo sabemos. Nos hemos encontrado en distintas formas corpóreas, en distintos géneros, en distintas condiciones y distintos tiempos. Podemos rastrear hasta cierto punto las huellas de nuestros pasados con la ayuda de determinadas técnicas. Pero al mismo tiempo, nuestras almas están formadas por almas mucho más antiguas. Cuando absolvemos, perdonamos a estas almas primigenias que fueron traídas aquí hace millones de años, y con una muerte violenta de sus cuerpos quedaron en pena incesante. Justamente estas almas primigenias determinan qué somos aquí y ahora.

Bely se detiene al otro lado del cuarto; mira por la ventana. El cortafuego de la casa de al lado está bastante cerca, pero no se ve; la grisura se ha oscurecido. La franja frente al reflejo de Bely en la ventana se ha llenado de una penumbra espesa, algodonosa.

En la cienciaología nos hemos ocupado mucho de las entrevistas. Ahí las llamamos *auditing*. Pero para el *auditing* necesitas tiempo, y nosotros tenemos mucha prisa. Ayer, en el momento en que entramos en el restaurante Nuevo Mundo se desencadenó una serie de procesos. Nuestra única chance es reunir fragmentos de cada una de las personas de las que tenemos el nombre antes de que estos procesos concluyan. Conocemos los nombres de seis personas más. Esos nos tienen que decir quiénes son los miembros restantes del Gran Orco. Tenemos que encontrarlos y perdonarlo todo antes de que sea

demasiado tarde.

Rosa deja la grabadora y se sienta en el borde de la cama. ¿Y ese medidor tuyo lo sacaste de ahí?, pregunta y saca la cajetilla de cigarrillos; la pone sobre la mesa junto a la grabadora.

¿De ahí? ¿Quieres decir de los científicos?, pregunta Bely.

Rosa asiente.

Sí, es lo único que me llevé de los científicos. Les he dejado muchísimo más. Pero es así. También a ellos los he absuelto. En general, una de las peores cosas que podemos imponernos es arrastrar nuestro pasado con nosotros. La ciencia tiene muchas cosas con las que, ahora que la miro desde lejos, no puedo estar de acuerdo de ninguna manera. Pero en una cosa los científicos encontraron la clave: tenemos que salvarnos de nuestra carga, en especial de aquella que no sabemos que estamos llevando auestas.

Ay, Bely, en tu boca todo suena tan simple. Yo nunca voy a poder perdonar a la gente que intentó matarme, dice Rosa y enciende un cigarrillo.

¿Tienes que fumar también adentro?, dice Bely.

Rosa va hacia la ventana, la abre apenas, exhala el humo afuera.

Sabes, en una cosa estos hoteles socialistas superan todo el lujo capitalista, dice Rosa. Todos están tan apestados a tabaco que un poco más no le hace mal a nadie. Este hotel no tiene ni alarma contra incendio.

Bely se alza de hombros.

Rosa, estás diciendo que nunca vas a poder perdonar. Pero solo así hemos podido encontrarnos. Los dos deberíamos agradecer a esta gente; ellos hicieron posible que nuestros caminos se cruzaran. Sin ellos ahora no estaríamos sentados juntos.

Cerdos, masculla Rosa; exhala el humo y arroja el cigarrillo a medio fumar en la oscuridad. Con un golpe seco y metálico cierra la aldaba de la ventana.

Ayer volví a soñar con el pantano. Primero no podía dormir; esa mirada ausente de Gramo, después de que le dieras la bolita... no me dejaba en paz. Después por fin me quedé dormida. Por todas partes aparecían sanguijuelas; pequeños renacuajos me lamían, yo no podía correr, mis piernas no querían moverse. ¡Horroroso!

Bely mira el reloj. Vuelve a tomar de la mesa el frasquito, echa en la

mano dos comprimidos, los traga.

Eres un adicto a las pastillas, ¿sabías? Comes demasiado de esa mierda.

No son pastillas, es un suplemento alimenticio, contesta Bely y se rasca la panza.

¿Y qué produce ese suplemento alimenticio tuyo? Te deja en la piel y los huesos. En un mes se nota que has adelgazado al menos cinco o seis kilos, aunque comes normalmente. Está claro que es por las pastillas.

Estas pastillas disuelven la grasa del cuerpo. De acuerdo con mi teoría, es considerablemente más difícil identificar las almas que habitan nuestros cuerpos cuando los cuerpos están excedidos de peso. En la grasa humana tienen un refugio; se vuelven indefinibles y ocultas. De la grasa humana hacen su alimento y enturbian el mundo. No es casualidad que el ayuno sea una vía hacia la iluminación. Cuando ayunamos, le quitamos a las almas la posibilidad de esconderse, de nublar nuestra razón, de dominarnos.

Ante estas palabras, Rosa va nerviosa en busca de una bolsita que está sobre la mesa. En ella hay dos grandes botellas de coca-cola, chips y goma de mascar. Abre la bolsa de papas fritas y empieza a comer. Bely mira el reloj.

En unos veinte minutos salimos. Paso un momento por mi cuarto. ¿Te toco a la puerta, ok? Bely toma el frasquito con las pastillas y lo pone en el bolsillo de su sobretodo.

Rosa se lleva a la boca un puñado entero de chips. Las hojitas amarillas y pequeñas de papa y los cristales de sal se quedan pegados en los guantes. Mira intranquila a Bely y mastica.

En su cuarto, Bely se quita la camisa y la camiseta. Enciende la luz, se mira en un ángulo del espejo de baño roto. Su pecho está cubierto por largos pelos; por todos lados hay grandes y pequeños lunares. Bely se acerca más a la luz que está sobre el espejo, se palpa la parte superior del cuerpo. Se da vuelta, levanta el brazo izquierdo, revisa la axila, se da vuelta, revisa el cuello y la espalda, lo acerca a la luz para que nada quede sin revisar. Nada, nada por ningún lado.

Extraño, murmura Bely, muy extraño.

Rosa ya está en el pasillo cuando Bely sale de su cuarto. Afuera vuelve a caer la nieve. Rosa enciende un cigarrillo inmediatamente; aspira profundo, toma a Bely bajo el brazo. Juntos atraviesan la calle Gosposka, que antes era la calle de la élite de la ciudad y hoy es testigo del estado ruinoso en que se

encuentra el centro histórico. Débiles luces parpadeantes, tiendas cerradas. Sobre las cabezas de los dos el entramado de siluetas oscuras de los adornos de año nuevo desciende en algunas partes a una altura amenazadora; es más visible por la nieve fresca, que aquí y allá se queda pegada al plástico y a los cables. Hay unos pocos transeúntes. En la esquina hay un hombre con una caja de cartón: tiene una radio adentro. Se oye el chirriar de las canciones croatas. El hombre tiene en las manos una marioneta colgando de largos hilos transparentes; es un marinero. La marioneta se pasea por encima de la nieve sucia. No está claro si el hombre vende marionetas o el CD de música. ¿Venderá alguna cosa en absoluto? Hay un destello en la oscuridad. Un poco más adelante, un monumento barroco al fin de la peste en medio de la plaza. Tras el monumento hay otro globo con un signo inusual; bajo el signo, el cartel: CAPITAL EUROPEA DE LA CULTURA. Chirría, tiene el mecanismo que hace girar el globo un poco atascado por la nieve; se oye el rugir del aire que lo infla.

El puente está resbaladizo. Caen copos, hay humedad, la ribera del Drava, los automóviles que arrastran tras de sí mantos invisibles de ruido y plomo; el rumor del río, carámbanos que caen por el hierro de la baranda. En la mitad del puente, Bely se detiene; se inclina por sobre la baranda hacia la oscura corriente impetuosa que se aleja. Las luminarias parpadean sobre Bely y Rosa. Caen copos de nieve a toda velocidad hacia las profundidades: el río los arrastra hacia sí, es la atracción alucinante de la corriente, la sensación de que no es posible escapar a su poder.

Saltó desde por aquí, dice Bely.

¿Quién?, pregunta Rosa.

Un tipo al que yo conocía bastante bien. Éramos de la misma generación, crecimos juntos. Él escribía poemas y hacía *performances*; yo me dedicaba al teatro. Bueno, y más o menos en la misma época los dos tuvimos una gran crisis. Él vivía con su madre, yo ya alquilaba solo. Él se quedó en lo de su mamá, yo finalmente huí de esta ciudad. Eso es lo que me salvó. Si me hubiera quedado aquí como él...

Bely mira hacia las profundidades. El viento lo despeina y enreda su cabello.

Quién sabe... dice en voz baja Bely.

¿Qué pasó con él?, pregunta Rosa y se acomoda los rizos que le han

cubierto la cara.

Más o menos desde aquí saltó del puente. Era invierno como ahora, por la mañana temprano. Intentaron salvarlo, pero no hubo ninguna posibilidad. Desde entonces me visita de vez en cuando. Juega conmigo, me dice que me he vuelto un egoísta incorregible. Le explico que se trata de un egoísmo positivo; él se hace el que no entiende. Así fue entre nosotros desde siempre. Él era mezquino pero nunca tenía dinero, y en el grupo lo tenían por un genio pródigo a quien la vida no le perdonaba nada. Yo, que ganaba un sueldito, tenía fama de tacaño y engreído. Pasábamos mucho tiempo en Off. De esto hace ya casi veinte años.

Rosa enciende un nuevo cigarrillo, inhala el humo, tira el cigarrillo a las profundidades. Los dos se quedan mirándolo; la lucecita mínima se apaga durante la caída en la oscuridad, antes de que se la trague el rumor del río, que se lleva todo.

Hoy no me gusta su aroma, dice Rosa, y vuelve a apretarse junto a Bely.

Vámonos, dice Bely. El centro paracultural Off está justo detrás del hospital municipal. Hace un tiempo leí un dato en la prensa austriaca que dice que es un hospital líder en Europa por el número de reanimaciones exitosas. Es un dato curioso. La gente que ya está muy cerca de la muerte vuelve a la vida en esta ciudad más a menudo que en cualquier otra parte. Aunque volver no es un acto libre de la voluntad de los cuerpos en agonía, sino la acción de las almas que habitan los cuerpos reanimados. Las almas de la gente de aquí no quieren emprender nuevos viajes. Quieren quedarse lo más posible en las condiciones que tienen en este lugar. Estas condiciones son ideales para que todo quede como está. Todas las almas han sido sometidas a un lavado de la memoria radical. Sería demasiado doloroso volver a tomar conciencia de quiénes son y cómo llegaron hasta acá. Hace millones de años no solo se mataba a las personas, es decir a sus cuerpos. Esa es la parte más fácil de la tarea. Encontraban a la vez la forma de manipular las almas de los muertos. No puedes matar las almas, pero puedes quitarles su esencia; las transformas en sombras sin verdadera existencia. Nuestras almas, lo que vivenciamos como nuestras almas, no son verdaderas almas en absoluto. Son racimos de los restos de las almas manipuladas de nuestros antecesores. Nuestras almas son restos penosos, ciegos, que se aferran unos a otros por miedo a perderse de una vez y para siempre.

Rosa sonríe apenas ante estas palabras. Bely lo nota.

 De qué te r es?

Pero si no me río. Si lo pienso, cuando era niña creía en las almas. Después me convencí durante unos veinte años de que las almas no existían, de que estábamos aquí una sola vez, de que la vida no continúa. Un buen día igual a cualquier otro te ocurre algo que cambia tu vida por completo. La divide en dos. Y de pronto vuelves a creer en las almas. No s  si crees por miedo de que no haya nada detrás...  Tal vez las personas nos aferramos a esta creencia por impotencia?

Pero, Rosa...  no te visitan las dos?, dice Bely.

Rosa asiente. S , est n conmigo todo el tiempo, y por eso creo.  Pero es posible que las almas tengan miedo de ser destruidas si están aquí entre nosotros?, pregunta incrédula Rosa.

El alma que tiene conciencia de sí misma, seguro que no. Los *collages* fantasmales de nuestras almas sí tienen mucho miedo.  Y para qué querrían conservar con tanta insistencia en vida su cáscara corpórea? Tampoco hay en este lugar y en este tiempo nada tan atractivo como para que un alma en sus cabales quiera quedarse a cualquier precio. Aquí hay otra cosa. Pero seguimos luego. Pasa, ya hemos llegado.

El patio del viejo complejo industrial, un par de grafitis coloridos, el cartel OFF sobre la puerta giratoria que parece conducir al interior de un submarino. Dos tipos vestidos de cuero, fuman, cada uno con una botella de cerveza en la mano. Desde la oscuridad aparece una jauría seguida por sus cachorros; corren por la nieve en el patio; los tipos los miran, después miran entrar a Rosa junto a ellos hacia el interior.

El lugar es grande y frío. El bar está toscamente revestido con troncos; tras la barra hay una chica de suéter rojo, escucha acodada lo que hablan los del otro lado. En un rincón hay unas veinte personas reunidas. Charla animada y bullicio. Alguien se pone de pie, comienza a hablar; se opone al aumento paulatino de las presiones; tienen que mostrar de inmediato su resistencia con toda la fuerza, ya basta de negociaciones. El coordinador de la reunión escucha con atención, contesta que entiende las razones pero que el camino al objetivo es largo y vale la pena jugar la carta de la reflexión y la perseverancia. Abre la votación. La mayoría está con él.

La próxima protesta pública contra la construcción de una planta de

tratamiento de aguas bajo el monte Calvario será la semana próxima, el viernes frente al edificio del ayuntamiento. El comité de organización se vuelve a reunir el lunes, para afinar todos los detalles de la protesta. La información pública se hace por los canales establecidos, principalmente por Facebook. Por esta noche, es todo, dice el coordinador de la reunión.

Se ponen de pie, algunos se cambian a otras mesas, otros salen. En los parlantes empieza a chillar la música: *death metal*.

¡No puede ser! ¡Adam Bely! ¿Estás vivo? Es que no lo puedo creer, ¡jamás hubiera esperado que estuvieras aquí!

El coordinador de la reunión le da la mano a Bely, le palmea la espalda.

Este es Iván Dorfler, jefe legendario de Off; Rosa Portero, mi colega de Austria. Rosa está haciendo una nota sobre Maribor y quise mostrarle un poco Off; me imagino que no todos los periodistas vienen hasta aquí así como así.

No lo creerías, Adam, no son tan pocos los que vienen. El último año especialmente. Esto ya no es un agujero como en los viejos tiempos, sino un *hipster pleis*. Vengan, vamos a mi oficina para poder hablar tranquilos, aquí está un poco ruidoso.

Por todas partes hay libros y discos, un gran desorden, decenas de fascículos regados por toda la mesa; en la pared hay un retrato de Tito, Mao Zedong y la virgen María con la hoz y el martillo clavados en el corazón; a un costado un póster de la paloma blanca con una ramita de olivo en el pico. Hace calor y huele fuertemente a tabaco. En el piso hay botellas vacías, dos sillones de cuero gastados, una mesita de centro con un cenicero, colillas, manchas sobre la mesa.

Adam, no te he visto en al menos diez años, si no más.

Dieciséis, responde Adam y toma el vaso. Dorfler les sirve a todos tres dedos de whisky. Brindan. Mientras vacía el vaso, Rosa observa a Adam. No puede creer lo que está viendo su ojo marrón. Es la primera vez desde que lo conoce que ve a Bely tomar alcohol. Fondo blanco. Dorfler vuelve a servir. Les ofrece un cigarrillo, él y Rosa encienden uno cada uno.

No lo puedo creer. Bueno, casi no has cambiado nada, solo estás un poco más delgado y canoso. ¿Dónde has estado, por dios?

Bely va hasta la gabardina y saca el frasquito, toma dos pastillas y se las traga con un poco de whisky.

Bueno, emigré a Austria. Primero fui a Graz, después a Leoben. Trabajamos sobre todo en comunicación visual, anuncios de vía pública, márketing y esas cosas.

¿Y el teatro? Dorfler mira a Bely. ¿Desde cuándo puedes vivir sin teatro, Adam?

Sin teatro se vive mejor que con él, dice Bely y vacía su vaso.

Dorfler vuelve a servir.

Es que no lo puedo creer. Su amigo, dice Dorfler en alemán volviéndose hacia Rosa Portero, es el mayor fanático del teatro que he conocido en mi vida. Y créame que en esta ciudad hay unos cuantos. Ya en la preparatoria Adam vendió su alma al peor de todos los diablos: al teatro. Y ahora dice que ya no le gusta el teatro. ¿Qué ha pasado? ¿Tendrá este cambio algo que ver con usted, señorita?

Rosa hace una breve sonrisa. Enciende otro cigarrillo sin decir una palabra.

Conmigo está todo bien, no te preocupes. ¿Y tú? Veo que a pesar del tiempo el eros revolucionario no te ha abandonado.

La gente que viste afuera forma un equipo estupendo. Todos intelectuales. Todos conscientes, comprometidos, jóvenes que están hartos de la mierda neoliberal. ¿Has oído lo que ocurre en la ciudad? Un gran negociado, eso es lo que ocurre. La gente se muere de hambre. Y eso tenemos que terminarlo. Ya hemos tenido bastante. El descontento es muy grande. Uno de cada dos habitantes de la ciudad está desempleado. Y estos se ríen y nos roban en la cara. ¿Pero qué se piensan, que somos idiotas, que somos ciegos? El equipo que viste es el núcleo duro del comité de organización de protestas contra esta corrupta administración comunal. El alcalde Voda en mi opinión es el político más corrupto del país. Con el dinero que debía destinarse a ayuda social mandó construir ese palacio de arte que está por aquí un poco más adelante. ¿Lo conoces? Una galería inutilizable con un salón de fiestas enorme en el último piso, ascensor privado, oficina y *jacuzzi* solo para el alcalde. Con todo y todo costó lo mismo que un hospital. ¿Sabes lo que esto significa? Sabes bien que aquí se construye con los fondos públicos. Se cargan los ladrillos, sale el camión, y hay baches por todos lados frente a las casas de los políticos; *hop*, el camioncito salta y se cae un ladrillo al patio de uno; *hop*, y el ladrillo siguiente se cae en el patio de otro, y así

siguiendo hasta que el camión llega a su destino vacío. Pongamos a esta banda de ladrones en la picota, ya van a ver. Es tiempo de carnaval, ya van a ver ellos lo que es el carnaval.

Veó que no has cambiado en nada. Sonríe Bely ante el enfervorizado discurso de Dorfler.

¡Cómo que no! La última vez que nos vimos aún era ayudante; ahora soy decano, se ríe Dorfler. Sin broma. Tenemos que ponerle fin a este neoliberalismo. Y lo peor está por venir. El consejo comunal confirmó hoy el déficit presupuestario, más de doscientos millones de euros. Es más que el balance anual de la comuna. ¿Para qué? Para la planta de tratamiento de aguas en las inmediaciones del centro histórico de la ciudad. Según nuestras cuentas, algo así cuesta a lo más el diez por ciento de la suma prevista. Ellos quieren limpiar la mierda para poder echar aguas residuales en la napa subterránea del monte Calvario. Se van a enterrar en la colina, y de paso hacer una playa de estacionamiento para el alcalde bajo la colina vecina, la Pirámide, y algún que otro edificio de apartamentos para las amantes del alcalde. Y como construir en la colina es una caja de sorpresas por causa de la porosidad del suelo, la inversión se va a encarecer y encarecer y encarecer hasta que valga tanto como todas las almas que han quedado en esta ciudad. No. Aquí hace falta una rebelión, y hacen falta cambios; y las dos cosas hacen falta ya.

Qué bien que los intelectuales mariborenses anden en semejante éxtasis de activismo. ¿Así que no es más que $2 \times 2 \times 2$?

Ante estas palabras Dorfler suelta una risita. Su rostro adopta una expresión particular. Rosa lo nota enseguida.

Was bedeutet zweimal zweimal zwei? ¿Qué significa?, pregunta Rosa.

Era un juego tradicional de los jóvenes intelectuales mariborenses, explica Bely. Precisas dos jugadores. Estos dos jugadores se encierran en un lugar que solo se abre después de dos días. La tarea de los dos jugadores en ese lugar es transportarse lo antes posible al estado mental de un niño de dos años. No se trata solo de la forma de hablar sino también del estado de conocimiento, de la forma de caminar y gatear, de chuparse el pulgar y lamer el suelo. A su tiempo los participantes se relajan hasta tal punto que caen en una cierta forma de estado regresivo en el que, por ejemplo, se desnudan, se quedan mirándose los genitales, se chupan la baba uno al otro. Pelear por los

juguets o hacerse en los pantalones es algo habitual. Para llegar al estado de dos años de edad se permite absolutamente todo lo que contribuya al objetivo. Una cámara filma todo el tiempo. Para que los participantes miren cuando termine el juego lo que ocurrió en esos dos días. Eso en la medida en que consigan volver del estado de los dos años, claro.

Bueno, algunos siguen jugando este juego aunque su popularidad ha disminuido mucho. Ahora con los tiempos de internet las cosas se van al diablo. Las grabaciones empezaron a llegar a las manos equivocadas y dieron lugar a chantajes.

Dorfler saca el tabaco de la mesa y papel de armar; un gran cigarro de hachís lame la llama del encendedor, pica y enrolla con habilidad. Dorfler enciende, aspira profundo, se lo pasa a Bely, que se queda con el porro algún tiempo en las manos sin fumar, lo pasa de nuevo a Dorfler, pero el guante blanco de la mano izquierda de Rosa lo intercepta. Rosa aspira profundo, pasa el porro a Dorfler, que la mira todo el tiempo por encima de sus anteojos redondos.

Nos has traído una señorita interesante, Adam. ¿De dónde es usted, Rosa?
De Graz.

Quiero decir, ¿cuáles son sus raíces?

Mi padre es de La Habana, mi mamá es austriaca. Casi no conocí a mi padre. Llegamos a Austria cuando yo tenía cinco años. Mi padre nos abandonó pronto. Mamá siempre dijo que se había vuelto a Cuba a bailar salsa. Nunca volví a verlo, sonrío burlona.

¿Y usted trabaja como periodista?

Sí, estoy haciendo una nota sobre Maribor como Capital Europea de la Cultura para la radio austriaca.

Esta es la capital europea del clientelismo y de la basura neoliberal, no de la cultura. A los que están haciendo el programa para la capital europea les pagan de otro lado, de Liubliana; aquí han venido solo a recanalizar el dinero europeo. Si fueran honestos habrían destinado los mismos medios a cada uno de los trabajadores mariborenses del campo de la cultura. A cada uno un billete. Así al menos sabrían dónde estamos parados, quién bebe y quién paga. Sería el único modelo honesto de cultura democrática, no el oropel de las funciones de ópera para la élite. También la cultura tendría que democratizarse y solidarizarse, así no va. Los únicos representantes de la

cultura son hoy día los proletarios y los intelectuales, no estos lameculos capitalistas enamorados de sí mismos, autoproclamados élite artística.

Dorfler tiembla levemente, se pone de pie, busca en una pila de papeles sobre la mesa, saca un periódico.

Ustedes los periodistas deberían ser la voz de la conciencia del pueblo, no el clarín del capital. Miren esto. Miren los titulares de hoy. Madre ante los tribunales por haber hecho tatuar a su bebé de un mes contra la voluntad del padre. ¿Adónde hemos llegado, por el amor de dios? ¿Es una noticia digna de la primera plana? ¿No éramos una sociedad progresista y democrática, tan iluminada que además de todos los derechos humanos protege también el derecho de los padres a educar liberal y autónomamente? La madre le hizo tatuar al bebé el escudo de nuestro club de futbol, NK Maribor. Díganme, por favor, de una vez ¿qué tiene eso de malo? ¿Acaso toda crianza no es una sola y entera marca para el chico? ¿Ya no hay libertades individuales? Si le hubiera hecho tatuar a Jesús crucificado estaría todo bien. Pero así hay que llamar a los bomberos. Aceptarán que se trata de quién lo marca. Si seguimos así, no vamos a poder siquiera ponerles un nombre a los hijos. Tengo un hijo. Pero no puedo decirle nada. Y si le digo algo, ya ni me mira, está pegado a su iPad y dispara. Dispara un poco a los piratas, un poco a los de extrema derecha, un poco a los marxistas. Todo el día, sin pausa. Pum, pum, pum. ¿Adónde vamos a parar, díganme por favor adónde? ¿Vamos a ocuparnos de cada manchita violeta en el culito del bebé?, por favor, díganmelo ¿en lugar de ocuparnos de la planta de tratamiento que va a tragarse la mierda de todos los bebés y el dinero de los siguientes cincuenta o sesenta años, y así echar por el caño todo el ecosistema del monte Calvario? ¿O en lugar de ocuparnos del dinero que fue a parar a la construcción del centro cultural Marks? Ese es tu viejo amigo Andreas. Ni bien conseguimos salvarnos de ese vendedor de sueños y echarlo de la ciudad, ya estaba volviendo por la puerta trasera y nos empala con este nuevo centro cultural: el Centro de Desarrollo Cultural de Maribor Marks. Ya lo conoces Adam, has trabajado tantos años con él, o mejor dicho, intentado trabajar con él. ¿Sabes de dónde sacó el nombre Marks?, ¿de dónde sale la marca que designa la cultura de esta ciudad? Del hurón de su mujer. ¿No sabes que tiene hurones como mascotas? Tiene tres, y el mayor es Marks. Los más jóvenes son Groucho y Harpo.

Bueno, pero hasta donde sé hay unos cuantos en Maribor que tienen

hurones como animales domésticos, dice Bely.

Sí, si hasta mi hermana tiene. Les hizo extirpar las glándulas pero igual huelen como el diablo. Se me revuelve el estómago cuando voy a su departamento. Y estos engendros después te andan saltando por todos lados encima, se te cuelan por debajo del pantalón y la camisa o se te suben por los pelos, son un horror. Y más horroroso aún es que... no, lo más horrendo es que hay que cortarles las uñas, si no te arruinan todos los muebles. Y es imposible que uno solo se las corte. Al menos hacen falta dos personas para cortarle las uñas a un solo y pequeño hurón apestoso. Uno corta, el otro sostiene al hurón e intenta tranquilizarlo. Yo quiero mucho a mi hermana, lo sabes. Pero tener que ir todos los martes por la tarde a tener quietos a sus hurones mientras ella les corta las uñas va más allá de todo límite.

¿Qué hace Evelin?

Dorfler se pone de pie, vuelve a llenar los vasos. En la pared se escuchan golpes secos y regulares; parece que alguien diera unos quejidos. Del otro lado de la puerta insonorizada suena el *death metal*.

Trabaja en una empresa, gestión de inversiones, dice secamente Dorfler.

Ah, sí, ¿no estuvo antes empleada en el banco? ¿En qué compañía trabaja?, pregunta Adam Bely y saca la pluma del bolsillo. Rosa se incorpora y observa tensa sus movimientos apenas exagerados, de borracho.

Trabaja en la comuna. Pero no está en el círculo íntimo de este sinvergüenza; es la jefa del Departamento de Inversiones Sociales.

Se oyen quejidos más fuertes y respiración agitada. Claveteo al otro lado de la pared.

Los tiempos que corren no son fáciles. Todos tenemos que luchar. En la facultad hay estado de sitio: lobotomización imperante. No te das una idea de lo que hago para mantener una zona de pensamiento y de funcionamiento autónomos al menos aquí. La comuna nos ha cortado hace años toda forma de financiamiento. Así que sobrevivimos solos, en el mercado. Algo sacamos del café, algo juntamos de los espacios que damos en alquiler.

Los golpes en la pared son cada vez más fuertes y rápidos. Alguien jadea. Después solo se escucha el *death metal* ahogado tras la puerta al otro lado de la habitación.

Tienes unos inquilinos muy vivaces, dice Bely y empieza a mover la pluma fuente de izquierda a derecha.

Y qué vivaces... Aquí atrás está el club *swinger* para jubilados, probablemente el club más redituable de Maribor en este momento. Todos los burdeles ordinarios están en quiebra, aquí la cosa la organiza el club de jubilados. Y se han dedicado con mucho profesionalismo; con un alto grado de discreción y ética comercial. A mí no me molesta, si es que somos todos liberales, ¿o no?

Y tarde o temprano también nosotros seremos miembros. No hay que descuidarlo.

Dorfler se ríe un poco forzado, palpa su chaqueta, saca la cartera, toma la tarjeta de crédito y del otro bolsillo una bolsita de plástico. Echa sobre el periódico un poco de polvo blanco, lo pica finamente con el canto de la tarjeta de crédito, hace rolar el polvo blanco de una punta a la otra de la hoja de papel. El ojo de Rosa está muy tenso. Bely se esfuerza por atraer la atención de Dorfler sobre la pluma fuente.

Vamos, Bely, no pensarás que vas a hipnotizarme con un lápiz, ¿no?, dice Dorfler. Aquí tienes. Mejor échate unas líneas.

Bely guarda obediente la pluma en la chaqueta; se rasca la pierna. Toma el tubito que Dorfler ha armado con papel, se lo pone en la nariz. La raya de polvo blanco desaparece como agua en el desierto dentro de la nariz de Bely. Dorfler le ofrece la siguiente raya a Rosa Portero, que niega con un breve movimiento de cabeza y enciende otro cigarrillo. Dorfler esnifa la otra raya y carraspea. La tercera raya desaparece de nuevo por la nariz de Bely.

¿Por qué has vuelto, Adam?

¿Qué es lo que de veras quieres aquí?

He venido a ayudar.

¿A quién, a mí?

También a ti, Iván.

Aquí no necesitamos ayuda. Podemos resolver nuestros problemas nosotros solos. Te saliste del juego, Adam, ahora eres austriaco, vuélvete por donde viniste.

Eso intento, pero antes debo hacer algo muy importante.

Siempre todo ha sido muy importante a tu alrededor. Tan importante que daba lo mismo quién pagara los platos rotos de tus errores. Me dejaste varado, estaba todo arreglado. Yo tendría que haber llegado al consejo del teatro de Maribor, y lo habría hecho si me hubieras apoyado. Pero preferiste

apoyar a Andreas, que después te metió el pie. Ay, Bely, Bely blanco, tu nombre será muy blanco pero tus uñas están bien negras.

Estás borracho.

Ante estas palabras Dorfler se abalanza. La mesa con los vasos estalla, las colillas de cigarrillos salen volando por el aire viciado, es el papel picado en la niebla gris del baile de carnaval. En un santiamén Dorfler está sobre Bely, lo ahorca. Lo agarra por sorpresa, Bely intenta forcejear, resuella y manotea, pero Dorfler es mucho más fuerte y está completamente decidido.

¿Y tú vas a decirme borracho a mí? ¿Tú, piojoso inmundo, me vas a hablar a mí? Nunca tendrías que haber vuelto, nunca, ¿oyes?

Bely mira fijo el rostro desencajado de Dorfler, sus ojos voraces, inyectados, agrandados por los anteojos. De a poco le va faltando el aliento y las fuerzas. Bely mira la grieta en el techo sobre la cabeza de Dorfler. Ondula como una viborita, como un mapa oculto. Qué final más banal. Quién lo hubiera pensado. Ya casi, ya casi va a cerrar los ojos y se va a dar por vencido.

De pronto la presión de las manos de Dorfler cesa. Bely recupera el aliento, tose. Dorfler se arrodilla en el suelo sucio a su lado. Tiene la boca abierta de dolor. Está inclinado hacia delante, con las manos extendidas hacia la mesa de centro dada vuelta. Parece un criminal que la policía acaba de desarmar. Sobre Dorfler está Rosa Portero, de pie; lo tiene agarrado del cuello con la mano izquierda. La escena es un tanto extraña, una morena menuda tiene del cuello al enorme Dorfler. A él se le saltan las lágrimas de dolor por detrás de los anteojos.

Bely se pone de pie, saca el E-metro de su portafolios, le pone a Dorfler en cada mano un rodillo y enciende el aparato. Mientras tanto comienzan otra vez los golpes en la pared, las respiraciones agitadas, los jadeos.

¿Por qué me atacaste, Iván?

Sabía que venías y que no traías nada bueno. Cuando te miré y te escuché, se me despertaron todos los recuerdos de nuestro pasado común y todo lo que me hiciste a mí y a mi hermana.

A Evelin no le hice nada.

Eso es lo que piensas, Bely. A veces el hecho de no hacer nada es hacer algo peor que la peor maldad.

Exageras.

Tal vez. Tipos imaginativos como tú seguro sabrán ponderarlo objetivamente.

¿Qué hace tu hermana?

Te dije que trabaja en la administración comunal.

Bely comprueba la oscilación de la manecilla en el E-metro. El golpeteo en la pared se vuelve más rápido y fuerte. Rosa mantiene a Dorfler en el suelo con los dientes apretados; parece que su fuerza es increíble.

Cuéntamelo todo, Iván.

Ni mierda.

Rosa aprieta un poco más fuerte, Dorfler suelta un quejido.

Mi hermana y yo tenemos una empresa; a decir verdad somos tres socios: nosotros dos y Don Kovač, el director de Capital Europea de la Cultura. El verdadero dueño es otro, nosotros somos prestanombres.

Y qué hace esta empresa.

Tenemos un hogar de ancianos. Un hogar especializado para ancianos.

¿En qué sentido especializado?

Un hogar de lujo para ancianos.

Bely mira la manecilla del E-metro: oscila; asiente mirando a Rosa y ella aprieta a Dorfler con más fuerza. Es una presión fuerte, como de tenazas, no de manos de mujer.

Aunque no está permitido por la ley, practicamos la eutanasia a los que lo desean. Aliviamos la agonía de los desventurados; Adam, déjame en paz, qué quieres que te diga.

¿Eso es todo?

Es todo, sí.

Bely mira la manecilla, que se inclina mucho hacia la izquierda.

Mientes.

Bueno, el deseo pueden manifestarlo también los familiares de nuestros clientes. La mayoría de las veces son ellos quienes muestran interés en la eutanasia. Sabes cómo es, Adam, tú mismo tuviste un padre demente del que no querías ocuparte. Nosotros resolvemos con discreción esos contratiempos.

Ante estas palabras Adam Bely se pone pálido. Patea a Dorfler en el vientre con todas sus fuerzas y este se desploma por el dolor.

Nunca más, ¿me oyes? Nunca jamás vuelvas a mencionar a mi padre,

¿entendido?

Dorfler vomita un poco de sangre. Asiente y se incorpora sobre sus rodillas. Bely vuelve a meterle en las manos los rodillos del E-metro.

¿Has oído hablar del Gran Orco?

No sé nada de eso.

Mientes.

Bely lo vuelve a patear, esta vez en la entrepierna. Los rodillos del E-metro ruedan por debajo de la mesa. Dorfler se retuerce en el piso.

No sé quiénes son los otros. Solo sé que el núcleo duro se junta en los estrenos del teatro de la ciudad. Tal vez tendrías que ir a ver a la directora del teatro y preguntarle a ella.

Dorfler pronuncia las últimas palabras con particular desprecio. Tras la pared se oyen golpes rápidos, luego grititos. El *death metal* sigue asordinado.

Dame las bolitas.

Schon jetzt? ¿Ya?, dice Rosa.

Dámelas.

Rosa saca la polvera plateada.

No esas, dame las negras, dice Bely alborotado.

¿Estás seguro? No te parece mejor...

¡Dámelas!, grita Bely.

Rosa asiente y abre un compartimento especial de la polvera. En él hay un par de bolitas iguales a las otras, apenas un tono más oscuras.

Dorfler toma una.

Que tus almas sean perdonadas, dice Bely y le mete una bolita en la boca ensangrentada a Dorfler. Todo el cuerpo de Dorfler empieza a temblar. Por un momento, a Rosa le parece ver sombras que atraviesan el humo espeso de cigarrillo que flota en el ambiente. Luego Dorfler se calma. Ya parece que va a quedarse dormido, cuando abre los ojos de par en par, se incorpora en cuatro patas y comienza a lamer las botas de Rosa.

Vámonos, rápido, dice Bely.

Solo cuando ya están cruzando el puente desaceleran el paso. Por entre la nevada se cuelan las luces de la nueva galería de arte y centro cultural Marks. Rosa señala a sus pies. Por debajo de los dos, colgados de largas cuerdas, hay muñecos de plástico inflables de tamaño humano con la fotografía del alcalde

en el rostro.

Mientras estábamos adentro los han colgado los activistas de Dorfler, dice Bely.

El viento mece los muñecos de plástico de aquí para allá; se ven aterradores, como verdaderos cadáveres, aunque más livianos.

Como si fueran almas meciéndose, dice Bely.

No deberías tomar, dice Rosa. No puedes con el alcohol. Y menos con la cocaína.

Bely se queda callado. Luego de un momento dice:

Cuando era estudiante, Dorfler tenía un fetiche particular: las cenizas de las esposas de dictadores. Una noche se robó del cementerio Pobreško el reciente contenido de las cenizas de la mujer de un exjefe del Comité central esloveno. Le gustaba cocinar. A menudo íbamos a cenar a su apartamento de la ciudad universitaria, y si se daba la ocasión, agregaba como condimento especial para el plato elegido una pizca de cenizas. Una noche que habíamos tomado mucho, desparramó por accidente el precioso contenido de su pequeño salero. Y para salvar al menos una parte de las cenizas para sí, se echó al suelo y las lamió hasta que no hubo más.

Rosa se enciende un cigarrillo, el viento se lleva un par de chispas, almas ínfimas, hacia la oscuridad.

¿Por qué le diste a Dorfler una bolita negra, Adam? ¿Cuál es la diferencia?

Las negras actúan sin lapso intermedio, de inmediato. Su efecto final no es distinto del de las claras, dice Bely. En ambos casos se alcanza a informar a las almas ignorantes. Con la ayuda de la información que se les ha imbuido, las almas pueden pasar a otro nivel. La cáscara corpórea conserva todas las funciones físicas, pero sin almas atrapadas en un programa psíquico que para cada cuerpo es individual y se establece en la primera infancia, si no antes.

Bely se queda callado. Una racha de viento helado trae con la nieve el olor de la cabellera de Rosa. El cansancio se hace sentir en todo su cuerpo. La ciudad les descubre su páramo nocturno recién blanqueado, mientras avanzan con cuidado por el pavimento resbaladizo en dirección al hotel.

ENFOQUES EUROPEOS

¿Quién no conoce en esta ciudad a Laszlo Farkas, el lobo, célebre fiscal que ha hecho carrera con procesos anticorrupción de resonancia mediática? Su nombre es sinónimo de condena a los grandes mequetrefes que han llevado a cabo la injusta apropiación de bienes socialistas durante los tiempos de la transición, la privatización salvaje, el lavado de dinero, la quiebra dolosa de empresas, el negocio de la falsificación de acciones y certificados de propiedad y de cualquier otro medio para hacerse de una enorme riqueza en el corto plazo y de manera deshonesto. Los directores empiezan a temblar en el banquillo de los acusados cada vez que oyen el apellido Farkas. Es célebre por los casos Patex, Botox, Pimpex y otros muchos, que acabaron en condenas de muchos años para la flor y nata de la clase empresaria eslovena. El aspecto físico de Farkas jugó un papel no menor en su reconocimiento público. Farkas padece de glaucoma desde hace varios años y eso le da un aspecto un tanto demencial. Sus ojos enrojecidos, desorbitados e inflamados, que jamás parpadean, infunden terror en quien los mira aunque nada más sea al pasar. Farkas llegó hace muchos años desde Lendava, una pequeña ciudad en la frontera con Hungría, donde tenía un despacho de abogados. Abandonó la práctica independiente cuando se mudó a Maribor y obtuvo su nuevo puesto en la Fiscalía del Estado especializada en delitos económicos graves y otros crímenes.

Es la tarde del viernes, temprano, alrededor de las 13:30. Farkas sale del juzgado. A la vuelta ha dejado su BMW blanco. Se sube y sale por el puente de Tito, pasa por el hospital en dirección a Pohorje. Allí se detiene en el bar Žoga. Es el ritual acostumbrado de cada viernes para Farkas. Ahí lo espera el director del club de aficionados de fútbol Voley. Quince minutos después Farkas deja el bar, vuelve a la ciudad, donde tiene su casa al pie del monte

Pirámide. Levanta el portón del garaje con el control remoto, aparca.

En la puerta de entrada Farkas nota que la alarma está apagada otra vez. Va a tener que llamar de nuevo para que la reparen; suspira y abre.

¿Vila?, ¿dónde estás, Vila?, llama Farkas.

No hay respuesta. Farkas está sorprendido; su perra caniche lo espera siempre en la puerta.

¡Durmiendo otra vez, haragana, floja! ¡Vila, ven aquí!

En la sala lo espera una escena aterradora. Vila está inmóvil en el suelo. Cajones abiertos, cosas regadas por todos lados. Una botella de whisky sobre la mesa. En el sofá está sentada Rosa Portero con un revólver en su mano izquierda y un cigarrillo sin encender en la boca.

Bueno, por fin. Ya estaba pensando que te habías olvidado de mí, dice en alemán y enciende el cigarro. Se puede, ¿no? No te preocupes, Vila está dormida. En un par de horas se va a despertar; y dependiendo de cuántos somníferos haya comido con su alimento, es probable que tenga un fuerte dolor de cabeza. Qué animalito tan voraz es tu perrito.

En ese momento llaman a la puerta.

Debe ser la entrega de flores. Ven, vamos a abrir la puerta.

Farkas va lentamente hasta la entrada con las manos en alto por delante de Rosa.

Pregunta quién es, ordena Rosa.

¡Florería! Se oye desde afuera.

En Maribor no se hacen entregas de flores, salvo en el cementerio, dice Farkas, seco.

Eso se llama enfoque europeo, dice Rosa.

Farkas le abre la puerta a Adam Bely. Un par de minutos más tarde, Farkas está sentado en el piso de la sala, maniatado. Tiene los rodillos del E-metro en las manos. Junto a él ronca profundamente su perra caniche Vila.

¿Es solo un capricho de él o eso de pintarle la cola de color violeta al caniche es parte del folclor mariborense?, pregunta Rosa a Bely mientras registra la gabardina y el portafolios de Farkas. Saca un sobre: cuenta al menos 30 mil euros.

¿Qué es esto?, dice Bely y enciende el E-metro. Rosa enciende la grabadora y el siguiente cigarrillo.

En esta casa no se fuma, dice Farkas con voz calma.

¿De dónde salió este dinero?

Se lo presté a alguien y ahora me lo devolvió.

Entiendo, dice Bely y observa la oscilación de la manecilla del E-metro.

Eres de Lendava, ¿no es así?

Y tú, por cómo hablas, podrías ser de Maribor, le responde Farkas. ¿Sabes cuál es la pena para lo que están haciendo? No escapan a diez años y ya pueden rogarme que los derive a mi colega fiscal para que lleve su caso y no los pongamos a la sombra hasta el día de su muerte.

El lema de su despacho de abogados era *Suum cuique*.

A cada cual lo suyo. Así es, dice Farkas.

Supongo que también corresponde a ese lema el sobre con dinero.

Eso pueden discutirlo con la policía, mejor aún si es en la celda de aislamiento; ahí los dos van a tener mucho tiempo para reflexionar.

Ya basta, Farkas, el sobre te lo dio el jefe de los Voley, Tomi. ¿De dónde saca un muchacho que está en la calle semejante cantidad de dinero?

Farkas se queda callado. Bely golpea lenta y regularmente la pluma sobre la palma de su mano. Al lobo Farkas se le saltan aún más los ojos inyectados; mira con atención las manos Bely. Una mano está herida. Mira la pluma, después a Bely, después la cola violeta de Vila; el pelaje del perro se levanta y vuelve a bajar con la respiración. Oye las palmadas de la pluma de cerámica contra la palma herida, las vibraciones que se esparcen por el aire con regularidad, que llegan hasta él y rebotan de vuelta hacia Bely. Bely siente cómo se esparcen las vibraciones regulares por todo su cuerpo. Observa los grandes ojos inyectados de Farkas, que nunca se cierran y lo miran con ansiedad. Están cansados. La densa red de capilares ha hecho un capullo de cada esclerótica. Parece que en cualquier momento se van a asomar en ellas mínimas arañitas, la cola violeta de la pluma, huella de sangre, cerámica, la cuenca de un río llena de sangre, una suave alfombra persa, latidos del corazón del perro, una mirada que hace el trabajo duro, temblores, el suelo se ahueca, se abre el lugar, tic, cede, ondea como una sábana, tac, la mano, los ojos, la cola, tic, el lápiz, la respiración, tac, la cuenca del río.

Es la voz de Rosa, está llamando a Bely, que finalmente abre los ojos. Hay algo suave debajo de él. Tiene la nariz y la boca llenas de pelos violetas

de la cola de Vila, que está tendida a su lado sobre el tapete.

¿Qué pasó?, ¿dónde está Farkas?

No te preocupes, está arriba, en el dormitorio; lo puse a resguardo antes de venir a despertarte. Te hipnotizó mientras intentabas hipnotizarlo a él. Jamás vi algo así. De pronto los dos habían caído uno sobre el otro.

Mi cabeza.

Tuviste suerte. Por un pelo no caíste sobre el borde de la mesa; te derrumbaste suavemente sobre el pelaje de la señorita Vila y probablemente le rompiste todos los huesos. ¡Pobre animal!

Ven, vamos arriba, dice Bely, toma el E-metro y se bambolea escaleras arriba.

En el primer piso la puerta del dormitorio está abierta de par en par. Farkas está atado, tendido al lado de la cama. Tiene la boca taponada con cinta adhesiva. Bely levanta a Farkas y lo pone frente al espejo.

Tendrías que practicar más, murmura Bely, ni la hipnosis frente al espejo te sale.

Bely sale y vuelve con su gabardina; busca, saca el frasquito con las pastillas.

¿No le irás a dar tus comprimidos para adelgazar...? Se ríe Rosa.

Bely la taladra con la mirada, serio. Sigue buscando en la gabardina. Saca un estuchito, una ampolla, una aguja; la pone en la jeringa, le arremanga la camisa a Farkas, que se resiste, pero no tiene fuerzas. El brazo de Farkas muestra sobre el deltoides el escudo tatuado del Maribor, el club de fútbol: un castillo con un pajarito en un pétalo de violeta. La aguja penetra el castillo, la piel se tensa levemente, la escena queda detenida por un momento. Farkas se calma y se vuelve casi insensible.

Tenemos unos veinte minutos, dice Bely, el efecto del suero no dura demasiado.

Bely le arranca la cinta adhesiva de la boca a Farkas y enciende la grabadora.

¿De dónde sacaste ese sobre con dinero?

Farkas farfulla algo incomprensible. Bely lo agarra de la camisa y le propina un par de bofetadas.

¡Responde! ¿De dónde salió el dinero del sobre?

Es el cobro semanal de mis aficionados.

¿Tus aficionados?

Nadie sabe; todos piensan que los Voley son una barra de aficionados de futbol, pero una parte de ellos es una formidable organización a mis órdenes.

¿De qué se ocupa esta organización?

De la protección personal; en primera instancia de políticos, pero también a menudo de empresarios. Si estás protegido, es bastante menos probable que te encuentres conmigo en la corte. Y hay otros pequeños asuntos.

¿Por ejemplo?

Venta de ladrillos.

Este año, durante el tiempo de la Capital Europea de la Cultura, es particularmente redituable, porque llegan a la ciudad muchos turistas incautos. El Voley les vende ladrillos.

¿Qué tipo de ladrillos?

Comunes y corrientes. Un grupo de aficionados para a un turista y le pregunta si compra un ladrillo de Maribor por cien euros. Si no quiere, recibe un ladrillazo por la cabeza. Así que todos compran. Y entonces el precio sube tres veces o más.

¿Y qué obtienen los aficionados a cambio?

Lo clásico: un porcentaje de la ganancia.

Además soy el patrocinador de sus viajes a los partidos y de sus espectáculos artísticos.

¿Sus qué?

Sus espectáculos artísticos entre partidos: petardos, antorchas, festival de fuegos artificiales, todo coreografiado con un tema musical y palmas. Los aficionados se consideran artistas urbanos, ¿no lo sabías?

Durante el interrogatorio, Rosa va abriendo las puertas de los clósets y sacando vestidos largos de mujer, pelucas, corsés, ropa interior femenina.

¿De quién es esto?

Eso es mío, me gusta andar vestido de mujer y que nadie me reconozca. Aquí en Maribor no puedo permitírmelo, pero a menudo voy a Viena o a Budapest y ahí sí me entrego a mi pequeño vicio.

¿En qué piensas si te digo Gran Orco?

Cuando era niño robaba elotes. Una vez me pescaron y me dieron una

paliza. Y entonces me juré que nadie más me iba a dar una paliza, que iba a ser yo quien tuviera el látigo en la mano. En el año 1945, mi padre fue enviado como agente especial de inteligencia de OZNA a arreglar la cuestión de los judíos húngaros y eslovenos que de milagro habían sobrevivido a la guerra. En dos meses arregló toda la cuestión. En Prekmurje ya no quedó ningún judío más. Les dispararon mientras tuvieron municiones; después tuvieron que enterrarlos vivos. Mi padre nunca hablaba de eso. Yo también tenía que cavar, cuando hacía algo malo o cuando él se enojaba. Me daba una cucharita de oro; me echaba al jardín y ahí tenía que arrodillarme y cavar hasta que hiciera un hueco tan grande como para meterme yo mismo adentro. A veces era imposible. El suelo estaba demasiado húmedo o demasiado duro, o era invierno y estaba helado. En la cucharita de té estaba inscrito: ALLES IST GEISTIG; todavía me acuerdo cómo me salía sangre de las ampollas; pero mi padre no se inmutaba. Tuve suerte de que me dejara con vida. También ahora tengo suerte de que el Gran Orco me deje vivir. El Gran Orco es mi verdadero padre. Me lleva por los campos de maíz, me da el látigo y la cucharita, y ahora soy yo el que da las palizas a otros. No, no. Nadie me va a volver a dar una paliza, nadie más.

Farkas se echa al suelo y se cubre la cabeza con ambas manos. En esa posición se le ve el tatuaje que tiene en la espalda baja. Rosa da un salto.

Bely le desabrocha el cinturón a Farkas y le descubre el trasero. Sobre el agujero está el tatuaje: el cuerpo de dos gemelos crecidos, un cuerpo con dos cabezas.

¿De dónde sacaste esto?

Déjenme, dejen mi culo en paz, me duele, grita Farkas, y se le llena la boca de espuma.

No vamos a hacerte nada, Farkas, ¡cuéntanos solo de dónde sacaste esto!, grita Bely.

De mis hermanos. Solo ellos me quieren con verdadero amor.

Bely se rasca el cuello, mira a Rosa. Ella, que al principio estaba demudada, ahora camina de aquí para allá por el cuarto a punto de explotar.

¿Fuiste alguna vez a Balatonkenese?, grita Bely. ¿Nos has visto antes alguna vez?

Solo aquella noche, cuando estabas en la gran prueba. El gran abad tendría que haberte matado; a los dos los debería haber matado. Pero tenías la

marca, todos se asustaron y te dejaron tendido ahí con ella. Fue un gran error, pero el temor ante la marca de tu pecho fue muy grande.

¿Qué marca era esa?, pregunta Bely y se rasca fuertemente el pecho.

La marca del regreso. Se movía por tu cuerpo y te cuidaba. Nadie tiene esa marca. Solo el círculo más íntimo de los consagrados conoce la historia de esa marca, pero nadie la vio jamás en ningún hombre.

¿El regreso de qué?, ¿quién va a regresar?, pregunta Bely.

De los ojos hinchados de Farkas saltan lágrimas mezcladas con sangre. Es algo horrible de ver; dos arroyitos de sangre viscosa mojan su rostro tenso y contrito.

No, déjenme, solo dejen de golpearme. Aquí están todos los elotes, aquí están... ¡No, a mí no, mátenla a ella, ella es la gemela, la gemela maldita!

La furia de Rosa entretanto se vuelve completa impotencia. Se desmorona, llora. Bely intenta calmarla. Cuando la toca, Rosa comienza a gritar, se abalanza y con la mano derecha golpea con todas sus fuerzas la puerta del clóset. La puerta se estrella con el golpe.

Mírala, te lo digo, es una bruja, ¡mátala, mátala!, grita Farkas temblando. Tiene saliva y espuma blanca alrededor de la boca. Por sus mejillas corren dos arroyitos de sangre que salen de sus ojos.

¡Cállate!, grita Bely y golpea a Farkas, que cae por el suelo.

Bely quiere abrazar a Rosa, pero ella lo rechaza y él cae encima de Farkas. Rosa vuelve a desplomarse sobre la cama, llora. Bely se pone de pie, le saca la polvera del bolsillo, abre el compartimento más pequeño, saca una de las bolitas de pan oscuras.

¿Qué sabes del Gran Orco?

Está aquí. Por todas partes. Ha venido a darte una paliza a ti también, porque has sido travieso. Todo el que ha sido malo, tiene el castigo que se merece.

¿Cuánta gente en Balatonkenese sabe algo del Gran Orco?

Farkas se incorpora sobre sus rodillas con dificultad. Está todo ensangrentado. Empieza a reírse a carcajadas y a viva voz.

Tú, muchachito travieso, tú no tienes ni idea. ¿No has escuchado a mi papá el Orco? Solo yo soy hijo del Gran Orco. El Gran Orco de Maribor. Mi papá tiene muchos hermanos. En cada ciudad mi papá Orco tiene un gran

hermano. Y cada hermano de mi papá tiene muchos hijitos.

Farkas se ríe con más fuerza. Cae redondo al suelo y rueda en una risa histérica. A la vez le sale cada vez más sangre de los dos ojos.

¿Quiénes son los otros miembros mariborenses?, grita Bely y abofetea a Farkas. Farkas empieza a toser y a retorcerse. Le sale sangre de los ojos.

No hay caso, el suero pierde efecto, dice Bely y mira a Rosa. Absuélvelo.

Bely pone una bolita en el guante trémulo de Rosa. Rosa mira fijamente a Bely, lo perfora con una mirada espeluznante.

Pronto a Laszlo Farkas lo sacuden los calambres. Algo espeso se levanta de su cuerpo, sale flotando por la habitación. El cuerpo de Farkas se detiene; por algún tiempo está completamente inmóvil, luego empieza a gritar con todas sus fuerzas. Todas las venas del rostro están en completa tensión, los ojos aún más hinchados, le sale saliva por la boca abierta. Pronto no sale más ningún sonido. Gritos sin voz, eso es lo que le ha quedado a la cáscara del cuerpo del fiscal del Estado Laszlo Farkas después de que fueran absueltas sus almas.

GEMELA

De vuelta en el hotel, Rosa se va a su cuarto sin una palabra, cierra de un portazo y echa dos vueltas de llave. Bely golpea un par de veces. No hay respuesta. En su cuarto, Bely toma dos pastillas, se las traga con agua mineral, y luego otras dos. Toma el periódico local, pero se empieza a adormecer antes de terminar de leer la primera página.

Se adormece en una nube de humo de cigarrillo. En el sillón junto a su cama está Rosa Portero sentada, y fuma. En la mano izquierda tiene una botella de whisky vacía hasta la mitad.

Dime si tú también lo crees, dice Rosa con su voz profunda, más ronca que de costumbre.

¿Si creo qué?

Si tú también crees que los gemelos somos gente inferior porque solo tenemos un alma.

¿Por qué me preguntas semejante tontería, Rosa, si ya sabes la respuesta?

¿Y entonces por qué estabas allí, Adam Bely? ¡Maldito Adam Bely! ¿Por qué aquella noche estabas allí para matarme?

Bely se incorpora en la cama.

Los dos estamos aquí, Rosa, juntos, vivos y sanos.

¿Vivos? Tal vez solo tú estás vivo. Tal vez yo no pueda estar viva, al menos no tan viva como ustedes, la gente superior, ustedes, la gente completa, con dos almas.

¡Eso lo creen solo los miembros de la logia de los Gemelos, Rosa!, dice Bely.

¿Y tú, Adam Bely, en qué crees tú?, grita Rosa. ¿Que en las personas normales hay un millón de almas, y en cada gemelo solo medio millón?, ¿que

los gemelos somos la raza humana inferior?, grita Rosa con su voz profunda y ronca.

Bely calla.

Rosa se pone a llorar. Bely la mira un tiempo inmóvil, luego le acaricia el pelo, y las pestañas llorosas de Rosa se levantan. Sin llegar a mostrarlo, Bely se asusta un momento de su ojo de vidrio, y la reacción lo sorprende a él mismo. ¿Cómo ha podido asustarse de algo tan bien conocido? Rosa lo nota. Se retira avergonzada.

Igual, eres igual a todos los otros. La culpa la tengo yo. No sabes cuántas veces en la vida me he preguntado a mí misma por qué. ¿Por qué todo esto me pasa justamente a mí? Estoy encerrada en una carcasa de cristal, Bely. Ahí afuera está el mundo, el mundo cotidiano, más o menos normal. Aquí adentro, en la jaula de cristal, hacen las pruebas más crueles sobre mi persona. Basta con mirar mi mano.

Rosa se arranca el guante de la mano derecha. Las articulaciones de los dedos metálicos, los cables, los mecanismos se ven por debajo de la fina capa de piel artificial.

¡Mira, esto soy yo! No soy humana. Soy los restos de lo humano. Soy lo que otros arrojan a la basura. Estos dedos metálicos tal vez parecen dedos, pero no son dedos, aunque yo los sienta y los mueva como si fueran míos. Como sigo sintiendo junto a mí a mi hermana gemela y a mis dos nenas. Todo esto es parte de mí, pero ya no es mío. Estoy muerta, pero vivo. ¿Por qué estoy viva todavía, Adam? La gente como yo no debería estar viva. ¡Y después hablan de la pena de muerte! ¡Que hay que abolirla, que es demasiado cruel! Esta es la peor pena: estar viva cuando has matado a la persona que más amas en el mundo.

Rosa se cubre el rostro con las manos.

No tienes culpa de nada, Rosa.

¿Y tú qué sabes? ¿Qué sabes tú, maldito hombre completo con tus dos almas? ¿Qué sabrás? ¡Ni siquiera fuiste capaz de matarme a mí, que soy un ser inferior! ¡A mí, que asesiné a mi hermana gemela y a mis dos hijas! ¡Cerdo, de qué me vas a hablar!

Rosa se bebe un largo trago de la botella. Los dos se quedan callados. Bely la observa, espera a que se calme.

Yo soy culpable. Desde siempre he sido culpable. La culpa es lo mío.

Nacimos el primero de junio. Bajo el signo de Géminis. Gemelas. Blanca era a todas luces mejor. Siempre fue mejor. Y jamás fue culpable. Siempre yo era la culpable. Si los juguetes no estaban en su sitio o si habíamos olvidado llevar al perro de paseo y se había meado en la sala. Siempre yo tenía la culpa. Blanca, jamás. Ella no. Era más simpática que yo. Era más bonita que yo. Más inteligente. A los chicos les gustaba mucho más que yo. Para mí siempre quedaban las sobras. Y si comes las sobras, te vuelves las sobras. Al final la maté. Y junto a ella maté todo lo que tenía en la vida; a mis dos niñas, tan malditas como yo. Mis pequeñas gemelas, que no tenían ninguna posibilidad de empezar a vivir plenamente. Pero es que no lo entiendes, Bely, les quité la vida a mis propias hijas. No me alcanzó con ser una basura yo misma. Incluso a mis propias hijas tuve que impedirles que fueran mejor que la mierda que soy yo.

Rosa, dice Bely en voz muy baja. Fue un accidente.

¿Qué?, ¿acaso el auto se conducía solo? Yo conducía y tengo la culpa de que ya no estén en el mundo.

Es tu imaginación, Rosa. El tribunal te declaró inocente, te absolvió.

¿Qué clase de tribunal?, ¿el tribunal de quién? ¡El mío no! Y no reconozco a ningún otro tribunal que a mí misma. Ningún tribunal puede condenarme hasta el final, hasta el último momento y más allá, solo yo puedo. ¡A mí me juzgan mis pensamientos, Bely! Cuando me miro al espejo, me condenan. Cuando cruzo la calle y miro los autos que pasan, ellos me condenan. Cuando veo madres con sus hijitos, me están gritando: ¡Culpable!

Rosa, ya hemos hablado de esto millones de veces. Deja de torturarte. Si te has quedado en este mundo es porque hay una razón. Ni tú ni yo la conocemos, pero hay una razón, los dos lo sabemos. No es posible que todo haya ocurrido solo por azar.

Quisiera morir, Bely, ¿no lo entiendes?

Rosa, ¿te das cuenta? Tú, una gemela, con todo lo que te ha ocurrido en la vida; luego la secta húngara, esto de que nos hayan dejado con vida por milagro, ¡y ahora Farkas! ¿Quién hubiera pensado que entre algunos sacerdotes enmascarados de la logia habría alguien de Maribor? Rosa, no son casualidades, ¿entiendes? No es casualidad que nos hayamos encontrado. No es casualidad que estemos juntos aquí. Todo lo que ha ocurrido en tu vida y en la mía nos ha traído hasta aquí. Tenemos una tarea, Rosa. Y esta tarea no

es una casualidad. Y dicho sea de paso, el escudo de este club de futbol tampoco es una casualidad.

Rosa mira a Bely borracha y enciende el siguiente cigarrillo.

¿Qué relación tiene con todo esto el escudo del club de futbol?

Nunca antes pensé en esto hasta el momento en que le inyecté el suero a Farkas. Viste que tenía dos tatuajes. En el brazo tenía tatuado el escudo del NK Maribor, el pétalo de violeta sobre el que está dibujado el castillo y el pájaro o algo parecido. En el momento en que le metí el suero, el significado del escudo se me apareció con claridad. La violeta tiene un aroma embriagador, en realidad es una droga. A la vez, su pétalo en el escudo se parece a grandes nubes de humo, como una especie de erupción. El castillo de Maribor no está aquí a la vuelta de la esquina, en la ciudad vieja. El antiguo castillo de Maribor estaba sobre la colina, en lo alto de la vieja ciudad donde hoy solo queda una capilla. Siglos después de la destrucción del castillo quedó allí una pequeña pirámide. Por eso la colina hoy se llama Pirámide. La Pirámide es entonces la colina donde está el castillo del escudo del NK Maribor. Y ahora lo más importante: esa figura sobre el castillo del escudo no es un pájaro. Toda la vida he pensado que en el escudo está dibujado algún tipo de pájaro muy estilizado, pero me equivoqué. Es una bomba, o algún tipo de nave aérea que cae en picada sobre el monte Pirámide, o algo parecido.

Muy bien, muy bien, ¿entonces los extraterrestres vinieron de visita a la Pirámide y al castillo y a esta ciudad y la bombardearon así como así para que a Hitler no le hiciera falta volver a hacerlo en un par de millones de años?, ¿es algo así?, dice burlona Rosa.

Algo así, contesta Bely y sonrío.

Adam, ¿no estás yendo un poquito demasiado lejos?

Rosa, ¿no viste las almas que salieron volando del cuerpo que fue absuelto? ¿Qué son las almas? Las almas son restos de alguna otra forma de vida, en alguna otra dimensión que no conocemos, aunque nos comunicamos con ellas de tanto en tanto, y hasta las ayudamos. ¿Sabes cuál es el misterio principal y la doctrina fundamental de los científicos? La historia de Xenu. Hace setenta y cinco millones de años habría existido en algún otro planeta una civilización en peligro de colapsar por la superpoblación. Xenu era su soberano. Y decidió cometer un genocidio sobre su propio pueblo y así

conservar el planeta. Hizo embarcar a millones y millones de personas en naves espaciales con el pretexto de llevarlos a nuevos y más hermosos planetas. Eligieron la Tierra. Pero no para asentarse aquí, sino más bien para echarlos a los volcanes y matarlos.

¿Y?

Y eso hicieron. Los echaron a todos, a excepción de los elegidos. Asesinaron al grueso de la población. Pero las almas de los muertos quedaron vivas, porque no es posible aniquilar a las almas. Así que las pusieron en un programa de encefalecimiento. Las manipularon. De los muertos quedaron almas que apenas intuyen el pasado, pero ya no lo recuerdan. Son almas temerosas, en pena. Suelen agruparse, pegarse unas a otras en una suerte de racimo de almas. Allí se codean unas a otras, se mordisquean, viven una vida parásita. Estos racimos son lo que conocemos como nuestras almas. Somos las almas de los muertos, pero lo hemos olvidado.

Rosa se queda mirando fijamente a Bely por mucho tiempo. Luego empina la botella de whisky y se bebe otro largo trago.

Entonces nuestro planeta... dice Rosa en voz baja,

...es un gran sepulcro. Dondequiera que pisemos, hay tumbas por todos lados y almas por todos lados que no pueden salvarse, porque no hay forma de que salgan de la dimensión en que están atrapadas ya desde hace miles de años. Cuando practicamos el proceso de absolución, no hacemos otra cosa que abrirles el paso de una a otra dimensión; las ayudamos a huir de sus jaulas y vuelven a recordar de dónde son y cómo llegaron a sus jaulas.

¿Y Maribor?

Es uno de los mayores cementerios de esta parte del mundo. La Pirámide, el Calvario y todas las colinas y montañas de los alrededores no son más que enormes tumbas en las que hay millones de muertos.

¿Y todo esto lo deduces del escudo del club local de fútbol?

Lógicamente. ¿Qué es lo que está mejor escondido? Lo que está a la vista de todos. Lo que nosotros dos vemos en el escudo solo lo ven unos pocos que tienen determinados conocimientos. Para todo el resto no son más que violetas y pajaritos y castillos que han desaparecido hace mucho tiempo.

Rosa Portero cierra los ojos y vuelve a empinar. Largos tragos. Después, con un movimiento lento, deja la botella vacía regada en la alfombra gastada del hotel.

Cuando me tenían encerrada, tenía alucinaciones. Me dejaron varias veces absolutamente a oscuras durante largo tiempo. Habrán sido dos o tres días seguidos sin ver la luz. Y entonces ya no sabes qué es un sueño y qué te estás imaginando. Estás atada, tendida, y esperas que te maten o que te trague la oscuridad que te rodea. Entonces tuve varias veces una visión muy nítida. No sé si soñaba o alucinaba o si solo me lo estaba imaginando, pero volaba lejos de ahí en enormes naves espaciales; estaba rodeada de gente llena de expectativas y de esperanzas. Y cuanto más a menudo me representaba esa imagen, más real se volvía, y era la única cosa en medio de la oscuridad que me daba esperanzas y deseos de no morir, de seguir adelante, de ir más allá. Luego, un buen día, me sacaron de esa oscuridad. Y ahí estabas tú, que tendrías que haberme sacrificado.

No esperaba que como iniciación a la logia se me exigiera algo así. Ya hacía varios años que había dejado a los científicos. No fue fácil; no les gustan los desertores. Yo estaba muy arriba en la jerarquía y me lo pusieron difícil. Me retenían a causa de los bienes. Pero me mantuve firme y les dejé prácticamente todo lo que tenía; tuve que empezar de nuevo. Por un tiempo no quise saber nada de ninguna religión ni de las almas ni del pasado. Trabajaba en diseño gráfico tranquilamente en Leoben y en cortos publicitarios para distintas empresas. Después empezó a venir ese empresario húngaro, propietario de la compañía que compró la nuestra, y comenzó a hablarme de la logia de los Gemelos. Al principio me reí. El venía todos los meses al control. Después del control siempre quería almorzar conmigo. No con el director del estudio, sino conmigo. Al principio pensé —como pensaban todos— que el tipo era gay. Pero no era gay. Un tipo muy inteligente, que me hablaba constantemente de la logia y me fue llevando. El creía de verdad que cada persona tiene dos almas; que solo los gemelos tienen una porque son el fruto de un error, y el alma destinada a uno solo se divide en dos personas. La secta estaba muy ligada a las finanzas también; los miembros se ayudaban entre sí, y a mí esa red me venía muy bien entonces, porque necesitaba dinero. No se me pasaba por la cabeza que, como iniciación de los nuevos miembros, la secta exigiera de ellos que mataran a un gemelo.

Y por eso en lugar de matarme, huimos juntos.

Sí, aunque no llegamos demasiado lejos. ¿Recuerdas el lago barroso, el

pantano...? Estabas tan débil por las semanas que te tuvieron encerrada en la celda que no podías ni caminar.

Es que estaba convencida de que nos iban a matar a los dos. Pero nos drogaron y nos dejaron tendidos a la orilla del lago.

Por qué... me parece un gran misterio lo que hicieron.

Adam, muéstrame la marca de la que hablaba Farkas.

No la tengo.

No te creo. ¡Muéstramela!

Bely se pone de pie y se quita la camisa. Rosa lo toca. Las puntas frías de sus dedos metálicos recorren despacio su pecho entre los pelos.

Rosa se estrecha contra el cuerpo de Bely.

Es cierto, no hay nada. No entiendo, Adam.

Yo tampoco, Rosa, pero hay cosas en las que evidentemente tenemos que creer a ojos cerrados.

Y tú, Adam, ¿tú crees en nosotros dos?, pregunta Rosa.

Rosa, yo...

No digas nada, Adam, no es necesario decir nada. Ya lo sé, no me amas. Pero si no puedes amarme como a un ser humano, ámame esta noche como una máquina.

MARKS

Bely mira la hora: siete y media. La apertura de la exposición en la nueva galería de arte Marks era a las siete. Ahora seguramente ya habían terminado todos los discursos. Los invitados se habrían abalanzado sobre las mesas repletas, ya debían de estar mirando las nuevas instalaciones. Bely tendría que haber llegado mucho antes y atrapar a Pavel Don Kovač, el director de Capital Europea de la Cultura, si no, iba a ser una catástrofe. La cabeza de Rosa, sus bucles caían sobre el torso desnudo de Bely. El peso del metal de su mano derecha caía bajo el ombligo de él, en la hebilla del cinto. No, nada por el estilo sucedió ni sucederá ni debe suceder. Hay sentimientos que encuentran respuesta y sentimientos que arrojan al ser humano a un abismo. La respiración de Rosa, su olor a aguardiente, su pequeño cuerpo firme, es un animal que duerme envuelto en el agotamiento y en la exposición indefensa a sueños salvajes. Por el jugueteo trémulo de sus párpados entrecerrados, Bely cree que los sueños de Rosa la tratan con bastante crueldad.

Lentamente, Bely la aparta de sí y la cubre. Vuelve a ponerse la camisa. Saca la polvera del bolsillo del abrigo de Rosa y la pone en su portafolios negro. El picaporte chirría muy fuerte, pero Rosa duerme profundamente y no se mueve. Ante la puerta del hotel El Águila hay un grupo de muchachos. Están vestidos como gitanos; fuman. Hay un fuerte olor a marihuana. En la calle aún hay algunas personas. Desde los puestos de bebidas en la plaza del Castillo suena la música que se escucha en los bailes de pueblo. Se oye un par de alaridos de borrachos; hay una media docena de gente parada alrededor de un hombre que toca el acordeón. Cabellos rubios batidos, botas de tacón alto que se hunden en la nieve, olor a perfume en grandes cantidades, miradas entornadas de los acompañantes que intuyen en cada uno de los otros a un competidor. Es viernes de Carnaval. En el puente alguien

vende *krofi* a mitad de precio. Se huele de lejos el aceite quemado. Tres cachorros humanos hacen eslabon en bicicleta sobre el puente. Se ríen borrachos. Los sigue el ruido de un par de latas que llevan atadas de un hilo saltando por detrás. Desde Lent, la ribera norte del río Drava, y río arriba, suena el tintineo de cencerros de los Kurent. Luces mortecinas, un calorcito tenue, y de pronto parece que el invierno no va a durar para siempre.

La obra en construcción deslucía la entrada a la galería. Las excavadoras nevadas hincaban tristemente sus palas en el suelo. Hay un sendero estrecho alumbrado con antorchas. Tarimas de ladrillos y montañas de ripio cubren las marquesinas de Capital Europea de la Cultura. Desde lejos se acerca un zumbido como de un avispero. Las luces, la gran terraza, la vista al río y a la ciudad iluminada; la gente fuma y conversa. A último momento, Bely esquiva a un hombre que iba directamente hacia él y no se apartaba ni un milímetro. Pavel Don Kovač viene detrás del hombre, lo detiene, le dice algo al oído; el hombre se alza de hombros.

Ya veremos; eso es todo lo que oye Bely y los demás. Bely se da cuenta de que se trata del alcalde Voda, que abandona la inauguración acompañado de dos guardias de seguridad.

¿Don?

Hey, Bely, *long time no see*. ¿Qué andas haciendo? Qué bueno que estés aquí. ¿No es magnífica nuestra nueva galería? Para mí no es ninguna catástrofe que no esté el teatro que estaba en los planos junto a la galería. Pero a ti te molestará, seguramente.

¿Ah, sí?, ¿había un nuevo teatro en los planos?, pregunta Bely.

¡Pero claro! ¿No lo has oído? Un teatro y algo más. Ya sabes cómo es la cosa en nuestra capital: todo es posible en los papeles. Todo es materia viva.

Viva, sí, dice Bely.

Y así es como en lugar de cinco estrellas al final recibes una habitación de turismo rural. Qué se le va a hacer, lo importante es estar a resguardo. Hoy es el día de la victoria; llegamos a buen puerto con nuestra Capital Europea de la Cultura; abrimos la galería; nadie puede tocarnos, Bely. Pero qué bueno que estés aquí. Vamos, brindemos.

Pavel Don Kovač y Bely brindan con copas de champaña. Bely solo se moja los labios; Kovač se lo toma todo.

¿Andreas anda por aquí?, pregunta Bely. La galería es su niña mimada,

por lo que sé.

Sería un milagro que se diera una vuelta por la ciudad. Adam, ya sé que ustedes dos se distanciaron entonces, y probablemente no estén en los mejores términos, pero la forma en que se lo trata en esta ciudad... no se lo merece nadie, en especial un director de fama mundial. Ninguna de las ratas que ves por aquí puede jactarse de algo parecido. Te digo que es feo, muy feo... Son tan completamente tontos y desvergonzados que le cambiaron al centro el nombre que le dio él, por Karl, por supuesto. Piensa en esta ciudad clerical, que estará obligada a ver noche y día al otro lado del río a Marx. Pero qué hacer, dejemos a Andreas en paz por ahora. Oye, aquí nos ha quedado un poco del espumoso...

Kovač toma la siguiente copa, se la empina de un trago, da un suspiro de alivio.

Tengo hambre, hoy aún no he comido nada. Ven conmigo al bar, tal vez aún queda algo... Oh, les deseo una velada inolvidable, buenas noches, ¿cómo está?

Kovač sonríe, estrecha manos, la gente le palmea la espalda, cambia un par de frases de cortesía.

Bely, conoces a nuestro jefe del programa Terminal 12; es el que más te interesará de todos. Incluye un ciclo de teatro internacional. Aleš Šteger, este es Adam Bely.

Un breve apretón de manos. Šteger lleva aparte a Kovač, le dice algo al oído, y el rostro de Kovač se ensombrece.

¡Pero la reputa madre que los parió! Diles que se pueden ir bien a la reverenda mierda ellos y su ópera, ¡me cago en su puta madre!, grita Pavel Don Kovač.

Se dan vuelta dos o tres personas y Kovač les dedica una sonrisa forzada, levanta la copa en un brindis.

¡Vamos, vamos, resuelve esto pronto!

Šteger se va sin saludar, con cara de preocupado. Kovač vuelve a sonreír a sus anchas, pasa un brazo por sobre los hombros de Bely, saca una nueva copa de champaña de una bandeja y se la empina.

Adanín, esto es como tener dos estrenos por día los 365 días del año. ¿Sabes lo que significa los 365 días del año? No solo los nervios y el alma voy a sacrificar por la patria. Por la patria voy a sacrificarlo todo.

¿Todo? Sonríe Bely.

¡Hasta el hígado, si es necesario! Se ríe Kovač. ¿No conoces a Šteger? Es nuestro ministro de relaciones exteriores. Le encanta saltar alrededor de los diplomáticos extranjeros y agregados culturales; pero de qué sirve, si no tiene ningún efecto. ¡Nin-gu-no! En fin, tú sabes cómo es esto. Todos hablan de trabajo en equipo, mucho trabajo en equipo, pero al final siempre terminas limpiando el chiquero tú mismo. ¿Y tú? ¿Dónde te has estado escondiendo todos estos años? ¿Por qué nunca das señales de vida? Podríamos volver a armar algún proyecto juntos, como en los viejos tiempos. Ah, los viejos tiempos. ¿Cuánto hace que estás en la ciudad? *By the way*, ¿fuiste a Off?

Bely mira al vacío y se alza de hombros.

¿Ya oíste lo que ha ocurrido? *Mon dieu*, Adam, Dorfler se ha vuelto loco. No es que sea una gran pérdida, no. El tipo es un impostor. En los últimos años me embaucó tantas veces que ni te lo puedes imaginar, pero en fin. Su hermana Evelin, la conoces, me llamó fuera de sí. Está quebrada. Mis chicos están cuidando ahora mismo a sus hurones. Los hurones son animales sensibles hasta la madre. Enseguida percibieron que algo andaba mal, y ahora no se los puede calmar.

¿Qué pasa con Dorfler?

Nadie sabe lo que ha pasado. El tipo no parecía débil, todo lo contrario. Algunos murmuran que es obra del alcalde. Dorfler era el jefe del equipo que organizaba las protestas, le puso el pie al alcalde, sobre todo con el asunto del proyecto de la planta de tratamiento de aguas. Dorfler era el candidato a alcalde en las sombras. Sinceramente, yo mismo no puedo creer que se haya vuelto loco de repente. Para mí que son las drogas. Dicen que está totalmente *out*. Lo encontraron sangrando, con la lengua cortada. Adam, *listen to this*, parece que estaba lamiendo el piso metálico del Off en cuatro patas. ¡De terror! No les deseo algo de tan mal gusto ni a mis peores enemigos, y él la mayor parte del tiempo no ha estado entre ellos.

Kovač detiene al mesero. Toma de la bandeja una copa de licor de peras, la vierte en otra copa de licor de peras y se toma de un trago el contenido de las dos. Con la bebida adquiere un leve rubor que le da a su rostro un aire aún más melancólico.

Bueno, como sea. *Today is the day*. Hoy celebramos. La exposición es bella. Tenemos una nueva galería; y el alcalde tiene grandes instalaciones

protocolares. ¿Has visto lo satisfecho que estaba? ¿Has escuchado su discurso de inauguración?

¿Qué habrá aquí además de la galería?, pregunta Bely.

Bodas y diversas recepciones, dice Kovač. ¡Ya verás lo que son las salas de arriba! *Exceptionnel!* Entre nosotros, no me parece imprescindible que el alcalde tenga un ascensor privado entre el aparcamiento subterráneo y su oficina. Su oficina tiene trescientos cincuenta metros cuadrados, dos dormitorios, baño completo con jacuzzi y vista al Drava, pero son menudencias. Estoy satisfecho. Para mí lo único importante es que tengamos dónde meter nuestros programas —y hay un montón de programas—; Maribor es la capital de Europa y hay una andanada de extranjeros que vienen a ver la belleza de la ciudad y a tener nuevas experiencias. Imagínate lo que sería si no tuviéramos salas donde mostrarles nuestras artes bien *highlighted*, ¡sería *une catastrophe!*

Mientras dice estas palabras entra una muchacha que ya lleva un par de minutos esperando a un costado el momento apropiado. Con ella hay dos señoras mayores, con gafas de moda y pañuelos de seda alrededor del cuello.

Señor director, le ruego me atienda solo un segundo, las señoras son de la delegación de la Unión Europea, tenemos problemas con su hotel: aunque es de cuatro estrellas no tiene piscina...

Adam, debo seguir, nos estamos viendo, ¿ok?, dice visiblemente cansado Pavel Don Kovač y les sonrío circunspecto a las dos damas.

El mesero trae bebidas, champaña y licor de peras para Kovač. Hacen un brindis.

Bely se pasea por las mesas preparadas para la celebración. Canastitas con pan, frutas que decoran los manteles entre las bandejas, aquí y allá algún trozo de salami. Tras las grandes puertas, la exposición bajo el título de «Antiguo acueducto de la ciudad hermana de Malje». Tres grandes salas de exposición parecen vacías, hay un par de fotografías, paneles y leyendas. Hay vitrinas donde se exponen copias de palas y herramientas con las que hace dos mil años cavaron en la isla croata un túnel de alimentación de un kilómetro de largo a través del cual se llevó agua al pueblo. Hay carteles que explican que Maribor es una ciudad hermana de Majle, y que la exposición es el fruto de la amistad personal entre los alcaldes de las dos ciudades. Al final hay un túnel maquetado en poliestireno. Adentro hay niños jugando. Llego

corriendo un guardia agitado con el vientre apretado y grita:

¡Fuera de aquí! ¡No vamos a destruir la cultura, aunque sea croata!

Bely vuelve a salir a la terraza. La gente se dispersa lentamente. La vista de la ciudad al otro lado del río es encantadora. Bely tiene la sensación de que la ciudad que está frente a él es mucho más grande de lo que es en realidad. La luz quebrada de las luminarias de la calle, de la nieve y la oscuridad, crea otro espacio, una ilusión escénica, una ciudad detrás de la ciudad. El Maribor que tiene enfrente es protagonista de una pieza aún no escrita; los participantes de esta escena la escriben al correr de sus fantasías, de sus miedos, de sus reacciones ante algo que no existe como tal. Es decir, solo existe como consecuencia, nunca como texto dramático establecido de antemano, como plan o como realidad. ¿Tiene Bely un plan? ¿Será él también solo una reacción sin plan previo? ¿Es posible tener un plan en situaciones en que todas las variables cambian de un momento a otro? ¿Y no es lo mismo el camino hacia la realización de la meta que la meta misma? O mejor aún, ¿no son uno y otra completamente indiscernibles? Otra vez empieza a nevar. Esta vez cae una nieve diminuta, maciza, parecida al poliestireno, que se disuelve en la penumbra bajo la terraza, donde arrulla el río.

Todo crimen contiene un error fatal. Una de las almas debió escapar a la aniquilación de Xenu. De alguna manera tiene que haber eludido el encogimiento, el borramiento de la memoria de las almas que siguió a la gran masacre en la Tierra. La información debe de haber sobrevivido todos estos millones de años. No se sabe cómo o bajo qué forma, pero tiene que haber viajado a través del tiempo hasta Bely, a la constelación de este tiempo y este espacio. Maribor 2012. Es más o menos como si uno de estos copos de nieve que se hunden frente a Bely sobreviviera totalmente ileso a la caída al agua, a la corriente del río, a la fusión de todos los otros copos de nieve, al fluir del agua por los meandros a través de millones de años. ¿Pero qué caminos habrá tenido que recorrer para llegar a este aquí y ahora? ¿Y qué la mantiene con vida? ¿Qué la hace distinta al resto de las almas que fueron mutiladas, borradas? ¿O acaso el plan perfecto de Xenu incluía el error y las almas tienen un programa secreto de autoconservación que se ha activado ahora, luego de tanto tiempo?

Adam, ¿de veras eres tú?

Adam conoce esa voz. Es la voz de esa clase de pasado que nunca pasa.

En sus venas reverbera como un chisporroteo de un incendio distante. Hace mucho tiempo se extinguió, pero solo en apariencia, y ahora de repente ha vuelto a arder; es un incendio que abarca todo y en un instante ha devorado todo el tiempo entre el ahora y el entonces. Dieciséis años arden como un copo de nieve al caer en la oscuridad del río, que al otro lado espeja la ciudad con el fuego titilante de las luces.

Y de pronto, como salida del fuego, está de pie en un vestido rojo oscuro, envuelta en un gran pañuelo de seda negro como la noche, Anastasia Grin.

Los ojos como brasas, la piel con una capa evidente de maquillaje, el pelo corto, casi de muchacho, le da a su rostro un aire de chiquilla alocada.

Así, a lo lejos, tu ciudad se ve tan majestuosa, dice Bely.

Esta ciudad es también la tuya, ¿lo has olvidado, Adam?, le contesta Anastasia Grin.

No he olvidado nada. Pero el Adam del que hablas era otro Adam.

Anastasia Grin mira a los ojos a Adam con intensidad. Silencio. Luego desvía la mirada, se vuelve hacia la ciudad que se extiende frente a los dos.

No veo ninguna diferencia entre tú y él, dice Anastasia. Claro que me equivoco. Supongo que estoy equivocada, agrega.

Las últimas palabras se deslizan por los labios de Anastasia con sorprendente ligereza, llegan flotando hacia Bely como un sople de aliento cálido. Bely sonrío. El aliento que ha llegado hasta él se multiplica de pronto; el sople blanco está por todas partes entre los dos.

¿Hace mucho que estás en la ciudad?

Desde hace un par de días.

¿Y cuánto tiempo te quedas?

Depende.

¿De qué?

De las ocupaciones.

¿Y desde cuándo has vuelto a tener ocupaciones en Maribor, Adam?

Estoy acompañando a una periodista austriaca que está haciendo una nota sobre Maribor.

¿Y dónde está?, ¿está aquí?

Esta noche se ha quedado en el hotel, no se siente bien.

¿Es tu novia?

Es mi novia, sí. ¿Por qué preguntas?

Pensaba que te habías entregado por completo a las cuestiones religiosas y que la sangre y la carne ya no te interesaban. ¿Aún eres el jefe de ese club de ciencia de ustedes? Hasta los periódicos de aquí escribieron sobre eso...

Los científicos no son sacerdotes católicos, Anastasia, se casan como todo el mundo.

Ya lo sé, ya lo sé, recuerdo aquellos debates. Es recomendable que se casen con otros científicos. En especial si son ambiciosos y quieren ascender en la jerarquía interna. Y tú nunca has sido conformista, ¿no es así?

¿Qué estás queriendo decir?

Que la última vez nos separamos en un estado... cómo decirlo, bastante agitado. Decías que habías encontrado el gran misterio de tu vida y te habías vuelto puro o *clear* o como sea que lo nombraras. Probablemente fue como si experimentaras una revelación religiosa. ¿O fue incluso una ascensión a los cielos? Y luego de un día para el otro empacaste y desapareciste de la ciudad. Qué bueno es encontrarnos aquí en la tierra, Adam.

Bely se queda en silencio por un tiempo. Mira los copos de nieve hundirse en la penumbra rumorosa que se abisma bajo sus pies.

Ya no estoy en la ciencia.

¿No me digas?

No. Hace años que corté con ellos.

¿Y qué pasó, Adam? Si esa era tu vida, llegaste a *clear*, fue lo máximo que tuviste.

No diría eso.

Bueno, en todo caso era mucho más que yo, más que nosotros dos, Adam. Eras el segundo del jefe de los científicos de Estiria, estabas en la élite, en el círculo íntimo, o como sea que lo llamen. ¿Y te saliste así como así?

Eso es, así como así.

¿Y por qué, por el amor de dios?

Bely sorbe un poco de champaña tibia. La ciudad está cubierta de nieve. En el río, el reflejo de la ciudad ondea como incendiado. Papel metalizado que cae y se une a otros copos de nieve en formas geométricas definidas y ordenadas.

Me enfermé, dice Bely en voz baja. En estado *clear* no debías enfermarte jamás. Si eres *clear* no te enfermas nunca, a menos que no sea verdad que eres *clear* o que algo esté muy mal en toda la doctrina cienciológica.

¿Te enfermaste?

Cáncer, quimioterapia; estaba tan flaco que apenas me arrastraba. Me maté de hambre. Pero a los científicos no volví jamás. Me siguieron escribiendo durante algún tiempo, me enviaban a otros miembros respetables, siguieron los llamados a medianoche, y hasta las amenazas con llevarme a los tribunales. Con el tiempo fueron cediendo. Pero quedé en bancarrota, con la salida tuve que pagar por todos los entrenamientos con intereses incluidos de diez años atrás en adelante. Por suerte tenía un apartamento que pude vender.

¿Entonces ahora vives en casa de tu periodista?

Anastasia...

¿Por qué no la traes el martes al teatro? El martes es el gran estreno esloveno de la obra de Andreas sobre *La guerra y la paz*, de Tolstói. La puesta es muy buena. La vi en el estreno en Zagreb. El bueno de Andreas está en su mejor momento. Y estos mariborenses imbéciles lo echaron de la ciudad. ¿Sabías, Adam? Es la segunda vez que lo embarran y lo echan de su ciudad; la primera fue cuando era director del teatro, y ahora de nuevo. Y con un regodeo asqueroso. Son unas ratas, Bely. Una mierda. Su madre no se atreve a salir a la calle, los medios montaron una enorme movida en su contra. Me gustaría saber si va a aparecer al menos en el estreno, si es que no ha aparecido hoy aquí. ¿Te das cuenta de que nadie siquiera lo ha mencionado en ninguno de los discursos de hoy? Y está claro para todos que no habría galería sin sus esfuerzos. Hasta el nombre de la galería se lo puso él, por su actor favorito de la época de Maribor.

Veo que sigues leal a él.

Mira, todos somos profesionales, y valoro lo que ha logrado en el teatro. A diferencia de muchos que solo le fueron metiendo el pie y que aparte de derrumbarlo no han hecho nada en sus miserables vidas.

Sigues siendo su leal defensora a pesar de todo; es fascinante, dice Bely sonriendo.

¿Y tú? ¿A quién eres leal si ya no tienes tu club cienciológico? ¿A ti mismo al menos?

Bely vuelve a sonreír, esta vez un poco forzado.

Mira, Adam, voy a separar dos entradas para la función del martes por la noche para tu amiga austriaca y para ti. Ven a verme el martes a las tres al teatro y las buscas, ¿ok? Asegúrame que vienes, que si no voy a dárselas a alguien más. Después del escándalo de la salida de Andreas hay tal interés en la obra que la gente mataría por una entrada. Ahora debo irme, ya es tarde. Mañana vienen los croatas con la puesta en escena y me espera una semana difícil.

Anastasia se inclina y sus labios rozan fugazmente la mejilla de Bely. Por un momento, Bely siente todo el calor de su cuerpo. La mira partir. Su sombra es un incendio en medio de la nevada blanca. Ante él se abre un abismo donde ruge el Drava. La oscuridad devora todos los copos de nieve sin excepción. Al otro lado, la ciudad duerme. De pronto se apagan las luminarias de las calles, aunque aún no amanece; probablemente es una falla o una medida de ahorro de energía. El agua avanza silenciosa bajo sus pies. El reflejo de las llamas vuelve cenizas la oscuridad.

En la galería solo quedan unas pocas personas. Los meseros se llevan las copas vacías. Bely deja la suya y se dirige hacia la salida. Cuando está en la puerta oye que lo llaman y se detiene; se da vuelta y detrás de una columna está Pavel Don Kovač rodeado de un grupo de desconocidos; le hace un gesto con la mano para que se acerque. Bely se une a ellos. Pavel Don Kovač empieza a cantar. Es su broma habitual: cuando está borracho, siempre canta, y los que están con él tienen que escucharlo.

Non... rien de rien, non... je ne regrette rien... C'est payé, balayé, oublié, je me fous du passé!

Adam, eres un verdadero mariborense. Nosotros los mariborenses siempre somos los últimos en irnos de las fiestas. Antes de salir iluminamos la noche un poco más con nuestro canto, balbucea Pavel Don Kovač y canturrea la estrofa siguiente:

Avec mes souvenirs j'ai allumé le feu. Mes chagrins, mes plaisirs je n'ai plus besoin d'eux...

Pavel Don Kovač se queda callado y se bambolea con fuerza.

Me sé una más: *In einer Kaserne vor dem...*

En ese momento pasa un mesero. Pavel Don Kovač deja de cantar, se le abalanza y le quita una botella de champaña medio vacía.

¡Pero cómo vamos a derramar el dinero de los contribuyentes! Kovač

rompe en risas y sirve al grupete.

Ah, cómo solíamos cantar antes. Hoy en día a todo el mundo le da vergüenza cantar. La voz es lo más sagrado que hay, y nosotros nos avergonzamos de ella. ¡Pero qué tiempos son estos! Nos da vergüenza lo que tenemos, y lo que no tenemos es siempre lo mejor. ¡Qué metafísica de la locura, por la mierda!

Nede mi več rasla, travica zelena, ge se mi je šetala, lübica liblena.

Pavel Don Kovač sirve las copas, hace un brindis, beben de un trago. Se sirve el resto y bebe hasta el final.

Oči čornije...

¡En Maribor no hay ojos negros, hay ojos de cerdo!, dice un hombre que está de pie junto a Kovač.

Evidentemente, todos menos Bely entienden la alusión, porque ante esas palabras todo el grupo rompe en risas.

Hoy me lo encontré en la plaza Gaj. Se paseaban hermosamente, Maister y dos metros más adelante su cerda negra con correa, agrega el hombre.

¡Qué cosa! El tipo es un verdadero emblema. Algunas ciudades tienen dragones, otras leones, algunas más tienen santos, pero nuestra ciudad tiene un abogado excéntrico con una puerca. Si me preguntan, creo que se tiene merecido un reconocimiento para la posteridad en el marco de la Capital Europea de la Cultura. Tal vez hacer un recuerdito de peluche, una tarjeta o un póster con la leyenda DAS IST MARIBOR, dice otro del grupo.

Ríanse, pero yo pienso que Maister es un artista comprometido política y socialmente, que constituye el reflejo de esta ciudad, dice Kovač. Para empezar Maister es un abogado excelente, con tarifas excelentes. Al parecer le ha ido de primera con las privatizaciones, porque es inteligente y hábil y excelente; de otro modo no tendría hoy tantos apartamentos en el centro histórico de la ciudad como los que tiene. *That's a fact!*

En el ímpetu, Kovač toma una bocanada de aire, el grupo lo mira esperando que continúe la idea. Pero no hay continuación de la idea. Como si buscaran el hilo perdido, los ojos de Kovač miran aquí y allá en busca de la siguiente botella.

El hombre que empezó la historia vuelve a hablar.

Puedo confirmarlo. Maister es un abogado excelente. Llevó dos casos míos, y en los dos consiguió la absolución, aunque se trataba de casos

desahuciados. Y a la vez Maister es un ganadero infructuoso. De hecho, no sé qué estaba pensando al instalar cerdos jóvenes en lugar de personas en sus antiguos departamentos señoriales.

Yo lo comprendo, intervino una señora mayor con un enorme broche sobre el escote levemente exagerado. ¿No saben acaso qué clase de gente vive en los viejos departamentos señoriales del centro de la ciudad? En su mayoría son los que de un cuarto hacen tres agujeros. Bajan los techos, pican los estucados, hacen leña de los muebles antiguos, ponen ventanas y puertas de plástico, laminado sobre el parqué y piensan que por fin han logrado hacer algo moderno de lo que había quedado de la cultura burguesa en la ciudad. Su nivel es el de los departamentos de multifamiliares socialistas. Miren si no lo descuidados que están los patios y jardines del centro histórico de la ciudad. Yo vivo en la calle de los Judíos. En nuestro patio había un primoroso jardín de flores. El vecino del departamento de abajo usa ahora el jardín para almacenar canaletas de desagüe. ¿De dónde sacará todas esas canaletas? Son robadas, eso está claro. ¿Pero qué puedo hacer yo? Cuando llueve, la chapa resuena tanto que he tenido que cambiar el dormitorio al otro lado del departamento, aunque ya no oigo muy bien. Y mientras tanto la pila crece sin cesar en el jardín. Ahora ya está tan alta que llega hasta las macetas de flores de mi apartamento en el segundo piso. Un poco más y las chapas viejas van a asomar por mi ventana. A veces se juntan abajo mendigos que asan animalitos en brochetas. No sé si son gatos o ratas. Una vez los denuncié a la policía, pero los policías me dijeron que no me preocupara, que en Perú comen hasta cuyos. También me dijeron que hasta ahora la lucha contra el hambre no es delito y que debería darme vergüenza mi falta de sentido de la solidaridad. ¡Sentido de la solidaridad! ¿Oyeron eso? ¡Ahora resulta!

Les digo que Maister no solo es un abogado de primera y uno de los hombres más ricos de Maribor, el tipo es un gran artista. ¿Quién más instalaría en sus treinta y pico de apartamentos cerdos en lugar de gente? ¿Y quién, ante las protestas de los vecinos por los ruidos y el olor nauseabundo de los cerdos, se defendería con contratos de locación certificados ante escribano público, en los que aparecen cerdos analfabetos como contraparte contractual legal, cada uno con nombre y apellido? ¡Yo les digo que lo que hace Maister es la mayor *performance* en la historia de esta ciudad!, dice Pavel Don Kovač uniéndose de nuevo a la conversación.

No sé de qué *performance* me está hablando, pero el hecho es que al fin y al cabo tuvo que sacar a los cerdos, le espeta a Kovač la dama del enorme prendedor, que en ese momento se le da vuelta por el peso y cuelga con la aguja del broche hacia fuera.

¿Quién le ha dicho eso? Tuvo una inspección sanitaria pero no pudieron hacer nada. Conocía tantos baches en la legislación que podían haber pasado por ellos camiones llenos de piernas de cerdo durante décadas. Los cerdos gruñían, mascaban el viejo empapelado de las paredes y patinaban con sus pezuñas por el parqué, de modo que los apartamentos pronto quedaron como un chiquero; solo los techos seguían siendo elegantes. Después los puercos empezaron a desaparecer de los departamentos. Yo digo que los vecinos se organizaron o contrataron a alguien. Los robos se sucedieron y al final le quedó solo una cerda solitaria.

A ella nadie se atrevió a tocarla, agregó la mujer con el lápiz labial un poco corrido y unas gotas de sudor en la frente arrugada, y se acomodó el enorme prendedor.

¡Porque es negra!, gritó el hombre.

Y porque dicen que trina. ¡Imagínense, una cerda negra que trina, hay que ver!, dice la mujer. El broche le cae más aún y se decide a sostenerlo con una mano.

La clase dominante teoriza y hace instalaciones y se inventa conceptos de todas las estupideces posibles solo para poder llamarse vanguardia, pero no le sale. La vanguardia es Maister. Cuando sale a pasear por la ciudad con su cerda negra, María, ¡eso es arte del mejor! Ver a Maister y a María cumple con todos los postulados de la experiencia artística de Ingarden, agrega Kovač, y en la palabra *artística* tuerce los labios de un modo extraño, como si una pesa muy grande hubiera rodado de un extremo al otro de la boca y casi le hubiera hecho perder el equilibrio.

Parece que la cerda negra de Maister vuela por los aires por la noche. Aunque no creo demasiado en esas habladurías. Pero estoy convencida de que es posible que la mierda de la cerda negra sea completamente negra; negra como el carbón, así de negra. Dicen que es tan negra que no se puede distinguir si se le han posado moscas encima. La mierda de la cerda negra es tóxica, eso es obvio. Dicen que uno la pisó por accidente y al instante se le deshizo la suela del zapato.

Por suerte el pobre diablo sacó a tiempo el pie chamuscado, que si no, perdía toda la carne, agregó otro del grupo.

Dicen que sacó el pie a tiempo de la mierda. Le quedó la pierna, pero en lugar de pezuñas ahora tiene cascos de caballo, dice otro.

Carcajada general.

¡Ay, ay, eso es inventado! Pero es verdad que la gente tiene miedo de la cerda negra. No sé por qué, antes solo tenían miedo del abogado Maister, pero el hecho es que con la cerda negra le temen el doble al abogado Maister, dice la mujer, y con el broche sacude la blusa tejida que se abre un poco.

C'est payé, balayé, oublié, je me fous du passé!

Mientras canta, Kovač da con el pie en una botella, la da vuelta; la champaña se derrama por el piso de la galería.

Y ahora a pesar de todo estamos derramando el dinero de los contribuyentes, dice Kovač, y mira vaciarse la botella que forma un charco a sus pies.

¡Ah, cómo solíamos cantar en otros tiempos! ¿Lo recuerdas, Bely? Hoy a todos les da vergüenza cantar. La voz es de lo más sagrado que tenemos, ¿me oíste? ¡De lo más sagrado! Todo el mundo debería cantar. Aunque trine como la cerda de Maister. ¿Qué tiempos son estos, que ni los cerdos pueden trinar?, ¡es un horror! Nos da vergüenza todo lo que tenemos. ¿Y quién nos va a dar algo más? ¡Pero por favor!, dice Kovač exaltado y se lanza hacia la salida. Tenemos que tomar lo que es nuestro. Nadie más en este mundo pensará por nosotros, ¡recuérdenlo!, grita Kovač desde la entrada. Estamos solos, abandonados a nuestra suerte, seguía oyéndose la voz de Kovač.

Bely sale corriendo y lo alcanza frente a la galería.

Qué ciudad de mierda, Adam. Un tipo no tiene como mascota un perro blanco que cacarea sino una cerda negra que trina. Y por eso lo quieren colgar de un poste. ¿Te das cuenta? ¡*Jesus Christ!*

Kovač orina sobre la nieve. Con el chorro intenta apagar una antorcha en la nieve, pero le erra, solo dibuja un hueco amarillo en la nieve que está alrededor de la antorcha.

Ven, Bely, vamos al centro a tomar una última copa y a dormir. Mañana es el día de la cultura. ¡Si al menos dejara de nevar! Esta nieve me pone los pelos de punta.

A mí también, dice en voz baja Bely, y se acerca a Kovač, que va

caminando dando los bandazos, aunque sorprendentemente consigue mantenerse en pie.

Aunque la nieve tiene sus ventajas. Así, blanca, la ciudad se ve menos descuidada de lo que está en realidad. Pero tengo graves problemas para montar mis instalaciones con semejante tiempo. ¡Mira, mi globo de promoción!

Kovač señala otro gran globo con la leyenda CAPITAL EUROPEA DE LA CULTURA y el símbolo que recuerda un molinete.

Me voy a volver loco, Bely, te digo que me voy a volver loco. No por los artistas, no por los periodistas. Me voy a volver loco por los del Ministerio de Cultura, y por los del municipio y por el alcalde. Todas las mañanas me llama antes de las ocho y me grita si sé lo que estoy haciendo y lo que están haciendo mis empleados. ¿Te das cuenta? ¡Crazy! Y si luego no hago todo lo que dice me manda a casa la inspección. Ya hemos tenido tres y estamos apenas a mitad de febrero. Y cada inspección te toma dos semanas de trabajo. ¡Merde!

¿Y qué quiere? ¿Se mete con el programa?

Pero si del programa no tiene ni idea. Tiene un pedido que otro, como esta exposición del antiguo acueducto de Malje, porque son ciudades hermanadas y porque va todos los años allá a practicar pesca submarina. Aparte de eso el programa no le interesa en absoluto.

¿Y entonces?

Kovač mira al cielo y se ríe con ganas.

¡Los globos, Adam, los globos!

Kovač señala el enorme soporte sobre el cual gira lentamente la esfera inflable.

¿Sabes lo que significa cambiar de ubicación estos globos? Tienen una instalación eléctrica debajo. Cada soporte pesa varias toneladas, necesitas operarios, plumas, autorizaciones, vallado de calles...

¿Y?

Él los cambia de ubicación casi todos los días.

¿Y por qué, si son bien visibles? Incluso demasiado, en mi opinión, contesta Bely.

Porque eso le dice su vidente.

¿Vidente?

Ah, ¿no sabías de la vidente? Estás totalmente *out*. En realidad ella es Voda. Ella dirige la política de la ciudad y decide dónde van a estar los globos. Las cartas indican una ubicación que cambia casi todos los días, y yo entonces tengo que moverlos. Los globos y la reforma de las rotondas, eso es lo único que le importa al alcalde, Adam. Y yo no soy ningún sirviente para cambiarle día a día sus globos y controlar por qué no funciona la iluminación de las fuentes. Qué quiere que haga si los hizo instalar en medio de las rotondas de la ciudad. ¡Maldita sea, yo soy el responsable de Capital Europea de la Cultura, Adam, no soy Vialidad de Maribor!

Kovač pateo el tacho de basura con todas sus fuerzas. Un revoloteo por el aire. Kovač sigue pateando el tacho vacío que está tirado sobre la nieve. Bely intenta sin éxito calmar su arrebato.

¡Déjame, Adam, déjame!, grita Kovač. No soy artista. Mi padre era artista, él dirigía la sinfónica, yo soy solo un futbolista frustrado, déjame.

Bely recuerda el pasado de Kovač como futbolista aficionado. Después de que su club descendió de la liga regional, Kovač se volvió productor musical. Esa función le valió luego ser el coordinador de Capital Europea de la Cultura.

Ven, sigamos adelante.

Adelante no, Adam, no entiendes. *Adelante* no existe en esta ciudad. Solo podemos ir hacia abajo o quedarnos donde estamos.

Entonces hacia abajo será, pero salgamos de este aterrimiento. Aquí junto al río hace mucho frío, dice Bely.

Kovač y Bely cruzan el puente, bajan por una callecita angosta hasta el Drava. Los restaurantes están cerrados, aquí y allá todavía hay algunas luces encendidas. Detrás de las ventanas de uno de los restaurantes hay una mujer barriendo. Junto a ella hay un enorme *pitbull* echado, que observa melancólico el movimiento de la escoba.

El año pasado, dice Kovač, hicimos un concurso de proyectos relacionados con el río Drava. Ganó un muchacho joven, belga. Expuso en la ciudad veinticuatro mil vasos de agua de río. Un buen proyecto, original. Pero no vayas a pensar que aquí lo aceptaron así como así. En una semana la ciudad era una montaña de vidrio. Y para colmo metió la cola un artista mariborenses, Šava, ¿lo conoces? Bely niega con la cabeza. Da lo mismo. En

suma, Šava es uno de los supuestos artistas líderes de Maribor, pero no fue seleccionado en el concurso. Por supuesto, hizo una protesta bajo la forma de una performance artística aquí mismo, en el Drava. Se sentó en el río con el agua hasta la cintura, fue en agosto y hacía calor. Como protesta porque los ganadores del concurso fueran unos belgas que robaban a los artistas mariborenses su lugar y su pan, Šava se tomó en dos horas veinticuatro botellas de cerveza. ¿Te das cuenta? El tipo se tomó en dos horas doce litros de líquido que mientras tanto echaba al río. Meaba en el río, tomaba cerveza, y después caminó totalmente borracho por toda la ciudad gritando: «Maribor es arte y mierda. Kovač, borracho y ladrón.» Ahí lo tienes. Ese es mi trabajo, esa es la cultura, esa es Europa y nosotros somos la capital de toda esa cagada.

Kovač y Bely entran por la vieja puerta. En el patio está oscuro. Solo una vela de cementerio llamea entre autopartes cubiertas con una fina capa de nieve. Kovač levanta el tapete que cubre la puerta y empieza a bajar al sótano.

Una copa más, Bely, para dormir mejor. Mañana me espera un día duro. Voy a tener que volver a cambiar los globos de lugar. Para colmo llega el equipo de Andreas de Croacia. Y tenemos que ubicar frente al teatro una instalación de un pez humano congelado en un bloque de agua colorada. Y lo más importante es que tengo revisión de cuentas en casa, *fuck it*, una idiotez.

¿Qué pez humano?, pregunta Bely y sigue a tientas a Kovač por las escaleras a oscuras en una atmósfera cada vez más agobiante.

Qué se yo, unos artistas. Congelaron una gran imagen de un pez humano, de un *Proteus anguinus* en agua mezclada con un par de litros de sangre. Sangre de ellos, claro. Estuvieron juntándola un par de meses. Mañana van a exponer la cosa y esperar a que el hielo se derrita y se libere el proteo. Una idiotez artística, nada más.

El sótano está lleno de humo. Las bóvedas son tan bajas que se podría golpear la cabeza contra los ladrillos. Hay velas y nichos con mesas y bancos.

Bienvenue! Este es mi paraíso, dice Kovač. Tráenos un litro de tinto.

Bely mira a la mesera que desaparece en el humo espeso como si se la tragara la niebla. Kovač rezonga para sí y salpica saliva por el teléfono móvil.

Nede mi več rasla, rien de rien...

Solo me siento bien aquí, Adam. Aquí estamos a salvo, de veras. Bajo

tierra, cinco metros bajo el nivel del Drava, no hay señal de teléfono, no hay nadie que quiera nada de ti. Esto es el paraíso. ¡Mira quién está ahí!

Kovač saluda con la cabeza a un viejo flacucho que está sentado solo a una mesa vacía.

¿Lo ves? Otro gran artista de la sangre. Pero este es una leyenda urbana. Justo ayer apareció en el periódico un artículo sobre él. Hace cuarenta años que dona sangre al menos una vez por mes. Cuarenta años, ¿te das cuenta? Es un récord esloveno. Dicen que sus antepasados eran sanadores y se ocupaban de la cría de sanguijuelas. Pero él dice que dona su sangre a Maribor. Que esa es su misión, dar sangre a Maribor mes a mes, y dice que va a dar sangre mientras viva. Dice que la ciudad no tiene nada que temer mientras haya gente como él. Y todo esto lo hace gratis. Lo único que obtiene a cambio es una salchicha de Kranj por cada litro de sangre donado; necesita calorías para volver en sí. ¿Te das cuenta? Son diez litros de sangre por año, por cuarenta, cuatrocientos litros de sangre para Maribor. No está mal, ¿eh? Cuatrocientos litros llenan una piscina infantil. Cada uno da lo que tiene. Nosotros donamos el alma a la ciudad, él, la sangre. ¿Lo ves? Está totalmente seco, pero la sangre le sigue corriendo por las venas. Ya no sé qué grupo sanguíneo es. Si se lo preguntas, te dirá *Blut und Boden*, sangre y tierra. Le preguntes lo que le preguntes, dice *Blut und Boden*. Un advenedizo se confundiría, para nosotros está claro que al decirlo piensa en la sangre y en Maribor.

La mesera llega atravesando la cortina de humo de cigarrillo. Una botella de vino tinto. Ojos enrojecidos, irritados. Hay un balbuceo incomprensible en las mesas vecinas. Bely y Kovač hacen un brindis. Kovač se excusa y desaparece. Bely mira a su alrededor por las catacumbas. El donante de sangre está sentado inmóvil a la mesa vecina, aferrado a un bastón. Bely bebe un trago de vino, intenta atrapar algún átomo de oxígeno. Le arden los ojos. Balbuceos. Bely siente un leve mareo. Le pesan los párpados.

Bely vuelve a mirar hacia arriba. El viejo ya no está. Qué extraño. ¿Por dónde se ha ido tan de repente? Como si se lo hubiera tragado la tierra, piensa Bely mientras hace girar el corcho en la mano lentamente. Un lado del corcho está rojo de vino, de él cae una gota o dos. Los pantalones de Bely están manchados. En las dos copas tiembla la superficie del vino. No hay aire por ningún lado, solo un leve mareo. Voces extrañas, incomprensibles, llegan desde arriba de las bóvedas del sótano. Los ladrillos empiezan a moverse,

maleables y blandos se arquean como si por detrás algo los empujara a través de la tierra. La superficie del vino se alza en las copas. La sustancia roja, pringosa, se derrama por los bordes de las dos copas a la mesa. Y también empieza a chorrear la misma sustancia por los ladrillos, cada vez con más fuerza.

Es extraño, piensa Bely sorprendido, ninguno de los clientes presta atención al avance de la sustancia roja por el suelo. Está llegando a las pantorrillas, espesa y caliente. Se parece más a la sangre que al vino, piensa Bely y extiende la mano hacia ella, la prueba. Es sangre de veras. Pronto el sótano está regado con la sustancia espesa y viscosa, la superficie sube rápidamente y cubre las mesas y la gente. Qué extraño, piensa Bely, a pesar de estar hundido puedo respirar. Y la sensación no es más agobiante que antes, al contrario. Bely ve el bastón del donante de sangre flotando lentamente por el lugar inundado. Junto a él nada la mesera. Su pelo está de color rojo sangre. Tras la mesera nada un enorme pez humano. Con su larga cola golpea los ladrillos. Cuando da en uno, las bóvedas de ladrillos se separan. Detrás hay huesos. El pez humano pasa junto a Bely, mientras las copas y las botellas flotan alrededor en el líquido espeso y pegajoso. El pez humano llega nadando a la mesa de Bely y lo mira inquisitivo. Nada por la sangre un grupo de pequeños pulpos, sus tentáculos enturbian el lugar. Bely quiere ir a su encuentro y hablarles, pero en lugar de palabras, nadan burbujas de aire por la sangre espesa. Bely bracea y sale nadando tras los pulpos hacia la barra. Le da un poco de asco, la sangre es lechosa y pringosa y extraña. A través de la sustancia roja y turbia le parece ver a Rosa Portero sentada a la barra con su hombre húngaro. Bely se acerca nadando. Es Rosa, de verdad es Rosa. Ella lo mira inquisitiva mientras el húngaro la besa en el cuello. Rosa entrecierra el ojo marrón, el verde sigue todo el tiempo abierto e inmóvil, echa la cabeza hacia atrás, gime de placer. El húngaro le mete la mano en la entrepierna, la palpa. Bely trata de acercarse más, pero la corriente en contra de la sangre es demasiado fuerte y empieza a alejarlo, y tiene que bracear con fuerza para mantenerse donde está. Intenta llamar a Rosa, pero otra vez solo salen por su boca burbujas de aire. El húngaro toma en brazos a Rosa, nadan hacia el inodoro. Ahora Bely consigue nadar un poco contracorriente, bajo el techo, donde tiene menos fuerza. Pero un poco más adelante, en los escusados, lo atrapa un remolino. Bely se aferra con fuerza al poste metálico

para que no lo lleve. Así flota bajo el techo y observa cómo Rosa se prende con la mano de metal a la taza del inodoro, mientras el húngaro la penetra bruscamente por detrás. Se aferra con la mano izquierda al cabello espeso de Rosa para que no lo lleve la corriente de sangre, y bombea y bombea. Rosa gime de placer y dolor. El húngaro la agarra más fuerte; Rosa empieza a gritar cuando el húngaro le corta una herida profunda con la uña tras la oreja derecha. El rostro de Rosa, la mano del húngaro, todo el lugar, todo está lleno de sangre. Los cuerpos se detienen, jadean, y entretanto el remolino los mueve suavemente de aquí para allá. Ahora Bely puede ver que también el pene del húngaro es de metal, como la mano derecha de Rosa. Los dos son partes componentes de una máquina que se arma y desarma mientras cogen. Las partes humanas y las partes artificiales son una sola máquina.

Adam, Adam, te dormiste. Kovač sacude a Bely.

Perdóname, me entretuve, dice Kovač. En el salón vecino está el alcalde de Malje con nuestros concejales; te quedaste dormido en mi ausencia. Vamos, terminemos de beber y vámonos, dice Pavel Don Kovač.

Suben por las estrechas escaleras. Con cada paso Bely siente que lo rodea más oxígeno. Afuera otra vez está nevando. La calle es oscura, apenas puede divisarse la cruz roja sobre los carteles negros colgados por todas partes.

Mañana otra vez cultura, para volverse loco. ¡Más cultura! ¿Dónde estás parando, Adam? Voy a dormir directamente a mi oficina. Tiene calefacción y así estoy seguro de que mañana por la mañana no voy a llegar tarde a la primera reunión con los representantes mariborenses de la cultura.

Bely camina sin hablar, solo asiente con la cabeza mientras siguen dándole vueltas imágenes de su sueño.

Primero, habla mucho. Segundo, tiene poca obra. Tercero, toda su obra es genial. Cuarto, está ofendido y afligido porque nadie reconoce su genialidad. Quinto, protesta porque su genialidad ignorada no recibe premios. Sexto, vive en casa de mamá, es alcohólico, ocasionalmente coge con la mujer de su mejor amigo. Y séptimo, es bueno solo si es peor que los que lo mortifican y a quienes él detesta. Está bien, ¿no? Yo mismo me lo inventé.

Don, ¿piensas que existe el perdón?, dice Bely mientras tose tratando de quitarse la sensación viscosa de la boca.

Jesus! ¿Y ahora qué clase de pregunta es esa?, ¿qué quieres decir?

¿Crees que la gente puede alguna vez perdonar de verdad a quien le ha

hecho algo que le duele?

¡Claro que no! Eso del perdón son cuentos para malos católicos, Adam, eso está claro. Si encuentras una sola persona en esta ciudad, que esté dispuesta a perdonar en su interior verdaderamente a alguien, eres un héroe. Es al revés. Las personas vivimos de acumular rencores. De eso nos alimentamos, no de salchichas de Kranj ni de arte. Somos especialistas en hacer de una nimiedad un problema infranqueable. ¿Perdón? No me jodas, Adam.

¿Qué es el Gran Orco, Don?

Kovač se para en seco, mira a Bely y se pone serio.

¿Y esto a qué viene, Adam? Eso no me lo preguntes nunca más, ¿oyes? Eso no se lo preguntes a nadie. Puede costarte la cabeza. Bueno, aquí está la casona Vetrinjski dvor y mi oficina. Ya era hora. ¿Tienes acaso un cigarrillo? A mí se me acabaron al mediodía...

Bely mira a Pavel Don Kovač. ¿Es el mismo Kovač con quien jugaba al fútbol cuando era niño y luego hizo los primeros proyectos de teatro? ¿Aquel Kovač entusiasta que más tarde fue el principal productor musical de la ciudad, pero que a la par de todas sus ocupaciones y de sus pactos con todas las alas políticas seguía silbando canciones?

Bely saca la polvera de la chaqueta. Tienes una bella compañera de viaje aquí, Don.

¿Qué tienes ahí, Bely?, ¿con eso drogas niñas de escuela primaria?

Bely saca del otro bolsillo una cajita de pastillas, se echa dos sobre la palma y se las traga.

Para mí un puñado de las más salvajes, para ti una suave. No te preocupes, con esto mañana serás un hombre nuevo, dice Bely.

Kovač mira la bolita blanca en la palma extendida. Revolotea una nieve fina. Un silencio sigiloso recorre la ciudad extinta. Solo la luz mortecina de las luminarias y los carteles de neón. Comienza a ladrar un perro y un pájaro extraño trina, tal vez es una cerda.

Por qué no. La noche está en pañales, nosotros aún somos jóvenes, dice Kovač y se traga la bolita. Que duermas bien, Adam.

Buenas noches, amigo, le contesta Bely, y observa cómo la silueta de Kovač cruza la plaza y desaparece por la puerta de Vetrinjski dvor, donde está la sede de Capital Europea de la Cultura.

LA MUERTE LLEGA DESDE POHORJE

En el desayuno Bely lee el sitio web del periódico local. Nada, absolutamente nada ha cambiado. No ha estado en la ciudad durante dieciséis años, y sin embargo no puede evitar la sensación de que ya conoce las noticias. Como en el repertorio de algún teatro de provincia, se trata sobre todo de enredos dramáticos previsible con leves variaciones que un grupo de teatro desconocido parece estar ensayando para Bely. Le llaman la atención tres artículos que lee en la web. El primero es sobre una pareja de pensionados. El matrimonio ha sido absuelto en tercera instancia, es decir, en el tribunal superior. Primero habían sido condenados con sentencia firme por fraude por tráfico de restos de sebo de velas, que sacaban de las tumbas de los cementerios y revendían a los fabricantes de velas. Los pensionados demandan ahora al Estado por daños morales por valor de 2 666 sueldos medios de pensión. El segundo artículo es un elogio a la horticultura impecable en la ciudad en tiempos del nazismo. El autor ensalza especialmente el periodo inmediatamente anterior y contemporáneo a la llegada histórica de Hitler a la ciudad en abril de 1941. Maribor fue el punto más austral del Reich y el Führer dio un discurso público aquí. En opinión del autor del artículo los mariborenses están orgullosos de esto más o menos abiertamente incluso en la actualidad —al menos en el sentido relativo a la horticultura—. Antes de la llegada del Führer plantaron cientos de miles de rosas, pelargonias y hortensias y arboledas enteras de plátanos. Un despliegue floral que la ciudad no volvió a ver en los tiempos industriales que siguieron, ni siquiera en ocasión de las numerosas visitas del mariscal Tito. Aún peor que en la época de Yugoslavia fue en el tiempo posterior a la independencia de Eslovenia, cuando desde el punto de vista de la horticultura la ciudad se degradó completamente. El artículo recuerda con bastante melancolía los

buenos viejos tiempos y concluye con una sorprendente y arriesgada tesis de la filosofía de la historia. En opinión del autor el ejemplo ilustra muy bien que la historia de la humanidad es en realidad una repetición negativa incesante, es decir, un retroceso circular y no al contrario, como pretende convencernos la lógica lineal del avance tecnológico. El tercer artículo, en la sección «Crónicas policiales», menciona dos ejemplos de brotes psicóticos particularmente virulentos que llevaron a la transferencia de sendos puestos de trabajo y el retiro forzoso a una institución adecuada del influyente empresario mariboreense Tine M. y del conocido profesor universitario y rector de la Universidad de Maribor doctor Iván D. Por el momento es imposible decir si los dos casos están relacionados, aunque tienen en común el hecho de que las dos víctimas eran consideradas personas relativamente estables desde el punto de vista psíquico y sus drásticos ataques psicóticos tuvieron lugar casi al mismo tiempo, lo cual deja abierta la posibilidad de que se trate de una reacción a alguna droga desconocida. La investigación sigue abierta, concluye el artículo.

Media hora más tarde Bely sale del hotel El Águila. Rosa exhala el humo y apaga en la nieve el cigarrillo a medio fumar. Ni una palabra. Un par de calles más allá en el garaje subterráneo está oscuro y hay un fuerte olor a nafta.

Mientras conduce hacia la salida del estacionamiento, Rosa pregunta, parca: ¿Al cementerio?

Bely asiente.

Los pensamientos de Bely vuelven una y otra vez al sueño de la noche anterior. ¿Puede explicarlo como consecuencia de la falta de oxígeno y el cansancio? ¿Es el sueño una especie de red de mariposas? ¿Atrapará allí imágenes que de otro modo están ocultas a los ojos, pero que revolotean sin cesar en el lugar y no son de naturaleza íntima sino más bien parte de la conciencia colectiva? ¿Quién sabe, acaso habrá sido una transferencia onírica de los traumas de Rosa a él? ¿Para qué si no una taberna subterránea se transformaría en el bar de una ciudad chica donde Rosa había conocido meses atrás al húngaro? Según su relato, había tenido relaciones con el húngaro esa misma noche. Al otro día se despertó atada en un sótano. Ahí la tuvieron encerrada varias semanas sin comunicación con el mundo exterior. Bely entiende el sueño del día anterior como una forma de comunicación,

como algo extraño que toma como un mensaje, no como un sueño.

Por las ventanillas del automóvil se ven enormes carteles de centros de compras, una calle llena de baches, el cordón industrial. La mano metálica enguantada de Rosa al volante. Como si hubiera sido ayer, Bely puede verla en cuatro patas atada a los postes enterrados en el barro a orillas del lago Balatón. Todavía siente la huella filosa del mango del cuchillo justo donde está la herida de la mordedura de Mat. Conducen en silencio. El auto se detiene. El chofer lo desata y lo deja en una mansión desconocida junto al lago. Se abren las puertas. Hay una sala oscura, el fuego chisporrotea en el hogar. Hay unas veinte personas enmascaradas con túnicas negras. Cantan en latín. Después de la ceremonia y de las palabras del jefe de la secta le traen un cofrecito de madera que tiene el cuerpo humano tallado con dos cabezas; dentro hay un filoso y largo cuchillo. Cuando lo toma en sus manos, le dicen cuál es su tarea de iniciación para entrar a la logia de los Gemelos. La voz ronca y cavernosa del jefe de la logia, que habla un inglés de Oxford impecable. Los enmascarados lo rodean y lo acompañan hasta la terraza. A tiro de piedra de la orilla chispea el fuego, y junto al fuego el lugar del sacrificio. Recuerda el calor que lo invadía vestido con aquella gruesa túnica, los pasos sordos, pesados, el cuerpo atado de la mujer que trataba de salvarse a toda costa, sus ojos profundos, aterrorizados. En ese momento los integrantes de la secta empiezan un ritmo con palos golpeando un gran tronco en la terraza. Corta las ataduras y tiene una extraña sensación al tomar la mano de la mujer y sentir en lugar de piel la articulación metálica. Huyen en la noche. Los juncos, el contacto con renacuajos y ranas, el barro por todos lados, el fondo pantanoso del lago que los tira sin cesar hacia abajo. Desde todas partes llegan ladridos, pasos. Luego haces de luz y llamados de arrieros en húngaro y en alemán. Recuerda el golpe seco en la nuca y la lenta caída hacia la oscuridad lechosa.

¿Por qué dejaron a los dos con vida?, ¿por qué la secta se expuso a semejante riesgo? Hasta la mansión lo habían llevado con los ojos vendados, pero considerando que el lago Balatón, el lago barroso, no era a fin de cuentas interminable, habría sido posible volver a encontrar el lugar donde todo había ocurrido. Recuerda el despertar. Lo primero que sintió fue algo caliente y viscoso. Goteaba por su mejilla. Bely abre los ojos y ve el hocico: sale una lengua gigante y carnosa y lo lame. Era solo una de las vacas que

pastaban en el prado donde los habían dejado, narcotizados, los integrantes de la secta. A él, que había ultrajado su confianza, y a ella, un ser inferior y pecaminoso, que tenía apenas una sola alma y no dos. Inacabados, así denominaban los integrantes de la secta a los gemelos, que tomaban desde el útero solo la mitad del destino humano y por eso les estaba deparado volverse en su mayoría esclavos de todos los otros, personas completas con un par de almas.

El cementerio de Pobrežje está ubicado en las afueras de Maribor. En relación con el tamaño de la ciudad es desproporcionadamente grande. El portal de entrada conduce al edificio principal del cementerio por un largo camino empedrado ladeado por arboledas. En el edificio, además de una florería, un pequeño negocio y capillas ardientes, está la oficina de administración del cementerio.

El cementerio es wagneriano. Solo en Wagner se encuentra la obra de arte total, en la que se encarnan todas las formas del arte en una unidad indivisible. Desde la música hasta la literatura, la escultura y el teatro. Solo en Wagner y en los cementerios. La mejor prueba está en la gente. La experiencia catártica de la obra de arte total es una de las principales razones por las cuales vienen tan seguido aquí.

Rosa Portero comprueba si el grabador está funcionando. Entre tanto Magda Ornik, directora de la Compañía Funeraria Maribor, se alisa la falda corta y le sonríe a Bely. Se oye música de fondo, música clásica.

¡Lohengrin! Yo misma elijo la música que se escucha en el cementerio, de acuerdo con el clima, el color de las copas de los árboles y las celebraciones. Si les molesta, también puedo pedir que la apaguen.

Bely niega con la cabeza. No hace falta.

Si necesitan fotografías para la entrevista, les puedo enviar algunas, o les doy el *link* del sitio de internet, dice Magda Ornik.

Gracias, no hace falta. La entrevista es para la radio, dice Bely.

Ya lo sé, pero a veces también en las radios quieren fotografías, para poner en la web. Como sabrán, en este mundo virtual las imágenes visuales son cada vez más importantes. Lo que sin duda es un error. Todos sabemos que lo importante es la espiritualidad, no lo material, pero no podemos ir contra el desarrollo tecnológico. ¿Saben que nuestro cementerio fue elegido como uno de los mejor organizados de toda la Unión Europea? Y no solo por

su magnífica arquitectura paisajista, por sus arreglos florales y su relación profesional con los clientes, sino sobre todo por nuestra amplia y excelente oferta de servicios. Aquí es posible instalar en cada parcela una pequeña y discreta videocámara a través de la cual los deudos pueden ver la tumba de sus familiares *online* en todo momento. El servicio se llama «Presenciamos el descanso». Sin duda es todo un desafío para nuestros jardineros, que tienen que mantener impecables todas las tumbas en todo momento. Y claro, el servicio no es gratuito, pero estamos convencidos de que tiene un valor agregado para la tranquilidad espiritual de nuestros clientes. También hemos innovado con otro servicio: un reproductor con la grabación de la voz del difunto. Aunque hemos suspendido este servicio, porque hubo demasiadas quejas por los ruidos, en especial en las fiestas y en el cementerio de animales. Ahí el servicio era muy popular entre los amantes de los perros, pero la reproducción de los ladridos molestaba demasiado a los propietarios de gatos, que tienen a sus queridas mascotas enterradas inmediatamente a continuación de las tumbas de los perros. Quizás a ustedes les parezca que hemos llevado las cosas demasiado lejos, pero hoy la tecnología nos ayuda cada vez más a señalar el lugar en que cada uno está enterrado. Mientras haya un lugar donde los deudos estemos convencidos de que nuestros queridos familiares son bien cuidados, estamos tranquilos con la pérdida. De algún modo es la paradoja de toda pérdida, ¿no les parece? Se recuerda al fallecido en tanto tenga una tumba. Tan pronto como no hay tumba, tampoco hay más muerto ni muerte.

Magda Ornik bebe un sorbo de su té de manzanilla y se queda pensando en lo que acaba de decir.

Antes de tener este empleo no pensaba mucho en nuestros lazos con los muertos. Ahora entiendo cada día más a la gente que, por ejemplo, elige nuestro servicio de cremación condensada y de ese modo se une todavía más a sus difuntos familiares.

¿Cremación condensada?, pregunta Bely.

¿No conoce el servicio?, le contesta Magda Ornik y por debajo de sus largas pestañas le echa una mirada seductora a Bely. Se trata de un proceso especial a través del cual, después de la cremación, las cenizas se compactan en todo o en parte y se procesan bajo la forma de una piedra de grafito. Los deudos las usan en general como dijes colgantes alrededor del cuello.

Algunos la engarzan en un anillo o en un prendedor. En suma, bajo la forma de una piedra decorativa de gran valor estético se conserva el lazo más inmediato con el difunto.

¿O sea que la gente lleva puestos a sus antepasados de adorno?

Así es. Muchas mujeres de Maribor andan con sus padres o abuelos alrededor del cuello. Y cada vez con más frecuencia deciden combinar a los padres con sus mascotas fallecidas. Últimamente es muy buscado el... digamos, *souvenir* de la familia extendida, en el que las nueras engarzan como piedra central a su difunta suegra, alrededor de la cual van poniendo luego al resto de los miembros de la familia. La casa ofrece también los servicios de un joyero experto en este tipo de bisutería. Hoy las piedras de Swarovski son para las adolescentes; las mujeres adultas llevan las de sus antepasados.

Magda Ornik cambia de asiento; sus largas piernas, el arreglo floral que inunda el cuarto de fragancia a magnolias y flores silvestres secas, fotografías en la pared, donde está Ornik junto al presidente de la nación, el presidente de la Unión Europea, el primer ministro, el alcalde y un personaje de la farándula de Maribor.

¿Pero entonces los antepasados que la gente lleva colgados del cuello no tienen tumba? ¿Tienen algún otro recordatorio?

Tienen, sí, sin duda tienen. Solo que allí no están enterrados sus restos mortales, son tan solo cenotafios.

Bely se inclina hacia Rosa para traducirle la última respuesta de Ornik. Justo entonces se le ve un momento tras la oreja izquierda una larga herida que llega hasta el cuello del suéter de Rosa. Bely se queda mirando. Ornik percibe el cambio en el rostro de Bely.

¿Todo en orden?

Sí, sí, claro, balbucea Bely. ¿En qué nos quedamos? Por supuesto, en la memoria de los antepasados. Su cementerio también es conocido porque su ubicación abarca una parte de la trinchera antitanques de la Segunda Guerra Mundial. Las investigaciones hasta la fecha indican que en la trinchera hay por lo menos 15 mil, o según otras estimaciones hasta 50 mil personas, muy probablemente soldados de otras repúblicas de la ex Yugoslavia. Se trata de personas que fueron asesinadas en forma encubierta al final de la guerra por los comunistas. De algún modo este cementerio yace sobre otro cementerio,

de no identificados, de NN.

Mire, señor Bely, tendríamos que preguntarnos qué es la memoria. La memoria es solo lo palpable. Los objetos son la memoria. Las casas son la memoria. Las lápidas son la memoria. Todo lo que llevamos puesto son tan solo nuestros deseos y frustraciones, nuestra psiquis, no la memoria. Cuando sacamos una placa recordatoria, no hay más memoria. Y si nunca hubo una placa, no hay nada que sacar o borrar. ¿Por qué no dejar que los muertos estén muertos? ¿Para qué envenenar a las nuevas generaciones con preguntas sobre sucesos que ocurrieron hace más de medio siglo?

¿Y los huesos de los muertos son también palpables?

Polvo al polvo, señor Bely, ¿Para qué desenterrar lo que está bajo tierra? Todos sabemos que preguntarse por las matanzas de posguerra divide al medio a nuestra sociedad hasta hoy. Todos los políticos, de izquierda y de derecha, sacan partido de estas cuestiones sin resolver, sacan partido de que se sigan descubriendo nuevas fosas y se vuelvan a destapar fantasmas y odios. En mi opinión...

Magda Ornik se inclina y apaga el grabador.

Off the record, por favor. En mi opinión sería mejor pasarle el arado a todos los cementerios cada quince o veinte años, y estaríamos en paz. La gente se acuerda porque va a los cementerios regularmente. Habría que acotar esto, o directamente prohibirlo. Hay dos puntos de vista posibles. Primero: toda nuestra nación es un gran cementerio. Todos sabemos que dondequiera que clavemos la pala nos topamos con una tumba o hasta una fosa común. Los romanos, la Edad Media, las invasiones turcas, la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial, las matanzas de posguerra. Eslovenia está en una encrucijada. Aquí todo se conecta y se mezcla y cada época deja sus muertos en el camino. Desde esta perspectiva, la única diferencia entre un prado común y corriente y nuestro cementerio está en la conciencia de la gente y en que en uno las tumbas no están marcadas y en el otro sí. Aquí en nuestro cementerio usted sabe siempre que está caminando entre tumbas, pero nos olvidamos de que plantamos el trigo entre tumbas, plantamos flores y verduras entre tumbas, construimos casas en las tumbas. No queremos admitir que los muertos son abono para las generaciones futuras. Este es el primer punto de vista, quizá un poco morboso. El segundo punto de vista es optimista. Se basa en la vida, en lo que está vivo aquí y ahora. No sé usted,

señor Bely, pero yo estoy feliz de estar viva, de poder levantarme cada día, venir a mi excelente trabajo, ayudar a la gente a mitigar sus pérdidas con un servicio de gran calidad. Estoy feliz de poder moverme libremente, de plantar, de trabajar la tierra, de poder respirar, de saltar. Vivo alegre como un pajarito, la vida es el mayor regalo.

¿Como un pajarito?

Bueno, tal vez la comparación no es la más afortunada, pero usted me entiende. No somos mejores que los animales, más bien todo lo contrario.

Rosa Portero hace una mueca áspera y furtiva, se inclina y vuelve a encender el grabador. Ornik la mira con desprecio.

¿Pero entonces usted entiende esloveno?, le pregunta Ornik a Rosa Portero.

Rosa se alza de hombros.

Mientras tanto Bely saca la pluma fuente de su saco. Empieza a moverla al ritmo de *Lohengrin*, que sale por los parlantes.

No, no entiende; solo una que otra palabra, eso es todo. Dígame, en una de estas fotografías ¿está también Andreas?

¡Ah, Andreas! ¿A qué viene eso ahora? ¡Es un genio! Sus puestas en escena son lo más parecido a la obra de arte total —además de Wagner y nuestro cementerio, claro—. Hace muchos años, cuando vi su puesta de *Babilonia* encontré inspiración para instalaciones especiales que hoy en día... Ornik se detiene en medio de la oración, sigue entrecortada... acompañan a los visitantes en... sus paseos... por nuestro... cementerio.

El tic tac de la pluma de cerámica. *Lohengrin* de Wagner. Tic tac tic tac. Rosa Portero mueve la mano frente al rostro de Magda Ornik. No hay reacción. Bely y Rosa asienten uno al otro con un movimiento de cabeza. Bely guarda la pluma y saca el E-metro del portafolios, pone los rodillos metálicos en las manos de Magda. Enciende. La manecilla oscila y se queda en la mitad del campo.

Magda, cuéntanos quién eras antes de nacer como Magda Ornik.

No veo nada. Todo está cubierto, dice en voz baja Magda Ornik.

Bely mira la aguja del E-metro, que oscila dos veces hacia la derecha y vuelve a quedarse en el centro.

¿Quién oculta tu pasado?

Yo soy esta.

¿Quién eres, Magda?

Soy muchos.

Así es, eres muchos. Cuéntame de ellos.

Magda mira más allá de Bely. Está en estado de profunda hipnosis. Las manos están apretadas entre las rodillas, y se aferran crispadas a los rodillos del E-metro. Los músculos de la cara están tensos, los ojos inmóviles, saltones.

Está todo oscuro. Aún no he nacido, pero ya estoy viva. A menudo me escondo bajo las hojas secas. Tengo miedo.

¿De qué tienes miedo?

Tengo miedo de Dedek Mraz, de Abuelito Frío, que viene de Pohorje. Dedek Mraz nunca está solo. Siempre viene en pareja; llegan Dedek Mraz y la Muerte, y siempre llegan juntos desde Pohorje. Oigo su voz cascada, apesta a aguardiente. En cualquier momento sus grandes manos me van a encontrar, me van a sacar de mi escondite y me van a empujar junto con los otros al precipicio.

¿Quiénes son los otros?

No sé quiénes son, solo sé que están muertos. Igual que mi madre, que también está entre ellos. También a ella vinieron a buscarla Dedek Mraz y la Muerte. La muerte siempre llega desde Pohorje.

Sal de esa vida, más atrás. ¿Qué ves?

Veo que soy un carnicero. Trabajo en las chacras de montañas lejanas. El trabajo es duro. A menudo tengo que caminar todo el día para llegar hasta los animales que tengo que matar. La paga es mala. Me veo forzado a robar para poder mantener a mi familia.

¿Y si vamos aún más atrás, bien atrás?

Todo se nubla, veo soldados, romanos. Luces en el cielo, tal vez un incendio. Tengo muchos hijos. Uno acaba de morir por una herida en la espalda. Mis hijos a menudo mueren. Mi marido dice que llevo la muerte dentro, que los alimento con muerte, y por eso mueren. Todos los días estoy envuelta en la muerte de mis hijos. La muerte me abriga, es mi vestido, mi olor corporal. Velo a mis hijos y vuelvo a darlos a luz, los velo y los vuelvo a dar a luz. Allí hay bacalao. Alguien prepara el fuego. Vendo pan y rezo a los

dioses para no volver jamás a la tierra. Pero siempre sigo volviendo, y las heridas que cierran se vuelven a abrir en otras partes. Todo está lleno de heridas, por todas partes.

Rosa Portero se inclina sobre la cabeza de Magda, entrecierra los ojos y la huele como un perro.

Ich möchte mehr über den Weihnachtsmann erfahren. Quiero saber más sobre ese Papá Noel.

Bely asiente con la cabeza.

Bien, cuéntenos más sobre Dedek Mraz de Pohorje, dice Bely.

Dicen que es comunista, pero en realidad es un mendigo a quien los Domobranci, la Guardia Nacional Eslovena, le mataron a la familia. Es uno de los tiradores de ametralladora más devotos, designado para matar a prisioneros Domobranci, a soldados alemanes, a oportunistas políticos y otros que no encajan. La guerra va a terminar en cualquier momento. Trabaja casi sin pausa desde hace tres semanas completas. Hay que liquidar a tanta gente que hace falta una buena organización del trabajo. Los conducen en grupos hasta el borde de la caverna. Él debe dispararles, otro organiza el transporte y un tercero está en la excavadora y tapa mientras tanto la fosa con los muertos. Dicen que es la masacre con rostro humano. Quien está liquidado está muerto en el acto. Y si no, lo estará al instante siguiente bajo la gruesa capa de tierra. Aquí no hay casos como los que se dan en otras partes, digamos, en el caso de la fosa Barbara, en Huda Jama. Allí desnudaron a todos esos pobres chiquitos y mujeres, les ataron las manos con alambre de púas y los emparedaron vivos para que se fueran ahogando lentamente. O en Kočevski Rog, donde muchos sobrevivieron a la caída por el altísimo precipicio y solo tuvieron que esconderse, sobrevivir un par de semanas entre los cadáveres en descomposición. Sobrevivieron porque se volvieron carroñeros y caníbales. Aquí no hubo nada de eso. La masacre con rostro humano. El tirador de ametralladora mataba con gran profesionalismo. Solo cometió un error. Solo una vez, por la gran cantidad de aguardiente, se llevó también a un par de sus asistentes, eso es todo.

Magda se queda en silencio, luego sigue con otra voz, más baja.

Me da miedo el sonido de la ametralladora. Me tapo los oídos, pero no sirve de nada, el sonido me penetra. Trato de pensar en las suites para piano que conozco. Que me salve Schubert. Pero no hay música que no perfore el

sonido de la ametralladora. Dedek Mraz tiene varios tiradores de ametralladora. El arma se recalienta tanto por los disparos que de tanto en tanto tiene que cambiarla. Tres semanas de masacre. Después de estas tres semanas de incesante matanza el tirador de ametralladora finalmente se convierte en Dedek Mraz.

¿Cómo?

Le tiemblan las manos. Bebe mucho más que antes de la guerra entre los hacheros de Pohorje. Se arrebatata. La ciudad está en penumbra. Los sobrevivientes quieren olvidar todo lo que ha ocurrido. Habla demasiado, está violento. Sus superiores tienen dos posibilidades: lo liquidan o le dan alguna ocupación. Lo nombran para que encabece la acción Dedek Mraz 45. Hace llevar muchos abetos y musgo a la plaza Lenin, en Maribor, para crear un ambiente mágico. A muchos de sus colegas les recuerda al bosquecito que rodeaba la fosa de tanques en Tezno, pero a él no. Al fin y al cabo él encabeza la acción Dedek Mraz 45 y él decide qué y cómo. Decoran los árboles, lucecitas, lamparitas rojas, nieve. En los troncos hay maquetas de muchos seres de cuentos, de duendes, de tía Pehta y otros. Esta es la escenificación adonde el veinticuatro de diciembre llevan a todos los niños de la ciudad y los alrededores. Hay gran inquietud y excitación. Después ruge una moto y suenan campanitas. El tirador de ametralladora llega donde están los niños. En lugar de ser tirado por renos, a Dedek Mraz lo trae un tractor ruso. Está sentado con una capa roja tremendamente borracho, con una barba blanca de algodón. Los niños lo miran con ojos enormes. Si alguno de los niños sonríe, él le propina una bofetada de inmediato. Si el niño está fuera de su alcance, él extiende su bastón de oro, apunta hacia él y dice: ¡Ratatatatata! Me gusta Dedek Mraz. A todos los niños nos gusta Dedek Mraz. Nos da dulces y habla sobre la hermandad entre las naciones de Yugoslavia.

La boca de Magda tiembla, sus ojos se inflaman aún más, se afirma sobre el vientre con los dos rodillos del E-metro, se arquea, crispada.

Oh, no, Dedek Mraz, te lo ruego, no vayas a la colina. No sé, no estoy ahí, pero la imagen está, la veo con claridad. Dedek Mraz nos tapa con dulces y luego se va a la colina en su carro desvencijado tirado por el tractor. Siempre viene desde Pohorje. Ahí los bosques son vírgenes y están intactos. Ahí el agua es pura. Ahí hay bloques de mármol, ahí está nuestro pasado.

Viene de Pohorje a la ciudad y nos trae regalos. Y después siempre vuelve a la colina.

¿De qué colina se trata?

Es el monte Pirámide. Siempre desaparece por el monte Pirámide. Una vez corremos con mi papá detrás de él. De pronto se abre la cima de la colina y Dedek Mraz desaparece en su interior; la colina se vuelve a cerrar detrás de él. Ay qué miedo me da por nuestro Dedek Mraz. Dentro de la colina podría ocurrirle algo muy grave. El monte Pirámide es su casa, me consuela papá, pero veo que a él también le da miedo. Papá miente. En realidad Dedek Mraz debe volver siempre a la Pirámide y ahí se olvida de nosotros los niños. No quiero que nos olvide. ¡Quiero que esté con nosotros todo el tiempo! Pero Dedek Mraz viene solo una vez al año, nos da dulces y bofetadas y luego desaparece. ¿Qué pasará con él en las profundas entrañas de la tierra? ¿Tendrá frío?, ¿le darán de comer?

Magda empieza a temblar.

Está bien, Magda. ¿Puedes contarme algo sobre el Gran Orco?, dice Bely.

Magda mira sin ver y sigue temblando.

¿Magda?, dice Bely.

Magda tiembla cada vez más.

El Gran Orco vive en la montaña bajo el monte Pirámide. Dedek Mraz es su hijo. Igual que nosotros somos hijos de Dedek Mraz, él es hijo del Gran Orco. El Gran Orco puede venir en cualquier momento a cualquier lado, pero Dedek Mraz solo puede volver a su fosa de tanques en el bosquecito. Y a nosotros, los niños, pero eso solo en navidad. Viene Dedek Mraz y viene la Muerte y nos empuja por el precipicio.

¿Dónde está el precipicio?

En todas partes.

¿Dónde está el Gran Orco?

En la Pirámide.

¿En la Pirámide sobre la ciudad?

En todas partes.

¿Pero entonces quién es el Gran Orco?, grita Bely.

Todos. ¡Todos somos el Gran Orco!

ODIO EL CARNAVAL

Rosa Portero y Adam Bely arrastran los pies en dirección del estacionamiento. Rosa toma del brazo a Bely. La chaqueta de Bely huele a barro, aunque es invierno y la chaqueta está muy limpia.

A la izquierda está el cementerio de animales, dice Bely. Hace años fue titular de todos los periódicos. Vendían la tierra de aquí como humus de primera calidad, en particular para el cultivo de bonsáis. El antecesor de Ornik tuvo que dejar su cargo de director. A los compradores de bonsáis no les gustó tener plantas en tierra de cementerio. No sé qué ocurrió con su predecesor. Probablemente nada sorprendente, solo cambió de empleo. Es la ley de esta ciudad. Es demasiado pequeña como para que la gente se separe de ella. Si se aplicara la regla que es habitual en comunidades más grandes — un error y estás fuera del juego—, en Maribor ya no viviría nadie. Incluso si todos saben que alguien ha hecho algo malo, la mayoría de las veces ese saber reafirma el lugar del culpable en la sociedad. El hecho de que haya cometido actos impuros lo encastra más profundamente en la sociedad de los culpables. Ante tales personas no hace falta tener miedo ni vergüenza, porque como mariborense sabes que son iguales a ti. Sabes con quién tratas. Es parecido al final de la historia del tirador de ametralladora del que hablaba Magda. Lo recuerdo. En ese entonces aún estaba en la escuela primaria. Lo sacaron de su puesto de trabajo como Dedek Mraz. Más tarde fue el principal revendedor de pornografía infantil. Todos sabían lo que estaba haciendo, pero por su pasado era intocable. Cuando murió, su funeral fue uno de los más concurridos de la historia de Maribor. Llevaron a Dedek Mraz por las calles de Maribor con su viejo tractor de la marca Ursus. En el cajón abierto, con su larga barba blanca apoyada en el pecho del muerto. Nuestra escuela en pleno montó guardia de honor, todos vestidos con uniformes de pioneros en el

puente principal, mientras llevaban el cuerpo del tirador de ametralladora con acompañamiento de la banda de vientos de policía con grandes honores de la nación hacia el cementerio. Fue grandioso. Unos inviernos antes, cuando él tuvo que retirarse por el escándalo, sus dos nietos se hicieron cargo del negocio familiar. Al principio se pelearon por quién de los dos iba a ser Dedek Mraz. Hubo situaciones increíbles. Un veinticuatro de diciembre llegaron los dos a la vez vestidos de Dedek Mraz a la plaza principal y, en presencia de todos los chicos, se pelearon por quién era el verdadero. Probablemente habría terminado en un ajuste de cuentas familiar si la candente situación política de los ochentas no hubiera proporcionado una oportunidad excelente para la solución del conflicto. El Dedek Mraz mariborense tuvo un primo menor, Papá Noel, y hasta la fecha ambos van por los jardines de infantes y escuelas de por aquí asustando a los niños.

Rosa conduce sin una palabra. Bely la observa de costado. Le parece más bella que nunca. A la vez lo invade la sensación insalvable de prohibición, hasta de rechazo. No, Bely sabe muy bien que jamás debe estar con Rosa. Estar con Rosa sería un error fatal. Le pasan ante los ojos las escenas del cuerpo de Rosa arqueándose de placer y dolor cuando el húngaro la penetra. La escena de cuando la marca después del sexo, cuando le hace un tajo tras la oreja derecha con la uña.

He visto que tienes una herida tras la oreja derecha, dice Bely.

No tengo ninguna herida, te habrás equivocado.

Puede ser, dice Bely y se rasca el cuello.

¿Qué quieres, Bely?, dice Rosa con nerviosismo.

Quiero que salvemos esta ciudad, Rosa. Esta ciudad de mierda que no se merece ninguna salvación. ¿Sabes qué es lo aterrador? Que en esta ciudad puedes caer sin saber qué tan hondo llegarás. En toda sociedad hay una red de seguridad, como en el circo para los trapecistas. En alguna parte, justo antes de llegar al suelo, está la red de seguridad que atrapa a los acróbatas que caen. En todas partes, en cada sociedad, están extendidas; pero aquí no. La gente te mira caer y hacerte añicos con tremendo regodeo. Lo que podría salvarse con una sola mano extendida, aquí es completamente imposible.

Exageras, contesta Rosa. Creo que te afecta personalmente, porque es tu ciudad. O al menos alguna vez lo fue. ¿Cuánto tiempo hace que no vienes por aquí? ¿Dieciséis años? Esta ya no es tu ciudad, resígnate. Por lo demás no se

trata de esta ciudad, se trata de asuntos del destino. Si se tratara solo de esta ciudad yo no estaría aquí, créemelo. Rosa Portero no es la gran cosa. Pero a la vez es demasiado para esto. ¿Dices que esta ciudad es completamente indiferente? A mí me parece que aquí todos juegan a los palillos chinos.

¿Qué quieres decir?

El que mueve, pierde. Simple, ¿no? Pero esto no es lo más aterrador.

¿Qué es para ti lo aterrador?

Aterrador es que crees únicamente en tus fantasías. En lo que sientes no crees ni un poquito, Bely. En tu cabeza solo hay espacio para tu objetivo y para nada más. A veces me pregunto por todo junto: mi captura, las semanas que pasé encerrada en ese sótano húmedo y oscuro, que me liberaras en lugar de asesinarme, y sobre todo que nos hayan atrapado pero nos hayan dejado con vida... todo eso junto no parece ser cierto. ¿O no somos también nosotros herramientas de algún plan que ignoramos? Y un plan pensado de tal manera que incluye nuestra destrucción de ese mismo plan. ¡Por lo tanto para romper ese plan deberíamos hacer exactamente lo que se exige y se espera de nosotros! Tal vez esas expectativas son falsas. ¿Tal vez habrías debido matarme aquella vez en el Balatón y hacerte sacerdote de la logia de los Gemelos? Adam, ¿pensaste en eso alguna vez? ¿Tal vez así desperdiciaste la única oportunidad que tenías de descubrir al Gran Orco? ¿Qué vamos a hacer? Aún tenemos tres nombres y poco tiempo. Ninguno de los miembros hasta ahora sabía los nombres de los demás. A excepción del dueño del restaurante, que conocía algo más de la mitad. ¿Qué pasa si ninguno de los tres que quedan sabe quiénes son los cuatro que faltan? ¿Qué pasa si no llegamos nunca a ellos? El Gran Orco pronto va a saber que sus tentáculos han sido atacados, que está amenazado. Se va a defender, Adam, y sabes mejor que yo que tiene un poder mucho mayor que el nuestro. ¡Maldito!

Rosa frena de golpe. El auto patina, por un momento parece que va a derrapar y salir de la calle, pero gira transversalmente en la calle cubierta de hielo y se detiene en el paso peatonal.

¿Qué miércoles es esto?, susurra Rosa que se ha puesto pálida.

Contra la ventanilla del automóvil está apoyado el rostro de un gran animal. El hocico con dientes negros, la lengua larga de felpa, en la garganta un rostro humano, estira la mano fuera del hocico y echa en el vidrio del automóvil una sustancia roja, *ketchup* o algo parecido. Se oye una risa, el

roce de tela de arpillera, alguien da un rebuzno sonoro. Una oruga enorme, ocho pares de pies con patas de rana, una que otra patea la salpicadera del automóvil. La serpiente se aleja lentamente zigzagueando por el paso peatonal hacia el otro lado; desaparece tras las casas.

Es una *rusa*, una *rusa* muy larga, así se llama el disfraz; habitualmente es para dos personas, pero acá hay más gente adentro, se ríe Bely.

A mí no me hace ninguna gracia, a mí me aterroriza; por un pelo no atropellé a ese gusano, dice Rosa y se pasa la mano temblorosa por el pelo. Tras la oreja no hay ninguna herida, aunque Bely podría jurar que menos de media hora antes la había visto con claridad.

¡Odio el carnaval!, dice luego Rosa.

Pero si en realidad no hay otra cosa. Todo es carnaval: gente que piensa que es otra cosa y no lo que es. En distintas versiones, claro, dice Bely y pone su mano izquierda en la derecha de Rosa, que ansiosa, crispada, se aferra a la palanca de cambios.

Atrás se oye un bocinazo.

Fuck off!, grita Bely. Rosa lo mira, pone primera y sigue adelante.

En Cuba existe, además de nuestra versión del carnaval, otro, en verano. Tiene lugar cuando termina la zafra. Se llama Mamarrachos y viene de África.

¿Y cuál es la diferencia?

Sobre todo se baila y se bebe, la gente no lleva máscaras. El más grande es en Santiago.

Espera un momento, ¿no me contaste una vez que tu padre era de Santiago?, dice Bely.

Allí crecí. Una vez mi padre me llevó con él al carnaval. Me perdí entre el gentío por la calle. Un par de horas después me encontraron con una vieja. Mamá estaba fuera de sí. Dijo que la vieja estaba practicando santería sobre mí. Parece que yo había estado sentada inmóvil en su vestíbulo. Alrededor de la silla había un círculo de flores y frutos y velas. Yo tenía en las manos una muñeca enrollada con un hilo blanco y fino. Tenía cuatro años y medio, pero casi no recuerdo nada. No sabría nada si no me lo hubiera contado más tarde mi madre. Después de aquello mi madre no quiso quedarse en Cuba. Nos llevó a mí y a mi hermana gemela a casa de sus padres a Graz. Luego de un par de meses consiguió hacer los papeles para mi padre. Vino, pero no

resistió. Después de seis meses se volvió. Nunca más lo vi ni oí nada de él. Tal vez es una forma carnavalesca de paternidad: estar enmascarado en la propia desaparición, pero no me gusta, Adam. Ese carnaval no es de mi agrado en absoluto.

En el hotel dos hombres que se identifican como policías van a ver a Bely y a Rosa. Se oye el pitido del aire bajo la presión cuando se sientan en los viejos sillones tapizados en imitación de cuero de color gris claro en la recepción del hotel. Están destartalados y se hunden mucho bajo el peso de los cuerpos. A Rosa le parece por un momento que el tapizado está vivo y que la chupa hacia abajo como barro.

Les ruego me respondan un par de preguntas, señor Bely, dice el inspector de policía Maus. En primer lugar, me interesa saber dónde tienen residencia estable en este momento.

En Leoben, en Austria. Hace cuatro años que estoy allí. Antes viví mucho tiempo en Graz, dice Bely y observa la vestimenta de los dos policías. Llevan chamarras negras parecidas, *jeans*, zapatos negros parecidos. Se les nota en los ojos que ambos llevan medias de tenis blancas.

¿Y la señora Portero?, pregunta el inspector Maus.

Ella viene de Graz. La señora es periodista. Trabaja en la radio estatal austriaca. Yo le traduzco y la ayudo en el trabajo. Soy de Maribor, pero hace más de quince años que no vivo aquí. La señora Portero está haciendo una nota sobre la ciudad y la Capital Europea de la Cultura.

Entiendo, entiendo, dice el inspector Maus y asiente satisfecho. Mientras tanto su colega, a quien Maus presenta como el asistente Gros, toma notas con gran atención en su libreta. Bely se sorprende cuando Gros cierra y deja la libreta sobre la mesa. En las tapas está el año 1980.

¿Cuándo llegaron a la ciudad, señor Bely?

Llegamos el miércoles por la noche, hace tres días.

¿Y se quedan hasta...?

En principio hasta el próximo miércoles por la mañana. No queremos perdernos el estreno de la obra de Andreas, *La guerra y la paz*, el martes por la noche, dice Bely.

Paz, paz, si quedara algo de paz, señor Bely. Pero no hay paz. Todos aquí queremos paz, pero hacemos todo posible para que nadie esté nunca en paz, sermonea el inspector Maus y sonrío satisfecho de sí mismo. Una carcajada

larga y forzada.

Ante la carcajada de Maus el asistente Gros suelta una risita y asiente mirando a su superior.

Usted es mariborense, señor Bely, así que seguro conoce al señor Iván Dorfler.

Claro que lo conozco. En los años de estudiantes andábamos siempre juntos.

¿Ha visto al señor Dorfler desde que llegó a Maribor?

Me lo encontré en Off el jueves por la noche.

¿La señora Portero estaba con ustedes?

Estaba. ¿Por qué lo pregunta? ¿Ha pasado algo con Dorfler?, dice Bely y mira a Maus a los ojos.

Dígame, ¿cuándo exactamente han visto al profesor Dorfler?

Alrededor de las nueve de la noche.

¿Y cómo estaba Dorfler?

¿Qué quiere decir? ¿Cómo estaba...?

¿Había en él algo fuera de lo común?

No diría eso. Estaba de buen humor.

¿También cuando partieron?

También. Bebimos bastante. Ya sabe cómo es eso de encontrarse después de mucho tiempo.

Lo sé, lo sé, asiente satisfecho el inspector Maus. ¿Supongo que no han leído el periódico local del día de hoy? Por qué lo harían. Como quiera que sea, Dorfler tuvo una especie de ataque de nervios la misma noche que ustedes lo encontraron. Ahora está en tratamiento en una clínica neuropsiquiátrica. Dicho sea de paso, la presencia de ustedes dos en Off el jueves por la noche ha sido confirmada por los empleados.

¡Es terrible!, dice Bely parco.

Es bastante extraño. Encontraron al profesor Dorfler con la boca cortada mientras lamía el felpudo en Off. Desde esa noche está completamente desquiciado. Si lo dejan, empieza a lamer el suelo inmediatamente, sin importar en qué estado esté ni qué haya sobre él. Bueno, el caso no sería nada especial si no fuera porque el mismo día le ocurrió algo parecido a una persona más, al conocido empresario Tine Mat. Él también perdió el juicio.

En medio de la reunión con sus socios de Abu Dabi se abalanzó sobre uno de los invitados y le mordió la mano. Y muy fuerte. Tuvieron que coser al agredido; poco faltó para que volviera a Abu Dabi con la mano paralizada. No me hace falta agregar que sucesos de esa naturaleza no contribuyen al éxito en el mercado de las empresas de Maribor.

El inspector Maus vuelve a soltar una gran carcajada ante esas palabras. El asistente Gros también se ríe a escondidas ante la carcajada de su superior.

También visitaron a Mat esa misma mañana, ¿no es así?, dice Maus.

Con él hicimos una entrevista corta. Estamos intentando hacer un mosaico de los distintos perfiles de mariborenses para ofrecer a los oyentes de la radio austriaca una impresión tan variada como sea posible de la ciudad, dice Bely.

Por supuesto, por supuesto, asiente satisfecho Maus.

¿Y qué pasó con Mat?, pregunta Bely.

Presenta síntomas parecidos a los de Dorfler, solo que mientras Dorfler lame el suelo, Mat muerde a todo el que se acerque a sus dientes. Es muy peligroso. Los psiquiatras dicen que no han visto algo así jamás. Y sobre todo es muy inusual que en el mismo día se hayan vuelto locos dos ciudadanos tan prominentes, que antes no habían mostrado ningún síntoma y que de acuerdo con la información de que dispongo no tenían nada en común. A excepción de...

¿A excepción de qué?, pregunta Bely.

A excepción de haberse encontrado con usted y con la señora Portero un par de horas antes o un momento antes de haber perdido el juicio.

¿De qué se me acusa, señor Maus?

Mire, los médicos sospechan que ambos, tanto Dorfler como Mat, han ingerido alguna sustancia desconocida. De otro modo no pueden explicarse su repentino colapso nervioso. Ya efectuaron los primeros análisis pero no han encontrado nada. Ahora siguen con estudios complementarios. De cualquier modo, por ahora no los estoy acusando de nada, señor Bely. Solo le ruego que me ayude a resolver el misterio. ¿Cómo es posible que les suceda algo así a dos personas estables, que muy probablemente no tuvieran ningún contacto entre sí? ¿Y todo exactamente el mismo día que se encuentran con usted y la señora Portero? Tiene que admitir que la cuestión es bastante llamativa.

Lo es, yo también estoy conmovido, no me da igual. Pero aún con la mejor disposición no veo cómo podría ayudarlo, dice Bely y hace un esfuerzo para contenerse y no rascarse la rodilla derecha, que empieza a picarle mucho mientras habla Maus.

Una pregunta, señor Bely, ¿conoce a Voda?

¿Al alcalde Voda?

Al alcalde Voda, así es.

No, nunca en la vida lo he visto ni he tenido ningún contacto con él.

Claro, claro, eso es lo que pensaba. Por qué debería de tenerlo, asiente Maus satisfecho.

Dígame, Bely, en el encuentro con Mat y Dorfler, ¿notó algo inusual?

¿Algo inusual?

Se lo pregunto de otro modo. Durante el encuentro ¿notó la presencia de pájaros, tal vez de palomas? En Off o en la oficina de Mat ¿se veía excremento de pájaro o alguna otra cosa cualquiera vinculada a pájaros?

Bely le traduce la pregunta a Rosa Portero, que niega con la cabeza. Se miran desconcertados.

No, no notamos ninguna paloma, ni tampoco excremento de pájaro.

¿Estuvieron en la oficina de Dorfler?

Así es.

¿Vieron el póster con una paloma blanca?

Ante la mención de Maus, Bely recuerda el póster con una paloma blanca de la paz. Asiente con la cabeza.

Verán, el suelo que lamía Dorfler estaba lleno de excremento de paloma. También el antepecho de la ventana en la oficina de Mat estaba cubierto de heces. Es mi primera pista. La segunda es usted. Y tengo una más.

¿Una más?, pregunta Bely.

Ambos, tanto Mat como Dorfler, son oponentes acérrimos de Voda. O mejor dicho eran. Ahora ya no se oponen a nadie, dice Maus y se pone de pie. Tras él se pone de pie inmediatamente el asistente de policía Gros. De pie toma una par de notas finales y cierra su gran libreta de tapas verdes con el año 1980 impreso en números dorados.

Rosa Portero y Bely miran alejarse al inspector Maus y a su asistente Gros. Bely se rasca con fuerza la pierna y el vientre, y le hace una seña a

Rosa para que la siga a su cuarto.

No te preocupes, no tienen nada, no pueden tener nada, dice Bely cuando cierra la puerta del cuarto tras de sí.

¿Estás seguro, Adam? ¿Qué hay de los exámenes que les hacen?

Ningún examen del mundo puede mostrar que alguien haya sido intoxicado. Los exámenes buscan sustancias que puedan provocar esos efectos, y nosotros no drogamos a nadie. Lo que los miembros del Gran Orco reciben es información pura y dura, no drogas. Y la información hace que cobren conciencia las almas a las que se les ha borrado la memoria. Estas almas conforman nuestra subjetividad. Juntas son totalmente inofensivas, como un racimo de murciélagos durmiendo. Pero la información sobre lo que ha ocurrido y qué somos las personas es como un rayo de luz que las despierta. Las almas que han dormido millones de años vuelven a despertar y abandonan el cuerpo humano que han habitado como una suerte de escondite. El animal humano vuelve a ser solo un animal sin almas. En este sentido, Hubbard, el jefe de los científicos, tenía razón. Tenía razón en todo, pero no veía a las personas. Solo somos animales humanos y bandadas de almas de los muertos. De almas desorientadas que han habitado cuerpos de animales humanos. Cuando le damos una bolita a alguien, volvemos a dar información a esas almas, pero de ninguna manera las intoxicamos.

Pero esta información tiene que estar hecha de algo, Adam. Tiene que adosarse a alguna materia, no es posible que sea solo palabras en el viento. ¿De qué son las bolitas que les damos a la gente? ¿De dónde las has sacado? Adam, ¿es posible que quien te las dio te haya tendido una trampa? ¿Tal vez piensas que son solo información y en realidad son algún tipo de droga?

Ante estas palabras Bely se rasca el pelo con fuerza con las dos manos. Está decepcionado, ya está enojado con las dudas de Rosa. Si es tan débil su fe en que lo que hacen lo hacen porque es imprescindible e ineludible, ¿entonces por qué aún está con él? Pero con todo y todo, no tiene ningún sentido. Y además si Rosa estuviera con él con intenciones engañosas, el *auditing* lo habría revelado. Bely hipnotizó a Rosa Portero tres veces y la interrogó con el E-metro antes de permitirle venir con él a Maribor. Y además desde el primer momento que la vio atada en la orilla del Balatón, tuvo la extraña y persistente sensación de que podía confiar en ella. De que era justamente Rosa la persona que en la visión del Gran Orco se le aparecía

como ayuda. Y al mismo tiempo, a Bely no le quedaba más remedio que confiar en ella. Si en este momento necesitaba algo, era una persona de la cual pudiera fiarse.

¿Tan poca confianza me tienes, Rosa?, ¿de veras?, dice Bely y toma a Rosa de la mano.

La sensación de los dedos humanos en un guante y metálicos en otro pasa a su cuerpo y compone la imagen de una criatura extraña, ni humana ni máquina.

Bely, confío en ti, lo sabes bien. Pero de todos modos quiero saber de dónde salieron esas bolitas, dice Rosa Portero y mira fijamente a los ojos de Bely.

De la tienda Hofer, responde Bely, y sonrío.

¿De dónde?, lo mira desorbitada Rosa.

Bely siente cómo los dedos vivos y metálicos de Rosa se mueven, tenazas y esperanza al mismo tiempo.

Lo que les damos a los miembros del Gran Orco son bolitas de pan comunes y corrientes de las que se compran en cualquier tienda. Harina, agua, sal, algún emulsionante y estabilizante permitidos, y eso es todo. Pero a diferencia de las bolitas de pan comunes, estas están informadas. Más o menos como los globulitos homeopáticos que están compuestos con una información muy diluida de la enfermedad, y la curan. Solo que en nuestras bolitas de pan no se trata de información con un compuesto tan diluido, sino más bien de conciencia pura.

¿Conciencia?, ¿conciencia de quién, Adam?

La mía, la tuya, la conciencia de todos los que permiten que esta conciencia se manifieste. Mira, cuando estaba con los científicos me sometí a un proceso de varios años de autoexamen y limpieza. Me volví *clear*, lo que significa un estadio muy avanzado de conciencia. Pero también casi al mismo tiempo me enfermé de cáncer en los testículos. Eso era irreconciliable. Es contra toda regla ser *clear* y enfermarse de cáncer. Por eso también abandoné la ciencia. Pero algunas creencias de ellos me ayudaron luego a vencer el cáncer. Y lo vencí con ayuno y meditación.

¿Ninguna radioterapia?

Bueno, un poco sí. Y me operaron. Pero el cáncer estaba en un estado tan avanzado que dejaron de tratarme. Pero yo no dejé el tratamiento y medité.

Cuarenta días y sus noches solo agua y meditación. Me concentraba todo el tiempo en una sola cosa. Y a través de ella trataba de entrar en contacto con la conciencia superior.

¿Con la conciencia de los muertos?

No, esa es otra conciencia. Esta conciencia está por encima del espacio y el tiempo; es decir, también por sobre todos los asesinatos que ocurren y han ocurrido en el pasado. Esta conciencia está también por encima del gran cataclismo en que Xenu hizo matar a millones de los suyos y los echó en los volcanes. Dos de esos volcanes eran el monte Pirámide y el Calvario.

Bien, ¿pero qué relación tiene esto con las bolitas de pan?

Luego de veintiún días de ayuno estricto empecé a alucinar. Me transporté a mi vida pasada, a través del espacio y el tiempo. Estuve presente en el momento de la creación del mundo, de las primeras atrocidades y de las mayores banalidades que puedas imaginarte. Una vez estuve alucinando varias horas que salvaba un carro muy atascado en el barro. No había nadie que me ayudara. La vaca se hundía en el barro. Yo era una muchachita. Volvía a casa vestida con el traje típico de Gorenjska, que estaba todo sucio y harapiento. Al final conseguía salvar mi vaca y mi carro, pero mi gorro estaba arruinado y mi camisita blanca toda rota. Estaba prácticamente desnuda. Y caía sin parar un lluvia sucia. La sensación que tenía cuando abrí los ojos era indescriptible.

¿Y?

Y meditaba noche y día y bebía agua. Al principio también me hacía enemas, luego solo bebía agua. Y el cuadragésimo día se abrió el horizonte y me iluminó la luz y me alcé sobre las nubes y de pronto comprendí todo. Pero estaba tan débil que prácticamente no podía levantarme. Estaba acostado sobre la alfombra de mi departamento, rodeado de botellas de agua. Sabía que en cualquier momento llegaría el final, pero ahora brillaba una luz verde por la ventana. Era como una larga alfombra dispuesta para la recepción de algún rey. Con las últimas fuerzas me puse de pie y caminé por la pista verde. La ventana se abrió. Suave, como si caminara sobre algodones salí caminando sobre la ciudad. Ahí estaba el Mura, ahí Schlossberg con su reloj. Mis piernas se volvían más ágiles con cada paso, la luz verde me alimentaba y me volvían las fuerzas que había perdido por completo con el ayuno y la meditación. Después de algún tiempo la alfombra verde de luz me bajó

suavemente entre las fachadas de los edificios. Recuerdo que me asusté cuando pasó junto a mí el tranvía tintineando. Ahí estaba la puerta, mi meta, adonde me llevaba la alfombra verde. Se abrió y luego solo recuerdo los rostros sorprendidos y aterrorizados. Estaban inclinados sobre mí cuando desperté. Yo estaba tendido en Hofer, en la góndola de dulces y apretaba en las manos crispadas una bolsa de bolitas de pan. No tenía un maldito peso. Las vendedoras me permitieron llevarme las bolitas igual, por miedo o por repulsión, o quizá por ambas cosas. Probablemente me veía un poco extraño, muerto de hambre, en pijama y descalzo en el mes de noviembre. Me dejaron salir arrastrándome de la tienda. Ya no sé cómo, pero logré volver a mi departamento, a la vuelta de la esquina. Me senté en la alfombra, no ya en la alfombra verde sino en la persa, sobre la que había estado ayunando los últimos cuarenta días con sus noches. Aspiré el aire fresco que entraba por la ventana. Ya no había luz ni algodones verdes. Solo quedaban las nubes que pasaban muy rápido corriendo por el cielo. La ciudad rugía y se oía el canto de los pájaros. Logré entrar en contacto con la conciencia superior, que no conoce la muerte. Incliné la cabeza y sacudí todo el contenido del paquete de bolitas de pan en mi boca.

¿Te las comiste, Adam?

No me las comí. Solo las dejé andar por mi cuerpo y en el trayecto se informaron. En el lapso de unos minutos las bolitas cayeron de nuevo por mi trasero. Las junté y las volví a guardar en la bolsa. Me dormí agotado. Dormí casi todo el día y toda la noche, y cuando desperté había aún más bolitas a mi alrededor. Solo que éstas, a diferencia de las primeras, eran de un color más oscuro. ¿Te das cuenta de lo que significa que una bolita de pan no se deshaga al atravesar todos los muchos metros del tracto digestivo de una persona? Son unos diez metros. Rosa, es un milagro, y a cualquiera que le contara esto me tendría por loco. Pero al mismo tiempo esto significa que la relación entre el cuerpo humano y las almas, es decir, la conciencia que nos habita, es considerablemente más polisémica de lo que pensamos. El cuerpo de los animales puede volverse el informante de la conciencia superior; el cuerpo deja huellas de lo que la conciencia es en sí misma. No somos solo animales, Rosa, somos también animales divinos, si quieres.

¿Y cómo supiste entonces cómo funcionan las bolitas?

Probé primero con mi perro Haski. El pobre dejó de ladrar y siguió

rascándose sin parar todo el tiempo. Luego probé con dos personas. Cuando las almas de estas dos personas fueron absueltas, creo que la ciencia en Estiria tuvo más posibilidades de formar una comunidad digna de confianza. Pero entre las bolitas más claras y las más oscuras no hay diferencia. Las dos tienen el mismo efecto, solo que las claras hacen efectos con una demora de varios días, en cambio las oscuras informan y absuelven inmediatamente. Pero esto ya te lo conté, ¿no es cierto?

Bely vuelve a rascarse el lado derecho y el vientre. Rosa se lo queda mirando.

Adam, ¿está todo en orden?

Por supuesto, está todo en orden. Sugiero que nos encontremos en una hora, ahora tengo que descansar un poco.

Rosa se queda mirando fijamente a Bely un poco más, luego se va.

Cuando la puerta se cierra, Bely se arranca la camisa y la camiseta y los pantalones. Entra al baño, enciende la luz. Se mira al espejo y ve grandes marcas en su cuerpo. Son como si quemaduras de grandes tentáculos hubieran abrazado su cuerpo.

PADRE KIRILOV

A la mañana siguiente, cuando Rosa Portero deja el hotel, la ciudad está como muerta. Es domingo. La llovizna gris y el frío húmedo calan hasta los huesos. Ella baja hasta el Drava. Hay unos pocos paseantes. Un barquito solitario sobre el que hay un bar se mece triste en el río; puertas cerradas con llave, no hay nadie en ningún lado. Un poco más adelante, el globo de Capital Europea de la Cultura. El aire sopla dentro de él. A Rosa le recuerda a una enorme pelota inflada con un signo extraño, una especie de tornillo o turbina o algo parecido. El signo le recuerda mucho a algo, pero no puede recordar a qué. Gira traqueteando lentamente. Rosa se hunde en su abrigo, camina cuesta arriba por el mercado desierto. Dos automóviles, luces débiles, la sirena de una ambulancia a lo lejos. Un par de palomas picotean por el suelo en el cruce de calles y salen volando cuando pasa un auto; luego vuelven a bajar y siguen comiendo. En la nieve hay trazas de vómito y orina. A la izquierda, el estadio de fútbol, las cadenas oxidadas alrededor del cerco enrollado. Más arriba las mansiones y los multifamiliares socialistas. En uno se oye música tecno. Una mujer empuja un griterío en el carrito. Rosa intenta curiosear al bebé, pero parece que aparte de las frazaditas no hay nada. Solo griterío en carrito que traquetea cuando la mujer lo empuja resignada por la nieve ya sucia y por la nueva. Un poco más adelante comienza el parque. Un par de perros se gruñen, se agarran, uno huye pronto, los otros empiezan a aullar al unísono con los cogotes estirados hacia la cima de la Pirámide. Vuela escarcha en la racha de viento, el goteo de las ramas cargadas de los abetos deja huellas marrones en la nieve. Como si alguien hubiera estado tendido allí toda la noche. Rosa vuelve al hotel. Golpea a la puerta de Bely. Nada. Se recuesta en su cuarto sobre la cama y mira al techo.

Ya es mediodía cuando Bely la despierta.

¿Desde cuándo duermes vestida y con botas?

Rosa se incorpora en la cama y se alisa el cabello.

Como no estabas en el desayuno te guardé un par de tostadas untadas con una buena capa de Nutella y un café doble instantáneo frío.

Bely pone la bandeja delante de Rosa. Ella se inclina sobre la bandeja, huele, hace una mueca de asco, luego igual bebe el café.

¿Cuántos años viviste en esta ciudad? ¿Treinta? Yo me moriría si tuviera que vivir siquiera tres meses aquí. Esta ciudad no existe, Bely. Hoy a la mañana salí a dar una vuelta. No había un alma.

Es domingo. Para los mariborenses el domingo es día de nada. Almuerzo dominical, televisión. En verano irían al campo. En invierno se encapsulan y esperan a que llegue el verano. Algunos interrumpen el letargo y van a visitar el mismo lugar adonde vamos a ir ahora nosotros dos.

Rosa mira a Bely interrogativa y muerde la tostada con Nutella.

A la iglesia, a misa, sonrío Bely.

La gran puerta de la catedral está cerrada. También la entrada lateral. En la plaza Slomšek tampoco hay nadie. Tras la iglesia titila el cartel del restaurante Nuevo Mundo. La calle del correo. La fachada del correo central, la sede de la universidad, el edificio del teatro de Maribor.

Este el centro simbólico y el corazón de la ciudad, dice Bely. Desde aquí se ve toda la ciudad.

Y este corazón necesita una transfusión urgente, una reanimación. ¿Pero de qué vale un corazón sin sangre?, dice Rosa.

Bely y Rosa atraviesan el portal. Afuera, en la pared, hay un cartel dorado con la leyenda: ARZOBISPADO DE MARIBOR; junto a él hay varios agujeros perforados, el cartel de neón de BLUE NIGHT no funciona, está colgado provisoriamente ahí, los cables cuelgan hasta el suelo, se mecen con el viento. La puerta de la derecha que da al patio está abierta de par en par. Hay una furgoneta con madera, herramientas, trastos diversos. Dos hombres están colgando una bola de espejos de discoteca en el lugar. Otro hombre instala un gran espejo tras la barra en un rincón. Hay cartón, celofán roto, basura por todas partes.

¿No es aquí la sede del arzobispado?, pregunta Bely.

Los hombres se miran. Uno se acerca a Bely, le habla en voz muy baja,

como si se tratara de un secreto:

Aquí hubo un embargo, ahora alquilan las salas. Problemas financieros. Bely mira a su alrededor.

¿Y la sede del centro de la ciudad la dan en alquiler?

Ellos no, los bancos. Al mejor postor. Ya sabe lo que son los créditos hoy en día. Si no pagas, los bancos se quedan con la propiedad. Por ahora tienen suerte de poder conservar la catedral. Por lo demás, uno bien puede preguntarse quién les alquilaría una iglesia. Y sin embargo parece que ya ha manifestado interés un productor cinematográfico italiano, a quien le viene bien la iglesia por la altura, y la usaría como estudio de cine. Mire, yo no sé nada, solo soy electricista. Se quedaron solo con la oficina de Cáritas al final del patio y con la cocina para los pobres. Tal vez puede preguntar ahí.

Algunos indigentes están sentados en bancos en medio de la nieve pisoteada. La sopa humea en las tazas de plástico. En uno de los bancos hay unos trozos de pan blanco en una bandeja de plástico. Las miradas de ese puñado de gente que en general come de pie. Aunque son solo las tres, ya comienza a oscurecer. Uno de los indigentes lleva puesta sobre la chamarra una camiseta blanca con la inscripción en rojo T100. Otro está envuelto en una bufanda del club de futbol Maribor. Bely saluda. Responden con un balbuceo. Una vieja grita: Chica, ¿tú también tienes hambre? Con el grito salen volando las palomas de un techo cercano. Rosa Portero se queda muy tranquila.

En la puerta de Cáritas no hay nadie por un buen rato, pero luego chirría la cerradura. Por la puerta entreabierta se asoma la cabeza de una monja celadora. Es muy baja y menuda, apenas llega al picaporte de la puerta.

Buenos días, hermana, buscamos al señor Metod Kirilov, dice amablemente Bely.

Kirilov no está. ¿Y quién es usted?

Mi nombre es Adam Bely; yo y mi colega de la radio austriaca queríamos ver al señor Kirilov.

El padre Kirilov no hace declaraciones a los medios desde hace más de un año. No está aquí y les rogaría que no lo molestaran.

No queremos molestarlo, solo queremos intercambiar con él un par de palabras bienintencionadas.

Escúcheme, señor Bely, le acabo de decir que Kirilov no está aquí. Les

ruego que respeten su derecho a la paz espiritual y a la privacidad. Todo lo que tenía para decir ya lo ha dicho hace mucho a sus colegas. Los periodistas ya lo han mortificado suficiente. Ahora vive en retiro, no sé dónde. No recibirán ninguna declaración. Supongo que eso es todo, ¿o no? Hasta luego.

La puerta se cierra, la llave da vuelta con un chirrido antes de que Bely logre pronunciar la siguiente frase.

Bely y Rosa se miran.

Das ist kein gutes Zeichen, dice Rosa en voz baja.

No, no es buena señal, murmura Bely, saca el frasquito de pastillas de la gabardina y se traga uno.

La hermana Magda es un veneno, dice un hombre en el banco junto a la puerta mientras masca un trozo de pan blanco. Yo la llamo Cerbero, pero no sirve de nada. No deja de morder. Pero en la mitología antigua no es mejor.

Sí, los recuerdo un poco más accesibles, contesta Bely.

No son malos. Curitas chupacirios, en fin, qué se puede esperar. Estoy conforme con ellos, mientras me den una comida caliente por día. Antes de la quiebra no eran tan remilgosos. Esa historia de los mil trescientos millones de pérdida los cambió completamente.

¿De veras deben tanto?

Estamos todos sorprendidos. Hubiera esperado una política de inversiones más conservadora de parte de la Iglesia. Pero los agarró la caída en picada de la bolsa. Querían multiplicar su riqueza. Invertían en distintos nichos, la mayoría en telecomunicaciones. Luego de la caída de la bolsa se llevaron todo, hasta a la directora. Según el informe del *Financial Times* son la diócesis con mayor deuda por feligrés en el mundo. Al menos algo, si somos la capital de Europa, sí, hasta del mundo, ¿no es así?

Bely observa al indigente, sus dientes podridos, que detrás de su sonrisa mascan el pan blanco. La saliva a los lados de la boca, las uñas sucias que se clavan en la miga de pan. La diferencia entre la imagen del indigente y las palabras que salen por su boca sorprenden a Bely.

La mayor ofensa para la gente es que no encajes con el estereotipo que esperan de ti. Si la Iglesia funcionara en forma dogmática y llevara adelante una política económica conservadora, tal como se espera de ella, sería una mala institución, por no decir una previsible institución del mal; en suma, lo que se le atribuye desde siempre. La gente podría dormir tranquila con una

institución así. Pero como se ha comportado en forma pragmática, es decir, como ha seguido el interés de aumentar las ganancias sin compasión, de acuerdo con la doctrina neoliberal, y ha subordinado la moral a la lógica de la rápida acumulación del capital, ahora ha sido castigada tantísimo más que si hubiera gastado los mil trescientos millones de alguna otra manera más previsible y menos inteligente. Los que reprochan a la iglesia que siendo su operador de cable les ofrezca paquetes con los mismos canales pornográficos que el resto de los operadores privados y estatales del mercado, la critican sobre la base de las mismas premisas que reprochan a la iglesia su dogmatismo. En lugar de ver el proceso a la luz de la liberalización de los rígidos dogmas en el interior de la Iglesia, como aproximación a la lógica laica y así al usuario final, es decir, a los feligreses. ¡Eso es justamente lo que amenazaría a los que viven de la supuesta oposición a la ideología eclesiástica! Pero esto, en la sociedad que se funda en la bipolaridad ideológica mutua sin duda mueve el piso de la opción más pasiva. En este sentido es la más atea, cuasizquierdista y de hecho inconmensurablemente más moralista de las iglesias, porque esconde su moral tras el biombo de una postura supuestamente ilustrada. En realidad nunca hubo Ilustración aquí en Eslovenia. En mi opinión, con su desvergonzado liberalismo de mercado, la Iglesia ha dado un paso decisivo para acercarse a su misión de anunciar el reino de dios en la tierra. Recién, con sus maquinaciones financieras sin tapujos, la Iglesia que antes era inasequible se ha acercado a la tierra con una posición vulnerable, potencialmente falible y por tanto más abierta y cercana a la gente. Solo la caída de la bolsa y sus instituciones financieras ha podido impedir la completa transformación de la Iglesia y así la redefinición del contrato social esloveno.

Rosa Portero se inclina hacia Bely y le pregunta en voz baja: ¿Qué está diciendo?

Bely se alza de hombros.

Parece que usted entiende algo del sector financiero, señor...

Hubo tiempos en que me querían como agente de bolsa en el Citibank. Tres veces a la semana iba a trabajar a Trieste en la bolsa. Todos leían los análisis financieros, *Neue Zürcher Zeitung*, *Financial Times*, y yo también, claro. Pero no solo eso. Yo era probablemente el único que se dejaba llevar solo y exclusivamente por su más puro instinto. No se puede dominar la bolsa

con psicología. No es posible racionalizar, porque el número de procesos paralelos es simplemente demasiado grande para el reino del logos. Pero en el nivel inconsciente es posible interiorizar los procesos. Y entonces te comportas como un poeta. Te mueves solo por instinto. Tu cuerpo, tus neuronas, tus células son la bolsa. Pero he aquí la trampa. La comunicación entre el cuerpo neurológico y verbal funciona a través de un puñado de sinapsis con una gran brecha temporal. La lengua es pobre, conservadora y parcial, pero la percepción es integral, y por eso a menudo demoramos en la fundamentación de nuestros actos. Y esto por supuesto no siempre goza de la mayor aceptación entre los inversores. El inversor no siempre está dispuesto a poner unos cuantos millones en títulos si no sabes decir por qué, aunque instintivamente sepas que sería lo único sensato y lo correcto.

El indigente sorbe su sopa, se limpia los fideos que le cuelgan de la barba, saca la miga de tres trozos de pan blanco, los aprieta en la mano y se los mete en la boca.

Vámonos.

Adam Bely y Rosa Portero se miran.

Consideren su situación desde la óptica del cálculo de probabilidades. Conmigo tienen más posibilidades de averiguar algo sobre Kirilov que si vagan en domingo por la noche solos por la ciudad vacía. Es más o menos como si fueran a ver teatro Kabuki en Hiroshima una hora después de que los estadounidenses arrojaran la bomba atómica.

Adam Bely y Rosa Portero vuelven a mirarse y siguen en silencio al indigente. Cruzan la plaza. Rosa Portero nota que el indigente tiene bajo las botas en lugar de medias bolsas de plástico; los bordes superiores sobresalen y se oye un frufú cuando camina por la nieve sucia.

De milagro este bar tiene abierto. ¿No comprarían un litrito y lo llevamos a casa?, pregunta el indigente.

Bely entra en el bar. El hombre lo sigue. Vuelven con una botella de tequila.

No teman, dice el hombre, *audentes fortuna iuvat*.

Mira a Rosa.

Den Mutigen hilft das Glück, dice. ¿Seguro habrá leído a Virgilio...?

La callecita angosta baja hacia el Drava, hay un sendero resbaladizo con mampostería caída y trazas de orín de perro en la nieve. El hombre aparta la

chapa que cubre una entrada en el muro. Adentro hay oscuridad total. Entran. Pronto los encandila la luz. Un lugar helado, las paredes desnudas, en medio un montón de basura, botellas vacías, cajones de madera, papel húmedo. Siguen adelante por un corredor angosto y suben por unas escaleras chirriantes. Una puerta. El cuarto es pequeño, la cama, dos sillas, un radiador eléctrico, una mesita con cenicero. La ventana está cubierta con papel de diario. A través de las letras entra la débil luz del día.

Bienvenue. Esta es mi guarida. Aquí vivo y escribo en paz. Nadie me molesta. No molesto a nadie. Es mi paraíso en la tierra.

El hombre les da tres vasitos de plástico, sirve.

¿Qué te pasó? Quiero decir, ¿cómo alguien que fue agente de bolsa termina aquí?, dice Bely y bebe de un trago.

Las preguntas previsibles, señor Bely, nunca son buenas preguntas. Bueno, puedo darle una respuesta igual de previsible: la poesía.

¿La poesía?

Así es, la poesía. Yo era un excelente agente de bolsa. Del dinero prestado ya me había hecho una fortuna. Aunque no era toda mía. La mayoría era de los me habían prestado el dinero, pero de todos modos, mi parte no era para nada despreciable. Todo fue bien hasta que me entregué completamente a la bolsa, por no decir que fui su esclavo incondicional. Luego volvió la poesía. Aunque escribía poesía ya de joven. Alguna cosita había publicado, después me dejó y pensé que nunca más iba a escribir. Solo seguía leyendo, me alimentaba con los saltos salvajes y audaces de la imaginación, con la complejidad que proporciona un buen poema, con sus imágenes y sus tropos. Y luego un buen día ocurrió. Una inundación. No inundación, un tsunami de la lengua. Después del horario de trabajo fui —como de costumbre en los meses cálidos— hacia Miramare con mi Volvo y ahí me tendí en la playa. Era un lunes de principios de septiembre, lo recuerdo como si fuera hoy. Ese día había hecho unas decenas de miles más. Iba muy bien. Me sentía el dueño absoluto de mi destino. Estaba en contacto con el magma, el capital hablaba a través de mí. Yo era su médium. Y entonces de pronto algo se me rompió dentro y empezó a hablar a través de mí algo distinto. Era una locura. Corrí en traje de baño hasta el primer puesto de periódicos y compré el *Corriere della Sera* y una pluma, y en tres horas había cubierto de poemas todas las páginas del periódico. No me reconocía. Estaba como en un trance y no podía

hacer absolutamente nada contra la colonización espástica, absoluta de la lengua sobre mí. Me llovía simplemente, y desde aquel día hasta hoy pulsa y aparece más o menos regularmente. Miren.

El hombre abre un viejo armario. En él hay pequeños cuadernitos escolares prolijamente apilados. Debe de haber unos miles. Toma uno y lo abre. Una escritura microscópica, todas las páginas desde la primera a la última repletas.

Este armario soy yo. Es lo único que aún me interesa. La poesía, es decir, la aceleración del proceso de traducción de la complejidad del ser en la lengua. No me malentiendan, no soy ningún genio. En realidad no soy más que peristalsis. ¿Puede sobrevivir un ser humano con tan solo un par de centímetros de colon? Tal vez. ¿Puede sobrevivir un ser humano con unas décadas de retraso entre el ser, *esse*...

El hombre se pone el índice en la boca, lo moja con saliva y lo levanta en el aire. Lo mira como si fuera una pequeña antena que indicara la dirección desde la que sopla el viento, y sigue adelante.

...y la lengua que es capaz de articular y comprender? En mi opinión, no. Trabajo para reducir ese retraso. Todo el resto es la consecuencia lógica de mi entrega absoluta y yo lo acepto tranquilo y no me quejo ni un poquito. Por supuesto que en comparación con la mayoría de mis conciudadanos soy intelectualmente superior. Por supuesto, si es que prácticamente no hay un ser normal en esta ciudad con quien pueda una que otra vez charlar un poco sobre estas cosas. Pero pienso que no es nada tan importante. Es el destino de la almas como la mía, que se repite a través de la historia. Y este destino de exilio espiritual voluntario lo comparto con algunos locos más. No significa ningún tipo de queja, sino más bien un punto de referencia en el espacio vacío, ustedes me entienden.

Bely bebe del vaso de plástico, arruga la cara y tose con fuerza.

Es bueno, aunque no de los mejores. El mercado global de las bebidas alcohólicas —claro, desde el punto de vista del capital—, está controlado por los holandeses y los estadounidenses. La compañía que fabrica este tequila, aparte de dos fondos de inversión, sigue siendo una empresa familiar, y sus acciones no cotizan en bolsa, dice el hombre y vuelve a servirse.

Nos va a leer algún poema, señor..., pregunta Bely.

Sin nombre. Tuve un nombre, claro. Para el Estado y la ayuda social sigo

teniéndolo. Pero mi nombre es una cáscara vacía, un marcador social y algo totalmente banal, además de una molestia. Para mí y para lo que escribo, quién soy, qué fui y cómo voy a terminar no es importante en lo más mínimo. Lo que está guardado en este armario no existe por un deseo patético de ser más lúcido que la época en la que vivo, ni por la necesidad de dejar una huella detrás de mí. Esas construcciones de una identidad artística no me interesan ni un poquito. Lo que me interesa es la postura prerrenacentista del creador anónimo. Tal vez esta sea la única verdadera postura monacal: ser sin nombre, deshacerse voluntariamente de todos los derechos que derivan del nombre en nuestra sociedad. Mi poesía como yo mismo no tiene nombre, no tiene detrás a nadie que intente, por ejemplo, salvar sus problemas personales con la escritura, o burlar la muerte al menos de manera simbólica. Desde la perspectiva de la poesía que está en estos cuadernitos, yo nunca he vivido. Sin duda entenderán que, en el supuesto de que les lea uno de los poemas, no sería yo el autor que lee sus poemas, sino un actor que interpreta un texto completamente ajeno. Hace más de quince años que he dejado de jugar todos los juegos, señor Bely. Primero dejé de jugar al juego de mi propio nombre.

Está bien, eso lo entiendo, contesta Bely, pero ¿qué ocurriría si usted ya no estuviera aquí mañana? Digamos, si le pasara algo. Y entonces al limpiar este cuarto dieran con los cuadernos, pero no reconocieran su significado y todo fuera a parar directamente a la basura sin que nadie nunca leyera un solo verso escrito en estos cuadernitos.

Lo dicho: las preguntas previsibles no son las mejores, señor Bely. Es la pregunta que haría un estudiante de historia de la literatura, dice el hombre. En otro nivel cognitivo las cosas no funcionan de esa manera. No hay ninguna razón aparente para que nuestra civilización, para que toda la vida en la Tierra continúe, ni por un momento, su existencia en el equilibrio en que existe desde hace millones de años. Todas las explicaciones lógicas van en su contra. Sin embargo, existe una corriente de información excepcional, que permite, a través de incesantes modificaciones, la autoconservación del sistema y de la información vital, sin la cual el sistema no sobreviviría en el largo plazo. Eso no lo podemos ver nosotros dos. La fracción de realidad que percibimos racionalmente, y que logramos traducir en palabras, es considerablemente pequeña, señor Bely. Nuestras anteojeras están tan cerca una de otra que vemos la realidad con la amplitud del grosor de una hoja de

papel de 90 g. Nos rodea una biblioteca de Alejandría entera.

El hombre se pone de pie y va hasta el papel de diario que cubre la ventana. Solo una débil luz lo atraviesa. Sus dedos tocan suavemente las letras amarillentas, se arrastran a través de ellas como si fueran algo muy frágil.

¿Cómo tiene la certeza de que mañana seguirá respirando, señor Bely?, dice el hombre. Cuando se va a acostar, ¿qué le dice que al otro día va a volver a levantarse, que su corazón va a seguir bombeando hectolitros de sangre, que sus riñones van a seguir funcionando correctamente? ¿Qué nos indica que, por ejemplo, no vamos a enfermarnos fatalmente mañana mismo, digamos de cáncer, señor Bely? Nada, absolutamente nada. Y a pesar de todo nos vamos a dormir tranquilamente y pensamos en las cuentas sin pagar, en las vacaciones y en regar las flores, en pequeñas obligaciones y problemas irrelevantes. Y entretanto las cosas fundamentales siguen su curso de acuerdo con su lógica, y para colmo para beneficio de nosotros, animales durmientes. Después de años de estudiar la estrechez de mis anteojeras no solo he llegado a la convicción, sino más bien al conocimiento profundo de que lo importante permanecerá. Pero no por el bien de nosotros. Todos nosotros somos totalmente insignificantes. Permanecerá por causa de las leyes del propio sistema, para alimentar al sistema. Sé que hay algunas cosas que no es posible erradicar aún si las arrojamos a un volcán en erupción o si intentamos destruirlas de alguna otra manera. Pero estoy convencido, señor Bely, de que usted sabe bastante de esto. Ahora debemos irnos, porque nos espera impaciente.

Bely se pone de pie, pálido. Rosa, que no ha comprendido muy bien lo que ha dicho y no le han traducido las últimas frases, lo mira intranquila.

¿Qué ocurre?, pregunta Rosa.

Haben Sie keine Angst, Frau Portero, Pater Kirilov wartet auf uns. Ich führe Sie jetzt zu ihm, dice el hombre y cierra el gran armario de un portazo.

Los tres juntos bajan por los estrechos escaloncitos al lugar oscuro tras la entrada. El hombre retira un par de trozos de cartón y un montón de alambres de púa oxidados. Atrás hay un pasadizo angosto. Bajan por una corta galería y siguen por un túnel estrecho.

La mayoría de los mariborenses no conoce el sistema de túneles subterráneos que existe bajo la ciudad. Por este túnel podríamos llegar en un

par de minutos hasta la cripta de la catedral. Pero nosotros vamos hasta aquí nomás.

Bely tiene que andar un poco agachado. Está rodeado de sombras, una lámpara mortecina que lleva el hombre por delante los ilumina. El túnel está amurallado con ladrillos. El techo gotea en algunas partes, se oye el eco de los pasos. A lo lejos se oye un chillido como si fueran ratones.

Llegamos, dice el hombre, y en lugar de una puerta, descorre un cortinado grueso al final del túnel.

Hay un lugar más grande, oscuro. En medio de la mesa hay un montón de trastos, trozos de madera y otras cosas. Una lámpara de mesa, el haz de luz pálido que arroja, una figura enjuta inclinada sobre la lámpara. Un traje elegante que a la altura del cuello cierra con un alzacuellos que lleva prendida una manta gruesa. En un rincón zumba un calefactor, el aire es cálido.

Bienvenidos. Gracias a dios que han venido. Ya temía que mi amigo no hubiera logrado. Por favor, siéntense. Siéntense aquí, a la mesa no podemos sentarnos, hay demasiados trastos, dice Kirilov. Siento no poder recibirlos en mi jardín. Sería mucho más educado y adecuado para hacer nuevas amistades que este lugar, pero qué se le va a hacer.

Kirilov enciende también la luz del techo. Ahora es posible reconocer las bóvedas de ladrillos del sótano. No hay ventanas. Cuelgan viejos tapices de los muros; en el centro hay una mesa, en un rincón un sofá y dos sillones adonde van a sentarse.

Hace quinientos años aquí funcionaba un taller de un orfebre judío. Hoy paso yo aquí mi exilio y al mismo tiempo uso el lugar para mi pasatiempo de modelismo. Como saben, ya no estoy en Eslovenia. Oficialmente estoy en Polonia, en realidad. Fui exiliado allí por orden de Roma. De este modo el vaticano espera disipar un poco las presiones de los medios sobre el obispado. Desde que Juan Pablo II consiguió destruir el comunismo, en Roma están convencidos de que la solución para cualquier cosa está en Polonia. ¡Qué ingenuidad! Decidí que iba respetar el llamado de la Iglesia a retirarme al aislamiento, pero que iba a elegir el sitio de retiro yo mismo. Si ya no puedo caminar por mi ciudad entre mi gente, caminaré por debajo de ellos, junto a las ratas mariborenses. También san Francisco experimentó su conversión solo cuando se encontró con los leprosos. Solo que yo estoy representando ambos papeles: el papel del hombre que en opinión de la

Iglesia hay que convertir y el papel del leproso que hay que separar de la sociedad.

Metod Kirilov enciende un cigarrillo, ofrece al resto, Rosa acepta, los dos encienden.

¿Saben?, no hay dudas, he cometido errores. También he pecado, que dios me perdone. Reconozco todos mis pecados y me arrepiento de ellos, a diferencia de muchos de las altas jerarquías de la Iglesia, que son al menos tan culpables como yo de lo que ha ocurrido, pero son unos hipócritas agazapados e inconfesos. A lo sumo estarán asustados de que les pueda tocar una excomunión como la que me asignaron a mí. El miedo es algo terrible. Y a la vez es el fruto de la divina providencia. ¡Qué sería del hombre sin el miedo! ¡Y en qué no puede convertirse por causa del miedo!

Kirilov echa anillos concéntricos de humo al aire y se alisa la manta. Por un momento parece que en el sofá está sentado un obispo con su manto.

A mí también me dio miedo. Miedo por el dinero, por mi gigantesca responsabilidad hacia los feligreses y hacia mi Iglesia. No se dan una idea de la cruz que le cargan a un hombre cuando le dan el cargo de administrador general del obispado. Y al mismo tiempo es claro que todo administrador está subordinado en todas sus decisiones a la voluntad de dios y de sus hermanos obispos y a los obispos auxiliares y a los que dependen de ellos. ¿Saben?, ante el miedo, siempre me ha salvado la convicción de que todo lo que ha sido creado, ha sido creado por dios. Nada, ni el ángel caído ni nuestras tentaciones y pecados existirían sin la misericordia y la providencia divinas. Y tampoco el dinero existiría, y tampoco el sistema monetario, y tampoco la bolsa, y tampoco la codicia, el engaño ni las leyes salvajes del libre mercado. Para todo eso hay un gran plan. Su gran plan... y solo Él conoce el desarrollo de Su plan. Si yo no creyera eso, no sería cristiano, ¿están de acuerdo?

Con gran placer, Kirilov echa un nuevo anillo al lugar oscuro, se alisa el pelo blanco, aunque ya está prolijamente peinado y cepillado.

Y si todo es Su creación, la demonización del capitalismo que se ve hoy en los periódicos no es más que una caza de brujas contemporánea. Luego de todo lo que ha ocurrido —que me ha ocurrido también a mí—, sigo creyendo que todo en este mundo es santo, todo tiene su lugar y su causa. También lo que ha ocurrido con el patrimonio del obispado es Su señal. Yo lo he tomado en cuenta. Me arrepentí, cambié, perdoné a todos los que en los peores

momentos me señalaron con el dedo como al único culpable o directamente me arrojaron a este pozo donde ahora padezco como padeció José. Dios me protege. El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra. En mi espíritu, me he reconciliado con mi Iglesia. Pero mi Iglesia no se ha reconciliado conmigo. Verían con buenos ojos que yo desapareciera para siempre. La Iglesia que no es capaz de perdonar —dios Todopoderoso me ayude—, no es Iglesia.

Al decirlo a Kirilov le tiembla levemente la barba, pero se controla enseguida. Se pone de pie.

Así que ahora estoy aquí haciendo miniaturas día y noche. Cuando aún tenía mi jardín, amaba el arte del bonsái. ¿Saben?, tenía un hermoso jardín de bonsáis, probablemente uno de los más bellos de esta parte de Europa. Cada momento libre entre las obligaciones vinculadas al obispado y a mi vocación sacerdotal lo pasaba entre mis bonsáis. Entre las misas y las largas reuniones de juntas supervisoras, mis bonsáis eran un bálsamo divino para el alma. ¿Saben?, las personas podemos hablar con todas las plantas, y para hablar con los bonsáis, gracias a dios, no hace falta saber japonés.

Kirilov sonríe con picardía.

Creo que las personas tenemos el alma parecida a los bonsáis. También a nosotros nos cortaron muchas partes de nuestro tronco espiritual. Perdimos la mayoría de las ramas, pero seguimos existiendo como especie humana. A pesar de todo, dios nos hace sin descanso a su imagen y semejanza. Bueno, aquí para los bonsáis hay demasiada oscuridad. Por eso hago tallas. Jesús también era carpintero. Aunque yo hago miniaturas de filigrana. La mayoría de las veces hago miniaturas del pesebre; a veces tallo también alguna última cena. Y así el tiempo pasa más rápido aquí en mi exilio subterráneo. Solo por las noches me aventuro a veces a la superficie, como una rata, y merodeo por los alrededores en busca de trozos de madera que me venga bien, de musgo y otros materiales a partir de los cuales pueda luego aquí fabricar las imágenes en miniatura de lo que ha marcado mi alma para siempre. Ni nos imaginamos lo que la gente tira a la basura. De los residuos hago luego mis pequeñas artesanías. Miren, estos pesebres serán de madera de caoba que encontré en un viejo desván, eran parte de una cama que las polillas en buena medida ya se habían comido. Todos estos vestiditos de María, José, los reyes, los pastores, todos estos pequeños botoncitos, todo está hecho de residuos. Aquí

está el techo del establo, hecho de latas aplastadas de coca cola; los zapatitos de restos de guantes y así todo. Todo parece nuevo, pero en realidad está hecho de piezas encontradas en el basurero. Todo esto son trozos de viejas prendas de vestir, de madera, de chapa... solo los cuerpos de las estatuillas son siempre de hueso.

Aus Knochen? Rosa Portero se acerca a Adam para confirmar si ha entendido bien.

Ha entendido bien, señora, le contesta el padre Kirilov. ¿Sabe?, me gustan mucho las artesanías que mis hermanos capuchinos hacían de los restos mortales de sus hermanos. ¿Estuvieron alguna vez en la cripta de la iglesia de Santa Maria della Concezione en Roma? Allí los interiores de los aposentos están completamente hechos de los huesos de los difuntos hermanos capuchinos, desde los candelabros hasta los picaportes. Por supuesto, hoy esto se interpreta como un acto de morbidez, a pesar de que es relevante desde el punto de vista de la historia de la cultura. Mi Iglesia está sobre reliquias hace miles de años. ¿Por qué no contribuiría yo a eso? Modestamente, claro. No tengo ningún miedo a la muerte del cuerpo. Solo temo a la muerte del espíritu. Y es justamente la muerte del espíritu lo que aquí, en esta ciudad, nos acecha, estimada señora Portero. Ese es su apellido, ¿verdad? La etimología de su apellido viene del latín, *portarius*, ¿verdad? Mmm, interesante pregunta.

El padre Kirilov señala la mesa a la que estaba sentado antes.

En mi trabajo uso huesos de animales. Generalmente el fémur de cerdo y otros huesos grandes; los elijo de acuerdo con la edad del animal, la forma y el matiz del color del hueso. Hice por ejemplo un José que me salió bastante bien a partir de un colmillo de jabalí, y dos Baltasares de costillas de caballo. ¡Qué no daría yo por un pequeño trozo de marfil! Pero eso no se consigue fácil por aquí. Aunque no hay leyes. Muchas cosas son posibles. Solo para la estatuilla de Jesús es estrictamente necesario que use siempre hueso humano. Cualquier otra cosa sería en mi opinión un sacrilegio. Miren, por ejemplo, esta cajita con una última cena en miniatura. Pronto estará lista. Aquí, en esta cajita, hay como mínimo unas cien horas de trabajo.

Señor Kirilov, dice Bely.

Padre Kirilov, por favor.

Muy bien, si eso quiere, padre Kirilov, ¿por qué nos hizo traer hasta aquí?

Y sobre todo, ¿cómo supo de nuestra existencia y que lo estábamos buscando? Si es que hasta ahora no habíamos averiguado nada sobre usted y el señor...

...el poeta, agrega suavemente Kirilov.

Y el señor que escribe poemas estaba sentado en el banco desde que entramos al patio por primera vez en el obispado, termina la idea Bely.

Seamos precisos, sonrío Kirilov. El señor que escribe poemas estaba sentado esperándolos en ese banco ya desde ayer por la mañana temprano, y gracias a dios ustedes llegaron por fin y así lo eximieron de su tan pesada tarea. Esperar con semejante frío no es broma, podría haberse pescado una neumonía o algo peor.

Bely y Rosa Portero se miran.

Señor Bely, no le estoy ocultando nada. No tengo nada que perder. Mi único error es estar aún entre los vivos. Espero que con la ayuda divina y la suya este estado se corrija pronto. No estoy enojado con nadie, ni a nadie guardo rencor. No voy a llevarme malos pensamientos a la tumba, señor Bely. Sea lo que fuere que hubiera que perdonarles, les he perdonado todo. Mi problema es que ninguno de mis hermanos en la fe está en condiciones de perdonarme a mí.

¿Qué intenta decir, Kirilov?

Oh, señor Bely, no es manera. No estamos aquí para andarnos con vueltas, para eso ya hay demasiadas ratas en esta ciudad. Y no solo en estos túneles que nos rodean. La mayoría están aquí sobre nuestras cabezas corriendo de aquí para allá en bonitas ropas y paseándose en sus automóviles de alta gama.

Kirilov vuelve a ponerse de pie, deja la manta y se acerca al cortinado que cuelga sobre el muro de enfrente.

Tras esta puerta hay una pequeña catacumba. En la ciudad casi nadie sabe que existe, lo que no debe sorprenderlo, pues aquí prácticamente nadie sabe nada del pasado de su ciudad. O bien todos intentan con todas sus fuerzas saber la menor cantidad posible de cosas desagradables del pasado. Como sea. Nosotros dos, señor Bely, somos distintos desde ese punto de vista. A nosotros dos, el pasado nos impulsa. No tenemos sangre en las venas, sino más bien imágenes de tiempos que otros ni sueñan. Tan pronto como oí qué había ocurrido con Dorfler y Mat supe con claridad qué estaba pasando. Y

averigüé un poquito más. Dicen que desde el martes por la noche falta también Laszlo Farkas. Tendría que haber asistido a un baile de caridad, pero parece que se lo tragó la tierra. Para un fiscal de Estado la desaparición sin previo aviso es una cuestión bastante delicada. Y Nuevo Mundo también está cerrado. Está clarísimo, Bely. Pero para que no haya confusiones: usted no es mi adversario, es mi aliado. Ha llegado en el momento justo. Todo lo que me ha ocurrido en la vida, ha ocurrido para que nosotros dos nos encontráramos en este agujero. Aquí, en este punto confluye todo, solo que yo no me di cuenta hasta hace poco.

Bely se queda callado. El padre Metod Kirilov, el infame administrador del obispado de Maribor, lo mira con refinamiento y educación, pero al mismo tiempo con una determinación que parece inquebrantable.

Todo cuanto he hecho, lo he hecho de la mejor buena fe. Nunca hice nada por mí, siempre fue para la comunidad, la Iglesia y mis hermanos y hermanas. Mi único pecado es la curiosidad. Desde que tengo memoria, tenía que probarlo todo en la vida.

En esta frase Kirilov rompe a reír con ganas. Vuelve a sentarse y se envuelve en la manta.

En Lovrenc na Pohorju, donde crecía, no había mucho que pudiera probar. Tomé lo que tenía a mano. Con igual curiosidad fui presidente de los pioneros de Tito en la escuela primaria que jefe de monaguillos en la iglesia. Algo que en tiempos del comunismo era irreconciliable en otras partes, a mí me parecía evidente, incluso lógico. Luego en mis estudios de teología experimenté de todas formas posibles. Desde la magia al yoga y diversas prácticas de respiración, incluso la hiperventilación. ¿Sabe qué fue lo que me gustó más, estimada señora Portero?

Rosa mira inmóvil a Kirilov, trata de fumar, el cigarrillo se acaba, lo apaga.

¡La regresión!, dice con un destello en los ojos el padre Kirilov.

Los estudiantes íbamos constantemente a practicar regresiones y yo era bastante bueno en eso. ¿Quién sabe si no nos hemos encontrado usted y yo alguna vez, señora Portero, tal vez en alguna galería romana llena de esclavos? Es una broma, por supuesto, que no haya equívocos. Otras experiencias de regresión fueron de naturaleza menos jocosa. Por ejemplo, el viaje al pasado cercano. Aquí nomás, en Maribor, en tiempos de nuestros

abuelos. Una y otra vez volvía a ese tiempo en mis regresiones, a una situación concreta. La he atravesado mil veces como si para mi vida presente fuera especialmente traumática. ¿Quiere oírla, señor Bely?

Si lo desea, contesta Bely con cierta distancia.

Se trata de una serie de partidos de ajedrez de jugadas rápidas con Nikola Tesla. ¿Cómo puedo perdonarme no haber reconocido al genio en ese mugriento que estuvo toda la noche sentado en un restaurante de porquería de la estación de trenes de Maribor? Era un mendigo, de Lika, muy descuidado, miserable. Exhalaba un aliento pestilente. Y al mismo tiempo tenía un par de ojos chispeantes, inquietantes. Estábamos jugando. Él era evidentemente mejor que yo. Hacía movimientos inesperados, que parecían al principio en su propia contra, pero luego demostraban ser de largo alcance, y después de veinte o veinticinco jugadas yo casi estaba al borde de la derrota. Pero luego siempre la suerte se volvía a mi favor. Dios mío, le gané, entre cinco y ocho veces le gané en una noche, tanto que ya me daba pena. Yo sabía que él no tenía dinero. Se reía todo el tiempo y sorbía de la petaca aquella bebida barata que vendían para desinfectar las heridas. Necesité varias noches para darme cuenta de que estaba tratando con un autodestructor genial. Imagínense, el tipo de Lika se regodeaba en la búsqueda del modo más genial de ganarle al adversario. Pero esto no le bastaba. A la vez había pergeñado un sistema paralelo de placer: además de al adversario, quería ganarse a sí mismo a toda costa. No jugaba a uno o bien al otro lado del tablero. Imagínese, señor Bely, el de Lika jugaba a los dos lados a la vez. Por eso cada vez que confiaba en ganar el partido, empezaba a perder. Pero nunca empezaba a perder burdamente, con el sacrificio de una pieza o un error de combinación de jugadas. Hubiera sido demasiado simple. Tesla perdía pomposamente, como parte de un plan de gran alcance. Era un gran artista de la pérdida, el mayor. Y así no solo era el hacedor de su camino en el juego, sino al mismo tiempo el señor de su propia caída, de su borramiento del juego, si le parece mejor. ¡Un tipo verdaderamente extraño! Extraordinario. Imagínese que estaba tan ensimismado en el juego que orinaba ahí nomás, bajo la mesa. Esa era también la razón por la cual solo estábamos dispuestos a jugar con él los que teníamos narices más tolerantes. Cuando una noche finalmente me di cuenta de que más que ganarme, él trataba de usarme como instrumento para vencerse a sí mismo, decidí que me rebelaría. Entonces ni bien empezó el

juego empecé a moverme a mis anchas en el juego, a perder a propósito. El de Lika se dio cuenta enseguida, por supuesto, y empezó a jugar aun con más astucia. Una vez más consiguió perder de un modo tan complejo y para nada evidente que yo ni siquiera en ese momento dudé que estaba ganando de verdad. Y si acaso tenía dudas, él se meaba bajo la mesa en mis botas militares, y me apestaba de tal manera que inmediatamente olvidaba mis sospechas. De pura bronca y por venganza empecé a ganarle de nuevo. Cuando dos o tres movimientos más tarde mi furia por fin se apaciguó era demasiado tarde. Gané. Volví a ganar. Era desesperante. Era el fin del juego como tal. No solo me ganó forzándome a ganarle. Tesla me arrebató el placer y el amor por el ajedrez. Desde entonces no volví a jugar, ¿me entiende? El ajedrez se me negó por el resto de mi vida. Los budistas hablan del nirvana, de la salida del ciclo del eterno retorno. Quizás es esto lo que quiero, aprender algo útil del pasado, de todos mis errores. Nunca he comprendido por qué durante las regresiones volvía a atascarme una y otra vez en esta escena aparentemente banal de mi vida pasada. Hasta que me ocurrió lo de la caída de la bolsa, la crisis financiera del obispado, la quiebra y venta de la empresa T100 y todo lo demás. Ahora de pronto lo entiendo todo.

¿Qué es lo que ha entendido?, pregunta Bely.

La lección de este cuento no es cómo ser mejor en la siguiente repetición. La cuestión es cómo terminar con la repetición de una vez por todas. Matar al Gran Orco, del que soy parte, señor Bely; de eso se trata su misión, ¿o me equivoco?

No se equivoca, contesta Bely. Pero solo usted y yo no somos suficientes para completar esa tarea.

Cuando me dijeron que yo era parte del Gran Orco me eché a reír. Aún era un joven sacerdote consagrado aquí en Maribor. Siempre me había burlado de tales o cuales sociedades secretas, de las que no faltan entre mis hermanos, como todos bien sabemos. Nunca había entrado a esa sociedad, ni tan siquiera había oído hablar de ella. Un buen día vino Farkas a decirme que yo era uno de los trece cuerpos en los que se habían quedado atrapadas cientos, miles, millones o no sé cuántas almas que cuidan que el mundo siga siendo como es. Al principio me reí de lo que decía, pero luego una noche empecé a sentir los tentáculos que rodeaban mi cuerpo. Por todos lados: en el vientre, en el pecho había marcas. Era como si me abrazara un pulpo gigante.

He visto personas con estigmas. Pero esto no tenía nada que ver con los estigmas. Oré, ayuné y me confesé. No fue de ninguna ayuda. Era la voluntad de dios y debía aceptarla, aunque no la había elegido, igual que los leprosos deben aceptar su propia lepra. Lo sé, usted debe absolver a los trece miembros y mandarlos al otro mundo, señor Bely. Ninguno de nosotros debe quedar, ninguna de nuestras almas debe quedar sin su absolución si usted quiere lograrlo. Y no tiene mucho tiempo, porque supongo que los miembros restantes están tan despiertos y atentos como yo. Encontrarán nuevos cuerpos tan pronto como sea posible, y nuevas miríadas de almas enceguecidas los habitarán y funcionarán como un nuevo conductor, como nuevo miembro de los trece. ¿Sabe lo que me dijo Farkas cuando hace unos años le pregunté quién era el jefe del Gran Orco?

Bely se alza de hombros.

Me preguntó si usaba internet. Me dijo que entendería mejor cómo opera el Gran Orco si usaba internet. No hay un ordenador central. Es solo una red de trece ordenadores de los cuales solo algunos saben de la existencia de otros. Y solo uno de todos conoce a todos los demás. Pero no por eso es el jefe de todos los demás, ya que la red puede renovarse en su totalidad a partir de cualquiera de los trece. Puede desconectarse el cable de alimentación de doce ordenadores, pero toda la información que está en la red quedará intacta, y el ordenador que queda en funcionamiento empezará inmediatamente a buscar nuevos ordenadores para formar una nueva red. Hay que desconectar el cable de los trece ordenadores antes de que uno de ellos consiga reemplazar los ordenadores que ya no funcionan.

La expresión en el rostro del padre Kirilov cambia, se vuelve serio y estricto.

Quisiera poder ayudarlo, Bely. De corazón, me gustaría ayudarlo. Pero tampoco yo conozco a los otros miembros del Gran Orco a excepción de los que usted ya ha visitado; aparte de ellos, solo a mí mismo y al alcalde Voda. Y eso, me imagino, lo sabe también usted. Del resto no sé nada. Y tampoco sé cómo llegar a sus nombres.

Kirilov enciende un nuevo cigarrillo, deja la manta, se pone de pie y se alisa el elegante traje y se acomoda el alzacuellos.

Permítame un minuto. Solo voy a agregar dos estatuillas, si no no estará listo del todo. Me gustaría que se llevaran algo de mi taller.

Kirilov se sienta a la mesa, se acomoda la lámpara de mesa, acerca una gran lupa y empieza a poner unas miniaturas con la pinza dentro de una de las cajitas que están dispuestas en la mesa.

El poeta, que ha estado todo el tiempo sentado fumando en silencio en el borde del sofá con Kirilov, se aclara la garganta.

Para mí el padre Kirilov es un santo. Claro que nadie en esta ciudad estaría de acuerdo. La gran mayoría lo considera un criminal, pero en realidad es un ser humano que ha conseguido llegar a los cimientos mismos de la Iglesia católica y sacudirlos con su bondad insobornable y sus buenas intenciones. El obispado de Maribor deberá comportarse como una iglesia pobre de ahora en más. Deberá volver al punto de partida de Pedro. Experimentará la purificación. Con los túneles que el teleoperador T100 ha cavado hasta las casas de la gente, ha sido cavada también una ligazón particular. Las personas son perversas y por eso solo mencionan la cuestión de los canales pornográficos. Seamos francos, el padre Kirilov nunca tuvo influencia sobre la programación del operador. Pero es gracias a él que muchas de sus acciones sigan funcionando de maravilla y salven a la Iglesia de la completa bancarrota. La venta por televisión es particularmente exitosa. El gran *hit* son los cuchillos con sensores que emiten un sonido adecuado al tipo de carne que se está cortando. Si, por ejemplo, se corta carne de res, suena un rumor de hojas de otoño; cuando se corta pescado, se oye el murmullo de las olas, y así sucesivamente. T100 es una masa con buena levadura y tiene potencial para un buen leudado. Pero no es la Iglesia la que va a cosechar esas ganancias, sino los bancos quienes harán caja con ella.

El poeta deja de susurrar. Kirilov pega y arma partes de su miniatura aborta. Sus ojos están inflamados. La punta de la lengua le sale por la comisura de los labios. Gran concentración.

Ha mencionado antes la catacumba, vuelve a susurrar el poeta. Sabe lo que ha ocurrido con Mat y Dorfler. Así somos las personas cuando nos abandonan las almas, lo sé. Pero a la vez funciona una existencia en nosotros de tal manera que seguimos teniendo almas; qué indecoroso. Por eso tenemos un acuerdo: cuando su alma sea absuelta, voy a poner su cuerpo entre sus hermanos y hermanas. Desea que descansa allí con dignidad y en paz. Solo se los digo para que estén informados.

Ahí está, dice Kirilov y se incorpora. No he conseguido terminarla del

todo, me tomaría un día más, pero ya no tenemos un día. Señor Bely, le daré un trabajo inacabado, que tenga el sentido del fragmento en la forma artística inacabada que completará su imaginación. Le ruego ahora que termine inmediatamente su trabajo. En este lugar me despido de usted y le agradezco nuevamente que haya venido. Señora Portero, ha sido un gran placer, aunque no hemos respondido a la pregunta de la etimología de su apellido.

Kirilov le entrega a Bely la cajita de madera y le hace una leve reverencia a Rosa Portero. Se alisa el cabello blanco bien peinado.

Rosa y Bely se miran. Bely asiente. Rosa saca de la cartera la polvera plateada, la abre y le ofrece a Kirilov las bolitas.

Le recomiendo que tome una del otro lado, dice Bely, y abre la tapita de la polvera del lado donde están guardadas las bolitas oscuras.

Kirilov asiente, toma la bolita, va al otro lado de la habitación, se arrodilla en un rincón y comienza a rezar.

DESINFECCIÓN

Adam Bely está tendido en la cama del hotel con su iPad y mira el sitio web del periódico de hoy. Es lunes por la mañana; probablemente casi todas las noticias publicadas fueron escritas el sábado, así que no hay nada nuevo. En la página de policiales no hay ninguna noticia sobre más casos de colapso nervioso entre los notables de Maribor. Por eso en la página local hay un amplio artículo sobre los efectos negativos financieros y ecológicos de la construcción de la planta de tratamiento de aguas bajo el Calvario. El artículo cierra con la idea de que la ciudad tiene demasiadas aguas residuales y demasiado poco dinero, ante lo cual la tarea del alcalde y su equipo debería ser dar vuelta la relación en favor del dinero. En la página de cultura hay un fragmento de un reportaje sobre Maribor publicado en el periódico alemán *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Se describe a Maribor como «una ciudad en la miseria». El alcalde Voda contesta a la afirmación con una airada carta de lectores donde hace el recuento de los logros de Maribor. Estos logros se remontan en el tiempo desde el ganador de medallas de oro de los Juegos Olímpicos de París en 1924, que era de Maribor, hasta el hecho de que la ciudad es la capital del puré de papas con cebollas, puesto que en ningún otro lugar del mundo se juntan 40 000 personas en la calle durante varios días para freír, comer y celebrar el puré de papas con cebollas. El descargo del alcalde Voda contra el tendencioso artículo alemán termina con una larga lista de logros más recientes, entre los cuales destaca especialmente el hecho de que la ciudad albergó en 2011 el Campeonato Europeo de Ultimate Frisbee y el Campeonato Europeo de Jiu-Jitsu, y un año antes el Congreso Europeo de Caza. Es de destacar también que, en el año 2009, la ciudad recibió el Premio a los Baños Públicos más Limpios de Eslovenia. Bely se detiene también en una extensa colaboración que exige la democracia directa,

que se dé un paso al costado de las estructuras comunales y se convoque a nuevas elecciones. Llama su atención el hecho de que, a diferencia de las otras, que están al menos con las iniciales, esta nota no está firmada. Como autor se consigna el grupo informal Frío en Julio. Bely busca el sitio web del grupo y su perfil de Facebook, donde hay llamados a numerosas protestas contra el alcalde Voda, «con el pretexto de que ha tomado su mierda conjunta» y con ella volverá a intentar construir la gran planta de tratamiento de aguas. A Bely le asombra el número de seguidores de Facebook, casi siete mil, lo cual es bastante para este tipo de grupos marginales con posturas radicalizadas.

Saciado de noticias, Bely deja su *tablet*. En la mesa, junto al antepecho de la ventana, está el regalo de Kirilov. Una caja de madera, dentro hay una cabañita con una estrella fugaz en la punta y dos grupitos de estatuillas a izquierda y derecha. Bely ha estado toda la mañana contemplando la extraña composición, que de ninguna manera corresponde con el relato de Kirilov acerca de la confección de las estatuillas a partir de huesos, incluso de huesos humanos. En el paisaje en miniatura alrededor de la cabañita con arbolitos diminutos, montañitas, musgo, corral para los animales, el pesebre, tejas diminutas pegadas, cerco e innumerables detalles más no hay ninguna estatuilla hecha a mano. Al contrario, todas las estatuillas humanas son de manufactura industrial en plástico, de las que se compran en cualquier juguetería para niños. Están pegadas al fondo con grandes cantidades de pegamento, que en algunas partes se asoman hacia afuera en forma de pequeñas burbujas y atestiguan el hecho de que el contenido de la casa fue armado muy a las apuradas, en el último suspiro, por decirlo así. Es evidente que se trata de la escena del nacimiento de Jesús, tal vez también de la visita de los reyes magos, pero ¡qué escena! Alrededor del pesebre hay siete estatuillas, unos animales y tres extraños objetos de vidrio: un vasito medidor, una bolita y una lente de vidrio diminuta. El pesebre en medio de la caja está vacío, no hay rastros del redentor recién nacido. Bely no sabe qué pensar al mirar la caja. ¿De qué se trata esta escenificación? ¿O es acaso una gran broma de Kirilov, una suerte de burla a Bely desde más allá de la tumba? ¿O se trata del acto de confusión de un desesperado rumbo a su autodestrucción? Bely no sabe la respuesta y no le queda otra alternativa que volver a acostarse con los zapatos puestos en la cama desvencijada y bastante

incómoda, y mirar desde lejos la diminuta estrella fugaz que brilla arriba de la caja.

¿Se ha dormido un momento o fue más tiempo? Afuera el día sigue gris e invernal. La luz se refleja en el cortafuegos del edificio de al lado, turbia e incierta. Los sonidos que lo han despertado ahora son más definidos. Vienen de la habitación de al lado. Movimiento de muebles, conversación ahogada, balbuceos. Bely va hasta la ventana. Por un momento divisa a una persona con una escafandra blanca y una máscara de protección que atraviesa la fina franja de patio que se ve.

En tiempos en que Bely aún vivía en Maribor, en la ciudad no había máscaras de carnaval. Y no es que ahora el carnaval sea una cosa importante; esta ciudad es demasiado lumpemproletariada, demasiado desarraigada para eso; las tradiciones medievales, cristiana y pagana, han sido completamente olvidadas. La gente no tiene relación con lo carnavalesco, a excepción de su dimensión hollywoodense. Pronto será el fin de esta farsa de carnaval. Mañana ya es martes de carnaval, le sigue el miércoles de Ceniza, a ponerse serios y fin de esta mascarada.

En eso golpean a la puerta. Bely abre. En lugar de Rosa Portero están frente a él dos personas con escafandras blancas; llevan guantes, gruesos cubrebocas y lentes de protección.

Usted está en la lista. Tenemos que tomar muestras y desinfectar, dice una de las personas con voz ahogada y entra antes de que Bely reaccione.

La otra persona arrastra tras de sí un pequeño carrito de carga, donde lleva un gran aparato y dos caños con fumigadores. Mientras la primera toma muestras de polvo con hisopos por la habitación y las guarda en un soporte portable para probetas, la otra fumiga con un vapor blancuzco por el piso. Fumiga con especial intensidad los zapatos y el piso alrededor de Bely, luego abre la ventana. Bely se abalanza y en el último minuto atrapa la caja de Kirilov para que no caiga al suelo y se rompa. Un aire helado, bituminoso entra a la habitación del hotel y ahuyenta el olor dulzón de la fumigación. El hombre de la escafandra rocía abundantemente el antepecho de la ventana del lado de afuera.

Hasta aquí está lleno de estos demonios, dice con voz apagada. Afuera hay gorjeos y revoloteo. Unas palomas salen volando mientras el hombre se inclina por sobre el antepecho de la ventana; las dos piernas le cuelgan sobre

el radiador. A Bely le pasa por la mente: ¿Qué pasaría si el tipo se cayera de cabeza?

Dos veces repite la pregunta: ¿En qué lista está?, pero los dos hombres están muy concentrados en su trabajo, y además el ruido del aspersor es tan fuerte que no obtiene ninguna respuesta.

Un par de minutos después ya no están. Suena el teléfono del hotel.

Aquí el inspector Maus. Señor Bely, estoy abajo, en la recepción. ¿Tiene un minuto? Es importante.

Bely sale a la recepción. De camino golpea a la puerta de Rosa. Es evidente que también han desinfectado su cuarto, porque desde la puerta de ella hasta la de él zigzaguea la huella del desinfectante derramado por la alfombra verde gastada.

El inspector Maus saluda a Bely. Le hace un breve cabeceo al asistente Gros para que se quede en el sillón. Él y Bely se sientan solos en un sitio apartado de la recepción.

Gracias por haber venido, Bely, quiero hablar con usted con las cartas sobre la mesa. ¿Mis muchachos ya estuvieron con usted? ¿Todo desinfectado? ¿Todo bien? ¡Así me gusta! Veo, tengo noticias del laboratorio. Aunque aún no están confirmadas y potencialmente son de una naturaleza en extremo delicada. Bueno, ante todo quiero preguntarle: ¿puedo contar para esto con su más absoluta discreción? Y cuando digo absoluta me refiero también a su compañera, la señora Portero.

Bely asiente.

No sé si recuerda el caso del cisne muerto en el río Drava de hace siete años atrás. Entonces el ave muerta desató un gran pánico, en especial cuando se descubrió que se trataba de una muerte provocada por el virus H5, la así llamada gripe aviar. Otros pájaros siguieron al cisne, tras de lo cual incluso algunas personas quedaron en cuarentena. Por suerte intervinimos a tiempo. Ahora me han llamado del laboratorio que analiza las muestras de sangre de Mat y Dorfler. Mis sospechas lamentablemente se han confirmado.

¿Qué le han dicho?, ¿que han quedado fuera de sí por causa de la gripe aviar?, pregunta Bely.

Bely, se lo pido por favor, no menoscabe el paralelo entre los dos casos, niega satisfecho con la cabeza el inspector Maus. Por supuesto está claro que no se trata del mismo virus de hace unos años. No se excluye que se trate de

una forma significativamente más resistente de enfermedad, que tal vez no sea viral. Probablemente los pájaros sean portadores, en especial las palomas, y las primeras víctimas son Mat y Dorfler. Pero en el trasfondo hay otras cosas de las que ahora no puedo hablar con usted. En suma, los análisis clínicos que se han hecho hasta ahora no pueden excluir con total certeza que se trate de alguna forma nueva, desconocida hasta ahora de una enfermedad viral o contagiosa de alguna otra naturaleza. Y hasta tanto así sea, mis sospechas son justificadas.

Bely mira con atención al inspector Maus.

¿Y entonces por qué me cuenta todo esto, inspector Maus?

Mire, de manera preventiva hemos desinfectado a todos los que han tenido contacto físico con Dorfler y Mat en las últimas 48 horas, antes de que haya un brote con los mismos síntomas. Al mismo tiempo he recibido todas las autorizaciones necesarias de inspección sanitaria nacional para erradicar preventivamente todas las palomas urbanas en el área de Maribor y sus alrededores. ¿Se imagina lo que significaría en este momento un escándalo mediático? No solo sería un golpe para Maribor y el sector turismo, sino que el problema de mayor alcance lo tendría Capital Europea de la Cultura. Y por supuesto sería un estado de emergencia cuando estamos al borde de elecciones a nivel local, lo cual a un puñado de personas les viene como anillo al dedo.

¿Se refiere a Voda?, dice Bely.

Por supuesto. Ya una vez salió de una situación política delicada desviando la atención de cuestiones cruciales a cuestiones urgentes solo en apariencia. Como sabrá, Voda es un expolicía. Se mueve como pez en el agua en la lógica del estado de emergencia. Si mañana hay un brote de algún virus peligroso en Maribor, que amenaza la vida de miles, no se anunciarán sesiones públicas contra Voda. Y los medios tampoco prestarán atención a los reclamos contra la realización de proyectos polémicos como la construcción de la planta de tratamiento de aguas bajo el Calvario. La gente estará los próximos seis meses tan obsesionada con el virus misterioso que ignorará por completo lo que ocurre en realidad. Estoy convencido de que en ese caso lo van a elegir de nuevo.

Bueno, pero ¿y por qué me necesita a mí para eso?, pregunta Bely.

Si hay alguien en quien no confío es en nuestros medios. Sé lo que va a

ocurrir si se confirman mis sospechas. Voda tiene su red de gente, controla algunos periódicos y canales de televisión, no solo locales, sino también nacionales. Los medios independientes son en su mayoría completamente minoritarios e incompetentes. Si hay un escándalo, quiero que la primicia la tenga un medio apropiado fuera de Eslovenia. Eso obligará a los medios eslovenos a levantar la noticia. Aunque esto no alcanza para impedir que se distorsionen tendenciosamente los hechos, de todos modos disminuye la posibilidad de manipulación. Para esto necesito a alguien de cuya información me pueda fiar, que no sea parte del círculo de Voda y que no sea de aquí.

Rosa Portero, dice Bely.

Así es. La radio nacional austriaca es para nosotros una institución más creíble que nuestro banco central. A la gente le gusta decir que somos la provincia austriaca en las sombras. Y no es cierto. Hasta los habitantes del último rincón perdido de cualquier país tienen derecho a la autodeterminación. Nosotros somos apenas una colonia austriaca retrasada sin ningún tipo de derechos. En suma, a usted lo necesito, señor Bely, y espero poder contar con su apoyo.

De acuerdo, Maus, pero con una condición.

Maus mira a Bely.

Que me cuente su historia personal con Voda.

Por primera vez desde que están hablando, a Maus se le borra la sonrisa de los labios, pero solo por un momento. Al instante el inspector vuelve a estar sonriente.

No es ningún misterio, Bely. Puede enterarse de esa historia por otras fuentes, así que en todo caso, es mejor que se la cuente yo mismo. Con Voda estuvimos juntos en la academia de policía. Más aún, éramos compañeros de cuarto, los mejores amigos y compartíamos un pasatiempo que practicábamos como dos fanáticos cuando teníamos unos jóvenes dieciocho años. Adivine de qué pasatiempo se trata.

Bely se alza de hombros.

Los dos criábamos palomas. Pero no cualquier tipo de palomas. Con la ayuda de las relaciones que hice en la academia de policía, pronto me volví parte de un proyecto secreto, financiado por el Ministerio de Defensa. Nuestro objetivo era criar palomas de excelencia en tareas de inteligencia. No

estoy hablando de las clásicas palomas mensajeras. Y ya para la cría de excelentes palomas que transmitan mensajes secretos hace falta mucho tiempo y conocimiento. Aquí se trataba de mucho más. ¿Sabe?, la mitad del éxito con las palomas consiste en lo que pasa por el pico, es decir, en la alimentación. Y en este caso, además de la alimentación habitual con la combinación adecuada de granos, resultó correcta la alimentación con una dosis de ajo seco, polvo de cuarzo rosa y algunos preparados químicos. Todos los ejércitos del mundo invierten miles de millones en sistemas de inteligencia asistidos por computadora. Nosotros, con la ayuda de los laboratorios químicos locales, logramos criar palomas kamikaze. Se trataba de palomas muy especiales, resistentes incluso a las posibles interferencias enemigas en campos electromagnéticos, lo que para las palomas significa un gran problema. No había aviones ni cohetes en el mundo que no fuera posible derribar. ¿Qué hacer con bandadas de palomas, o aún más, con decenas de miles de palomas que con extrema precisión dan en el blanco del enemigo desde distintas direcciones en el mismo momento, en especial si las palomas están contaminadas con armas biológicas inteligentes, como son sin lugar a dudas los virus de última generación? Aunque yo aún no tenía eso en mente en aquel momento. Tal vez Voda ya entonces pensaba en eso, no lo sé. Al principio yo criaba palomas por amor a los animales y por deporte. Simplemente quería criar las palomas más inteligentes del mundo. Y lo logré. El hecho de haberlas entrenado luego para tareas específicas era para mí algo secundario. En aquellos tiempos, Voda era como mi sombra. Imitaba de manera enfermiza todo lo que yo hacía. Si yo escuchaba *punk*, él escuchaba *punk*, aunque en realidad solo le gustaba la música que suena en los bailes de pueblo, en especial la música de *Klapa*, la música tradicional de Dalmacia. Y como yo empecé a criar palomas, él también. Pronto entendió que nunca iba a ser tan exitoso como yo, su compañero de cuarto y su mentor. Entonces no me di cuenta de lo mucho que debió empezar a odiarme ante aquella evidencia. Lo descubrí mucho después. Recuerdo aquella mañana de fines de abril. Salí hacia Pohorje, donde tenía las palomas. Eso era solo un par de días antes del examen final que tendría que dar con ellas ante la comisión del Ministerio. Si lo daba bien, el Ministerio de defensa destinaría bastante dinero al desarrollo posterior del proyecto. De hecho esto habría significado que usted y yo, Bely, jamás habríamos cruzado una palabra, pues no me habría quedado en la policía yugoslava, posteriormente eslovena, sino que

habría sido conocido como descubridor e innovador de armas biológicas de primera línea. Y en ese caso probablemente hoy viviría en algún lugar de los Estados Unidos o de Israel. Pero este fue el espectáculo que me esperaba aquel 27 de abril, una de las cosas más terribles que me han pasado en la vida: 201 de mis 214 palomitas estaban tendidas por el suelo. Fue una masacre sin igual. Sus cuerpecitos aún estaban tibios, algunas aún movían las patitas o las alas. Fue como si alguien hubiera envenenado mi mundo, mi vida, mi futuro. Y yo sabía que el único que conocía el lugar donde tenía las palomas era Voda. Un par de veces había ido en mi lugar a darles de comer. Volví al albergue estudiantil. Lo quería matar. Lo quería castigar por todo lo que me había hecho. Su cama estaba vacía. Su armario, vacío. Volvió a la academia solo un año después, cuando yo ya había terminado mi entrenamiento, de modo que nos encontramos recién una década después, cuando él ya era un joven representante en el parlamento nacional y yo era detective.

¿Y qué ocurrió con las palomas?

El proyecto se canceló, se consideró como un fracaso. El grupo de investigación se disolvió. Yo no quise dedicarme nunca más a la cría de aves. Todo aquello fue demasiado traumático. Era demasiado joven como para procesar la cosa sin más ni más. Y además aún era un gran misterio adónde habían ido a parar las 13 palomas faltantes. ¿Huyeron?, ¿las mató en alguna otra parte? O, lo que me parece la explicación más probable, ¿siguió con la cría y tiene los animales preparados para usarlos para sus propios fines?

¿Sabe que estas acusaciones sin pruebas son muy graves, y tienen consecuencias? Probablemente debería abandonar la investigación de este caso, porque de ninguna manera puede obrar con imparcialidad, dice Bely.

Lo sé, lo sé, se ríe el inspector Maus, tan fuerte que retumba por toda la recepción y ante su risa el asistente Gros suelta de inmediato una risita forzada y sin causa alguna.

Bely, ¿de veras piensa que existe tal cosa como la imparcialidad? ¿En un paisito con dos millones de víctimas, que no pocas veces son al mismo tiempo verdugos, y verdugos que a menudo son las mayores víctimas? ¡Hágame el favor! Nuestra única posibilidad de sobrevivir como sociedad es ser decidida, rigurosa y abiertamente parciales. Y bien, ahora debo seguir. Es urgente. Todavía tenemos que ir a Off a desinfectar con los muchachos. ¡No

olvide su promesa! Ni una palabra a nadie, ¿entendido?

Maus se cruza en la puerta con Rosa Portero, la saluda quitándose el sombrero. Rosa lleva una bolsa de plástico. Suben con Bely a la habitación de ella en el primer piso. La ventana está abierta, hay mucho desorden en el cuarto, alguien ha revisado los cajones y su maleta. Rosa saca y pone sobre la mesa una botella de plástico de dos litros de coca cola, un paquete de chocolino y *gilletes*. Bely saca un plátano de la frutera y lo come inquieto. Luego se come los dos restantes.

¿Qué ha ocurrido?, ¿qué quería Maus?

No te preocupes, no sabe nada, ni se lo imagina. Voda es su enemigo, y pase lo que pase, Maus va a interpretar que la culpa es de él. Y cuanto más pase, mejor para Maus, dice Bely con la boca llena de plátano.

¿Quién estuvo en mi habitación?, pregunta Rosa y da vueltas mirando sus cosas. Detiene la vista en el rastro húmedo de la alfombra que va de la puerta de la entrada al antepecho de la ventana.

Los cazadores de palomas de Maus.

¿Estuvieron también en tu habitación?

Sí, revolvieron y fumigaron. Espero que el veneno de Maus no sea demasiado fuerte, aunque no correría riesgos. Voy a ir a la recepción a pedir que nos cambien de habitación.

Rosa asiente. Anduve un poco por la ciudad. No puedo sacarme de la cabeza la caja de Kirilov. Parece una tomadura de pelo. Pero si contiene algún tipo de indicio oculto, cualquier cosa que pueda ser útil, ahora sería la salvación.

Ya he mirado, pero no he encontrado nada, dice Bely y abre la puerta.

Voy contigo y la miro otra vez ahora cuando vayas a la recepción.

Rosa observa la cajita. Igual que la noche anterior, primero mira detenidamente cada una de las siete estatuillas. A la izquierda del pesebre vacío está la estatuilla de plástico de san Mateo con la pluma y el libro; junto a él está san Pablo con la espada, dos estatuillas que evidentemente están fuera de contexto, tomadas de la última cena, pues están levemente agachadas, como si hubieran estado antes sentadas a la larga mesa. Junto a san Pablo está Baltasar, el rey de piel oscura. Entre ellos pacen una cerda preñada y un topo. Las dos estatuillas de animales son demasiado grandes en comparación con las pequeñas figuras de las personas. Tras este grupo de

estatuillas hay un pequeño vasito medidor. A la derecha del pesebre vacío están José, el padre de Jesús, y una estatuilla de un cocodrilo que toca la flauta de pan, ambos hundidos en una gruesa capa de pegamento amarillento. Al lado hay una estatuilla más grande de un empleado de zoológico con la leyenda ZOO en la camisa, de la serie Lego, y san Pedro, representado como es tradicional con un manojito de llaves en la mano, pero con alas pegadas, tomadas probablemente de alguna otra estatuilla. Además de este grupo de estatuillas, sobre el musgo hay una bolita todavía transparente con hojitas rojas en su interior y un pedacito redondo de vidrio, pegado al tronco de uno de los árboles, que es tan alto que sobresale entre las estatuillas y objetos restantes pegados al musgo. Rosa se acerca más. Ahora el trozo redondo de vidrio es una especie de ojo transparente que flota sobre la composición completa y la contempla junto a otro ojo, la estrella fugaz.

LA GUERRA Y LA PAZ

Frente al hotel, Bely le da un empujón a una panza como un barril. Con el choque, el *clown* se ríe y esconde la botella, que se rompe contra la pared. Bely y él se miran un momento, luego el clown vuelve a romper en risas. Un instante después, de su boca sale un líquido marrón que salpica la nieve sucia, y tras el chorro cae el *clown* con sus enormes zapatos y sus medias a rayas. Salen volando un par de palomas que estaban picoteando en el suelo. Bely no sabe qué hacer. Probablemente antes o después debería sacar al borracho de la nieve y arrastrarlo hasta algún sitio cálido, pero entonces aparecen otros dos *clowns* también metidos en barriles. Después de infructuosos intentos de reavivarlo a fuerza de cachetazos y gritos al oído, los dos *clowns* toman por debajo de las axilas a su atontado compañero y se lo llevan a la rastra por la calle.

Es martes de carnaval, aunque más allá de los tres *clowns*, Bely no encuentra por la calle otros disfrazados. Solo un par de chicos vestidos de vaqueros que las madres arrastran nerviosas de la mano. El campanario de la catedral toca las tres menos cuarto. Bely ve desde lejos que han fijado un nuevo cartel de neón sobre el edificio que había pertenecido al obispado de Maribor en la plaza Slomšek. Aún no tiene luz, pero probablemente se va a encender cuando la tarde neblinosa se torne oscura noche invernal. Por suerte ya no nieva. Un operario vestido con overol azul detiene a Bely en la plaza y lo desvía por otro camino. Una pluma está cambiando de lugar uno de los globos de Capital Europea de la Cultura. Los operarios gritan. El supervisor maldice mientras tres hombres desentierran la instalación eléctrica entre los adoquines levantados. Bely pesca la conversación entre dos operarios apoyados sobre la pala, que observan el soporte de madera del globo que se balancea peligrosamente sobre las cabezas de sus compañeros.

No tengo ni idea de qué está pasando. Es como si no tuviéramos mejor cosa que hacer que andar paseando los globos por la ciudad, dice el operario.

Si al menos los cambiaran de lugar para mejor. Pero qué quieren inventar... Mira: pala excavadora, pluma, vallado, seis de nosotros aquí todo el día, y todo para cambiarlo de lugar un metro y medio. ¡Pero si no estaba en el paso de nadie! ¿Sabes cuánto se va en cada cambio de lugar? ¡La gente en esta ciudad no tiene ni para un trago, las calles llenas de pozos, en la zona de Studenci estalló un caño de agua, y nosotros moviendo los globos de un lado para el otro! Es la pandilla de la comuna, dice el otro operario.

Y a esto le dicen capital. Los señores van a la ópera, y nosotros estamos fregados. Hace un frío del diablo. Vamos, hazlo callar de un palazo, no vaya a reventar de tanto cacarear. ¿Y tú qué? ¿Ya fuiste a los desfiles de carnaval? Hoy es tu última chance, dice el primero.

Mis hijos van, contesta el segundo. La vieja y yo nos quedamos en casa. Dijo que me mandará a su abogado si no me la tiro al menos dos veces.

¿Solo dos? La mía se consiguió cuatro máscaras y dice que le voy a tener que dar al menos una vez con cada una. Con la de policía dos veces, ja, ja, ja, pa' que se haga a la idea que en el mundo hay orden y hay ley.

¡Uh, mi madre!, grita el primer operario.

En ese momento por debajo de la excavadora brota una mezclanza marrón, que pinta la tierra y los restos de nieve. Enseguida brota un chorro de inmundicia de unos tres metros de alto.

Me cago en la mierda, dio en la cloaca. Ahora sí que estamos jodidos. En esta ciudad ni con la pala se puede andar por el piso, enseguida aparece la mierda.

Gritos enfurecidos del supervisor. El operario de la excavadora baja de la cabina. Todos se paran en un gran círculo alrededor del caño del que brota el chorro de materia fecal. La presión cede, ahora es apenas un borbotón sobre el suelo.

Maldición con el lechazo. Hoy ni falta que hace que te pongas antifaz, Franci, hoy estás disfrazado de mierda. Tu mujer te va a reconocer de lejos.

¿Qué?, ¿piensas que a la tuya no le vas a gustar más así todo perfumadito?

Pero sí, hombre, si sabes que a las viejas les gustamos más los viejos sazoados que los que andan de camisa blanca y no tienen olor. La mía me

dice a veces que mejor la tendría un esqueleto, al menos sabría que siempre la va a tener dura. Y si el esqueleto está vestido de mierda, es el tipo ideal. Así que esto es un esqueleto vivo y voy a tener el revolcón del milenio.

Nomás que para esqueleto tienes una panza demasiado grande.

Ah, pero es que no es mi panza. Es la panza de mi disfraz. Pero, Franci, tengo un bonito hueso en el pantalón. Te daría también a ti si fueran dos huesos, pero este ya lo tengo reservado.

¿Para tu vieja?

Bueno, nunca sabes si es la tuya o si alguna mierda se ha disfrazado de tu vieja.

Gritos desenfadados del supervisor. Los operarios se echan a reír, empiezan a palear pilas de tierra con movimientos lentos.

Cuidado no te vayas a herniar, Franci.

Al menos la voy a tener más grande.

Si se te agranda tanto, vas a poder rellenar este agujero.

La mierda no se tapa con mierda, Lojs, ya tendrías que ir sabiéndolo. La mierda se tapa nomás con la lengua. La tienes bastante larga, así que podrías echar una ayudita con esto.

Pero qué voy a dar una ayudita, si no tiene caso. Me compré cuatro máscaras pero ninguna tiene agujero en la boca. ¡No hay necesidad! La mía coge muy bien, pero no la lamería.

Yo a la mía tampoco. Abajo puede ser, abajo, sí, pero arriba de ningún modo. Y esta tierra llena de mierda no la vamos a lamer.

Que se ocupe el excavador, que es el que hizo la cagada. Ya sabemos cómo es. Va a tapar un poco aquí y en una hora va a estallar en Tezno o detrás de la terminal de ómnibus o en Lent. La tierra no quiere nuestra mierda, la echa pa' fuera por todos lados, nosotros luego emparchamos.

Pero Lojs, nosotros no emparchamos.

No, Franci, nosotros somos distintos. Nosotros agarramos la pala calladitos.

Los operarios se echan a reír.

Una gran bandada de cuervos se levanta desde las copas de los árboles de la plaza Slomšek con ruidosos graznidos, vuela en círculos, vuelve a posarse en la ciudad vieja. A Bely le parece que nunca se ha ido de la ciudad. ¿Ha

estado ausente dieciséis años? ¡Imposible! Tal vez ha estado de excursión y acaba de volver. La sensación lo abruma con todo su peso, lo vuelve lento y lo cansa. Como si nada hubiera pasado. En la plaza hay carteles con una cruz roja sobre fondo negro. Sobre la cruz hay una leyenda con letras negras un poco más chicas: LEV NIKOLAEVICH TOLSTÓI - ANDREAS, y abajo con grandes letras: LA GUERRA Y LA PAZ. Hay una fuente, en medio de la fuente un gran cubo de hielo teñido de rojo. Al otro lado de la fuente hay una escalinata de mármol, el frente del teatro más grande del país. La fachada es de estilo modernista de los años setenta, plantada como un cuerpo extraño en la esquina de la calle de la plaza que por lo demás guarda el estilo del movimiento de secesión. Ante el teatro hay un camión de carga con la leyenda del TEATRO NACIONAL DE ZAGREB y dos ángeles con trompetas. Más adelante el café del teatro. No hay nadie bajo los calefactores encendidos sobre las mesitas que están sobre la vereda. A Bely lo asalta el recuerdo de los años vividos en ese edificio, en ese café. Qué sorpresa, por qué no vienen a su memoria más que las imágenes de las tardes calurosas de verano, cuando se sentaba frente al teatro con los actores y otros empleados; no tiene ningún recuerdo de invierno.

La entrada lateral para los empleados. El portero, Štef, lo reconoce y saluda. Se palpa el socialismo, la alfombra levantada y el olor a encierro oscuro y polvoriento de los pasillos insisten en guardar el pasado para todos los que intentan deshacerse de él en este teatro.

Hasta la secretaria —que recibe a Bely con un beso en la mejilla— es la misma que en los viejos tiempos, cuando el director del teatro era Andreas y Bely era uno de los dramaturgos de las obras de la casa.

Hace miles de años que no nos vemos, dice Dolores. Espera un segundo, la directora tiene a alguien con ella en la oficina, ya sale.

Bely asiente y se sienta en un sillón. Frente a él está sentada una mujer desconocida. Se le huele de lejos que es casi una pieza del inventario. La desconocida no se deja perturbar y sigue incansable con su monólogo sobre un proyecto del que estaba hablando ya cuando Bely había entrado.

Pero le digo que así no va a andar. Ofrenda, el evento se llama Ofrenda y habla sobre las ofrendas en honor a los dictadores. Tito, Stalin, Hitler, Mao. Hacemos ofrendas y ella piensa que eso puede salir de unos autos viejos con un proyector. Necesitamos sangre. Como Hermann Nitsch, si no vamos a

seguir ofrendando solo ideas. Y no estoy pensando en gallinas. Le digo que tendríamos que sacrificar al menos una oveja al dictador. Ella me dice que si no prefiero una vaca. Yo le digo que vamos en esa. Ella sonríe... ¡eso es un trato, por supuesto! ¿Qué piensas? Alguien te dice algo, te muestras de acuerdo, ¿no es eso un trato? Y después me sale con que no teníamos nada firmado, que ella no quiso decir eso, que solo estaba bromeando. ¿Y yo? ¿Tengo acaso que olerlo cuando alguien hace una broma o qué?

Durante el monólogo de la desconocida, Dolores revisa tranquilamente el correo electrónico; una que otra vez dice «ajá». Es evidente que está acostumbrada a hacer dos tareas a la vez, la de secretaria y la de psicoanalista.

¿De qué se trata?, pregunta Bely.

De mi producción. Pero qué le voy a contar, hace seis años que trabajo en este proyecto. Seis años, ¿se da cuenta? Y ahora por fin conseguí algo de dinero de la comuna. Fui a hablar con el alcalde, le dije, alcalde, tenemos que hacer algo con estos dictadores, y entendió. Tengo el equipo, el proyecto va a prender, está claro, pero no puedo hacerlo a medias. Aquí todo se hace a medias. Rigor, nos falta rigor en esta ciudad. Aquí solo se puede insinuar la realidad. El teatro es realidad. Aquí se cruzan los caminos, el esperma, la sangre. El teatro físico, eso es lo que impacta a la gente y no esa mierda simbolista para escuela de oficios, o estrenos para fatigados directores de empresas locales.

Ajá, dice un poco fuerte Dolores, muy enfrascada en la lectura de su correo electrónico.

La desconocida la amonesta con la mirada, pero no se deja intimidar.

Imagínese un espectáculo que no podrá olvidar. Imagínese algo que lo acompañará toda la vida, lo marcará y lo cambiará para siempre, le quitará el aliento, le cerrará la boca. Eso es lo que quiero del teatro. El teatro que impacta, que finalmente es igual que nuestra ciudad. Todos los días impacto, puro impacto. La gente piensa que puede comerse todos los días una milanesa, pero nada. Piensa que eso es normal, que es la vida cotidiana. ¿Por qué después no pueden tolerar un teatro que sea tan cruel como es normal en la vida cotidiana? No es nada nuevo. Pero es nuevo para nuestra ciudad y nuestra época. Señor, ¿usted piensa que lo nuevo existe? Cuando voy a nuestro teatro, cuando miro alguna obra de afuera, cada vez más me parece

que ya no hay nada nuevo. Que ya quemamos todo lo nuevo hace mucho. Todo está aquí. Pero en cada época hay prohibiciones y censura y autocensura, y por eso tiene sentido volver a matar una y otra vez al menos una oveja, si no una vaca, sobre el escenario. Una y otra vez hay que decirle a este público burgués que va en serio. El campesino entiende esto. Si yo tuviera un público de campesinos, entenderían. Un campesino iría al escenario y pondría un balde bajo la herida de muerte que está salpicando sangre. Esta de aquí ni siquiera es campesina, grita enojada la desconocida y señala la puerta de la directora del teatro, Anastasia Grin. Si fuera campesina entendería. ¡Qué le voy a hacer! Si he perseverado seis años, lo haré otros seis. Antes o después llegará mi momento, ¿no es así, Dolores?

Ajá, dice Dolores y sigue tecleando sin inmutarse.

Bien, ahora tengo que ir a seguir trabajando.

La mujer se pone de pie, se va sin saludar.

No te dejes intimidar, esta es una de mis pacientes, dice Dolores. Los tiempos cambian, pero la psiquiatría en el teatro sigue igual. Si es que no era distinto cuando tú estabas en la casa. ¿Te acuerdas de Marula, que quería medio millón de dólares para hacer una *performance* en una sala sin gravedad? ¿Y Berzajev, que le tiraba al público huevos calientes podridos en la función? Esta pobre diabla es una inocente en comparación con aquellos tipos.

En ese momento se abre la puerta de la oficina de la directora del teatro; detrás hay una mujer con falda corta.

Entonces, dice la mujer en croata, quedamos así: ¿esta noche después de la función y luego mañana a las tres?

De acuerdo, dice Anastasia Grin, y toma a la mujer del brazo con complicidad y la despide con un beso en la mejilla.

Bely saluda con una inclinación de cabeza a la desconocida cuando pasa junto a él.

Adam, ¿juntaste coraje y viniste? Estoy muy contenta. Dolores, gracias. Es todo por hoy.

¿Nos vemos esta noche en el estreno?, le dice Dolores al pasar a Bely, vienes, ¿no?

¡Claro que viene! Perderse la nueva puesta de Andreas es peor que llegar a tiempo a la cita con Belcebú. Adam viene, y para colmo con su chica de la

exótica y lejana Austria, dice Anastasia Grin a viva voz, provocadora.

Ante estas palabras, Dolores y Anastasia Grin se ríen con una carcajada ruidosa que sorprende a Bely.

Bely conoce muy bien la oficina de Anastasia Grin. A excepción del juego de sillones, el resto está más o menos igual que dieciséis años atrás, cuando entró a este lugar por última vez. El cuero blanco y las fotografías en la pared, eso es nuevo. Bely se detiene ante las fotografías. Imágenes difusas del mundo submarino: peces, cascos de barcos iluminados con una luz tenue que penetra desde arriba.

Son mis fotografías. Están tomadas con una versión digital de la clásica cámara oscura, por eso los bordes son tan neblinosos, dice Anastasia.

Son bellas. Esta indescriptible difuminación de los bordes las vuelve misteriosas. Recuerdo tus viejas fotos de la época de estudiantes. Entonces fotografiabas solo en blanco y negro, y sobre todo patios vacíos. Aquellas fotografías también daban la impresión de haber atrapado una ausencia inaprensible.

La fotografía me calma. Cuando tomo fotografías tengo la sensación de que el mundo que se nos escapa de las manos queda a salvo en algún sitio. No se trata de congelar instantes pasados, esa definición de la fotografía es demasiado banal. Sobre todo cuando vuelvo una y otra vez a caer en pensamientos errados, como la idea de que el pasado ya no existe. El pasado sigue existiendo siempre en el presente. La fotografía es una prueba palmaria de eso. Justamente la fotografía nos dice algo de nuestra equivocada idea del tiempo. Pero de eso ya hemos hablado mucho alguna vez. Adam, no puedo creer que estés aquí después de todos estos años. Y para colmo te levantaste de entre los muertos en el momento de la obra de Andreas. ¿Te das cuenta, justamente *La guerra y la paz*?

Bely mira los ojos oscuros de Anastasia.

Sí, era en la época en que trabajabas con Andreas en la puesta de *Las mil y una noches*. ¿Ves como todo cambia? Cuando hace dieciséis años vine con la idea de hacer *La guerra y la paz* se burlaba de mí, me decía que si yo quería ser Napoleón. Yo ya había escrito toda la adaptación, siempre me gustó mucho Tolstói. Dios mío, adónde habrá ido a parar todo eso... Ya no tengo ese texto. Fueron muchas mudanzas de apartamento. Como sea, no lamento en absoluto.

Anastasia toca la mano de Bely. Las puntas de tres dedos de ella se apoyan un momento en la palma de la mano de él, dibujan brevemente un pequeño signo en la piel de Bely. Rehenes diminutos, que intentan huir. Al entrar en confianza se abre una mínima rendija por la que llegan escenas del pasado.

Recuerdo cuántas veces veníamos a trabajar a esta oficina cuando Andreas estaba de gira, dice Bely. Entonces yo ya estaba en el carril lento. Es el destino más cruel, el peor en el teatro. Estás en el teatro, vives para el teatro, hasta te pagan el sueldo, pero a la vez no tienes ningún empleo, nadie quiere tu trabajo. Todos saben que el director te ha puesto la vía muerta. Te pagan porque la ley te protege del despido. Pero en realidad lo que más les gustaría es que nunca más estuvieras ante sus ojos. Tú ya entonces eras la dramaturga preferida del gran director. Te gustaba venir aquí, a su oficina de director, y mecerte en su sillón cuando él no estaba en el teatro.

Las puntas de los dedos sobre la palma de Bely se detienen, se humedecen muy levemente.

No seas malo, Adam. A ti también te gustaba venir aquí, ¿recuerdas? Andreas y tú nunca se llevaron bien. A mí me escuchaba, pero a ti solo en cierta medida. Todo eso es normal, solo que éramos jóvenes sin experiencia y aún no lo sabíamos. A los veinte años todos somos genios. A los treinta hay cada vez más genios amargados. Y esos, cuando llegan a los cuarenta, odian a los genios.

Por suerte yo aprendí a tiempo que el odio no es una respuesta. No habría podido aquí en el teatro. Si no me hubiera mudado y si no hubieran estado los científicos, hoy estaría furioso al ver que el director que me echó del teatro pone en escena el texto que antes le propuse yo. Ahora sé que es así como se desarrollan algunos procesos y que todo, absolutamente todo, es una semilla de la que luego alguna vez en algún lugar algo nace. Y es mejor que nazca una puesta decorosa y no el odio o algo peor.

Creo que la puesta es más que decorosa, Adam, y me alegra que no te mueva el odio.

Anastasia se acerca mucho a Bely.

Dijiste que habías estado enfermo, Adam, le susurra Anastasia.

De pronto sus dedos se hunden con fuerza en la palma de él, justo donde está la herida que le dejó la mordedura de Mat, como si ella quisiera

atravesarla. Sus labios se abren y cierran como la boca de un pez.

Eso ha quedado atrás, susurra Bely. Mucho ha quedado atrás.

¿Y quién está por delante?, suspira muy despacito Anastasia Grin, y sonrío burlona. Se aparta, va hasta el armario, toma dos copas y sirve.

Aquí en la mesa tienes dos entradas. Para ti y para tu chica austriaca. Les di galería, adelante y al costado, ¿está bien?

Bely asiente y guarda el sobre con las dos entradas.

Sabía que tarde o temprano ibas a ser la directora del teatro.

Un mundo equivocado en una ciudad equivocada al final da una óptica realista. Aquí la vida cotidiana está patas arriba, así que el teatro solo equilibra la foto que ya está bastante torcida, dice Anastasia, como si leyera un texto dramático.

No lo creo, es más bien tu decisión inquebrantable, dice Bely. Como buena mariboreense nada te puede parar.

Entrechocan las copas de cristal. La ginebra se esparce por la boca de Bely; se ensancha la ranura por la que se cuelan las imágenes del pasado.

Lindo trabajo, lindas sillas de cuero, linda oficina...

No es todo tan lindo como lo describes, Adam, todos somos parte de una historia más amplia y al final de nuestras vidas nadie la escribe solo.

En la cienciaología pasas largos años analizando tu pasado, dice Bely. Después de cientos de horas de autoexamen desentrañas los acontecimientos que son disparadores de los procesos que más tarde nos manejan.

Adam, creo que el problema no está en que no sepa a quién manejo o quién me maneja. El problema está en que no podemos dejar de manejar o que nos manejen. De algún modo todos queremos ser manejados. La cuestión es cómo cambiar ese manejo cuando alcanza un punto crítico. A veces me siento como prisionera de una mansión de cristal que yo misma he construido a mi alrededor. Es maravilloso sentarse a ver la obra, gozar de la magia del escenario. Todo lo demás es una tortura. ¿Recuerdas nuestros viejos tiempos? Éramos jóvenes y ambiciosos y todo parecía posible. Podías elegir qué ibas a ser en la vida: un dramaturgo influyente o un director de teatro famoso en el mundo o el presidente de la nación. Después pasan diez, veinte años y de pronto ya no es posible elegir. Tomaste un camino y sí o sí te extraviaste. Cada uno sabe muy bien dónde se extravió, pero no hay vuelta atrás.

Anastasia, Anastasia. Sigues siendo la vieja Anastasia a quien tanto le gusta abandonarse a la sensación de perder, aunque nunca has creído verdaderamente en la pérdida.

Ya no me abandono a nada, Adam. Las pócimas son para los jóvenes. Yo analizo todavía sobria la posición en que hemos quedado todos. Incluido tú, Adam.

Yo en cambio creo en los comienzos, dice Bely y deja la copa. Cada instante puede ser el comienzo de algo nuevo, algo del destino. Si no creyera que es posible cambiar el curso de nuestro destino a cada instante, ya no estaría en este planeta. Así, estoy aquí. Aquí y ahora.

¿Y tu austriaca también es parte de tu nueva vida?

Anastasia se sirve una nueva copa de ginebra, se la toma hasta el fondo.

Deja eso. Mejor cuéntame de ti, Anastasia. ¿Cómo vives, qué haces? ¿O por qué te sientes prisionera y por qué no te liberas?

Es fácil enredar con las palabras, Adam. Pero es considerablemente más difícil crear en esta ciudad de milagro, en este teatro de milagro, rodeada de genios milagrosos. Pero esta es mi casa. Literalmente. En mi casa no estoy casi nunca. Tengo un estupendo apartamento bajo el Calvario. Doscientos metros cuadrados, pero no estoy nunca ahí. Por lo demás, el resto de los habitantes del complejo es una cosa aterradora. Este teatro es mi vida y mi hogar, Adam. A menudo tengo la sensación de que todo se va a caer, de que el teatro va a desvanecerse en el aire si un día no ando por aquí.

Ante los ojos de Bely, la imagen de Anastasia Grin se va superponiendo más y más a la imagen que él tenía de ella cuando la conoció en la facultad. La imagen es la de una joven dramaturga con rastas que discurre sin cesar sobre Serguéi Eisenstein, Samuel Beckett y el teatro físico. El deseo contenido. El cuerpo de anguila. El olor dulce en la piel. Charlas susurradas con pequeños enredos e intrigas hilvanados con habilidad. La presión de sus manos, su jadeo y el sabor de la lengua que se mete lentamente bajo la lengua de él. Sentir los cuerpos pegados, la familiaridad y la protección al entrar en su cuerpo, cuando la estrecha contra su cuerpo y las uñas de ella se clavan en su cuero cabelludo hasta el dolor agudo. Se entrelazan, se empujan. El azul del cielo en la hendidura de la ventana. Los sonidos del verano a orillas del Drava, que entran por la ventana semicerrada. Y luego las noches de ensayo leído, Andreas y los otros, las butacas desvencijadas del teatro, el sabor de

otras bocas, los discos de vinilo rotos, las cartas arrugadas.

Adam, ¿dónde andas? Estabas en las nubes, dice Anastasia Grin.

No pasa nada, un pequeño *déjà vu*, dice Bely. Los dos sabemos que todo esto de lo que hablamos ahora ha ocurrido ya hace mucho tiempo.

No todo.

Tal vez no todo, Anastasia, hay todavía algunas cosas por hacer. Oye, ¿me puedes ayudar? Quiero saber cómo es la historia de la planta de tratamiento de aguas bajo el Calvario.

Anastasia Grin lo mira inquisidora.

¿Por qué quieres saber eso, Adam? Es una más de las historias tristes de esta ciudad y sería mejor que la olvidaras de inmediato.

La gente está muy alterada por causa del alcalde Voda, dicen que los va a envenenar.

Son inventos. En mi opinión se trata de un ejemplo típico de histeria colectiva. Nadie va a envenenar a los mariborenses, Adam. Sabes bien que estamos desde siempre envenenados con nosotros mismos.

Anastasia, ¿qué sabes del Gran Orco?

Anastasia Grin se pone pálida por un instante; va hasta la mesa, abre la botella.

¿Quieres uno más?

Se sirve media copa. Vuelve a tapar lentamente la botella.

Hace años vino a la ciudad un especialista en bioenergía finlandés. Una amiga mía me arrastró con ella a una conferencia de él sobre la teoría de la huella. Al principio parecía bastante raro, pero si lo piensas, tiene cierta lógica. Cuando dos tienen sexo, el hombre le deja su huella a la mujer. De este modo se borran las viejas líneas genéticas y se crean nuevos perfiles humanos; según la teoría del finlandés, las mujeres llevamos durante mucho tiempo las huellas de todos los hombres. Y cuantas más huellas llevamos, más desdibujado, mezclado, confuso es nuestro potencial genético, lo que pasamos luego a nuestros hijos. Esta es la razón oculta de las violaciones colectivas en las guerras, por ejemplo.

Bely mira con atención a Anastasia.

Ya sabes bien cómo son las cosas en esta ciudad, Adam. A esta ciudad la dominan las mujeres. Pero se clasifican según con qué hombre durmió cada

una. Ayer pasé por un bar, se llama Shakespeare, está cerca de la estación de trenes, frente a la escuela primaria. Del bar salió un hombre con prisa; detrás lo alcanzó una mujer y gritaba que se limpiara el pito, que sucio no se lo chupaba. ¡Delante de todo el mundo, en pleno día! Y hasta me pareció que estaban sobrios. Esto lo dice todo.

No entiendo qué quieres decir, Anastasia.

El edificio en el que vivo es de Voda. Es propiedad de la ciudad. Voda lo hizo construir para sus mujeres. El apartamento de él también está allí. Abajo y arriba vive, mmm... bueno, vivimos, solo mujeres. Desde la directora de las instituciones penales hasta las vicealcaldesas. El rango de edades va de 20 a 50 años. Prácticamente no hay visitas en el edificio, y hombres, ninguno. El único que entra es Voda. Cuando me ofreció un apartamento junto con el puesto de directora del teatro, pensé ingenuamente que era parte del puesto de trabajo. El edificio es propiedad de la comuna, está a cinco minutos a pie de aquí, y es muy práctico para un trabajo como el mío, que no tiene horarios previsibles. Me alegré mucho, pero todo me parecía bastante sospechoso hasta que...

¿Hasta que...?

Hasta que un día apareció Voda.

¿En tu puerta?

No, no en la puerta, Adam. Él tiene todas las llaves del edificio entero. Llega cuando le da la gana al departamento que le da la gana.

Anastasia, no me dirás que para algo así no hacen falta dos.

No entiendes, Adam. Las mujeres también queremos lograr algo, no solo en el sentido social. Algo útil. Digamos, borrar la línea de huellas hasta tal punto que ya no se vea nada. Las viejas genealogías, las viejas maldiciones y costumbres tienen que apagarse de algún modo. Tiene que haber una forma de autopurificarse, Adam, ¿entiendes?

Entiendo, Anastasia, pero...

No hay peros. Los peros son para los pusilánimes, para los que entierran la cabeza en la arena y a la vez piensan que son más inteligentes que el resto del mundo. Y en ese sentido tal vez esa planta de tratamiento de aguas en medio de la ciudad tampoco sea algo tan malo. Aún si se paga más de lo que vale, al menos es un símbolo de que esta ciudad se purifica a sí misma.

¿Es ese el objetivo del Gran Orco, purificar la ciudad?

Purificar a la ciudad de severos traumas, dice con voz ahogada Anastasia, y toma un buen trago de ginebra. El pasado es algo serio, Adam, los dos lo sabemos. No hay nada peor que el pasado. Dijiste antes que creías en los comienzos. Entonces eres uno de nosotros. Yo también creo en los comienzos. Pero para empezar de nuevo hay que borrar el pasado. Con el pasado no podemos hacer nada más que colgárnoslo como una piedra al cuello y saltar a la cascada. Yo quiero vivir sin esa mierda, Adam. Yo quiero elegir a mis antepasados, mis puestas de teatro y a mis amantes.

Anastasia se toma todo hasta el fondo, deja con fuerza la copa sobre la mesa de vidrio. Su mano vuelve a tomar la de Adam, los dedos se cruzan, la lengua de ella se mete en su boca y dibuja lentamente un círculo. Ahora el pasado se cuele por todos lados. Bely se abandona a la profunda caída en la oscuridad íntima de sus ojos. Luego la presión de la mano cede inesperadamente, los dedos rehenes se apartan. Anastasia sonrío, va hasta la puerta, la abre y desaparece.

Bely se queda mirando al vacío. Frente a él se extiende la oficina de la directora, el cuero blanco, las fotografías. En una de ellas hay una estrella de mar. Una luz difusa. Tras las ventanas, que dan a la fuente con el cubo rojo de hielo frente a la catedral y al edificio de la universidad, todo es gris, con una llovizna fina. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Millones de años? ¿Decenios?, ¿un par de minutos? ¿Adónde se fue Anastasia? Solo en ese momento Bely se da cuenta de que la puerta está abierta de par en par, una especie de invitación a salir de la oficina. ¿O mejor una invitación a entrar al teatro?

Bely mira las dos puertas que están frente a la secretaría. La de la recepción y el baño. No hay nadie. En ninguna parte hay nadie. El escritorio de Dolores está lleno de papeles. El logotipo de Teatro Nacional de Maribor golpea los bordes de la pantalla del ordenador pero no puede huir.

Bely baja por las escaleras. Todas las puertas del primer piso están cerradas con llave. En la planta baja va hacia la salida del personal. Hay un haz de luz vertical, la puerta da al escenario de la vieja sala. En el lugar hay luces de escena. Practicables, sillas apiladas, algunos bastidores. Bely huele el viejo y bien conocido olor a polvo del teatro. Encontraría el camino aun a ciegas, en completa oscuridad. Nada ha cambiado desde cuando pasaba la mayor parte del día y de la noche en el teatro. Se escabulle tras una pila de

reflectores apilados detrás del escenario y entra por atrás. La sala está completamente a oscuras. Ahí, en lo oscuro, hay lugar para 800 personas. El proscenio está muy iluminado con un solo cañón. El escenario está casi vacío, a excepción de dos potros de gimnasia muy altos. Del techo cuelgan arañas armadas con largos tubos de neón, la escenografía de la obra de Andreas *La guerra y la paz*.

Bely se queda quieto, escucha. En la sala hay completo silencio. Por fin hay ruidos bajo sus pies, en lo profundo de las entrañas del teatro. Bely corre de vuelta al viejo escenario. Ya ha pasado por esto hace muchos años. Sabe jugar muy bien a las escondidas por aquí. Lo hacían a menudo al terminar de montar una obra, a las tres o cuatro de la mañana, cuando los últimos actores y técnicos dejaban el teatro totalmente agotados. ¿Cuándo fue la última vez para Bely? Se acuerda con exactitud. El sábado 9 de marzo de 1996. La noche antes del estreno de la *Babilonia* de Andreas. Fue la última obra en la que Bely estaba entre los créditos, aunque se sentaba todo el tiempo en la platea y miraba en silencio los ensayos. Fueron sus últimos días en el teatro. Era insoportable, humillante. Al menos eso le parecía entonces. La fecha de cuatro días después, el miércoles 13 de marzo de 1996, no la olvidaría jamás. Vacío su estudio de Lent, dejó el teatro y dejó Maribor. A eso lo llevó también la ciencia ficción. Entonces en Maribor no sabía qué era eso. Quizá podría haber reflexionado. Quizá podría haber vuelto a tragarse el hecho de estar relegado a una vía muerta en el teatro, de ser completamente inútil, como un ficus en la esquina de una oficina vacía. Quizá podría haber esperado mejores tiempos, como tantos otros actores y dramaturgos, haber esperado a que Andreas dejara de ser el director del teatro y se encontrara alguna nueva tarea para él. Con una mano en el corazón, la estructura del teatro era multitudinaria. El Teatro Nacional de Maribor es el más grande del país y la mayoría de los empleados corrió su misma suerte. Si hubiera reflexionado y se hubiera quedado, habría tomado un camino completamente distinto, mucho más previsible. Si... Si aquella noche, antes del estreno no hubiera ocurrido también todo lo que ahora está ocurriendo. Quién sabe cuántas veces se ha repetido lo mismo desde entonces, aunque con otro equipo de gente. El tiempo es un animal insaciable, necesita repeticiones, piensa Bely, cuando bajo el escenario vuelve a oír ruidos. Le parece que le han quitado el silencio de abajo de los pies.

La puerta está abierta. El pasillo pasa junto al antiguo guardarropas, que ahora usan como depósito de emergencia del vestuario. Bely se encuentra rodeado de Giocondas y Faustos, de pelucas y espadas, de un gancho cuelga un gran falo de utilería, por ahí hay un jarro dorado, más allá un escudo romano y una pollera blanca de derviche. En la puerta está garrapateado con marcador DEPÓSITO. Practicables viejos, grandes telas con motivos de óperas, muebles de diversas épocas históricas, escaleras que no llevan a ningún lado. ¿Será esto el tiempo?, ¿será la forma de funcionar de nuestra memoria? ¿Piezas de materiales de distintas épocas apiladas unas sobre otras, arrancadas de la corriente en la que vivimos, saltos rápidos, ahora estamos aquí, y ahora ya estamos en sitios desconocidos, somos testigos imaginarios de acontecimientos que jamás hemos presenciado, de acontecimientos que tal vez jamás ocurrieron? ¿O tal vez no? Un mausoleo y una esfinge egipcia. El parapeto desde el cual Tosca se arroja al abismo noche tras noche. El trono de Tito Andrónico, salpicado de sangre pintada. Y ahí, en el mismo lugar que dieciséis años antes, la cripta babilónica. Dos puertas grises. Durante la función se abren y entra al escenario Semíramis, la reina de Babilonia. Aquí mismo, en esta cripta, da a luz al hijo de Ninus, el rey de Babilonia. Fue aquí, hace dieciséis años. Los últimos técnicos, ya cansados, se habían ido a casa. Lo sedujo, lo atrajo hacia aquí, a esta cripta. Él, celoso y lleno de frustraciones; ella, insaciable, con su risa histérica, sus miradas que insinuaban el peligro y a la vez tenían todo bajo control.

Bely empuja la tapa de la cripta. Anastasia está tendida frente a él, desnuda como hace dieciséis años. Los muslos separados, su vagina y el pubis afeitado con forma de esvástica. Bely se inclina sobre ella. La lengua de Anastasia se mete en su boca, la mano fría aprieta con fuerza los pantalones de él en la entrepierna, los dientes atrapan la lengua de él, se ríen. El aliento cálido de ella le llega hasta la garganta. No hay tiempo. Todo esto ha ocurrido mucho tiempo atrás. Todo esto se repetirá siempre, una y otra vez hasta la eternidad. La cripta está abierta, alrededor hay bastidores, el tiempo se quiebra y mezcla, las historias son la burla del intento de contar una sola historia, no hay totalidad, no hay secuencias, no hay salida de los círculos y las repeticiones. Los muslos huesudos de Anastasia se cierran alrededor de Bely, jadeos, palpitations, sus movimientos son iguales que hace dieciséis años. Entre estos movimientos y los pasados no hay nada, solo latidos, saliva,

uñas, apretarse, buscarse, arrancarse uno del otro, de uno en otro. Todo está fuera, alrededor, envuelto en el otro. La pasión tiene el color de la sangre. Llega al lugar desde todos lados, lo inunda. Él y Anastasia están por debajo de la superficie del tiempo. No hay sonidos, solo los movimientos contenidos de dos ahogados, un viaje mudo que los rodea y los circunda, resonancias del vacío. La pasión, la pugna, los tentáculos que rodean cada vez con más fuerza el cuerpo de Bely, la huella quemante que dejan las ventosas de las uñas de ella en la espalda de él, los mínimos ganchos en la punta de los tentáculos. ¿Cuánto tiempo guarda una mirada? ¿Cuántos recuerdos viven ahí, recuerdos que vigilan que estemos siempre dentro de las mismas reglas, de las mismas repeticiones? Bely se ve un instante reflejado en la pupila, pero cabeza abajo, como en la cámara oscura. ¿Cuánto pasado hay en el ojo que se cierra más y más, y se vuelve lloroso y frío? ¿Cuántos miles de años hay en el ojo del pulpo que está mirando a Bely mirarse en él como en un espejo, en el ojo que se cierra, se abre, se cierra, como si fuera humano? Un tentáculo sale suavemente, envuelve el cuello de Bely, otros dos envuelven con firmeza sus piernas. Todo, todo lo que somos, lo que logramos ser, es un pasaje mudo. Bely sigue empujando, la pasión y el dolor no tienen bordes, son uno, con cada respiración, con cada movimiento se acercan al final. ¿Qué trae un cambio en un sistema milenario, o de varios millones de años? ¿Qué ha impulsado la repetición de las máscaras que llamamos historia? ¿No han sido todos los cambios, por muy revolucionarios que parecieran, incluidos en un plan básico desde el inicio? ¿No son acaso mejoras suplementarias para completar un plan de mayor alcance, la cáscara exterior de un nivel más alto, mucho más inteligente que el sistema de pensamiento humano? ¿Y no somos todos nosotros, este mecerse, estos tentáculos, esta presión crispada de las manos, estos jadeos, esta sangre, no es todo material de consumo para el sistema? ¿Y las manos que aprietan la cabeza del pulpo, que luchan a muerte con la mirada inquebrantable y muda del ser de ocho manos, no tienen conciencia? ¿No estarán alucinando? ¿No imaginan que las cosas son como quisieran que fueran? ¿Como si necesariamente, en ese incesante cambio no debiera cambiar en realidad nada? Qué fácil sería luchar contra un monstruo marino. Pero luchar contra la gente, con lo bueno y lo malo en uno mismo... Luchar con el sistema que controla a la gente...

Manotazos, apretones, la última lucha. El agua de pronto se pone de color

negro. Todo el aire del depósito se hunde en una espesa sombra de carbonilla. El palpar de los tentáculos, la sonrisa de los dientes que no se apaga siquiera en la oscuridad completa. Una lucha como la que libraron los brazos de la antigua Babilonia, como la que libran en cada repetición de Babilonia. Los músculos se tensan, los ojos se inflaman, la boca abierta y muda, la sombra que cubre hasta el rincón más recóndito del alma. Vivir. Aún. Nada más que seguir vivo. Aunque sea en este mundo, aunque sea en el depósito del teatro. Aunque sea en la repetición. En la eterna repetición.

Cuando Bely vuelve en sí, el cuerpo de Anastasia está ya frío y rígido bajo el de él. Tiene un dolor quemante en las heridas de la espalda, del cuello y las pantorrillas. Se arrastra con sus últimas fuerzas, como si un enorme pulpo lo hubiera quemado con sus ventosas. En el bello tiene manchas profusas de polvo de carbonilla, y un olor fuerte a orina y a semen. Se palpa el miembro flácido, la cicatriz por donde le han extirpado los testículos. Se viste. Mira el cadáver desnudo, la entrepierna, y arriba la alfombra de vello. Juraría que había visto ahí una esvástica, pero ahora no hay rastro de ella. Anastasia parece una chiquilla. Su cuerpo firme y delgado está completamente pálido y azulado; la lengua sale apenas por la boca, los dedos de las manos están crispados, como si algo los hubiera detenido para siempre mientras estaban ahorcando. Bely se inclina muy cerca de la boca de Anastasia en busca de su aliento ausente. Después de un momento se levanta y observa el cadáver en detalle. Todo es distinto de lo que parece. Tanto en común y al mismo tiempo dos completos extraños. No hay recuerdos. No hay pasado. Al mirarla, a Bely lo embarga el silencio perfecto, la inmensidad adonde nadie puede entrar.

En un rincón, Bely encuentra una gran bolsa de plástico llena de pelotas de plástico transparentes. La vacía, envuelve con ella el cadáver, el vestido, la ata y la suelta dentro de la cripta; cae con un sonido sordo.

¿Cuánto demorarán en encontrar el cadáver?, ¿un par de días, tal vez más? Hay demasiadas huellas por todas partes. No puede borrarlas. Tarde o temprano van a identificar al que lo hizo, pero eso no es lo importante. Lo único importante es esta noche, piensa Bely, cuando apaga la luz del depósito detrás de sí. Esta noche, un tiempo sin tiempo ni pasado.

No hay pasado. Nada es importante. Soy solamente yo, y yo creo aquí y ahora mi pasado, en este momento, piensa Bely. Sale del teatro, mira a su

alrededor, dobla por una de las callecitas hacia arriba. Hay nieve sucia, un leve rocío. Pasa un pequeño camión, lo salpica. Bely maldice, se mete las manos en los bolsillos del abrigo, se hunde entre las solapas levantadas del cuello. No hay un solo sitio cálido. De nuevo un par de chicos disfrazados, uno de ellos vestido de Superman. Fue justamente aquí. ¿Cuántos años tenía?, ¿diez, a lo sumo doce? Él también tenía ese traje de Superman, con capa roja y una gran S en el pecho. Un par de chicos más grandes. ¿De dónde habrán salido? De pronto él estaba en el piso. Fue aquí, en este patio. Lo obligaron a comer lombrices. Tierra llena de lombrices.

Bely se detiene ante la puerta que da al patio. Entra. El patio está tan descuidado y vacío como entonces. Solo que a la izquierda hay un escaparate renovado, con luz. Bely se queda parado ante el vidrio. Tiene un cartel: FUNDACIÓN PARA LA RECREACIÓN DE LA TERCERA EDAD. En el lugar iluminado hay música, unos quince pensionados, algunos de pie, otros en sillas comunes o de ruedas. Dos cuidadores dan las instrucciones, los viejos y viejas levantan un poco los brazos, los agitan lentamente de acá para allá. Los dos cuidadores se inclinan sobre los que hacen gimnasia sentados, les levantan las piernas y se las extienden despacio, luego vuelven atrás. Algunos de los ancianos se ríen. Otros murmuran aburridos. Bely ve su reflejo en la ventana. Atraviesa su reflejo un hombre en silla de ruedas. Él no hace gimnasia. Está sentado y mira al vacío. Le resulta conocido. Ausente de una manera conocida.

¿Papá?

La cuidadora apaga la música. Traen la comida en un carrito, trozos de pan y natilla. Los ancianos se sientan y comen. La cuidadora se acerca al hombre en la silla de ruedas, le acaricia la cabeza calva y pálida. Le da de comer. Las cucharadas de natilla viajan hasta su boca, y el hombre la abre automáticamente, sumiso. La enfermera sigue. El hombre después de un momento escupe despacio lo que tiene en la boca. La natilla pringosa se va chorreando por la barba y la ropa de gimnasia.

La imagen en el vidrio. La imagen de la natilla goteando por la punta de la barba del viejo. La imagen de la carbonilla densa que se despeja despacio. La imagen del chico que le trae a Bely el puñado de tierra con lombrices y se lo mete en la boca. La imagen de los dedos de Anastasia que recorren con suavidad el pelo de Bely. La imagen del viejo ausente en la silla de ruedas y

la punta de la lengua que se asoma entre los labios azules muertos. No hay pasado, pero todo habla en ausencia. Más fuerte, aún más fuerte, y no es posible hacerlo callar. A Bely le tiembla todo el cuerpo. No, nada en absoluto es importante. Bely se desliza por el vidrio hacia abajo, sus manos se agarran con fuerza de sus rodillas, la cabeza hundida entre los brazos. No hay pasado. Él, Bely, lo crea ahora, aquí, en este invierno, en esta oscuridad diurna. En ese momento Bely siente los tentáculos húmedos que salen de sus ojos. Las lágrimas se esparcen por su rostro.

SCHEIßE

Scheiße!, grita Rosa Portero y pisa el freno. El auto derrapa en la calle de la que no han sacado la nieve, pero por suerte no atropella al chico que cruza en rojo por la senda peatonal. Rosa lo había visto a tiempo, pero su apariencia le ha causado semejante impresión que se lo queda mirando y por un pelo no lo atropella. A pesar del invierno, el chico está casi desnudo. Solo lleva pantalones de mezclilla y una camiseta violeta de mangas cortas. Lleva puesta una máscara de gas en el rostro. En el lugar de la boca le cuelga una larga trompa de goma que termina en un gran filtro cilíndrico. La camiseta tiene la leyenda DAS IST MARIBOR. El chico mueve la cabeza y la trompa de goma golpea el techo del auto de Rosa. Rosa ve por un momento el escudo del club de fútbol Maribor por el espejo retrovisor, un gran agujero en la parte trasera de sus pantalones, una mancha roja de la piel por el frío, y luego el chico desaparece.

¡Otra vez no! ¿Todas las máscaras de esta ciudad quieren terminar bajo mis ruedas? Podría haber pensado que el Acuario Municipal estaba cerca. Mejor hubiera venido desde el hotel a pie. A pie y sin víctimas, en lugar de conducir por estos baches de porquería de Maribor, murmura furiosa Rosa.

De vuelta en el hotel, Rosa toca a la puerta de la habitación de Bely. No hay respuesta. Va a su cuarto, empieza a prepararse para la función. Pronto suena el viejo teléfono de los años ochenta del hotel. En veinte minutos en la recepción, dice Bely seco y cuelga.

Rosa se pone su vestido de noche negro, estilo años treinta. Las mangas y los guantes drapeados ocultan la mano artificial. La falda corta, el perfume fuerte. Sobre la cama hay una tableta de chocolate de trescientos gramos que muerde de vez en cuando y baja con grandes tragos de coca cola de la botella de plástico de dos litros. Frente al espejo del baño se arregla hábilmente el

pelo con una sola mano. El pincel del polvo facial recorre la cara de Rosa; se detiene en la larga cicatriz tras la oreja derecha. Pensativa, se pasa el dedo índice por la cicatriz, sale del baño y se sienta ante la caja del padre Kirilov. Observa con cuidado una estatuilla tras otra, se detiene, recomienza. Se pone en pie bruscamente, saca del bolsillo de su abrigo la entrada y un pequeño panfleto, lo sostiene delante de la caja.

Unos minutos después, Rosa vuelve a golpear a la puerta de Bely, esta vez más fuerte y con más decisión. Bely destraba la puerta. Se está abrochando los botones de la camisa blanca. Rosa nota de inmediato las quemaduras y moretones en su cuello.

¿Qué es eso?

Estuve con Grin, dice Bely y huye al baño. Sale un minuto después. En lugar de la camisa lleva puesto un suéter negro de cuello alto que tapa todo.

La absolví. Ella tampoco sabía quiénes eran los miembros faltantes del Gran Orco. Solo que Voda es crucial. Quizás es un dato importante que Grin tiene el apartamento en un edificio prestigioso. Es una especie de casa de citas de Voda. En ese edificio Voda tiene alojadas a sus mujeres, que a la vez ocupan posiciones claves en las instituciones de la ciudad.

¿Y de dónde han salido esos rasguños de tu cuello?, pregunta Rosa con voz ronca.

Antes de que la absolviera, balbucea Bely, tuvimos una pequeña pelea.

Bely se queda callado, aprieta los labios, se da vuelta y mira por la ventana.

No te preocupes, todo está bien, Grin ya no es parte del Gran Orco, dice Bely después de un momento.

Rosa se queda mirándolo a los ojos por un momento. Su mirada es fría y penetrante, llega hasta el lugar donde le duele. Bely desvía la mirada y vuelve a mirar al otro lado de la ventana, a la oscuridad. Rosa pone la caja del padre Kirilov sobre la mesa.

Entretanto hice los imperdibles del turismo de Maribor. Me fui al Acuario Municipal. En realidad no es un acuario sino más bien una pequeña casita enclenque en medio del parque. Tienen en exhibición apenas un par de pececitos, serpientes y arañas. No había un alma aparte del cuidador y los pececitos que nadaban en círculos, las estrellas de mar, y unas anémonas prendidas de las paredes de vidrio. Ya pensaba en irme cuando vi algo que

me llamó la atención.

Rosa se sienta en la cama de Bely e inclina la cabeza, de modo que su pesada cabellera se derrama sobre su hombro derecho.

Vi un acuario con pequeños pulpos. Muchos pulpos pequeños. Salían de abajo de los tentáculos de un gran pulpo que estaba inmóvil en el fondo de arena del acuario. Era casi invisible, porque había adoptado el color de la arena en la que estaba enterrado. En el acuario había un cartel donde decía que los pulpos están entre los más inteligentes habitantes del mar. Uno de los datos más interesantes es que su cerebro está ubicado en forma contigua alrededor de la cavidad bucal. ¿Te das cuenta? Para un pulpo prácticamente no hay diferencia entre alimentarse y pensar.

No entiendo adónde vas con eso, dice Bely y da un paso hacia ella.

Bueno, justo en ese momento el cuidador les trajo la comida. Hundió una botella con cangrejos en el acuario donde estaban el gran pulpo y los pulpitos. La botella tenía una abertura muy pequeña. Se diría que era absolutamente imposible que los pulpitos, ni qué decir el pulpo grande, pudieran llegar hasta los cangrejos a través de una abertura tan pequeña.

¿Y?, pregunta Bely un poco impaciente.

Rosa sonríe y continúa con calma.

La escena era monstruosa. El gran pulpo se prendió inmediatamente al vidrio. Sus tentáculos revisaron bruscamente la superficie de la botella y pronto hallaron la abertura. Fue metiendo un tentáculo tras otro por el agujero, y al final metió también la cabeza. Era increíble.

¿Nos vamos?, dice Bely impaciente y toma de la silla su abrigo gris de invierno con el cuello alto.

Ya son las seis y media. En media hora empieza la función.

No me puedo sacar la escena de la cabeza, sigue Rosa, como si no lo hubiera oído. Un pulpo enorme que con su increíble agilidad se mete por un orificio mínimo y ahí acaba con su presa. Pero no es solo eso lo que te quiero decir. He descubierto algo más.

Rosa saca del bolsillo el panfleto publicitario, donde dice ACUARIO-TERRARIO MARIBOR. Fotografías a color de peces y otros animales, horario de apertura, precio de las entradas y descuentos grupales. La pone junto a la caja del padre Kirilov.

¿Qué ves?

Bely se le queda mirando.

Mira el logotipo del acuario, Adam. ¿Ves el pulpo dibujado sobre las letras? Ahora compáralo con la estrella fugaz del pesebre del padre Kirilov.

Son muy parecidos, dice Bely.

Así es, dice Rosa y mira muy de cerca la mejilla de Bely, tanto que él huele su perfume almizclado. Esto no es un pesebre ni esta una estrella fugaz que señala el nacimiento del redentor en Belén, Adam. Este es un retrato del Gran Orco. Cuenta los rayos que salen de la estrella fugaz. Son ocho. Tantos como tentáculos tiene un pulpo. Kirilov nos quiso decir de esta manera algo que no podía o no quería decirnos en persona. Ahora cuenta los objetos dispuestos alrededor del pesebre vacío con el pulpo arriba, en lugar de la estrella fugaz.

¡Por supuesto!, grita Bely. Todo el tiempo contamos solo las figuras humanas de la caja. Deberíamos haber contado también a los animales y todo el resto de los objetos, el vasito medidor, la bolita de vidrio y ese pedazo de vidrio. Todos juntos son doce, no siete.

Así es. ¿A cuáles de los doce conocemos?

Mmm, a ver. San Mateo con la pluma: un intelectual. Tiene que ser Dorfler.

Sí, dice Rosa, y no es difícil adivinar quién es el cerdo.

Mat, sus salchichas de Kranj están hechas de cerdo.

Y de neumáticos de auto, agrega Rosa.

Y de neumáticos de automóvil, así es. Luego tenemos aquí el vasito medidor.

El gastrónomo.

Sí, este sería Gramo, susurra pensativo Bely.

Y el topo es Magda Ornik. ¿Y quién será san Pablo?

¿Un caballero armado con una espada?

El converso, el único no judío de los doce apóstoles. Un juez sobre los judíos.

El juez. Podría ser Farkas.

Y Baltasar, el rey negro.

En Maribor no hay negros. En todo el país no hay negros, dice Bely. Si por casualidad los hay, los echan a toda velocidad.

Mmm, ¿qué tal alguno que sea distinto, particular, negro de alma?

¿Pavel Don Kovač?

Bueno, ¿y este José junto al pesebre vacío?

No es tan difícil de adivinar.

¿El propio Kirilov?, pregunta Rosa y mira a Bely.

Los ojos de Rosa y de Bely se encuentran por un momento. Una telaraña invisible que vuelve a romperse al instante.

Este cocodrilo verde que toca la flauta de pan...

Anastasia Grin, dice Rosa. *Nomen est omen.*

Todavía quedan cuatro. El muñequito de Lego, cuidador del zoológico, san Pedro con las llaves, la bolita y ese raro trozo de vidrio redondo. ¿Qué es eso?

He intentado adivinarlo. Podría ser cualquier cosa. Funciona como una pequeña lupa.

¡El pesebre de Kirilov es el plan oculto del Gran Orco! Lo hemos tenido ante nuestros ojos todo el tiempo y no hemos podido reconocerlo, dice Bely.

No olvides que esto es a la vez la representación de la última cena. Los doce apóstoles y el redentor. Pero falta el redentor, el pesebre está vacío.

Sí, falta el decimotercer miembro del Gran Orco. Con todo y todo nos faltan entonces cinco. Y hay cada vez menos tiempo.

Uno de estos es el alcalde Voda.

El cuidador del zoológico. Hay tres más. Tres y el redentor número trece, que falta, son cuatro entonces. Tenemos una sola oportunidad de dar con ellos. Voda.

Él nos tiene que decir quiénes son los miembros restantes del Gran Orco. Es la clave de todo, dice Bely intranquilo y abre la puerta.

Afuera flota un olor a carbón en el aire. La nieve sucia por las calles y las veredas. Es de noche. Las calles angostas en el centro histórico de la ciudad, podría ser cualquier ciudad centroeuropea. Hay luces mortecinas en las vidrieras de la calle Gosposka. No hay nadie en ninguna parte. En la plaza Slomšek hay vallas alrededor de un globo de Capital Europea de la Cultura. Se oye el aullido sordo del aparato que insufla el aire al globo. El enorme globo está un poco desinflado. Han cavado el piso a su alrededor. Hay montones de adoquines. Al costado está la excavadora, la gran pala ha

quedado enterrada en el piso negro y barroso: naturaleza muerta de Maribor.

¡El cartel de *La guerra y la paz!*, dice Rosa y señala uno de los carteles. Esa cruz roja sobre fondo negro es el negativo tanto de la bandera suiza como de la Cruz Roja. Pero a la vez no es ni una cosa ni la otra, a lo sumo podrá llegar a ser lo opuesto del chocolate y las vendas.

Rosa toma a Bely con fuerza del brazo con su mano metálica. Los tacos de sus zapatos de fiesta crujen cuando pisa alguna piedra.

También podríamos entender la cruz del siguiente modo: la línea horizontal es la tierra, que se vuelve roja por el golpe de la línea vertical. La cruz del cartel está llena de la sangre de los muertos; en la novela de Tolstói se trata de las víctimas de la locura de Napoleón. Y bien podría tratarse de las víctimas de crímenes de hace millones de años, dice Bely mientras busca un caminito entre la nieve encharcada. Nuestra civilización está marcada por la culpa. Somos culpables sin saber verdaderamente de qué y por qué. Todo esto tiene su explicación y su causa. La culpa se relaciona habitualmente con la religión. Somos culpables a causa del cristianismo, la socialización, la sociedad. Pero esas son solo explicaciones superficiales. El eco lejano de los crímenes de Xenu resuena en nosotros, las almas cuya memoria borró, que huyen a la deriva, y la consecuente repetición de la historia. Los romanos, Atila, Napoleón, Hitler, Tito. Todo lo que nos rodea es oscuridad, y en medio está la cruz dibujada con sangre, la cruz de la culpa sangrienta y la sombra del olvido.

Un rocío tenue atraviesa un haz de luz delante del teatro. La gente está de pie con sus abrigos puestos bajo los calefactores del café del teatro; otros fuman en las escalinatas de mármol ante la entrada. Desde varias direcciones llegan siluetas que salen de la penumbra espesa y se acercan al teatro. En el parque a media luz hay un par de pancartas de protesta. Bely lee:

CAPITAL EUROPEA DE LA CULTURA - MISERIA
EL CAPITAL DESTRUYE LA CIVILIZACIÓN
LIMPIEN LA ALCALDÍA PRIMERO,
Y DESPUÉS LÍMPIENSE EL COLON

Junto a las pancartas hay algunos jóvenes. Entre ellos, Bely reconoce a activistas de Off.

Retumba el cielo. Una bandada de cuervos se despegan imperceptible de las copas de los árboles y desaparece en el aire.

El vestíbulo zumba como una colmena. Las arañas de cristal, la gente en la fila esperando las entradas. Sobre la boletería está el eslogan de Capital Europea de la Cultura escrito con mayúsculas:

DESCUBRE LO HUMANO EN TI

De camino al guardarropas Bely ve a Aleš Šteger, que le grita nervioso a una chica que le dé a cada espectador dos programas y no solo uno. Al final del vestíbulo está Magda Ornik con un vestido negro con lentejuelas. Está rodeada por tres hombres en uniformes militares: dos estadounidenses y un inglés. Copas de champaña. Magda sonríe coqueta, los hombres solo apenas, contenidos y un poco engolados.

Rosa se inclina hacia Bely: ¿Y las bolitas? ¿Con ella no dieron resultado?

No te preocupes, están informadas y van a hacer efecto cuando sea el momento, susurra Bely.

Bely ayuda a Rosa a quitarse el abrigo de piel negro y lo entrega en el guardarropa.

Ahora lo único importante es encontrar a Voda antes de la función, dice Bely.

No va a ser fácil, hay demasiada gente, dice Rosa.

En ese momento los enceguece un *flash*.

Bely, ¿cómo es que estás aquí?

¡Gubec!, grita Bely y le da la mano al fotógrafo. ¿Y desde cuándo eres uno de los fotógrafos? ¿Puedo presentarte a mi colega periodista de la radio nacional austriaca? Gubec es periodista en el periódico local *La tarde*. El mejor periodista de investigación, dicho sea de paso.

Gracias por el cumplido, Bely, pero hace años que ya no estoy en el periódico. Me pusieron tantos palos en la rueda que de pronto tuve todo el bosque de Pohorje entre las piernas.

¿Y entonces qué haces?, ¿cómo viniste a parar entre los fotógrafos?

Tengo mi propia agencia. Bueno, agencia es una expresión exagerada, es una *one man band*, pero está bien así. La web hace milagros, no puedes

imaginarte todo lo que logra hacer un solo hombre si se le permite trabajar. Ahora otros medios me compran las fotos y las notas. ¿Y tú? Te me has puesto flaco.

Es por el acueducto de Maribor, se ríe Bely. Y la red cloacal.

¿Así que estás al tanto, Bely? Aquí nomás, prácticamente detrás del teatro, vamos a construir la planta más cara y la mejor para limpiar toda la mierda en que nos estamos hundiendo. Vamos a sacar el agua y a saciar la sed de todos los políticos corruptos de este mundo. Pero mejor cuéntame cuánto tiempo te quedas en la ciudad, ¿nos juntamos a tomar un café y charlar un poco?

Estoy con el tiempo muy justo esta vez, dice Bely, pero seguro nos vamos a ver esta noche después de la función.

De acuerdo, dice Gubec, ¿puedo tomar una foto más para la posteridad?

Antes de que Bely responda, a Rosa y a él los envuelve una tormenta de flashes.

En todo caso, vas a poder ver las fotos en mi sitio web, le grita Gubec a Bely.

¿Y quién es ese?, le pregunta Rosa.

Gubec. Fue durante muchos años periodista de investigación. Como has oído, ahora trabaja en forma independiente. Cuando aún vivía aquí, nos veíamos seguido, aunque es el tipo de persona que no llegas nunca a conocer. Por eso él evidentemente conoce a todo el mundo. En los viejos tiempos, era una de las personas mejor informadas de la ciudad. No sé cómo recibía la información, pero siempre tenía datos confiables y se ganó rápido la fama de miembro de la masonería. Al contrario de los otros periodistas, no podías darle medias verdades a cambio de nada. Sabes cómo funcionan los medios. Le dices algo a un periodista y a cambio de la información él ajusta cuentas con otro en tu lugar. Los periódicos, la televisión, la radio, son todos instrumentos de represión. En este país la cosa llega tan lejos que los medios ya están reemplazando a los tribunales. El que aparece en el periódico como sospechoso de cualquier cosa, ya es culpable sin más ni más. Por más traída de los pelos que sea la sentencia.

Desde ese punto de vista, que nos haya fotografiado no es lo mejor que nos podría pasar, dice Rosa.

No, no lo es, dice Bely negando con la cabeza. Aunque pronto dará

exactamente lo mismo que estemos en los medios o no, si antes no encontramos a Voda. Pero parece que tenemos un poco de suerte, ahí está.

Voda está de pie rodeado de un montón de gente. Aparece un hombre desconocido, lo lleva aparte, Voda asiente mientras escucha lo que le dice. El hombre se va, Voda vuelve con su grupo, dice algo, todos se ríen y también asienten con la cabeza.

Aquí no vamos a poder verlo a solas, dice Rosa, vamos a tener que esperar a la pausa o a que termine la función.

Me temo que sí, dice Bely y mira a su alrededor.

Bely, qué bien que hayas venido. ¿Y esta es tu chica de Austria? Buenas tardes, yo soy Dolores.

Dolores le tiende la mano a Rosa. Rosa asiente amablemente.

Discúlpame, tengo que ir al baño, dice Rosa y desaparece.

Así que esta es tu nueva compañera, Bely, sonrío Dolores como si hubiera descubierto algún gran secreto.

Solo somos colegas. La estoy ayudando a armar un programa sobre Maribor como Capital Europea de la Cultura, dice Bely.

Claro, claro, dice Dolores. Bueno, espero que disfruten la función. Aquí en el teatro hay tal confusión que no sé si voy a poder entrar. Todos esperan a Andreas, pero Andreas no aparece. Aunque anunció que vendría... pero para mí que no va a venir. Lo ha lastimado mucho todo lo que se ha dicho sobre lo comprometido que estaba. Ni su madre quiso las entradas. Dijo que desde ahora vería las obras de su hijo fuera de Maribor. Bueno, y ya ves qué hora es.

Dolores saca su teléfono, mira la pantalla y vuelve a guardarlo en el bolsillo.

La directora tampoco está, y tendría que haber llegado hace mucho. No es su costumbre en absoluto llegar tarde. La he llamado ya diez veces, pero tiene el teléfono apagado. Nosotros y los croatas en la casa. Un verdadero caos, Bely, pero esto ya lo tienes bien conocido.

Sí, lo recuerdo, Bely.

¿Extrañas algo del teatro y su adrenalina?, pregunta Dolores.

La verdad que no, dice Bely y mira a su alrededor. En algún punto di el típico giro y empecé a ver la vida como un teatro muy complejo. Y por otro

lado a considerar el teatro como una vida demasiado simplificada.

Es una pena lo que ocurrió entre tú y Andreas, dice Dolores. Yo creo que tú eres parte del teatro. Nunca nos sacamos de encima el polvo del escenario, dice Bely. Aunque trabaje solo como secretaria, no puedo imaginarme trabajando en ninguna otra parte.

Tal vez así se ve desde adentro del sistema; desde afuera es solo una del sinnúmero de posibilidades igual de excitantes o aburridas de pasarse la vida. También yo pensaba antes que el arte era algo privilegiado, una forma de religión o de secta sin dios. Pero me equivocaba. No es ni más ni menos que ir a recoger hongos o a pescar. El problema está en nosotros. Como no sabemos pensar más allá de las normas establecidas, necesitamos este gesto patético de tener en alto al arte. En realidad, sin ese servilismo hacia el arte no sabríamos qué hacer con el arte.

Bueno, no sé, Bely, yo en todo caso saco más de las obras de teatro que de la pesca. Aunque es cierto que para muchos es exactamente al revés. Tenemos pescadores bastante bien conocidos en la ciudad, digamos... el alcalde.

Dolores señala a Vodo con la cabeza, que está rodeado de un grupo de gente. Voda hace un gesto con los dedos como si disparara un arma. La gente a su alrededor se ríe.

¿Sabes qué tiene colgado el alcalde en su oficina entre las fotos del presidente de la nación, del Dalai Lama y el escudo de la ciudad?

Bely se alza de hombros.

Una escopeta bañada en oro para pesca submarina. ¡Te das cuenta, Bely, una escopeta de oro! Dice que se la regalaron en la ciudad croata junto al mar, la ciudad hermanada con Maribor, donde pasa sus vacaciones todos los años. Se dice por lo bajo que la recibió de una de las empresas constructoras austriacas que van a edificar la planta de tratamiento de aguas. Ahí tienes a tus cazadores, Adam. Di lo que quieras, pero yo aquí en el teatro estoy mejor que en cualquier lugar de afuera.

Dolores vuelve a mirar su teléfono.

Dónde estará Anastasia, dice Dolores. Esto se está convirtiendo en un estado de emergencia. Como siempre. Mira, ahí va tu colega austriaca. Ni modo, tengo que irme, Adam, nos vemos luego.

El timbre avisa el inminente comienzo de la función.

Con Rosa vienen el inspector de policía Maus y su asistente Gros.

Bely, aquí está, dice el inspector de policía Maus. Gros y yo quisiéramos cambiar un par de palabras con usted a solas. Señora Portero, si nos disculpa...

Los tres hombres van aparte. La gran ventana del teatro, las pesadas cortinas. Bely ve los cuervos saltando afuera en el antepecho exterior de la ventana.

Bely, todos mis pronósticos se van cumpliendo. Los análisis clínicos complementarios no descartan la posibilidad de que Dorfler y Mat sean víctimas de un virus misterioso, que entre tanto se va propagando rápidamente. Le ruego que por ahora se quede donde podamos ubicarlo, entre nosotros, pero es cierto que usted y su colega, la periodista austriaca, están al tanto. Pavel Don Kovač ha sido víctima del virus también. Hoy en la tarde. En la inauguración de una nueva fuente dedicada a Capital Europea de la Cultura. En medio de la celebración, Kovač de pronto saltó a la fuente. Apenas si pudieron sacarlo, podría haberse ahogado. Una vez afuera seguía abriendo la boca como una carpa y chapoteaba con los pies como si fueran aletas. Antes de eso había dicho que le dolía el pecho. Algunos dicen que un momento antes de saltar a la fuente pasaron unas sombras por su rostro. Hemos pedido discreción a todos los medios que estaban presentes. Solo publicaron que se trataba de un pequeño contratiempo, pero dudo que podamos contener la noticia más allá de mañana. Pueden imaginar lo que desencadenará el hecho de que haya enloquecido el director de Capital Europea de la Cultura. Todo quedará en manos de Voda. El estado de emergencia es inevitable. Mi gente entretanto ha atrapado más de 700 palomas de la ciudad; están haciendo análisis. En el momento en que Pavel Don Kovač se volvió loco, en la fuente también había una bandada de palomas. Si fuera por mí ya habríamos detenido a Voda, pero los superiores dicen que no hay pruebas suficientes para arrestarlo. Y para colmo también dentro de la policía tenemos gente de Voda, lamentablemente, y ahora me están presionando mucho.

Maus se queda callado, muerde nervioso su labio superior y mira a su alrededor a ver si alguien lo escucha. Luego continúa.

Está claro que los medios me van a golpear a mí si arresto a Voda. Usted tenía razón. Nuestro pasado en común es una carga y el posible arresto de

Voda sería considerado con facilidad una venganza personal. Así que me he apartado del seguimiento del caso. Ahora lo lleva el asistente Gros.

El asistente Gros asiente en silencio.

Confío plenamente en Gros. Él llevará el caso hasta el final de forma competente, es decir, hasta obtener pruebas firmes y la captura de Voda. En mi opinión hay motivos más que suficientes para una sospecha fundada: tres personalidades eminentes de la ciudad que han sido inoculadas con el virus de Voda, la Capital Europea de la Cultura, arruinada, negocios ilegales entorno a la obtención de permisos de construcción de la planta de tratamiento de aguas bajo el Calvario. Si fuera por mí, dice Maus, y chasquea la lengua, orden de investigación y arresto. Pero lo dicho: de ahora en más la decisión no es mía. Por lo demás, Gros sabe con qué nos vienen envenenando día tras día, ¿o no, Gros?

Gros vuelve a asentir.

¿Ha visto las nubes sobre la ciudad hoy por la tarde? Entre las dos y las tres eran planas como una mesa. Ningún estado climático que se produce en forma natural hace formas tan simétricas en la estratósfera. Considerando que hoy por la tarde nos han vuelto a fumar, podemos esperar alguna otra víctima del virus misterioso por la noche.

Tres veces suena el timbre que anuncia el comienzo de la función. El inspector Maus hace una mueca de desagrado ante el timbrazo.

En suma, quiero que me llame a este número mañana por la mañana para que ultimemos los detalles del comunicado de prensa que enviaremos a través de su colega la periodista austriaca. Cada palabra, cada coma tiene que estar muy bien ponderada y pensada. Si no nos adelantamos a los medios eslovenos, donde Voda tiene sus sucios dedos metidos por todos lados, todo va a quedar en el olvido, ¿entiende?

Bely asiente, se despide.

¿Qué pasó?, pregunta Rosa preocupada.

Encontraron a Kovač, dice Bely.

¿Absuelto?

Bely asiente.

Cuando descubran que te han visto con Don Kovač justo antes de que se volviera loco, va a venir por nosotros, dice Rosa.

Tenemos que terminar todo hoy, dice en voz baja Bely y sigue a Voda con la mirada, que está entrando con su círculo de acólitos a la sala del teatro.

Bely y Rosa suben al primer piso por las grandes escaleras de mármol. Sus entradas son para galería, en la primera fila a la izquierda, desde donde hay una excelente visión del escenario y el público debajo. Rosa se inclina levemente sobre la baranda de latón que protege la galería.

¿Dónde está Voda? No lo veo por ningún lado, susurra Rosa.

Bely registra el lugar en silencio. Debería estar sentado en algún lugar de la primera fila, susurra.

En el escenario aparece el jefe de dramaturgos del teatro, saluda a los presentes y dice que en ocasión del importante acontecimiento del estreno esloveno de la obra *La guerra y la paz*, que es una coproducción del Teatro Nacional de Zagreb y el Teatro Nacional de Maribor, antes del comienzo de la función dirá unas palabras de bienvenida el alcalde de la ciudad de Maribor.

Voda sale de atrás del telón y se acerca al micrófono. El agudo chillido inunda por un momento la sala grande del Teatro Nacional de Maribor; un técnico corre al escenario y aleja el micrófono unos veinte centímetros de Voda. Después todo se calma en la sala.

Estimado señor presidente de la nación, estimada ministra de Cultura, estimado alcalde de la ciudad hermana de Majle; estimados ciudadanos, ciudadanas, estimados invitados, a todos los saludo. Maribor no solo es la ciudad más ordenada de Eslovenia. En Maribor estamos introduciendo nuevas unidades de autobuses impulsados a gas. Maribor ha recibido la visita del Dalai Lama, que volverá a visitarnos este año junto a numerosos ganadores del premio Nobel. Maribor ha sido la sede del Campeonato Mundial de Jiu-Jitsu. Maribor será organizadora de las Universiadas del próximo año. No solo es Maribor la ciudad con la vid más antigua del mundo, y la ciudad con el nuevo Estadio Ljudski vrt, donde hemos vencido a la Unión Soviética; ahora Maribor es también la Capital Europea de la Cultura. Y mientras yo sea el alcalde de esta ciudad, la cultura no tiene nada que temer. Algunos piensan que la cultura siempre queda relegada. En Maribor no es así. Tenemos numerosas pruebas dentro del programa de Capital Europea de la Cultura. Tenemos numerosas pruebas dentro de las actividades regulares de nuestras instituciones, desde el Museo de la

Liberación Maribor o el Teatro Nacional de Maribor hasta la Compañía Funeraria Maribor, Komunale Maribor y otras tantas. Maribor es una ciudad cultural y una ciudad limpia. Por eso la inversión proyectada en una nueva planta limpia, limpiísima, de tratamiento de aguas, traerá un mejor futuro para Maribor y para toda Eslovenia. Así como también la inauguración del centro cultural Marks, que hemos inaugurado hace poco tiempo, ha traído aire nuevo a ambas márgenes del Drava. Estimado señor presidente de la nación, estimada ministra de cultura, mariborenses todos. No es cierto lo que escriben los medios malintencionados. Es tiempo de que le demos una solución duradera a nuestra ciudad y a su red cloacal. Cuando hace unos días estuve en el aniversario de nuestro cementerio comunal, que es ejemplo de otros, incluso de algunos mucho más grandes cementerios de Europa, sentí mi corazón latir con alegría. Cuando hace unos días corté la cinta del flamante centro Marks, sentí mi corazón latir con alegría. Hay proyectos que nos unen a todos. No hay futuro sin presente, y mientras yo sea el alcalde de Maribor, los buenos proyectos darán buenos resultados, para el bien de todos nosotros. Muchas gracias.

En la sala un profuso aplauso, se apagan las luces, comienza la función. Bely y Rosa observan a Voda, que ya en la primera fila estrecha la mano del presidente de la nación y de la ministra de cultura; y se sienta en la butaca vacía junto a ella.

Escenografía minimalista, unas quince personas en escena, todas inmóviles. Habla primero un sirviente:

¿Entiende usted que el mundo ha cambiado para siempre? ¿Ajá?, ¿sí?, ¿no? Todo lo que quiero decir es que las ideas que tienen consecuencias de largo plazo son siempre ideas simples. Todos mis pensamientos van en una sola dirección: si la gente deshonesto se asocia con el fin de aumentar su poder, entonces es imprescindible que lo mismo haga la gente honesta. Así de simple. Ah, aún no hay guerra, pero el solo hecho de que no haya guerra no significa que haya paz.

¿Cuánto tiempo dura la obra?, pregunta Rosa.

Poco menos de tres horas, tiene dos entreactos, susurra Bely.

¿Conoces el texto?

Conozco muy bien la novela. No conozco esta adaptación, pero hace años hice una adaptación yo mismo. Jamás fue llevada al escenario, susurra Bely. Luego de un momento, Bely vuelve a inclinarse hacia Rosa y le susurra: Y jamás lo será.

Entra en escena la condesa Rostova, lleva un sombrero de copa en la cabeza.

Yo solo creo en dios y en nuestro querido zar. ¡Nikolai! (Besa al zar Aleksander.) Usted salvará a Europa de este asesino y rufián. ¡Natasha! El hombre puede enloquecer. *C'est à en devenir folle. On dirait, que le monde entier a perdu la tête.* No es posible que sigamos aguantando a este hombre que es una amenaza para todos y cada uno de nosotros. ¡Nikolai! ¡Natasha!

Quédate aquí, susurra Bely.

¿Adónde vas?, pregunta Rosa.

Voda, no ves que está saliendo de la sala, voy a buscarlo. No vayas a ningún lado.

Bely queda un momento enceguecido por la luz del pasillo. La escalera está vacía, solo el mármol gris de Pohorje, modernismo y grandes arañas de cristal.

Bely baja a la planta baja, y oye una voz que llega desde el guardarropas.

¿Ya se va. señor alcalde?

Ay, muchacha, usted puede pasársela entretenida todo el día en el teatro, pero alguien en esta nación tiene que trabajar. Deme mi gabardina, solo saco los cigarrillos y se lo devuelvo enseguida. Aquí lo tiene.

Bely ve a Voda conversando con una de las encargadas del guardarropas.

¿Qué hacen ustedes, chicas, cuando no hacen nada, es decir, cuando no están en el teatro?

Las encargadas del guardarropas le devuelven una risita contenida.

Voda mete los cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta y se va al baño de hombres. Bely lo sigue, entra y se para junto a él en el mingitorio de al lado.

¿Está aburrida la función, no?, dice Bely.

Yo qué sé, no soy experto en teatro, dice Voda, da dos largas fumadas, apaga el cigarrillo en el mingitorio y se sube la cremallera.

Bely va detrás de Voda al lavatorio.

¿Puedo hacerle una pregunta, señor alcalde? La gente dice que usted es un cazador apasionado.

Voda lo interrumpe con una mirada seria: ¿Qué, eres periodista acaso?

No, no, es que a mí también me gusta un poco la caza, y quería preguntarle sobre sus experiencias.

¿Qué tipo de caza?

Bueno, apenas estoy comenzando... dice Bely y saca del bolsillo la lapicera.

La caza es en primer lugar el cuidado del animal, esto es lo primero, más adelante viene el disparo. El invierno pasado cargué yo solo más de veinte remolques con heno y maíz para los ciervos. ¿En qué club de cazadores estás?

Bely se sorprende.

¿Sabes qué? Creo que no eres ningún cazador, sino un periodista que me quiere masacrar, dice Voda enfurecido. ¿Qué tienes en la mano? ¡A verlo!

Una lapicera, dice Bely y levanta la pluma en el aire.

Seguro que es un micrófono. Tráela para acá, hijo de tu madre, dice Voda y se abalanza sobre Bely. Caen los dos por el suelo. Voda palpa los bolsillos de Bely y encuentra la tarjeta de la radio nacional austriaca.

¿Y esto qué es?, ¿y esto qué es, hijo de tu madre? ¿A mí me vas a perseguir?, ¿a mí? ¿Qué no te das cuenta de que tienes escrito en la frente que nunca en tu puta vida agarraste una escopeta? Yo te voy a mostrar quién es el cazador aquí, vamos a bucear un poquito, ¿eh?

Voda arrastra a Bely por el piso hasta los inodoros. Bely se resiste, pero Voda le mantiene el cuello apretado con fuerza.

¿Sabes cómo jugábamos al submarino en el ejército? Yo te voy a mostrar.

Voda hunde la cabeza de Bely en un inodoro, hay un golpe seco, sale sangre de la nariz de Bely, Voda tira la cadena, espera un poco a que vuelva a llenarse la taza, y vuelve a tirar la cadena.

A esta técnica los marines americanos la llaman técnica del submarino, dice satisfecho Voda.

Bely empieza a tragar agua y sangre a la vez. La presión de Voda es demasiado fuerte como para que pueda zafarse.

Las ratas del periodismo como tú se lo tienen bien ganado. ¡Conque cazador, pero hazme el favor! ¿Sabes lo que me han hecho ustedes los periodistas? Me han jodido la familia. No puedo ir a ningún lado sin que me persigan. Por la mañana temprano ya me están esperando en la puerta de casa las pajareras con cámaras. A mediodía ya tengo nuevas noticias en la televisión. Maldita mierda.

Bely vuelve a llenarse de agua, se le mete en los pulmones. Ya casi va a pasar, piensa Bely, y esa idea se le ocurre como un tajo que lo parte al medio. Tiene la sensación de que se separa de su cuerpo, se despega. Todo es claro, nítido y calmo. Siente cómo su cuerpo se resiste cada vez menos, tiembla, traga agua, intenta salvarse. Bely observa su cuerpo desde arriba, mira a Voda por sobre el hombro, impasible, como si no fuera él mismo quien se está ahogando ante sus ojos. Voda vuelve a jalar la palanca. Una vez más el rumor del agua. Bely observa cómo su cuerpo se abandona lentamente. Siente los latidos del corazón cada vez más lejos. Lo rodea el reflejo del agua con sangre. Ahora solo intenta estar en calma, ahorrar fuerzas, esperar, ver cuánto tiempo más podrá estar consciente su cuerpo. Mira, los ojos del cuerpo se cierran lentamente, los brazos están flácidos.

Y de pronto la presión de Voda cesa.

El cuerpo vuelve a absorber a Bely dentro de sí, lo devuelve al dolor que ahora siente por todos lados. Bely saca la cabeza del agua, toma una estentórea bocanada de aire a borbotones.

Un momento después, cuando está volviendo en sí, ve a Voda arrodillado junto al inodoro. Los ojos y la boca están muy abiertos por el dolor. Detrás de él está parada Rosa Portero, que aprieta con fuerza su cuello.

Bely, ist alles in Ordnung?, pregunta Rosa.

Bely asiente, tose.

Oye, Voda, nosotros no somos ni periodistas ni policías. La cosa es mucho peor. Y para ti será tanto peor si no colaboras, ¿entendido?, dice Bely.

Voda gime de dolor y asiente.

Apoya las manos en el suelo y ven lentamente hacia aquí, dice Bely.

Voda se arrastra sobre su vientre mientras Rosa lo tiene con fuerza del cuello.

Cuéntanos sobre el Calvario, dice Bely.

¿Qué hay con el Calvario? ¿Qué quieren que les cuente?, gime Voda.

Bely le hace un gesto a Rosa. Rosa lo aprieta mucho más. Bely se para con el taco del zapato sobre uno de los dedos de Voda, y Voda vuelve a gemir.

Cuéntanos el porqué de la planta bajo el Calvario.

Por mis sueños, gime Voda.

¿Qué sueños?, dice Bely.

Soñé con el Calvario. Era un lindo día de sol. Después de pronto cayó la noche. Había pájaros por todos lados, millones de pájaros. Volaban como enloquecidos. Después llegó un avión. De esos enormes. Del avión colgaban unos tubos largos. Pensé que iba a caer en Maribor, pero no. Erró por un pelo y en lugar de en la ciudad cayó en el Calvario. Ahí explotó y se hizo añicos, y del Calvario empezó a brotar mierda, un montón de mierda, un verdadero tsunami de mierda que cubrió toda la ciudad. Cuando desperté supe que tenía que salvar a la ciudad. Ahí tenía que instalar la planta de tratamiento, ¿entienden? Lo comprobé, la bola también mostró lo mismo. ¿Y los ecólogos? ¿Saben si hay algo bajo tierra? Por el momento está todo parado, no hay dinero, la mierda va a parar al Drava. A mí lo que me preocupa es la ciudad, ¿entienden?

Bely mira a Rosa y asiente con la cabeza. Con una mano le tapa la boca y le pisa el dedo a Voda. Gritos ahogados de Voda.

No mientas.

¿Tú qué mierda sabes de la verdad, carajo? ¿Crees que la gente quiere la verdad?, ¿que los medios quieren la verdad? A ustedes les interesa la mentira más aceptable, más tolerable, dice Voda en medio del ahogo. Las personas no tenemos verdad. Solo los animales tienen verdad. Después de cazar, cuando veo los animales tendidos, muertos en fila. Esa es la verdad. Cuando rocío a los animales con su propia sangre como despedida. Esos rituales son la única verdad. No los medios. ¿Pero qué quieren ustedes de mí?

Dinos quiénes son los miembros del Gran Orco.

Jamás nos van a encontrar.

Bely vuelve a teparle la boca y le pisa otro dedo. Voda se estremece de dolor.

Gramo, gime Voda cuando Bely le saca la mano de la boca. Solo Gramo.

Ya lo sabemos, también sabemos de Mat, Dorfler y Farkas.

No hay ninguno más.

Bely le aplasta el tercer dedo.

Magda, Kovač, Grin, yo, y Maher.

¿Maher?, pregunta Bely. ¿Cuál Maher?

Janez Maher, el director de la empresa constructora que edificó el centro Marks y que está construyendo el Calvario.

¿Quién más?

Juro que no sé de nadie más.

Bely se para sobre el pulgar de Voda. De nuevo gritos ahogados.

¿Quién más?

No lo sé, pregunten a las estrellas, jodidos de mierda.

Se oyen pasos por el pasillo. Rosa cierra la puerta del cubículo. Bely le agarra la cabeza a Voda y le tapa la boca. Se oye un chorro de orina. Un largo, interminable chorro de orina. Mientras orina, el tipo se tira un pedo. Luego hay pasos hacia fuera.

¿Cuáles estrellas?, masculla Bely furioso y le destapa la boca a Voda.

A las estrellas nomás, ¿acaso nunca les preguntas a las estrellas lo que te traerá el porvenir? El pasado solo nos ha traído la cagada. Muertos por todos lados, y eso. Si clavas la pala en Maribor, asoma algún cráneo desde abajo. ¿Y qué haces con eso? ¿Qué hago con los muertos? Los muertos son negocio chico. Los muertos ya no sirven de nada. Solo son gasto. Nosotros necesitamos a los vivos, para que ellos gasten, tal vez incluso en los muertos.

Bely le tapa la boca, le pisa un dedo de la otra mano.

Te pregunto por última vez: ¿quiénes son los demás miembros del Gran Orco?

Pero si ya te dije todo, qué sé yo, carajo. Maldito cabrón, te voy a arrancar la cabeza, ya nos vamos a encontrar.

Otra vez pasos. Bely le hace un gesto a Rosa para que le de la polvera plateada con las bolitas. Toma una de las oscuras y se la mete a Voda bajo la lengua. Voda se resiste, Rosa lo vuelve a apretar más fuerte. Forcejeos. Al final Voda queda tendido, inconsciente.

¿Y ahora?, susurra Rosa.

Tenemos que encontrar a Janez Maher. Hoy es el estreno para VIP, es muy posible que esté aquí entre los invitados.

Pero mírate, Bely. Así todo mojado y ensangrentado no puedes entrar al teatro.

Tú vuelve a la sala; yo corro al hotel a cambiarme, si está aquí nomás a la vuelta; en unos minutos estoy de vuelta.

¿Qué hacemos con él?, pregunta Rosa y golpea con los dedos metálicos sobre el cráneo de Voda.

En ese momento el cuerpo de Voda se mueve, empieza a retorcerse como si fuera el cuerpo de un pez que acaban de sacar del agua. Una sombra gris azulada pasa por su rostro varias veces, y cuando lo deja, queda pálido.

Estas son las almas, dice Bely. Han abandonado el cuerpo, ahora ya no puede hacernos nada, ahora es apenas el cuerpo de un animal humano.

En el baño de mujeres alguien tira la cadena, se oye el rumor del agua en el lavatorio, el secamanos, los pasos. Rosa y Bely se quedan quietos. Bely oye los sonidos. Después de un momento susurra: No hay moros en la costa, vámonos.

Rosa asiente. Bely abre la puerta. En ese momento, Rosa ve algo asomado por debajo del cuerpo de Voda. Es su tarjeta de presentación. Dan vuelta juntos el cuerpo de Voda; no hay nada más debajo.

En uno de los cubículos hay un cartel que dice: FUERA DE SERVICIO. Bely lo saca y lo pone en la puerta de el cubículo donde está Voda.

Unos minutos después, Rosa vuelve a sentarse en su asiento en la galería de la gran sala del Teatro de Maribor. En el escenario, Andrei Bolkonski y Pierre Bezujov. Pierre está ebrio. Mientras tanto, en el otro extremo del escenario, su padre agoniza. Bolkonski viene a buscar a Pierre, lo toma del brazo.

PIERRE: ¡Pero mírame! ¡En un momento tan importante! ¿Qué hago ahora? Te he decepcionado. De seguro también he decepcionado a mi padre. Pero él también me ha decepcionado a mí. Para empezar, no se casó con mi madre... Si yo fuera un hijo legítimo, pecaría, pero habría más comprensión para mi comportamiento... Tú estás descontento conmigo...

ANDREI: Si estoy descontento es porque no permites que aflore lo mejor de ti para que puedas convertirte en alguien.

PIERRE: ¿Convertirme en alguien? ¿En quién?

Entra Napoleón, pasa junto a Pierre y Andrei hacia el centro del escenario. Todos los actores se quedan inmóviles, evidentemente sorprendidos por su entrada. Napoleón extiende el brazo, como si quisiera tocar al público en la oscuridad, balbucea algunas palabras ininteligibles. Por un costado llegan corriendo dos soldados, lo toman cada uno de un brazo y se lo llevan del escenario. Pierre repite el pie:

PIERRE: ¿Convertirme en alguien? ¿En quién?

En ese momento desde un costado Napoleón vuelve a entrar al escenario. Levanta el dedo índice y grita.

NAPOLEÓN: ¡Napoleón!

Detrás de bastidores se ve solo el brazo de uno de los soldados que vuelve a sacar de un tirón a Napoleón del escenario. Risas entre el público.

PIERRE (*más bajo*): ¿Convertirme en alguien?

ANDREI: Tienes que tener algún objetivo.

PIERRE: Tienes razón. Cada mañana cuando me despierto siento asco de mí mismo por lo que he hecho la noche anterior. Después me digo, hoy vas a cambiar; me digo, ha llegado el día en que te convertirás en santo... esta noche fui al club solo para beber un vaso de agua y probarme que puedo resistir a la tentación...

ANDREI: Seguro hay algo que desees hacer.

PIERRE: Deseo muchas cosas... Deseo investigar qué es la felicidad, cuál es el sentido del dolor, por qué las personas van a la guerra y qué hay en lo profundo de sus corazones cuando rezan a dios. Deseo descubrir qué sienten en realidad los hombres y las mujeres cuando dicen te amo...

Fuera de escena se oye un grito: ¡Napoleón!, y luego un golpe seco. Silencio.

PIERRE: Ves, tengo mucho trabajo. Todo esto me tiene ocupado. Para ti es difícil de entender. Para ti todo está muy claro. Tú sabes exactamente qué haces y por qué lo haces.

ANDREI: Bueno, no es tan así...

PIERRE: Tú investigas y las cosas se te aclaran; yo investigo y todo se vuelve aún más oscuro... Tú crees en lo que haces.

ANDREI: Sería magnífico que fuera verdaderamente como lo describes. Te equivocas... ¿Sabes por qué yo voy a la guerra? ¿De veras piensas que voy a la guerra solo porque pienso que Napoleón es un monstruo, que después de la guerra Rusia será un gran país? ¿Qué relación tenemos nosotros con Austria, que está a varios miles de verstas de distancia de aquí...? Ya te he dicho que voy a la guerra solo porque esta no es vida para mí.

Rosa busca por toda la sala. La ministra de Cultura se mueve en su asiento de la primera fila, nerviosa. El asiento de Voda a su lado está vacío; un hueco en la sala llena del teatro. ¿Será alguna de estas personas Maher? ¿Tendrán suerte ella y Bely, y lo encontrarán antes de que sea demasiado tarde? Cuando encuentren a Voda en el baño, va a haber una gran confusión. ¿Y luego qué ocurrirá?

Rosa se descubre tocándose la cicatriz del cuello, que ha vuelto a aparecer. Pasan ante sus ojos escenas de la noche en que casi fue sacrificada. Imágenes de la fuga por el agua lechosa del lago, la sensación del barro pastoso bajo los pies, el ladrido de los perros, la oscuridad. Estaba segura de que los iban a matar a ella y a Bely. Ahora está aquí, con una misión que parece demasiado improbable como para comentarla con nadie.

Un disparo de cañón interrumpe su andanada de recuerdos. En el escenario hay niebla, los soldados errabundean a ciegas a su alrededor. El portaestandarte del ejército ruso está perdido. Han disparado a Bolkonski, cae, mira al cielo; monólogo calmo del héroe moribundo que ironiza sobre sí mismo. Hay escenas que es imposible representar de un modo realista. Qué extraño que solo su estilización desbordada, su exageración, su amplificación intencionada, que apunta al juego y no a la realidad, las vuelvan verosímiles.

Rosa vuelve a hundirse en sus pensamientos. El pesebre del padre Kirilov. Piensa en las cuatro figuras que aún no tienen correspondencia con nadie. Si el muñequito de Lego es Voda, piensa Rosa, quedan tres: san Pedro con las llaves, la bolita y la lente. Quedan tres, y el redentor ausente. Uno de los cuatro es Maher. ¿Lo conseguirán ella y Bely? Sencillamente no puede permitirse dudarlo. Si dudara, entonces no debería haber accedido jamás a

venir con Bely a esta ciudad. ¿Accedió alguna vez en realidad? ¿No estaba claro desde el primer momento, cuando cortó las cuerdas que la ataban? ¿Como si siguiera una suerte de secuencia previamente escrita? ¿Y no es todo el tiempo así: decidimos las cosas insignificantes y las que importan han ocurrido siempre de antemano como hechos consumados? Al menos en la vida de Rosa. De pronto, Rosa ve la escena de la vieja, la fruta y las flores que han dispuesto alrededor de sus pies desnudos, la débil luz de las llamas de las velas que flamean cuando la vieja pronuncia palabras incomprensibles y agita guirnaldas armadas con conchas y huesos. Si en verdad el alma de Rosa es un entramado de muchas almas perdidas, ¿qué pasado tuvieron esas almas? ¿Qué es lo que ha sido borrado y aniquilado de esas almas para que Rosa Portero pueda llegar a existir? ¿Y qué es lo que en tan solo unas semanas, desde que conoció a Bely, se ha despertado en sus almas y pone patas arriba todo lo que hasta ahora daba por sentado?

En el escenario, Napoleón se le aparece como un fantasma a Pierre Bezujov, y se sienta en uno de los potros de gimnasia. Los dos soldados que antes lo sacaron del escenario están uno a cada uno de sus lados, de pie.

PIERRE: Todo lo que miro tiene el color de los íconos falsos. Las personas que veo son solo ángeles mal pintados. La belleza ha perdido su sombra. La historia que se cuenta a mi alrededor es solo un libro vacío de páginas en blanco, y su grandiosa Historia de la nada. Nadería de íconos falsos.

En el instante en que uno de los soldados se descuida, Napoleón baja despacio del potro, se bambolea, parece que se va a caer en cualquier momento. Entre el público se oyen un par de suspiros. Napoleón sale a los tumbos corriendo del escenario; por detrás salen también los dos soldados.

PIERRE (*continúa*): Todos dicen que soy como un niño... Jamás me he separado de mi infancia. He crecido y envejecido en ella, creando mi propio tiempo. Por eso es que mi vida no tiene pasado. Pero todo lo que está a mi alrededor es pasado. ¿Qué he hecho?, ¿qué he hecho? ¿Es esto lo que deseo?

Entra Elena.

PIERRE: No. No la conozco... y tampoco me gusta... no tiene nada que decir... por otro lado... ¿será tan tímida como yo? No habla demasiado, pero lo que dice es breve y claro. Es bellísima. ¿Será esto lo que quiero?

PIERRE: Sí. No, no lo es. ¿Dónde está mi voluntad?

SIRVIENTE: Realmente... ¿dónde está?

PIERRE: ¿Tal vez no tengo voluntad en absoluto?

Elena y Pierre.

PIERRE: Podría usted salir... pasear un poco...

ELENA: Ve tú... yo no puedo... No me sienta bien.

PIERRE: ¿Pero no está... embarazada?

ELENA: ¿Yo? ¿Embarazada? No se me ocurriría dar a luz un niño. ¿Qué se le ha metido en la cabeza?

PIERRE: Discúlpeme...

Rosa lee los sobretítulos en inglés y observa lo que sucede en el escenario. Todo lo que ocurre en el escenario ocurre para que ella pueda pensar en esto. Todo lo que ha ocurrido en su vida, ha ocurrido para que ella se encuentre ahora en esta función. La obra y su vida son dos espejos paralelos; ella aquí y ahora, allí un doble fondo. Arriba la inaprensible superficie del agua, por debajo de ella, el fondo duro de su vida. En la superficie se mueven los actores, dicen un texto establecido de antemano; Elena, la hija descarriada del príncipe Vasily Kuragin, que está seduciendo a Pierre Bezujov por interés en su herencia. La herencia de Rosa es un recuerdo imborrable. En el fondo hay una calle. Las manos de Rosa se agarran del volante. La izquierda y la derecha, las dos, aún tiene las dos. Los dedos se mueven suavemente. El anillo golpea la rueda del volante. Las uñas pintadas. Voces. Junto a ella está sentada la hermana. Dicen que se parecen como dos gotas de agua, pero ella piensa distinto. Atrás dos niñas, que patean el asiento de adelante aburridas. Blanca va enojada, nerviosa. Las dos niñas la molestan mientras habla por teléfono. La atmósfera está tensa, crispada. Rosa se da vuelta, se separa de sus manos y mira a las dos nenas hacia atrás «los ojos de mi vida», respira profundo para decirles en español —siempre habla en español cuando está con Blanca— «por favor, niñas, dejen a la tía Blanca en

paz, o no vamos a ir a ningún lado...»

PIERRE: Separémonos.

ELENA: ¿Cómo?

PIERRE: Separémonos.

ELENA: Ah, qué castigo terrible, de verdad has encontrado con qué atemorizarme... sea como fuere, vamos a separarnos, pero solo si me compensas en lo material como corresponde. Con todo gusto.

PIERRE: Te mataré.

ELENA: Pero por favor... ya has empezado con lo de matar.

PIERRE: ¡Fuera! ¡Te voy a matar! ¡Fuera!

SIRVIENTE: ¡Fuera! ¡Te voy a matar! ¡Fuera!

Entra el príncipe Kuragin.

PRÍNCIPE VASILY: ¡Elena! ¡Elena! Querido mío, querido mío... Ustedes son como dos niños. Tú te enojas con mi querida... ¡Elena! Ella se enoja contigo, pero no pueden vivir uno sin el otro. La pobrecita de seguro está sufriendo y esperando a que la llames... Solo pídelo, y la llamaré y todo será como antes...

¿No es acaso todo lo que hago un intento de tenerlas de vuelta conmigo? ¿De que todo vuelva a ser como antes? ¿Al menos por un momento? ¿Y no está por eso mismo todo condenado al fracaso de antemano? ¿Por qué fracasa siempre todo lo que, velada y profundamente, pero también con absoluta certeza, sabemos de nosotros mismos?

Rosa levanta su mano derecha enguantada ante sus ojos. El mecanismo imperfecto mueve lentamente las falanges rígidas de los dedos, como en un sueño. A lo lejos, tras sus dedos, Pierre y Elena.

SIRVIENTE: ¡Fuera! ¡Te voy a matar! ¡Fuera!

En ese momento Bely vuelve a sentarse.

El recepcionista del hotel me miró un poco raro. Creo que aparte de él

nadie me vio, susurra Bely. En el hotel estuve guleando también a nuestro Maher, ya sé cómo luce. Es evidente que se trata de una de las personas más ricas e influyentes de la ciudad. Tiene más de diez empresas, la mayoría constructoras, algunas de inversión, aseguradoras. Una de ellas es patrocinadora de esta obra. Con un poquito de suerte, nuestro señor Maher debe de estar aquí abajo entre el público. Rosa, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Rosa aprieta el puño y vuelve a apoyarse en el asiento, pálida.

En el escenario están Lisa, la esposa de Andrei Bolkonski, y María, su hermana. Lisa está dando a luz.

LISA: María... creo... creo que ha comenzado... está empezando..

MARÍA: Recuéstate, Lisa...

LISA: No, no...

MARÍA: Llamaré... Enviaré a buscar al doctor, descuida, todo va a estar bien.

Aparece el anciano e incommovible príncipe Nikolai Bolkonski en su silla de ruedas. Pasa por al lado de Lisa y sigue hasta el borde del escenario.

MARÍA: Padre...

NIKOLAI BOLKONSKI: María, ¿qué ocurre?

MARÍA: Nada, padre... el trabajo de parto ha comenzado.

NIKOLAI BOLKONSKI: Bien.

El príncipe Nikolai Bolkonski toma las ruedas de su silla de inválido para darle vuelta. De repente, una de las ruedas se traba. El príncipe Bolkonski intenta dar vuelta a la silla con todas sus fuerzas.

MARÍA: Debemos enviar por el doctor.

NIKOLAI BOLKONSKI: Bien.

La silla se inclina peligrosamente sobre el borde del escenario. En el último momento, el príncipe consigue saltar de la silla que va a parar a los pies de la ministra de Cultura en la primera fila. La ministra da un grito

asustada y se pone de pie de un salto. Por suerte la silla se detiene frente a ella. Por un costado llegan corriendo los utileros y levantan la silla y la vuelven al escenario. La ministra de Cultura se da vuelta hacia el público en la penumbra, muestra su rostro aterrorizado y sonrío por la fuerza. El público aplaude. Muchos en la sala piensan que lo que acaba de ocurrir es parte del espectáculo.

MARÍA (*repite el pie*): Debemos enviar por el doctor.

Risas en el público.

NIKOLAI BOLKONSKI (*de vuelta en la silla*): Bien.

LISA (*grita*): ¡Andrei! ¡Andrei!

Lisa agoniza.

SIRVIENTE: Hijo, hijo...

Entra Andrei.

ANDREI: Perdóname, Lisa... Perdóname.

Bely se ríe ante lo que ha ocurrido en el escenario.

Parece que esta noche no todo va según los planes, susurra Bely.

El rostro de Rosa sigue impasible.

Sí, a algunos les hace gracia, yo creo que la obra es conmovedora, dice Rosa. Por lo demás tu descripción de Maher concuerda con la estatuilla de san Pedro con las llaves.

Pedro, sobre ti construiré mi iglesia, así dice la biblia, susurra Bely.

Así es. Dijiste que Maher era constructor, dice Rosa en voz baja, sin sacar la mirada del escenario.

He descubierto algo más. ¿Recuerdas la bolita del pesebre del padre Kirilov?, susurra Bely.

Rosa asiente.

¿Qué otra cosa es una bolita sino una bola de cristal?

Rosa lo mira sin entender. Voda también mencionó la bola. Dijo...

...dijo que la bola también le había dicho que construyera la planta de tratamiento bajo el Calvario, agrega Bely. Así es. ¿Y adivina quién, además de altas funcionarias de la administración comunal, tiene un apartamento en el edificio de Voda?

¿Te refieres al edificio en el que vive Anastasia Grin?

Bely asiente: Ese edificio, sí. Ahí vive también una vidente. Se llama Nana Numen. Su nombre está en todos los periódicos.

¿Cómo lo sabes?

El señor Google, se ríe Bely.

Aplausos.

El entreacto, ven, ahora tenemos que apurarnos, seguro que pronto van a encontrar a Voda, y se va a armar, dice Bely.

Bely y Rosa bajan al vestíbulo en la planta baja con el resto de la gente.

Hay un gentío frente al bar del teatro. Bely ve a Dolores.

Dolores, tienes que ayudarme, quisiera hablar con Janez Maher, pero no lo conozco.

Maher tendría que estar por aquí en alguna parte. Siempre viene a los estrenos, creo que lo he visto antes. Mira, si lo encuentro les aviso. Pero no sé dónde tengo la cabeza. Imagínate, Anastasia ha desaparecido. Se la ha tragado la tierra. Envié a buscarla a su casa, pero allí tampoco hay nadie, no hay luces encendidas, nada de nada. El teléfono está fuera de servicio. Me estoy empezando a preocupar, no sea que le haya ocurrido algo.

En ese momento se oyen gritos de mujer. Por el vestíbulo corre una mujer con largo cabello rubio. Tras ella revolotea una paloma blanca, que intenta posarse en su pelo. La mujer se esconde bajo una mesita. La paloma da vueltas sobre la gente y finalmente caga sobre la cabeza de uno de los meseros que tratan de atraparla mientras está en un alero muy alto. De nuevo se oyen gritos, esta vez desde los baños. Bely y Rosa piensan que han descubierto a Voda, pero los gritos vienen del baño de mujeres. Tres mujeres salen corriendo; tras ellas viene Magda Ornik en cuatro patas, suelta unos sonidos como de cerdo salvaje o de topo, le chorrea saliva por la boca. Todo se detiene y se dirige a la escena de la mujer que se desplaza chillando en cuatro patas por el vestíbulo. Magda se detiene junto al agregado militar estadounidense, con quien ha estado conversando antes de la función. El

agregado intenta acercársele. Magda muerde sorpresivamente al agregado en los calzoncillos. La mordida es tan fuerte que el agregado comienza a aullar de dolor y le da una patada con todas sus fuerzas a Magda. Magda cae a un costado, pero al momento se levanta y sale andando, esta vez muerde la pierna del agregado inglés. También este grita cuando lo muerde, sale saltando por el lugar y arrastra a Magda con él. Ella no suelta la mordida. La gente se queda perpleja y muda hasta que Magda arranca con los dientes un pedazo de calzoncillo ensangrentado. El agregado militar inglés ruge de dolor otra vez y se cae.

Entre la multitud se abren paso el inspector de policía Maus y su asistente Gros. Caen sobre la enfurecida Magda y la contienen con gran esfuerzo. Viene gente desde todas partes a observar a la directora del cementerio de la ciudad pateando como un animal salvaje e intentando librarse de los dos hábiles policías que la inmovilizan. Ahí está Gubec, que se agacha muy cerca del rostro ensangrentado de Magda y le hace un primer plano con la cámara. Por fin la llevan a otra habitación. Pronto se oye la sirena de la ambulancia. Al mismo tiempo se oye el timbre que avisa el final del primer entreacto. La gente que está conmocionada sorprendida, perpleja, lentamente vuelve a la sala. El personal del teatro y los enfermeros que llegan en auxilio piden a la gente que se aparte lo más pronto posible y permitan llegar a los socorristas. Dos enfermeros consiguen inyectarle a Magda un tranquilizante después de forcejear. La ponen en una silla de ambulancia. Solo quedan unos pocos en el vestíbulo y en las escaleras, desde donde observan lo que está ocurriendo. Vuelve a sonar el timbre. Los restantes ahora también se van a la sala. Bely ve a Maher en el bar tras el vestíbulo. Bely y Rosa se sientan a su lado.

Maher conversa con un mesero que está detrás de la barra acomodando copas sucias en el lavavajillas.

La pobre Ornik, todos se llenan la boca con la responsabilidad social, y cuando alguien de veras necesita ayuda, no hay nadie que venga en su auxilio. ¿Ha visto? Todos se quedaron parados esperando. Si no hubiera sido por esos dos policías, habría mordido a medio teatro. Pero no es raro que se vuelva loco alguno cada dos por tres en esta ciudad. Yo ayer fui a la alcaldía, pero sigue cerrada. Desde noviembre. Mudaron las oficinas, pero donde están ahora no atienden. Es desesperante, dice el mesero.

En un mes más va a estar lista la remodelación, dice Maher. Mis

muchachos están trabajando en eso. Y trabajan como negros. Pero qué vamos a hacer, todo el edificio estaba bajo el agua, no es broma.

Y encima el chico va y se ata al radiador. No es nada malo, en este país cada uno puede expresar su convicción política, pero que a modo de protesta te vayas a atar al radiador y digas: denme lo que pido o me quedo aquí para siempre, no puede ser, dice el mesero.

Parece que las primeras semanas hasta lo cuidaban, dice Maher y toma un poco de su whisky.

Mi vecina del edificio trabaja en esa misma oficina donde el chico se ató. Parece que es un chico inteligente, doctor en Matemática. Al principio lo miraban y les daba pena. Las mujeres le llevaban de comer. Una semana o dos durmió allí. La vecina dice que ya se habían acostumbrado a él, era poco más que una planta decorativa y poco menos que una mascota, porque nadie podía llevárselo consigo. Después, de malas, las mujeres del personal de limpieza dejaron de limpiar a su alrededor. Se puso inmundo, el chico hedía tanto que no se aguantaba, dice el mesero.

¿Y el ajo?

Bueno, ajo llevaban los empleados desde el primer momento. El alcalde también tiene ajo en su granja. De algún modo se enteraron de que el chico que protestaba contra la ineficacia y corrupción de la administración de la ciudad era alérgico al ajo, así que se lo llevaban. Si hablaba mucho o escandalizaba con sus incomprensibles eslóganes, le arrojaban dientes de ajo salvaje frescos y picados. Pero eso funciona un par de días, no varias semanas. Parece que se hinchó todo por la alergia y empeoró mucho. Y entretanto mudaron a mi vecina y a toda su oficina por el olor. Simplemente vaciaron la habitación en la que se había atado el chico y lo dejaron ahí muriéndose de hambre. Dios sabe cuánto tiempo más habría estado de no ser por aquel instalador de calderas infeliz.

No fue tan culpable el instalador como el sistema de cañerías vetusto, dijo Maher. Tendrían que haberlo cambiado hace años, pero año tras año pospusieron la inversión.

Pero también es un poco raro que tuviera que arreglar el radiador roto justo en la habitación donde estaba el desmejorado manifestante.

Tenía que arreglar varios. Comenzó por esa habitación, responde Maher, y se toma el resto de su whisky. Dame uno más, dice.

¿Y entonces brotó agua hirviendo del caño y no hubo nada que hacer?

Es lo que ocurre con los viejos sistemas de cañerías. Explota una válvula en algún lado y salta todo al demonio. Pasaron unas horas hasta que consiguieron cerrar el caño maestro, y aún después estuvo saliendo un tiempo el vapor hirviendo que estaba dentro del sistema.

¡Pobre muchacho!, dice el mesero. Lo compadezco.

Y hubo tantos daños; todos los pisos, los muebles, las puertas, el edificio entero de la alcaldía se fue al diablo. Bueno, aunque de todos modos estaba vetusto. Ya verás cuando terminen mis muchachos, la alcaldía va a ser como las de Estados Unidos.

Pobre muchacho, dice otra vez el mesero y le sirve a Maher un vaso con dos dedos de whisky.

Bely pide un vaso de agua gasificada para él y vino para Rosa.

¿Y qué ocurrió con el muchacho?, pregunta Bely.

Y qué... dice el mesero y empuja la puerta del lavavajillas bajo la barra y lo enciende. Tal vez encontraron algo de cuero curtido colgando de aquel radiador. Eso les pasa a los intelectuales comprometidos en esta ciudad.

El problema no son los intelectuales, dice Maher, que de todos modos no hay. El problema tampoco es la gente con educación, con ellos en general se puede llegar a un acuerdo. El problema ni siquiera son esos pocos trabajadores que quedan en las fábricas, porque esos de cualquier forma no tienen tiempo para nada más que para trabajar. El problema es que no hay orden. Aquí cada uno piensa que sabe todo y que lo sabe mejor que todos los demás que también lo saben todo.

Y para colmo somos todos parientes, dice el mesero.

Sí, esta ciudad tiene demasiados parientes. Muy pocos habitantes y muchos parientes, dice Maher y toma un poco de whisky. La gente sigue creyendo que de cada cagada que hacen los va a salvar un pariente. No los va a salvar el tribunal, no los va a salvar el trabajo, no los va a salvar la educación. Los va a salvar un pariente.

El mesero se echa a reír. Nosotros sabemos muy bien que no es así.

Maher asiente y señala el vaso vacío.

Así es, nosotros sabemos que el pariente es el primero que te va a poner la pistola en la frente, y por menos de la mitad que el resto te va a vender al

diablo. Lo que falta entre nosotros es el orden más elemental. Por eso somos la provincia más rezagada, un retrasado Zimbabue del sur de Austria.

Entonces, Maister cometió un error, dice Bely para sí.

¿Cuál Maister?, ¿el abogado?

Bely niega con la cabeza. El general Maister.

¿Pero usted se refiere al general Maister, el libertador que les sacó Maribor a los austriacos?, dice Maher. Por supuesto, él es el mayor criminal. Si no fuera por él usted y yo seguiríamos hablando en alemán, pagaríamos menos impuestos y tendríamos mayores sueldos. Todo estaría en orden. Así nada está en orden. Aquí te arrebatan la vida si trabajas honestamente. Se lo digo por experiencia propia. No es nada fácil dirigir una empresa en estos tiempos.

Maher paga y se pone de pie.

Rosa y Bely se quedan sentados unos minutos más. Pagan y se van detrás de Maher, que está parado a la entrada del teatro, fumando.

Pasan dos chicas por el teatro, una vestida de cangrejo, la otra asoma su rostro pintado de azul por la boca de un gran pez de cartón.

Un pez y un cangrejo, ahora solo falta un pulpo, dice Maher y da una fumada mirando a Bely. Es por eso que me siguen, ¿no es así?

Maher ofrece un cigarrillo. Bely pasa. Rosa toma uno, Maher se lo enciende. Mira al cielo.

No hay una sola estrella. Así es nuestro cielo en Maribor. Mañana será miércoles de Ceniza. No soy religioso, pero en fin. Hay tiempo de comer y tiempo de ayunar. No se puede estar comiendo toda la vida. Como no se puede estar huyendo toda la vida. Yo ya he huido suficiente en mi vida. Tal vez no tenemos la posibilidad de decidir nuestro destino, en cuanto a dónde y cómo nacemos y cuándo y cómo vamos a morir. Pero mientras estamos vivos, tenemos la posibilidad de decidir. Podemos huir, podemos dejar de huir. Es la única libertad que tenemos.

¿Cómo sabe que nos interesa el pulpo?, pregunta Bely.

Lo llevas escrito en la frente, responde Maher y aplasta la colilla del cigarrillo en la nieve mojada.

Rosa ve en la frente de Bely la marca de un tentáculo de pulpo, que zigzaguea lentamente, se detiene y desaparece rápidamente bajo el cuero

cabelludo de Bely.

¿Qué quieren?, pregunta Maher.

Queremos saber qué piensas sobre la absolución, dice Bely.

¿La absolución? Eso es muy fácil. Me atrevo a decir que no hay mayor experto en absolver que yo. Si fuera posible, tendría un doctorado en Absolución. No sé si lo saben, pero tengo el récord esloveno en absolución. En un solo día absolví a 7 892 trabajadores. Los absolví y les dije vayan nomás con dios. Y la empresa no fue a la quiebra. He absuelto y despedido a más de 12 000 trabajadores en el lapso de un mes, y el grupo TAM siguió en pie. Fue después de la independización de Eslovenia y al comienzo de la guerra en Bosnia. De la mañana a la noche habíamos perdido el mercado de autobuses. Pero la sección que fabricaba armamento iba al pelo. Así que trasladé alguna gente de la fabricación de autobuses a la de armas automáticas, y a todo el resto tuve que darle la absolución y despedirlos. No fue fácil. El sindicato era más fuerte que el diablo. Despedí a los primeros doscientos trabajadores y ya tenía una revolución en la planta industrial. Cuando por la noche volví a casa, encontré una rata clavada con un palo para rostizar. Tenía un pequeño collar donde decía: ESTÁS FRITO. Por suerte no tenía ni mujer ni hijos, si no, estaba jodido. Cuando despedí a los siguientes 1 500 trabajadores, supe que no debía regresar a casa. Dormía en hoteles, pero me seguían también ahí. Al final pasaba la noche escondido en uno de los autobuses sin terminar que estaba parado en una de las líneas de producción. Era lo más seguro. La fábrica tenía custodia. Yo también tenía custodia. En la calle podría haberme reventado alguno de los trabajadores despedidos. Todos tenían pistolas, ¡si las fabricábamos nosotros mismos! Y alguno de los nuevos propietarios que intentaban privatizar la fábrica de armamento podría haberme reventado también. O alguno de los servicios de seguridad extranjeros. Cuando luego en un solo día eché a los últimos 7 892 trabajadores, supe que tenía que desaparecer. En ese entonces comerciábamos en maletas. La moneda corriente no era el dólar o el marco alemán, ni un millón ni cien mil, la unidad de pago era la maleta. Esa negra, con la que andan los viajantes de comercio, la conocen, claro. Yo recibí una maleta el día de mi nombramiento en el puesto de director de TAM. Una maleta y un nuevo pasaporte. Y cuando despedí en un mes 12 000 personas, recibí otra maleta negra y otro pasaporte más. Dos maletas y dos pasaportes además del

mío verdadero, es decir, tenía tres pasaportes.

Rosa y Bely se miran. Bely observa la cicatriz tras la oreja izquierda de Rosa, que desaparece inmediatamente. Rosa vuelve a ver huellas de un tentáculo invisible en el mentón de Bely, que enseguida desaparecen.

¿Me están escuchando?, dice Maher. Entonces, para ser breve, tuve dinero, hice el trabajo sucio, estuve muerto de miedo, extenuado, en un estado de insomnio permanente. Desde el primer día tuve miedo de que durante el sueño viniera alguno de los trabajadores y me cortara el cuello. Y vinieron. Tan pronto como cerraba los ojos, aparecía en mis sueños uno de los líderes sindicales con los que tenía que negociar permanentemente, y me cortaba el cuello. Después de dos semanas me daba tanto miedo quedarme dormido que tenía que tomar al menos media botella de whisky para dormitar unos minutos. Y después finalmente llegó el momento. Salté a mi Mercedes de la empresa, me fui al aeropuerto de Graz con mis dos maletas y tres pasaportes y me subí al primer avión para el que había pasajes y volé a Estocolmo. Solo recuerdo que estaba sentado todo transpirado y aterrorizado en el avión y al instante siguiente me despertó el piloto. El avión ya estaba completamente vacío. Dormí todo el vuelo, tan profundamente que las azafatas no podían despertarme. Al principio pensé que me había dormido por el agotamiento, pero parece que se trata del síndrome persecutorio o quién sabe qué cosa. En Estocolmo fui al hotel, pero el sindicalista apareció en el mismo instante en que cerré los ojos. Me cortó el cuello y me atravesó con un enorme espetón. Solo podía dormir en los aviones y en los aeropuertos. En cualquier otro lado ni bien cerraba los ojos aparecía el sindicalista y me cortaba el cuello. Y si acaso no me despertaba inmediatamente por el horror, olía en sueños mi propia carne dando vueltas y cociéndose al espetón. Así que los tres meses siguientes me los pasé en aviones y aeropuertos. Estoy infinitamente agradecido al arquitecto del aeropuerto de Doha, porque puso en las terminales sillones con vista a la pista de aterrizaje. ¡Qué maravilla es dormir ahí! En ese sentido mis queridos alemanes no tienen estilo, solo hay asientos incómodos, separados por un apoyabrazos alto de metal. Cuántas noches dormité en alguno de ellos, completamente contracturado, pero qué es eso en comparación con que nadie te pueda encontrar, y sobre todo que nadie pueda arrebatarte la vida. Ya no dejaba los aeropuertos. Con el tiempo me volví un verdadero experto en

viajar sin equipaje. Bueno, tenía mis dos maletas negras. Con el tiempo solo una. Pergeñé una técnica para dar vuelta calzoncillos y medias que me permitía volar sin lavar la ropa hasta dos semanas. Era posible poniendo incesantemente papel higiénico en las zonas sensibles. Además, por todas partes hay perfumerías y cualquiera puede entrar y rociarse hasta el hartazgo. Cuando ya no hay caso, te lavas algo en el baño o compras uno nuevo. ¿Me escuchan?

Escuchamos, contesta Bely, pero sigo sin saber qué tiene esto que ver con...

¿Con el alma?, pregunta Maher.

Con el alma, así es, dice Bely.

Miren, yo soy un hombre sin alma. Habitan en mí unas almitas corruptas, pero eso no tiene ninguna influencia en el hecho de que he vendido, cambiado, empeñado, rechazado, atropellado, disparado a mi alma. Si algo quedaba de mi alma, he dejado esos últimos restos en salas de espera de aeropuertos y pabellones de tránsito de todo el mundo. El alma, mi estimado colega, es una noción perimida de la antigüedad que luego retomó el cristianismo. Nosotros medimos el tiempo en cantidad de maletas y pasaportes falsos, y despedimos.

¿Y entonces por qué volviste?, pregunta Bely.

Por muy llena que esté la maleta negra, un buen día queda vacía. Y entonces hubo que volver. Y aquí están los que son los propietarios de lo que tú llamas mi alma. Me hicieron llamar, anularon mi letra de cambio y me mandaron a trabajos forzados. Y aquí me tienen. Porque no pensarás que ninguna de mis empresas es realmente mía, ¿no? ¿O que soy propietario de cualquier otra cosa más que lo que llevo puesto en este momento? Si así fuera no estaría tan agotado y fatigado. No tengo otra salida. O sigo representando su obra de marionetas o me corto los hilos de los que estoy colgado yo mismo. O bien...

¿O bien qué?, pregunta Bely.

O dejo que me los cortes tú, dice en voz baja Maher. Mmm, este olor a carbón y a sudor humano, qué rico, me recuerda mi infancia. Y mañana para colmo es miércoles de Ceniza, dios mío, a veces me siento como si tuviera un par de millones de años de edad.

¿Quiénes son los que pertenecen al Gran Orco?

Maher mira a Bely por debajo de las cejas y se enciende un cigarrillo.

Mmm, qué buenos son estos cigarrillos. ¿Sabe? Hay que fumar cada cigarrillo con placer, como si fuera el último, así hasta fumar tiene sentido.

Maher arroja unos aros de humo a la noche helada. Se queda en silencio. Luego continúa.

Ya han conocido a nuestra colega Magda, supongo que también a la señora Grin, considerando que esta noche la han buscado sin éxito por toda la ciudad. Luego están Mat y el pobre Gramo, al otro lado de la plaza, aquí enfrente, Farkas y Kovač, a quienes tampoco he visto esta noche, y Kirilov, a quien seguramente no van a encontrar, y por supuesto mi torturador, el alcalde Voda. Hay más, pero a los demás no los conozco. Bueno, seguramente ya saben también de la vidente. Aunque en poco tiempo no va a estar más, va a volar a las estrellas. Miren.

Maher señala en dirección al globo de Capital Europea de la Cultura. Dos operarios acaban de encender los reflectores que lo alumbran. Además del globo, en la pared del arzobispado se enciende y se apaga el cartel de neón

BLUE NIGHT DANCING

Maher observa la reacción de Bely.

A algunos les parece un horror lo que ocurre con el arzobispado. En mi opinión, justamente el hecho de que ahora sus ilustres instalaciones alberguen un bar de *striptease*, refleja una verdad más profunda de Maribor. Quizá necesitaríamos más *striptease*. Pero no me refiero a las chicas. Quiero decir que como sociedad necesitaríamos un verdadero *striptease*, para que se viera quién tiene sangre en las venas. Ya sabes lo que dicen en Pohorje: Da igual cómo sea, basta que sea mía.

¿Qué quieres decir con eso, Maher?, pregunta Bely un poco nervioso.

Maher se alza de hombros y se abre la chaqueta. Debajo tiene un revólver con silenciador.

Creo que ya es hora, estimado colega.

Bely y Rosa se miran perplejos. Maher sonrío y arroja el cigarrillo. La colilla roja vuela a la nieve negra, se apaga enseguida. Enseguida sale gente por la puerta de entrada, se abren paso entre Rosa, Bely y Maher. Segundo

entreacto. Maher vuelve a sonreír, asiente y corre a la esquina del teatro. Bely se abre paso entre el gentío y corre tras él. Rosa los mira. La gente conversa. Algunos salen en la noche, otros se quedan junto a sus vasos. La atmósfera es seria. Rosa sube y baja las escaleras varias veces, intranquila. Muchos se van. Después de algún tiempo las escaleras empiezan a vaciarse. El timbre anuncia el fin del segundo entreacto cuando Rosa vuelve a ver a Bely.

¿Qué pasó?, pregunta Rosa.

Lo encontré en el patio de al lado. Se disparó antes de que llegara hasta él.

¿Qué hacemos ahora?, pregunta Rosa.

Tú vas a la función y yo a lo de la adivina.

Rosa asiente. Bely se apura por la calle en sombras. Rosa va tras los últimos espectadores al vestíbulo. El bar del teatro, donde ha estado sentada con Maher y Bely poco antes, ya está en orden y a oscuras. La acomodadora le abre con cuidado la puerta de la sala a oscuras. Ahora muchas butacas de la galería están vacías. Rosa se sienta muy atrás. En el escenario, un interior moderno, minimalista. Las mujeres están vestidas de enfermeras de la Cruz Roja; los hombres con esmoquin. La luz de escena es blanca, de neón.

CONDESA ROSTOVA: Las guerras y las revoluciones sangrientas, la aniquilación de la cultura y el derrumbe de los estados no ocurren solo por nuestra malvada voluntad. La revolución debe llegar hasta el fin, debe vivir hasta el final su horror y su rabia. Los extremos vencen. Las víctimas son siempre quienes comenzaron. Es la naturaleza de los cambios radicales.

Natasha, pálida, inmóvil. También Nikolai se despierta. Entra Sonia.

NIKOLAI: ¿Madre? ¿Sonia? ¡Moscú! ¡Sonia!

SONIA: No hables. No me debes ninguna explicación.

NATASHA: ¿Qué ha ocurrido? Madre, ¿por qué lloras?

CONDESA ROSTOVA: No es nada, no es nada...

Rosa se queda mirando el gran monóculo que lleva Pierre Bezujov. Cada tanto el haz de los reflectores se corta en el pequeño vidrio, la luz destella, el

reflejo se pasea por los espectadores de la galería. A Rosa otra vez la invade una andanada de recuerdos. En su superficie oscura y lejana se oyen las voces de las entrañas del teatro; en el fondo de piedra, dos rostros infantiles iguales solo en apariencia, dos niñas. Sueltan risitas y desaparecen cada una por su lado.

ANDREI: María... Gracias por haber venido. Es hermoso... Hermoso... Masha, tú...

MARÍA: Déjame.

ANDREI: No hay que llorar, aquí. Nosotros no podemos entender...

MARÍA: ¿Qué cosa?

ANDREI: Qué es el amor. El amor molesta a la muerte. La muerte es el despertar del amor. He muerto. He despertado. Sueño que algún día las personas tendrán alas, y podrán volar en pos de sus sueños. En esos sueños de dicha de la iglesia salen fuera de sus vestiduras de piedra. De cada gota de color y de luz se forman nuevas imágenes. Como una fuerte nevada caen del cielo los fuegos de artificio de los íconos de oro. Para mí, que soy una pizca de amor, morir es volver a la fuente común de eternidad.

Andrei muere.

María y Rostova.

CONDESA ROSTOVA: Ahora sé... Comprendo por fin... El ser humano vive conscientemente para sí, pero al mismo tiempo sirve como instrumento inconsciente para alcanzar fines históricos. Cada ser humano vive una doble vida: la personal, que es tanto más libre cuanto más abstractos son sus intereses, y la de las fuerzas de la naturaleza, en la que el ser humano, por las buenas o por las malas, cumple con las leyes que le han sido prescritas.

LA BOLA DE CRISTAL

Bely corre hacia arriba, en dirección al Calvario. La nieve derretida se escurre por las canaletas y alcantarillas. En uno de los edificios de apartamentos hay fiesta, música y gritos. Bely ve a dos disfrazados de ratones blancos que fuman en el balcón y arrojan las cenizas a la calle. Pronto el ruido cesa. Las mansiones de la ciudad, la noche. La vereda por la que Bely camina está levantada como las entrañas abiertas de un pez varado en la orilla. El edificio de Voda está entre las casas bajo la cima del Calvario, detrás solo se ve el bosque gris que trepa en la penumbra de la montaña. La puerta de entrada está cerrada. Bely lee los apellidos en los timbres. De ocho apartamentos hay dos sin nombre. Abajo dice Grin, un poco más arriba el apellido de la directora de la administración comunal y de la vicealcaldesa. Arriba, iluminados, están los apellidos Numen y Ornik. Bely vuelve sobre sus pasos a la calle y mira las ventanas. Todo el edificio está a oscuras, solo tras una de las ventanas en el extremo izquierdo flamea una lucecita mínima, de brillo cristalino. Un zumbido. La puerta automática se abre. Bely entra. Hay cámaras en el pasillo. Se abren las puertas del ascensor. Bely entra; el ascensor requiere llave, las puertas se cierran solas; está claro que quien llamó el ascensor es la misma persona que abrió la puerta. Cuarto piso. Las puertas del ascensor se abren directamente al apartamento. Alfombras persas, muebles franceses tapizados del siglo XIX, vajilla de porcelana y cubiertos de plata. En las paredes hay trofeos de caza, esculturas de madera de ángeles. Luces bajas.

Entre, señor Bely, sin pena.

La voz viene del cuarto de al lado, adonde da una gran puerta de doble hoja entreabierta. Bely entra en la sala. En el hogar flamea el fuego, el sofá modular está tapizado en terciopelo rojo. En el sofá está sentada una figura de

mujer, la luz tenue lame su rostro, está vestida solo con un camisón, está descalza con las piernas recogidas, de modo que está sentada sobre sus propios pies, y tiene en la mano una copa de espumante.

De verdad le ha tomado mucho tiempo, señor Bely. Sin pena, por favor, siéntase como en su casa.

La mujer deja la copa, se pone de pie y se acerca a Bely. Los ojos de Bely se van habituando a la penumbra. De cerca, Nana Numen se ve más vieja que en un primer momento. Las bolsas bajo los ojos, la silueta en la bata de seda revela el abdomen prominente de la edad, los pechos con una ligera caída.

Anastasia lo describió como alguien menos retraído, señor Bely. También su carta, Géminis con ascendente en Escorpión, me da la impresión de que detrás de esta fachada se esconde un hombre considerablemente más decidido y elocuente que lo que deja entrever. Le he servido champaña, ¿no la iré a rechazar, verdad, señor Bely? Únase a esta vieja señora que se ha aburrido mucho con la espera. En especial hoy. No hay nadie. Nuestra casa es una casa de los espíritus. Todos están en el teatro. Como si no tuvieran suficiente con el teatro de sus vidas. Pero un clavo saca a otro clavo, ¿o no, señor Bely? Siéntese, por favor.

Bely se sienta frente a la mujer. Observa el lugar. Hay espesos cortinados, estantes con libros, una gran pecera que ilumina la pared opuesta del cuarto con una luz titilante. Muchos cuadros al óleo y fotografías, indiscernibles en la penumbra. Al otro lado hay una mesa redonda, cubierta con un rico mantel satinado.

Junto a Nana Numen hay un recipiente con hielo. Numen toma uno y se lo pone bajo los ojos.

No debe tomarme a mal esta indiscreción, señor Bely. Qué pensará usted ahora, una vieja que lo recibe en bata de dormir y se pone hielo bajo los ojos delante de usted. Pero sabe, ya estaba pensando que se había olvidado de mí y que esta noche no vendría. Estaba por irme a la cama. Pero no por eso estoy menos contenta de que usted haya venido. ¿Qué tal estuvo la función?

Aún no termina, responde Bely, seco.

¡Dios mío, este Andreas! ¿Sabe?, a mí no me gusta, sus símbolos no concuerdan, porque los toma de obras pictóricas de artistas no consagrados, pero de todos modos tiene su historia y su encanto. Recuerdo la *Divina comedia*, en particular el Purgatorio. ¿La vio? Verdaderamente magnífica.

¡Pero quién aguanta hoy en día más de dos horas en el teatro, por el amor de dios, el teatro no es una sala de tortura! Si uno no puede decir lo que piensa en dos horas, mejor es que se calle. Aunque se trate de *La guerra y la paz*. Pues haces una hora de guerra y otra hora de paz. O mejor en otra proporción, más favorable a la paz. ¿No es así, señor Bely, o no está usted aquí para encontrar la paz? En eso tal vez puedo ayudarlo un poquito. Bueno, ¿quiere champaña?

Bely le agradece y deja la copa sobre la mesa. Su mirada se detiene en una gran fotografía en blanco y negro. Hay una chiquita con largo cabello rubio. Está sentada en el regazo de Dedek Mraz, de Abuelito Frío.

¿Está mirando mi fotografía de la infancia? Quizás usted no sabe que mi padre fue un famoso Dedek Mraz en Maribor. Mis medios hermanos siguen con el oficio, uno como Papá Noel, el otro como Dedek Mraz, un poco absurdo, pero así es. Mi padre fue un hombre especial, señor Bely, tuvo que pasar por muchas cosas difíciles, y eso lo marcó. ¿Quiere té? Si lo desea, puedo también hacerle el ritual del té.

¿La ceremonia oriental del té?, pregunta Bely.

No, la oriental no la hago, y es un poco aburrida, puedo hacerle la de Pohorje. ¿No la conoce? No hay nada más relajante. Bueno, en realidad no se trata en absoluto de beber té, pero tiene su efecto estimulante. Hay que meterse en la boca brotes frescos de abeto. Luego hay que verter agua cada vez más caliente en los pies. Cuando se llega al punto de quemarse los pies, la boca empieza a segregar enzimas que extraen de los brotes de abeto una sustancia curativa. Le diré que es magnífico y refuerza el sistema inmunológico.

Señora Numen, no he venido a tomar té ni a lavarme los pies, dice Bely.

Yo se los lavaría con gusto. Como María Magdalena se los lavó a Jesús o como se los lavo habitualmente a mi pequeño cazador.

¿Se refiere a Voda?

A Voda, por supuesto, ¿a quién si no? ¿No es bonito lavar los pies del señor Voda, es decir, del señor Agua, con agua?

Nana Numen vuelve a sacar un cubo de hielo del recipiente y esta vez se lo pone en el cuello. Entretanto, Bely ya se ha habituado por completo a la penumbra y ahora ve numerosos moretones y derrames en el cuerpo de Nana.

Mi pequeño cazador. Mi padre también era cazador, ¿sabe? Igual que

Voda. Los trofeos que ha visto en la entrada son de mi padre. Es lo único que lo calmaba, estar en el bosque en su atalaya, siempre al acecho. En su opinión, es la actividad más humana, o el juego más humano, si lo desea, cazar y ser cazado. Por lo demás, probablemente es cierto que somos siempre predadores y presas al mismo tiempo, ¿o no, señor Bely? Probablemente a usted también lo están persiguiendo. Por eso también se ha apurado a venir. El tiempo no es su aliado, pero sí es el mío. ¿Y sabe por qué? Porque sé que no lo hay. Solo hay fantasmas que nos circundan. Y esos fantasmas me susurran sin cesar que no hay tiempo. Todo lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá está ocurriendo ahora, en este instante. Se podría pensar que entonces todo está decidido, pero no es así. Este es el mayor misterio. A pesar de que no hay tiempo y de que todo ha ocurrido ya, podemos cambiar e intervenir en lo que ha ocurrido. Extraño, ¿no? Pero es así. Y además, ¿quiénes somos nosotros, la especie humana, señor Bely? En el mejor de los casos somos apenas pequeños animalitos que de vez en cuando adivinamos algún mensaje de las estrellas, eso es todo. Entendemos más bien poco.

¿Qué sabe acerca de los que conforman el Gran Orco?, pregunta Bely.

El Gran Orco excede los individuos que lo conforman. Es una estructura más elevada, una inteligencia superior, si quiere. Y esa estructura tiene una tarea bien determinada.

¿La tarea de mantener el estado de cosas tal cual está?, dice Bely. ¿Mantener la memoria borrada y los espíritus que componen nuestra alma en estado de confusa ceguera?

No solo eso, señor Bely, no solo eso. Se trata de mucho más que custodiar un estado determinado. Se trata de preparar la nueva llegada de los que vinieron hace mucho tiempo y nos crearon tales como somos ahora. Fuimos creados con la muerte, o más exactamente con el homicidio, señor Bely. Con el mayor homicidio, que no tiene comparación con nada más en el mundo. Las guerras mundiales, la bomba atómica, las revoluciones, todo eso es incomparable con el alcance de la masacre del soberano Xenu. Aquí se habla todo el tiempo de las matanzas de posguerra. Todo eso es nada en comparación con la cantidad de almas asesinadas que flotan a sus anchas en nuestro planeta. ¿Y sabe una cosa curiosa? Que todas las grandes historias religiosas indican un retorno. Mire el cristianismo: el retorno del redentor. ¿Sabe?, cuando era chica iba a menudo a la iglesia y rezaba. En particular me

gustaba rezar al pesebre en tiempos de navidad. Era una niña muy inquieta. Cuando estaba rodeada por el pesebre, con las escenas de los pastores y los animales reunidos alrededor del redentor recién nacido, yo era completamente dócil. Y luego ocurrió que estando en la iglesia me quedé dormida en medio de la oración. Hacía mucho frío, pero a pesar de eso me quedé dormida en el piso helado. El párroco me despertó y me reprendió. Mientras dormía, había desaparecido del pesebre la preciada estatuilla de Jesús. Hasta hoy no sé quién la robó y cómo ocurrió eso. Solo sé que dormía profundamente mientras ocurrió el robo y que me desperté con temperatura alta. Y no obstante estar enferma, el párroco me reprendió. Después de ese episodio tuve una grave neumonía, con alucinaciones durante varias semanas; estuve al borde de la muerte, pensaban que ya me iba. Pero sobreviví. Desde entonces tengo una fuerza extraordinaria. Nunca más vi al párroco. Los demás tampoco lo volvieron a ver. Mi padre dijo que había sido trasladado, aunque lo dudo mucho. Creo que mi padre se vengó por su comportamiento. Así era él. Un cazador.

Nana Numen vuelve a extender la mano hasta el recipiente de plata con hielo. Esta vez mete la mano más adentro y saca de abajo del hielo una bola de vidrio, la hace rodar por sus mejillas y por el cuello, se descubre el hombro izquierdo, pone la bola sobre él, y luego la baja hasta su falda.

Ya ve, millones, miles de millones de personas creen que Jesús volverá algún día. Yo en cambio sé que algún día regresarán Xenu y sus sucesores. Hay sucesos que es necesario restaurar, señor Bely. Por sangrientos que sean, esos sucesos conservan la vida de civilizaciones enteras. Para la mente humana es, por supuesto, una paradoja que las civilizaciones vivan por causa de la matanza, pero así es. En este sentido, esta infeliz Capital Europea de la Cultura es parte de una constelación más amplia. Hemos sacado provecho de esta situación histórica sin parangón, el hecho de que la Capital Europea de la Cultura sea justamente Maribor y no cualquiera otra ciudad europea. Mi cazador ha hecho instalar en la ciudad trece nuevas fuentes. ¿Ha visto qué hermosas son cuando están iluminadas por la noche? Además hemos emplazado varios globos indicadores. La gente se ríe porque los ubicamos en lugares determinados con una precisión de hasta diez centímetros, pero todo eso tiene una razón de ser, por supuesto. ¿Sabe usted, Bely, qué son esas fuentes y esos globos indicadores? ¡Una constelación! Cuando están

iluminados, son Osiris, que se ve también desde el espacio. Xenu está cerca, y debe saber dónde está el lugar que recibirá su nuevo envío.

¿De veras piensa que puede repetirse lo que ocurrió hace millones de años?, pregunta Bely.

Nana Numen sonrío y toma la bola de cristal.

Su ingenuidad me sorprende, señor Bely. Todo se repite desde siempre, una y otra vez. Y seguirá repitiéndose. Vivimos solo un fragmento mínimo de uno de los infinitos ciclos.

Pero las almas..., dice Bely.

También las almas tienen su periodo de vida. La información se pierde, es necesario refrescarla. Y hablando de refrescos, no ha probado la champaña.

Dígame quiénes son los otros miembros del Gran Orco.

Nana Numen ríe en voz alta ante la pregunta. Se pone de pie lentamente, sostiene la bola más cerca del fuego.

Hay cosas que no sé, señor Bely. Sé de todas las muertes. Cuando miro a alguien, por lo general sé cuándo y cómo va a morir. Cuando voy a dormir, sueño con los asesinados. Mi mundo está lleno de muertos vivos, ¿lo entiende? Pero hay cosas que están vedadas hasta para mí y mi bola.

Numen pasa la mano suavemente por la bola. Un brillo tenue aflora en la superficie de cristal bajo su mano. A Bely le parece que ella está viendo algo. Quiere acercarse, pero en ese momento se da cuenta de que está clavado en el sofá y no puede moverse.

¿Tenía la intención de hipnotizarme, señor Bely? ¿Sabe?, su hipnosis está en el nivel principiante. Esto que le pasa a usted ahora, es una forma más alta de hipnosis, aunque tampoco es nada especial. No lo he hipnotizado como entidad espiritual; tan solo he hipnotizado al animal que usted habita, de modo que ya no puede controlarlo. Muy sencillo. Ahora usted es un alma sin cuerpo, señor Bely, y eso es lo que en realidad es.

Nana Numen pone con cuidado la bola en la mesita frente a Bely. La bola emana una suave luz azulada.

¿Tal vez le interese saber cómo se conformó el Gran Orco, señor Bely? Usted no puede hablar, pero puedo leer sus pensamientos y sé que le interesa. Le interesa tanto como muchas otras cosas que no podrá averiguar. Al menos no en esta vida, señor Bely.

Numen va a la ventana, descorre ligeramente la cortina.

Entonces, el Gran Orco, o mejor dicho la gran formación estelar de los trece, existe desde siempre, pero se materializa en distintos lugares para llevar a cabo una tarea determinada en un momento determinado. Aparece una y otra vez en distintos lugares y entre personas distintas. No sabemos mucho. Pero sé que la última constelación estelar de los trece aquí en Maribor se formó hace más de un siglo, en la generación de nuestros abuelos. Fue justo antes de la Primera Guerra Mundial, en el año 1913. Un grupo de campesinos de Pohorje fue en peregrinación a una iglesita en el Calvario. Allí los sorprendió la noche. Era verano, sábado 21 de junio, y los campesinos durmieron ahí afuera, en el prado que rodea la iglesia. Por la noche brotaron de la tierra hongos luminosos. A pesar de que los campesinos conocían mucho de hongos, nunca antes habían visto unos así. Eran como trompetas de la muerte pero sin color y despedían un olor sofocante que los despertó. Los campesinos se miraban unos a otros, y en ese momento se levantó un polvillo de los hongos, acompañado por un sonido, y todos los que estaban en las proximidades se abalanzaron como locos y empezaron a comer los hongos crudos. A ninguno de ellos, por supuesto, se le pasó por la mente que estaban en una montaña inmensa hecha de los cadáveres de millones de seres asesinados de otro planeta. Los hongos no eran hongos, sino extensiones de sus cuerpos en descomposición. Los campesinos que comieron hongos se elevaron por el aire. De acuerdo con el relato de uno de ellos, se elevaron a unos tres o cuatro metros de altura. Ahí pendían indefensos, tenían alucinaciones diversas, pero hasta donde se sabe, hubo una alucinación colectiva de un gran pulpo. Este pulpo no tenía ocho tentáculos, como es habitual, sino trece. A los campesinos, que estaban balanceándose indefensos en el aire, el pulpo les metía sus tentáculos mucosos en la boca y en los otros orificios del cuerpo, y ellos vomitaron y defecaron durante toda la noche hasta la mañana siguiente, cuando, extenuados, el pulpo los dejó caer al suelo y los apoyó sobre los charcos de lo que habían expulsado por la noche. Los hongos desaparecieron y nunca más fueron vistos. Los que habían comido hongos llegaron a un acuerdo: sobre ese acontecimiento no hablarían ni una palabra con nadie, porque los habrían tomado por locos. Muchos de ellos de todos modos murieron luego en los frentes de guerra, pero quedó un número determinado de personas, y guardaron el secreto para sí y para sus

descendientes. Entre ellos se formó un grupo de trece guardianes de lo que habían visto y vivido: el llamado Gran Orco.

Nana Numen vuelve a acercarse al hogar y contempla las llamas.

Ha madurado el tiempo para una nueva despoblación de su planeta. Las almas que flotan atrapadas en la gente de la Tierra son más débiles, deben recibir nueva información. Todos tomamos nuestro saber y nuestra inteligencia de Xenu, Bely, sin ellos seríamos animales ordinarios. No obstante toda esa inteligencia y saber no podemos responder a las preguntas más elementales. Usted, por ejemplo, cree que las personas somos más que meras portadoras de las almas de Xenu. O al menos que entre esas almas existen determinadas fuerzas que desean lo que a usted le parece bueno. Usted piensa que la vida trae por sí misma una nueva vida, sin venganza. Usted cree en el perdón, Bely. ¿Qué es al fin y al cabo el perdón? Y aún si cree en perdonar a otros, dígame por favor ¿cómo se perdona uno a sí mismo? ¿Quién perdona en lo profundo de nosotros, quién es el juez de nuestros actos? Es difícil responder, ¿no es así? ¿Cómo va a responder la paradoja de haber tenido que matar para hacer el bien? ¿Acaso no es usted, que ha asesinado a propósito, peor que aquellos que matan por emoción violenta, enceguecidos o por fidelidad a su conciencia? ¿Acaso su sangre fría, que justifica el asesinato por fines más elevados, no es igual al de Xenu? ¿No es usted, Adam Bely, una copia de peor calidad e incomparablemente más ignorante del propio Xenu? ¿Es que no ve que con sus esfuerzos por cambiar el orden imperante, solo reafirma ese orden? En efecto, este orden se ha establecido con el mismo acto con el que usted intenta establecer su nuevo orden: el asesinato. ¿Qué información es el perdón? Ninguna. Voy a mostrarle algo.

Nana Numen se acerca a Bely y le saca la polvera de la chaqueta.

Ya ve, en esta constelación yo podría comerme todas sus bolitas de pan y no pasaría nada, nada de nada. Al lado de mi bola, estas son apenas unas bolitas de pan manchadas con un poco de mugre y jugos gástricos. Yo prefiero otra cosa, dice la Numen, deja la bola en la mesa de vidrio que está frente a Bely, y abre un cajón. De una bolsita espolvorea en la superficie de vidrio de la mesita un polvo blanco, lo corta, hace rayitas y esnifa.

Ahhh, nada mejor que cartas astrales y cocaína, Bely. ¿Tú también quieres? Ah, claro, olvidé que ya no tienes cuerpo para gozar de estas delicias

animales.

Nana Numen se sonríe y toma un hielo del recipiente de plata; lo pone sobre sus ojos. ¿Qué haré contigo, Bely? ¿Te convertiré en un sapo? Sería demasiado fácil. ¿Te cortaré la cabeza? Suena un poco mejor. Creo que voy a esperar a que vengan los albañiles. En la obra de construcción de la planta de tratamiento de aguas aquí cerca necesitan un poco de carne humana para emparedar, con cemento solo es muy aburrido. Es una práctica habitual en la construcción de templos. Se empareda gente viva como custodios del templo, ahuyenta a los malos espíritus.

Nana Numen esnifa una segunda raya de cocaína, guarda los utensilios en el cajón, se pone de pie y va hasta la pecera.

Ya ves, aquí tengo también un pequeño pulpo y pececitos de colores. Qué calma parece la vida en el agua. Pero en Maribor siempre tenemos problemas con el agua.

Por debajo de la manga de la chaqueta de Bely aparece la sombra de un tentáculo, se van moviendo huellas por la piel. La sombra se desliza y pasa de Bely a la mesa.

Pero tú no buscas calma. ¡Calma, pero qué palabra! ¿Pero de veras piensas que vas a liberar a alguien del pasado si cortas los tentáculos del pulpo? El Gran Orco no abraza el tiempo, Bely, el Gran Orco es el mismísimo ojo del tiempo. Puedo leer en ti que crees que llegamos al estado *clear* solo si cambiamos nuestro propio pasado de tal modo que ya no nos aferremos a nada. Pero al mismo tiempo está claro que tu perdón puede entenderse como guerra total. Lo que tú llamas perdón es en realidad un asesinato espiritual.

Nana Numen toma una cajita con comida para peces y espolvorea un poco de alimento en el agua. Los peces se amontonan arriba, hay una agitación salvaje en la pecera. Desde una piedra en el fondo de la pecera se extiende un largo tentáculo y vuelve a esconderse en el refugio por un agujero.

Entretanto, Bely observa las sombras de los tentáculos de otro pulpo, el que se deslizó desde su cuerpo y ahora se eleva por la superficie de la mesa y bailotea alrededor de la luz azulada de la bola.

¿Entonces, lo que tú llamas perdón es una corrección del tiempo? ¿Es liberar al presente del pasado o es más bien un tiempo con una nueva carga,

el presente con el peso agregado del futuro? Como sea que lo mires, Bely, eres y serás un asesino.

Nana Numen mira la pecera y pronuncia las últimas sílabas lentamente, como si picara sus pensamientos en pequeños trozos y los trozos en un polvo muy fino.

Con el perdón no ayudamos a los otros sino tan solo a nosotros mismos. Perdonar a los otros, Bely, es el egoísmo en grado sumo. Y yo estoy harta de hombres egoístas. Así era mi padre. Y Voda es igual.

Los tentáculos trepan por la luz azulada y la cubren. La sombra del pulpo asciende a la parte de arriba de la bola y la rodea por completo. La luz azulada se apaga. Por un momento Bely puede volver a mover sus extremidades. Se abalanza sobre la bola y la arroja sobre Nana Numen. La bola la alcanza y la golpea, y cae en la pecera. Estallido, vidrios, agua que se derrama por la habitación, el fuego en el hogar flamea y se apaga. Por todas partes hay peces que boquean por el piso. El cuerpo de la vidente está tendido, ensangrentado e inmóvil, clavado en los vidrios rotos de la pecera. Alrededor del cuello de Nana Numen juguetean los tentáculos del pulpo que se ha arrastrado desde el fondo de la pecera.

Bely registra el apartamento de prisa. Arroja cosas, libros, mira las fotografías que están colgadas en las paredes. Hay demasiado de todo como para que encuentre algo. Después de unos minutos sale del ascensor y del edificio, y se da vuelta a mirar. En la ventana del último piso sigue titilando la lucecita que indica el apartamento que espera huéspedes. Por lo demás todo está oscuro. No hay un alma. Bely avanza con pasos rápidos por la calle en dirección al teatro. Dos calles más adelante sale una silueta desde unos arbustos, se queda de pie bajo la llovizna neblinosa. Cuando se acerca, Bely reconoce a Gros. Se miran sin decir una palabra. Bely sigue, Gros lo sigue. Camina detrás de Bely sin decir nada por un tiempo, luego por fin habla con voz aguda. A Bely lo sorprende la voz; nunca se hubiera imaginado que un hombre tan corpulento podría tener una voz tan aflautada, y que solo ahora notara que nunca lo había oído hablar.

¿En casa de cuál de las señoras de Voda ha estado, Bely?, ¿en la de la directora del teatro, Anastasia Grin? Ella debería estar en el teatro, pero no la he visto en ningún lado, tampoco en la función. ¿O ha estado en las de las dos vicealcaldesas que viven aquí? Pero hoy ellas dos también están en el teatro.

¿O en la de la adivina? Aunque dudo que sepa predecir el destino, mucho menos el de ella misma, porque dicen que lo más difícil es predecir lo que le ocurrirá a uno mismo, ¿qué le parece, Bely? ¿Puede usted predecir lo que le sucederá?, ¿sabe lo que ocurrirá con usted?

Bely sigue caminando en silencio. Trata de ir lo más rápido posible, casi corriendo, pero Gros no le pierde de vista, es más alto que Bely y lo sigue sin el menor esfuerzo.

Supongo que ha visto lo que ocurrió con la señora Ornik. Está en un estado calamitoso, verdaderamente calamitoso.

Cuando dice «calamitoso» Gros deja ver una sonrisa ácida. Bely lo mira y acelera el paso aún más.

Mire, señor Bely, el inspector Maus no le ha dicho toda la verdad, pero creo que no estaría mal que se enterara. El inspector Maus ha callado dos detalles que no son menores.

Bely se detiene. Ya están delante de la imponente fachada del teatro, en la entrada trasera para los técnicos está aparcado el camión del Teatro Nacional de Zagreb.

En primer lugar, el inspector Maus no ha dejado el caso voluntariamente, sino que ha sido apartado, dice con su voz aflautada, que recuerda un trino, el asistente de policía Gros. La jefatura de policía toma su hipótesis con gran seriedad; no obstante existen dudas sobre su imparcialidad o al menos sospechas de un tendencioso ajuste de cuentas con el alcalde. Nadie cree que el alcalde sea inocente. Su culpabilidad es evidente, y que pague por todo es solo es cuestión de tiempo. Pero entre la sospecha y las pruebas hay una brecha importante y a la policía de este país no debe volver a ocurrirle que los delincuentes no estén tras las rejas solo porque las pruebas incriminatorias se han obtenido de forma ilegal, son plantadas o no son suficientes para el tribunal. Y hay algo más que el inspector Maus le ha ocultado. Gros hace una pausa, como si quisiera crear tensión dramática, lo cual no se le da muy bien considerando su torpe manera de hablar y su inusual timbre de voz. Además de Pavel Don Kovač y Magdalena Ornik, hoy en la mañana descubrimos un caso más. Se trata del gastrónomo Solo Gramo, del restaurante Nuevo Mundo. Lo conoce, ¿no es así?

Bely observa a Gros, que hilvana las frases lenta, gradualmente, como si estuviera aprendiendo la sintaxis correcta.

Hace unos días que había desaparecido y hoy los empleados lo encontraron en el depósito del restaurante, desnudo, escondido en el tonel de repollo fermentado. Resistió con todas sus fuerzas para que no lo sacaran del tonel, y al final tuvieron que seducirlo con una gran pata de cerdo para que saliera. Su empleado lo había visto por última vez una semana atrás, cuando se quedó en el restaurante después del cierre. Con él se quedaron solo dos personas, la señora Portero y usted, ¿no es cierto?

Bely asiente.

También a él le hicimos una entrevista.

Entrevista... como sea. ¿Pero no le parece un poquito extraño que tres de las cuatro personas a quienes entrevistó se hayan vuelto locas justo después?

Bely se queda en silencio. En ese momento hay un aleteo justo arriba de Gros. Sobre su gabardina negra caen dos manchas grises de excremento de aves.

Repugnante, dice Gros en falsete y con un movimiento lento de su pañuelo limpia buena parte del excremento de su gabardina. No tengo nada en contra de que exterminemos a estos pájaros de mierda, ya sea que la teoría de Maus se pruebe o no. Dígame, Bely, a Kovač también lo conoce, ¿verdad?

Bely asiente.

¿Lo ha visto en los últimos días?

Lo vi fugazmente en la inauguración del centro Marks, dice Bely.

¿Hablaron?

Como le he dicho, solo fugazmente.

Mmm, señor Bely, ¿a quién más se proponen entrevistar usted y la señora Portero?

Ya estamos terminando con las entrevistas. Ya hace una semana entera que estamos aquí y tenemos que empezar la producción.

Según todos los indicios ya podría arrestarlo, pero no lo haré. Sería bueno que siguiera las instrucciones de Maus y se presentara mañana por la mañana a las ocho en el departamento de policía. Vamos a hacer un breve informe de todo lo que sabe, y por ahora quedará en libertad. Pero le advierto, Bely, en cuanto la investigación se encamine...

El asistente de policía Gros baja la voz aflautada para decir estas últimas palabras.

Gros mira a su alrededor, como si buscara en la oscuridad, y luego de la pausa agrega finalmente: ¿Vuelve al teatro? La función probablemente ya haya terminado.

Bely asiente. Se da la vuelta y deja atrás a Gros en la oscuridad.

EL ARCHIVO TOTAL

La gente fuma frente a la entrada del teatro y en el balcón sobre la puerta de entrada. En el primer piso hay una recepción. Hay una multitud alrededor de un enorme pastel hecho con salchichas de Kranj. Sobre el pastel hay un pequeño cañón como los que usaban los soldados de Napoleón. Bocas que mastican, choque de copas, risas y bullicio. Gubec en pantalones de gimnasia y calzado deportivo, flash, los rostros célebres de Maribor posan ante la cámara del periodista. Al otro lado del pasillo, Rosa Portero.

¿Cómo terminó la función?, pregunta Bely. ¿En guerra o en paz?

Mejor cuéntame qué pasó con la adivina, contesta Rosa.

Sus almas han sido perdonadas, ya no va a hacer ninguna predicción, dice Bely y mira a su alrededor. ¿Y Voda, ya lo encontraron?

Aún no, contesta Rosa en voz baja. Si lo hubieran encontrado no seguirían adelante con la recepción, supongo. A pesar de todo es el alcalde.

Bely se alza de hombros.

Es evidente que aún no conoces esta ciudad. Para la mayoría de los aquí presentes lo inolvidable de esta noche no va a ser la función, sino lo que ha sucedido en el teatro, que les dará qué hablar en los próximos días.

¿Has descubierto quiénes son los otros dos miembros del Gran Orco?

Bely niega con la cabeza: Lamentablemente Nana Numen no ha dicho nada que nos resulte útil.

Entonces la caja del padre Kirilov es nuestra última oportunidad. Si no desentrañamos el enigma de la lente de vidrio y el pesebre vacío, habremos terminado.

Todo lo contrario, dice Bely. Me temo que en ese caso no habrá final.

Como te parezca, dice con displicencia Rosa.

Bely, señora Portero, sonrían por favor, interrumpe Gubec.

Flash. Gubec comprueba la calidad de la fotografía en la pantalla.

Te me has puesto un poco tenso, Adam, relájate. ¿Te gustó la función?

Fue una función correcta, sobre todo el primer acto, dice Bely. ¿Apareció Andreas al final o no?

¡Qué va a aparecer! Si estaba claro que no vendría. Y este banquete probablemente también es un mensaje de él para el público de Maribor. ¡Una torta de salchichas de Kranj, semejante cosa!

Pero a la gente evidentemente le gustan las salchichas de Kranj, mira qué voraces están, dice Bely.

¡Pero si es gratis! ¿Cuándo no han estado voraces si es gratis? Pero nosotros dos sabemos que nada es gratis, ¿no es así, Adam?, dice Gubec y vuelve a disparar una ráfaga con su cámara.

¿Cómo sabe mi nombre?, susurra Rosa cuando Gubec sigue su camino.

Pero si es que ya nos presentamos antes, dice Bely.

Sí, pero ni le dijiste mi nombre, dice Rosa, me llamó la atención porque por lo general lo haces. Y hay algo más. Creo que ahora sé qué tipo de lente dejó el padre Kirilov en su pesebre como indicador del duodécimo miembro del Gran Orco. No es una pequeña lupa, como siempre creímos, Adam, es la lente de una cámara fotográfica.

Bely mira a Rosa. En ese momento se oyen gritos desde abajo. Adam y Rosa corren escaleras abajo. Una multitud rodea al alcalde Voda. Miran Voda está en cuatro patas lamiendo el suelo. Pronto aparecen los enfermeros. Voda los elude. La gente se hace a un lado, el alcalde sube por uno de los ornamentos de metal del vestíbulo, trepa por sobre la multitud, que lo observa inmóvil. Se detiene bajo el techo, empieza a saltar y a soltar unos gritos animales. Los enfermeros se avergüenzan. No consiguen alcanzarlo de ninguna manera. Entonces uno se acuerda y trae unas cuantas salchichas. Así llaman la atención de Voda y vuelve a bajar. Tan pronto como empieza a meterse las salchichas de Kranj en la boca, se abalanzan sobre él y después de un breve forcejeo lo apaciguan y se lo llevan.

Ve tras ellos, le dice Bely a Rosa. Presta atención a ver si también van en el transporte Maus y Gros.

Rosa asiente y va detrás de los enfermeros.

La gente está muy nerviosa. Alguien muy alterado cuenta que desde uno de los cubículos del baño de hombres, que estaba cerrada con llave, provenían unos sonidos muy extraños. Como no contestaban fueron por el conserje. Cuando abrieron el cubículo, encontraron a Voda lamiendo la parte interior del inodoro. Tenía la cabeza mojada con agua y restos de papel higiénico en la cara. El hombre explica que Voda se abalanzó sobre la gente como un mono suelto, y la gente salió en estampida. Cuando se atrevieron a acercarse de nuevo, lo vieron lamer los mingitorios. Luego llegaron finalmente los de emergencias.

La trágica suerte del alcalde es un gran golpe para la ciudad y en especial para el público de élite que asiste a este estreno. La gente se pregunta qué vinculación hay entre la locura del alcalde y la de la directora del cementerio local. La mayoría de la gente está convencida de que ambos estaban drogados. ¿Pero con qué? Y además, ¿se drogaron ellos mismos y se excedieron o fueron víctimas de algún tipo de sabotaje? Para muchos de los presentes esto significa un cambio de escenario completo en las fuerzas políticas de la ciudad. ¿Qué pasará si Voda no vuelve en sí? Hay muchos que están en estrecha relación comercial con el alcalde. Bely ve caras preocupadas, intuye las maquinaciones y jugarretas de los distintos escenarios que se despliegan tras los rostros apesadumbrados y perplejos con gran intensidad.

Al parecer vamos a volver a tener elecciones anticipadas en Maribor, Bely oye a sus espaldas la voz de Gubec.

Cuando se da vuelta lo enceguece el flash.

Sonríe, por favor, dice Gubec. Así está mejor.

Gubec revisa la pantalla en la cámara de fotos.

No, estas no están bien, estás demasiado serio, Adam. Las primeras fotografías son mucho mejores, aunque adivino que en esas tienes otro traje. No conozco a nadie más que se cambie de ropa en medio de la función. Interesante, Adam. Solo tú y los actores en el escenario, claro. Aunque todo el mundo es un escenario, como bien sabemos.

Tienes memoria fotográfica, Gubec, dice Bely.

No. Mucho mejor que la memoria. Tengo los registros fotográficos. Sabes, un archivo como este es una cosa muy valiosa, pero solo para quien sabe interpretar las fotografías. ¿Qué sería de todas estas fotografías sin sus

historias? Imagínate cómo será en un par de siglos, cuando nuestros descendientes tengan a su disposición todos estos registros que ahora estamos haciendo. En el pasado, el pasado se borraba, pero ahora permanece, Adam, ya no es posible borrar nada.

¿Tampoco es posible borrar las fotografías del alcalde que lame los mingitorios?

Ya están en la web, Adam. Ya verás, en la próxima hora habrá miles de visitas a mi página web. Hoy en día el poder está en la información, no en el dinero, está claro.

¿Quién tiene las fotos domina el mundo?

Quien tiene las fotos y quien sabe interpretarlas domina el mundo, dice Gubec, levanta la cámara y toma una fotografía de la ministra de Cultura que está saliendo del teatro.

Hoy la ministra y Voda estuvieron hablando sobre la instalación de un recordatorio en memoria de las víctimas de las matanzas de posguerra aquí en la plaza frente al teatro. Parece que tienen intenciones serias. Quién sabe qué será de todo eso ahora que Voda se ha vuelto loco.

Pero incluso si vuelve a la sensatez, después de estas escenas está políticamente muerto, Bely. Elecciones anticipadas, te lo digo. Tres meses a lo sumo, y vamos a votar.

¿Tienes fotografías de todos los miembros del Gran Orco, Gubec?, pregunta Bely.

Gubec vuelve a poner en alto la cámara y toma una fotografía de la vicealcaldesa que retuerce las manos preocupada, o más bien desesperada, mientras da una entrevista para el periódico local.

Pero qué preguntas más extrañas me haces hoy, Adam. ¿Quién es ese tal Orco?, ¿una nueva banda?

Pensé que sabías quién era el Gran Orco.

¿Por qué habría de saberlo, Adam? No soy omnisciente, dice Gubec.

Pero si tienes fotografías prácticamente de todo el que cuenta en esta ciudad, ¿no es así?, dice Bely. Quién sabe todo lo que habrás visto y documentado.

¿Sabes cuál es el sueño húmedo de todo fotorreportero, Bely? No solo fotografiar al alcalde que en un raptó de locura lame los mingitorios, sino

fotografiar absolutamente todo lo que ve y lo que ven los otros. El archivo total, ¿te lo imaginas? Nuestros ojos son cámaras que trabajan desde la concepción hasta la muerte. Y todo eso está documentado y a disposición del público.

¿Piensas en una suerte de archivo de todo?, dice Bely.

¿También de nuestros sueños?

También de nuestros sueños, dice Gubec y se acomoda la ropa de gimnasia.

¿También de nuestros miedos y pesadillas?

También, agrega Gubec.

No está mal, dice Bely. Pero conozco algo mucho más interesante.

¿Y eso es...?

El archivo de todas las almas muertas. El archivo de todo lo que les ha sucedido y les sigue sucediendo en las diversas constelaciones y aún después de la muerte.

Gubec sonrío irónico.

La fotografía no conoce la muerte. Conoce el problema de su soporte material, no el problema de la muerte como tal. Si la película se deteriora, si la fotografía empalidece, no es problema de la fotografía sino del tiempo. Si el formato en que la fotografía fue hecha queda obsoleto, el problema es del *software*. ¿No entiendes que somos inmortales, Bely? Todo lo que nos rodea es y será eterno. La fotografía es la prueba viviente de eso. Los recuerdos no existen. Existen las fotografías.

Puede que así sea, pero solo con una condición, dice Bely.

Dime cuál es, dice Gubec.

Que la muerte se renueve. Que haya muerte una y otra vez y de ese modo se borra la secuencia de la memoria. Gubec, dime quién es el decimotercer miembro del Gran Orco.

Gubec estornuda con fuerza y se limpia con la manga.

Este aire acondicionado me va a matar, Adam. La verdad es que no sé de qué estás hablando, no conozco a esos rockeros. Pero es interesante lo que dices de la muerte. En algún sentido le rindes homenaje.

No es así. Pienso que alguien se alimenta de ella, alguien que está por arriba del sistema y lo supervisa. Este alguien tiene sus custodios. La mayoría

no tiene idea de qué tipo de trabajo hacen; otros, los elegidos, están mejor informados. Supongo que los reporteros gráficos son los mejor informados. Ustedes tienen registro de todos.

De todos todos, lamentablemente, no, Adam, aunque tengo fotos de la mayoría. Incluso de los nuevos candidatos a alcalde. Te lo digo, si sabes leer las fotos, puedes predecir el futuro con un alto grado de certeza. Y si puedes predecir el futuro, puedes influir en él. Más aún, si sabes leer las fotos puedes ser el creador de lo que va a ocurrir con la gente en las fotos. Puedo decirte con bastante certeza quién ganará las elecciones anticipadas para alcalde.

Seguro que también puedes decirme quién va a reemplazar mañana a los miembros faltantes del Gran Orco, dice Bely, seco.

En ese momento aparece Rosa. Bely la mira, Rosa niega con la cabeza.

Señora Portero, qué bueno que nos volvamos a ver, dice Gubec. ¿Sabe que es muy fotogénica? Con todo gusto la seguiría fotografiando. ¿Por su rostro se diría que sus antepasados vienen de América Latina?

Cuba, contesta Rosa.

Ahí hay muchas santerías, ¿o no? Yo no sé, no he estado nunca en Cuba, pero sueño con ir. Dicen que La Habana es mágica.

Rosa se queda callada y mira a Bely.

Aunque aquí tampoco es que nos falte brujería. La semana pasada trabajé con un periodista que escribe para unos periódicos ingleses. Estaba haciendo una nota sobre los cultos secretos y las sectas de Europa central. Estuvimos en el lago Balatón. Quién hubiera dicho que los húngaros tenían inclinación por las sectas, pero evidentemente allí hay unas cuantas. Aunque no había mucho que fotografiar. Fotografías el lago, los pastizales, y los sitios rituales vacíos. En realidad es bastante aburrido. Mucho mejores quedaron las fotografías de los turistas, de la gente que pasea, de los niños que juegan en la arena. Tengo hermosas fotos de gemelas, muy rubias, preciosas. Jugaban en la arena con autitos de juguete. Uno se las hubiera querido llevar de lo amorosas que eran. ¿Por qué está pálida de pronto, señora Portero?

Es suficiente, Gubec, el padre Kirilov lo dijo todo. Deja de jugar a las escondidas, dice Bely entre dientes mientras toma a Gubec del cuello de la chaqueta.

Deja mi chaqueta, Bely, la gente va a pensar que también tú te has vuelto loco, contesta Gubec en calma y aleja la mano de Bely. En este país existe

algo que se llama libertad de prensa y los periodistas somos una raza protegida, ¿no lo sabes? ¿En Austria es distinto? ¿Qué dice, señora Portero, en Austria los periodistas están mejor que aquí? Porque usted es periodista, ¿no es así? Aunque no he podido encontrarla en ninguna lista de periodistas de la radiotelevisión nacional austriaca. Con una mano en el corazón, tampoco da la impresión de ser periodista. Para ser periodista, le importan demasiado solo algunos temas en particular. Digamos...

¿Digamos qué?, ruge Bely por lo bajo.

Digamos la pesca submarina. En particular la pesca de cefalópodos. Qué palabra horrenda, Bely, ¿no te parece? Cefalópodos, piernas que están en la cabeza, en verdad es asqueroso. Pero al mismo tiempo muestra lo que hacen los cefalópodos. Piensan y se mueven.

Hacen algo más, dice Bely. Matan.

Bueno, eso hacen los que son como tú, Bely. ¿Has venido aquí para asesinarme también a mí? Va a estar difícil. Son demasiadas víctimas para una ciudad chica como Maribor, en muy poco tiempo. Todos los indicios apuntan a ustedes dos, y creo que no van a poder salirse con la suya. En especial después de lo que le ha sucedido al alcalde. Para ser sincero, Adam, no creo que logren cruzar en libertad el umbral de este teatro. ¡Pero mira, mira qué casualidad! Ahí está el señor Gros. Un criminalista joven bastante ambicioso, ¿no te parece? Los tipos así necesitan sus víctimas, sus victorias, sus reafirmaciones. Justo viene a nuestro encuentro. Espera, espera, tengo que registrar este momento histórico.

Gubec empieza a disparar el obturador frente a Gros. Una larga figura que se acerca a grandes pasos desde el otro lado del vestíbulo. Bely se abalanza y empuja a Gubec, que sale volando sobre Gros. La cámara se cae, vuelan trozos de vidrio y plástico por el piso de mármol. Rosa Portero y Bely salen corriendo.

¡Por aquí!, grita Bely y arrastra a Rosa Portero tras él por la entrada a la sala.

¡Alto, policía!, grita Gros con su voz aguda y aflautada.

Rosa y Bely corren entre las butacas vacías de la sala, se arrojan al escenario, corren entre los técnicos de escena que están acomodando los bastidores.

¿Adónde?, ¿adónde vamos?, dice Rosa agitada cuando llegan tras una de

las puertas en la oscuridad.

Aquí hay algunas salidas. Por algún lado vamos a salir, conozco el teatro como la palma de mi mano desde los viejos tiempos, dice Bely.

Perdimos a Gubec. Nunca más lo vamos a agarrar, susurra Rosa.

No estés tan segura, dice Bely.

Va a ser demasiado tarde, Bely. El Gran Orco va a conseguir nuevos miembros. Incluso si logramos huir y después de algún tiempo dar con Gubec y absolver sus almas, todo será en vano. Y además aún no sabemos quién es el decimotercer miembro, susurra Rosa.

Detrás de la puerta se oye la voz aflautada.

Tienen que estar en algún lugar de por aquí. Manden hombres a todas las salidas. Vacíen el teatro. ¿Dónde están los refuerzos? Bien, bien.

Bely tantea el interruptor y lo enciende. Están en el vestuario, pelucas, pintalabios, viejos espejos, muebles gastados.

Por aquí, susurra Bely y arrastra a Rosa tras de sí.

Un pasaje oscuro, dos puertas. La primera está cerrada con llave.

Maldición, dice Bely en voz baja.

La segunda se abre. De nuevo un pasillo, escaleras. Van hacia abajo del escenario. La voz de Gros está ahora arriba. Habla por teléfono. Afuera se oyen sirenas de policía que se acercan. Rosa mira a su alrededor. Una luz mortecina, hay bastidores alrededor, ángeles de papel cartón, en un rincón una enorme jaula de pájaros, un poco más adelante un camello de peluche, percheros con viejos trajes.

Bely, Portero, sabemos que están aquí. Entréguense. Esconderse no tiene ningún sentido. No pueden huir, el teatro está rodeado.

A pesar de su voz aguda, cómica, Gros suena convincente y decidido.

Por aquí, susurra Bely.

En la sala siguiente Rosa ve más bastidores. Por un momento le parece haber visto entre ellos el tentáculo de un pulpo grande, que se ha deslizado sigilosamente en la habitación.

Las dos salidas están cerradas.

¿Y ahora qué?, pregunta Rosa.

Tenemos que volver arriba, dice Bely. Fuera del depósito. Aquí estas son las únicas salidas.

¿Y las de emergencia?

Esta de aquí es la salida de emergencia.

Bely y Rosa Portero vuelven sobre sus pasos. A la izquierda, máscaras egipcias, algunas columnas romanas y el cartel de neón roto que dice BAR, grandes arcos con bombillas de colores, ruedas giratorias.

Por aquí, dice Bely.

Se da vuelta en la penumbra, pero Rosa no está. Corre atrás entre las sombras de los bastidores.

Rosa, Rosa, ¿dónde estás?

Gemidos. Rosa está sentada en el piso. Por su zapato derecho asoma una astilla.

Maldición, dice Rosa entre sollozos.

Bely le revisa el pie.

Diste en un clavo, se metió en el talón por un costado. Voy a sacarlo. ¿Preparada?

Rosa mira a Bely con ojos llorosos y asiente. Aprieta fuerte los dientes. Gritos ahogados.

Bely le arranca del talón el clavo con la astilla incluida.

Estás sangrando, tenemos que vendarte, dice Bely.

No, déjame aquí, Bely.

Ni que hablar, Rosa, una vez ya nos salvamos los dos. Esta vez también, ya verás. Todo lo bueno viene de a dos.

Rosa sonrío, dolorida. Trata de ponerse en pie, pero no puede. Bely la sostiene. Rosa intenta saltar sobre una pierna apoyada en él. Bely la alza y la lleva en brazos. Arriba hay pasos, varias personas, cerca.

Tenemos que escondernos, rápido.

Bely deja a Rosa tras la escultura de una esfinge.

Espérame aquí, Rosa. Te prometo que volveré y que saldremos de ésta enteros.

Rosa asiente, aprieta la mano de Bely, lo besa. Bely la mira a los ojos azorado y ella a él hondamente conmovida. Millones de años, un instante mínimo, ¿cuál es la diferencia, cuándo y dónde volvemos a encontrarnos? Bely asiente en silencio y desaparece. En ese momento se encienden todas las luces del depósito. Rosa ve en el cielorraso la silueta de un enorme pulpo. ¿O

solo se lo imagina? ¿No se trata solo del reflejo de una peluca colgada entre las luces de la pared?

Bely consigue esconderse tras un gran espejo en el último minuto antes de que se abra la puerta. Entran en la habitación tres policías uniformados y Gros. Se dividen, registran distintos rincones del depósito. Bely agarra fuerte el asidero del espejo, preparado para empujarlo sobre el policía que se le acerque. En ese momento se oye desde el otro lado una voz cortante, profunda:

Blanca tortuga, luna dormida, ¡qué lentamente caminas!

Es la voz de Rosa. Los policías corren. Bely aprovecha el momento, se abalanza a la salida y corre por las escaleras. Uno de los policías lo ve, gritos de «alto», sobresalto. Bely se da vuelta pero no ve ni a Rosa ni a los policías, solo las escaleras, la salida de una enorme cripta.

¿Es un espejismo?, ¿un recuerdo ancestral? ¿Qué es lo que encierra el momento que decide la vida y la muerte, allá lejos, más allá del tiempo?

Señora Portero, dice Gros y levanta a Rosa del suelo, vamos a ver cómo cantará donde la llevamos ahora.

Rosa se alisa el cabello enredado. Dos policías le ponen las esposas. Intenta pisar con el pie dañado, pero no puede. Así que le quitan las esposas y la llevan a la salida en andas.

¿Y su amigo Bely? ¿No sabe?, ¿no quiere saber? No se preocupe, ya lo encontraremos, no puede huir, el teatro está rodeado.

Rosa salta sobre su pie izquierdo en silencio. Por arriba de ella se bambolean largos cables de acero que suben los bastidores del escenario. Arriba está la gran sala vacía. Completamente iluminada. Un par de policías revisan las filas de asientos como si fueran filas de dientes de un monstruo gigante con sus fauces abiertas.

Espere aquí, dice Gros con su voz aflautada.

Va a un costado y cambia unas palabras con uno de los policías. Entretanto, llega una paloma aleteando por el aire a la gran sala. Los policías miran hacia arriba por un momento y siguen buscando al fugitivo. Rosa también está atenta por si ve en alguna parte algún signo de Bely. Su pie está totalmente entumecido por el dolor. Levanta la planta del pie. Hay una huella de color rojo claro en las tablas del escenario. Rosa la mira un momento. Ve algo en las líneas que se cruzan. ¿Será el pesebre del padre Kirilov? ¿Quién

es el decimotercer miembro del Gran Orco? ¿Quién falta en la caja? ¿Quién no tiene ningún objeto que dé cuenta de su origen, sus rasgos o su carácter? ¿Quién está ausente y presente al mismo tiempo?

¡Señora Portero, así que volvemos a vernos una vez más! Sonría, por favor, dice la voz de Gubec. Una pequeña cámara de bolsillo dispara dos, tres veces.

Gubec mira la fotografía, niega con la cabeza.

En fin, con mi Canon las fotos serían más lindas, pero así bastará. Me hizo trizas mi querida cámara, señora Portero, igual que ha querido aniquilar al Gran Orco. No ha conseguido ninguna de las dos cosas. Ya en el Balatón tendrían que haberla sacrificado. Pero no hay nada que hacer. El Gran Orco será mañana tan fuerte como nunca antes. Tampoco se preocupe por la cámara, tengo otra, dice Gubec. Ahhh, señor futuro inspector Gros, le ruego que se acerque, para tomar una foto para todos los periódicos de este país. Que el mundo vea quién ha logrado atrapar a la asesina y envenenadora fugitiva.

Gros hace un gesto de desdén con la mano.

¿Qué haces aquí, Gubec?, la investigación policial aún está en curso y tú no deberías estar aquí.

Ah, ya sabes cómo es nuestra ciudad; algunos nos conocemos y sabemos bien que eres un héroe. Has resuelto el caso y pronto atraparán al otro delincuente. ¿Puedes acercarte un poco, por favor? ¡Además del retrato de la asesina, la gente ser merece ver al héroe del día!

Como quieras, toma la fotografía, pero que yo quede en el fondo, dice en voz baja Gros con su voz aflautada.

Entendido, muy modesto, se ríe Gubec, muy modesto.

Señora Portero, por favor no sonría, se ríe Gubec y se inclina para tomarla desde abajo, con Gros en el fondo.

Flash. Un fuego impacta en el cuerpo de Rosa. Rosa ve volar piezas de metal del automóvil, ve los ojos fijos de sus gemelas, ve fragmentos de vidrio salir volando por todas partes, en el aire que gira y la hace girar. El momento que le quitó la vida. Aniquilamiento y nueva definición. Uno pensaría que es el dueño de su destino, pero luego... La vieja va alrededor de la silla en la que está sentada la niña pequeña, balbuceo inentendible, con dos dedos apaga la llama de una vela tras otra. Oscuridad. Metales retorcidos, objetos que

vuelan por el lugar, *flashback*. Entonces y ahora. Una paloma aletea y cruza volando la luz del flash. Baja con calma, las alas desplegadas, se sienta entre Rosa y Gubec, que espera agachado a que Gros se aleje lo suficiente del resto de los policías.

Como una bestia herida, Rosa Portero se abalanza sobre Gubec. Los dedos metálicos de su mano derecha se aferran al cuello de él. Por un instante ve de cerca su mirada sorprendida, asustada. ¿Quién es verdugo de quién? ¿Qué mensajes, qué mecanismos, qué destinos se desatan en una fracción de segundo? El mecanismo metálico de los dedos de Rosa se cierra como una tenaza que pellizca el cuello. Los globos oculares de Gubec se dan vuelta, de pronto se apaga su mirada.

Cuando los policías arrancan a Rosa de Gubec es demasiado tarde. Gubec yace inmóvil, la lengua un poco hacia fuera, los ojos abiertos, la cabeza oscila como la manecilla de un reloj que ya no anda.

¡Le rompió el cuello, le rompió el cuello!, grita el policía conmocionado.

Gros chifla: ¡Espósenla, llévensela, vas a pagarlo caro, perra, me oyes, vas a pagarlo caro!

Los policías esposan a Rosa Portero, la arrastran a un costado. Su pie deja una huella, una firma de sangre.

¡Fuera, fuera, llévensela de aquí!, dice Gros a los gritos.

Rosa ve cómo Gros pateo furioso a la paloma que se ha posado sobre el cadáver de Gubec. La paloma sale volando y vuelve a posarse en el mismo lugar.

¿Estás loco, viste qué mano tiene?, dice uno de los dos policías que llevan a Rosa afuera.

Linda, si así te portas con la gente, las cosas no pueden terminar bien para ti, dice el segundo policía.

Para su hombre tampoco. ¿Te imaginas si te la agarra con la mano?

No quedaría nada, se ríe el primer policía. Es una cagada que hayas ido a matar al periodista más importante de la ciudad delante de todo el mundo. Nadie te lo va a perdonar.

Hay que ver si te lo puedes perdonar tú misma, dice el segundo policía.

Ya fuera del teatro, empujan a Rosa dentro del auto de policía, de tal forma que golpea con la cabeza en el borde del patrulla.

Rosa siente que además del charco de sangre en el zapato, le chorrea también por la cara. Un animal en ella la vuelve fuerte y decidida en ese momento. Se palpa la cicatriz detrás de la oreja. Surge de ella una mucosidad sanguinolenta, parecida a la leche.

No te preocupes, el tiempo cura todas las heridas, dice uno de los policías.

Los dos policías se ríen. El motor del automóvil ruge.

Y tú, amorcito, vas a tener ahora mucho, muchísimo tiempo para cerrar todas tus heridas, dice el segundo.

De nuevo risas.

El auto de la policía sale por la calle que rodea al teatro, se detiene en el semáforo. Noche turbia. Nieve aguada y suciedad por todas partes. Autos de policía con luces giratorias. Un puñado de curiosos está tras la valla. Rosa mira la mancha roja de su zapato. Está todo mojado y pegajoso. Luego mira la mancha blancuzca y viscosa en su guante izquierdo, con el que se palpó la herida tras la oreja. Por último la mancha oscura de su guante derecho. Esta es la sangre de Gros. Y entonces cae en la cuenta.

Bely, du bist der Dreizehnte, susurra Rosa para sí.

¿Qué dices?, pregunta uno de los policías.

¿Pero cómo vas a absolverte a ti mismo?, murmura Rosa y cierra los ojos.

En ese momento todo empieza a temblar.

¡Terremoto! ¡Terremoto!, grita un policía.

Caída de techos y mampostería. Por la vibración se agrieta el asfalto delante del automóvil, las luminarias se bambolean, estallan los vidrios de los edificios de los alrededores. Detrás del auto de policía se oye un gran estrépito. Los dos policías y Rosa Portero se dan vuelta y ven que del edificio del teatro caen ladrillos y se encienden luces azules fluorescentes. Humo y fragmentos de mampostería vuelan en todas direcciones. En unos segundos el edificio del Teatro de Maribor se transforma en una nave espacial, parecida a la cabeza de un enorme pulpo, y en medio de un poderoso rugido se eleva por el aire. La nave arrastra tras de sí grandes tentáculos palpitantes. Un momento después cesa el temblor y la nave espacial desaparece en el cielo turbio.

Silencio de muerte. En el lugar donde poco antes estaba el mayor teatro esloveno, se abre un enorme abismo. La gente acude desde los edificios vecinos. A lo lejos se oyen sirenas de camiones de bomberos y policía. Nadie

sabe explicar qué ha ocurrido. Un terremoto habría dejado ruinas por todos lados. Un ataque terrorista tampoco habría dejado en pie los edificios aledaños. De la plaza central de Maribor se ha borrado un solo gran edificio. Los que han visto cómo el teatro se transformó en una nave espacial y salió volando al cielo, callan. Probablemente se trate de un caso de alucinación colectiva o de hipnosis. Desde el campanario de la catedral se oye tocar las doce. Es medianoche. Pronto se juntan más de cien personas alrededor del borde del abismo en la plaza principal de la Capital Europea de la Cultura, y miran a las profundidades. La oscuridad de la enorme fosa se abre como la espeluznante boca de una vieja sin dientes. Desde la fosa se eleva un hedor como de azufre.

Entretanto por el otro lado de la plaza cruzan un personaje conocido de Maribor y su mascota adorada. Nadie los nota, aunque su apariencia es de lo más llamativa. Es el abogado Maister. Con una correa corta de paseo lleva a pasear a medianoche a su cerda negra. La dupla singular observa de lejos a la multitud que está ante la fosa. Un par de pasos más adelante vuelven a detenerse ante el globo de Capital Europea de la Cultura, que está frente a la entrada del antiguo arzobispado y actual bar de *striptease* Blue Night. El globo está hecho jirones, ha escupido todo el aire y parece un gran condón desinflado colgado en un largo hueso. El abogado Maister enciende un cigarrillo. Su cerda negra trina un par de veces, pero la tapan los gorjeos de una gran bandada de palomas que vuelan exaltadas sobre el hueco gigante donde supo estar el teatro. Maister y su cerda negra doblan desde la plaza Slomšek en dirección a la calle Gosposka. Por encima de ellos bambolean apagadas como una telaraña rota las luces ornamentales de año nuevo. Se acabó el carnaval. Ya es Miércoles de Ceniza.